

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Antropología, Historia y Humanidades

Convocatoria 2018-2021

Tesis para obtener el título de doctorado en Historia de los Andes

El espejo amazónico: historia conceptual de las utopías en la alta Amazonía

Omar Adrián Bonilla Martínez

Director: Mark Thurner

Co-director: Teodoro Bustamante

Lectores

Cecilia De Lourdes Ortiz Batallas, Elías Palti, Michael Arthur Uzendoski Benson, Ivette

Rossana Vallejo Real, José Sebastián Vacas Oleas

Quito, abril de 2024

Dedicatoria

A Elena Gálvez

Epígrafes

Al frente y á la derecha no hay más que la vaga é indecisa línea del horizonte entre los espacios celestes y la superficie de las selvas, en la que se mueve el espíritu de Dios como antes de los tiempos se movía sobre la superficie de las aguas.

Juan León Mera 1875

Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse con las nubes, pero la tierra los agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas.

José Eustasio Rivera 1924

La región oriental debía ser para el Ecuador un país de mito, de leyenda o de misterio: para el Perú es la realidad en que vive la porción más emprendedora y audaz de sus hijos

Víctor Belaúnde 1942

El oriente es un mito

Galo Plaza 1948

Índice de contenidos.

Resumen de la tesis.....	9
Agradecimientos.....	10
Introducción.....	11
Capítulo 1. La historiografía sobre la Amazonía	19
1.1. Marco conceptual	20
1.1.1 Historia de los conceptos.....	20
1.1.2 La invención de la Amazonía.....	24
1.1.3 Las amazonas y el nombre	28
1.2. Estado del arte	33
1.2.1 Amazonía colonial: una historia entre la ciencia y la utopía.....	33
1.2.2 Amazonía como proyecto científico	33
1.2.3 Amazonía como espejo utópico	37
1.2.4 Crisis conceptual, terror y guerra	44
1.2.5 Amazonía y modernización.....	48
1.3. Conclusión.....	53
Capítulo 2. De la utopía jesuita a El Dorado de la Ilustración	55
2.1. Los jesuitas y la conquista espiritual	55
2.1.1 La nueva joya de la Corona.....	56
2.1.2 Martirio en las selvas y montañas	60
2.1.3 Destierro y crisis conceptual	70
2.2. El Amazonas ilustrado.....	72
2.2.1 Charles Marie La Condamine: el Amazonas como espejo ilustrado	74
2.2.2 La ilustración española del Amazonas y los países de montaña	79
2.3. El inca embustero y la tercera parte de la América meridional.....	83
2.4. La Ilustración peruana y la civilización de El Dorado	90
2.5. Provincias del Quito propio y del Quito impropio	95
2.6. Fuera de los límites de la civilización	100
2.7. Conclusión.....	104
Capítulo 3. El Edén de la República.....	108
3.1. La crisis y la independencia: se ha levantado todo el abismo	110
3.2. Gobierno y geografía de la provincia del Oriente	111
3.3. La vegetación lujuriosa.....	118
3.4. La virgen de la selva virgen.....	126
3.5. La provincia litoral de Loreto, naturaleza y futuro.....	130
3.6. Loreto y el oro negro	136
3.6.1 Dictamen de la comisión informadora sobre la región fluvial de Loreto.....	137
3.6.2 El informe del Prefecto	139
3.7. Conclusión.....	144
Capítulo 4. La era de las distopías: caucho, infierno y guerra	147
4.1. La crisis del sistema.....	148
4.2. Los procesos y los escándalos del Putumayo	151
4.2.1 Un sistema de terror	152
4.2.2 Valcárcel y las voces de las víctimas	157
4.2.3 La cárcel verde	159
4.3. Las colonias y el ferrocarril a El Dorado.....	164
4.4. Don Bosco y los invencibles shuar.....	166
4.5. Las guerras y usurpación	169
4.6. Conclusión.....	172

Capítulo 5. Mito, reencantamiento y modernidad: la colonización vial y la explotación petrolera	175
5.1. La herida abierta y la celebración.....	176
5.1.1 La tragedia nacional ecuatoriana.....	177
5.1.2 La peruanidad de la Amazonía.....	181
5.2. Literatura y celebración.....	184
5.2.1 Orellana y la selva musical.....	184
5.2.2 Fitzcarrald: el héroe de la civilización.....	187
5.2.3 Así es la selva.....	191
5.3. El oriente: modernidad y colonización.....	192
5.3.1 Una utopía de cemento.....	194
5.3.2 La ceja de montaña y la gran carretera.....	195
5.3.3 Tierra sin hombres para hombres sin tierra.....	196
5.3.4 La conquista del Perú por los peruanos.....	197
5.3.5 El espejo bolivariano.....	200
5.3.6 La selva trágica.....	202
5.4. Velasco Ibarra: de la retrotopía al nuevo Dorado.....	204
5.4.1 Una utopía filosófica.....	204
5.4.2 El Ecuador amazónico.....	206
5.4.3 El protocolo de Río de Janeiro es nulo.....	209
5.4.4 El petróleo del oriente.....	211
5.5. Conclusión.....	212
Conclusiones.....	214
Referencias.....	226

Lista de Ilustraciones

Figuras

Figura 2.1. Provincia Quitensis, 1718	69
Figura 3.3. Grabados sobre el área del río Napo, 1854	120
Figura 4.3. Indios recolectores de caucho encadenados en los cepos: en el río Putumayo, 1912 153	
Figura 4.5. Afiche del film <i>Los Invencibles Shuaras del Alto Amazonas</i> , 1926	169
Figura 5.2. Cubierta del libro <i>El Perú en el día de la Peruanidad</i> , 1943.	184
Figura 5.3. Cubierta de <i>Argonautas de la selva</i> , 1945	185
Figura 5.4. Cubierta de Fitzcarrald el rey del caucho, 1942	188
Figura 5.5. Clases de caminos, 1965	197
Figura 5.7. INPC, Velasco Ibarra en la Misión Josefina del Napo, 1952-1956.	208

Mapas

Mapa 2.1. Río Amazonas y su cuenca, 1639	58
Mapa 2.2 El gran Río Marañón o Amazonas con la misión de la Compañía de Jesús de Samuel Fritz, 1942	68
Mapa 2.3 Provincia de Quito con sus Misiones de Sucumbíos, religiosos de S. Francisco, y de Maynas, Padres de la Compañía de Jesús, a orillas del Gran Río Marañón, 1740	70
Mapa 2.4 Carte du cours du Maragnon ou de la grande riviere des Amazones, 1745	78
Mapa 2.5 Descripción geográfica de las conversiones de NSPS Francisco, pertenecientes al Colegio de Propaganda Fide, de Santa Rosa de Ocopa; y de los ríos de Xauxa, Guanuco, Puzuzu, y Ucayale; que tributan sus aguas al Marañón, 1767	85
Mapa 3.1. Carta corográfica de la República del Ecuador: delineada en vista de las cartas de don Pedro Maldonado; el barón de Humboldt, Mr. Wisse, 1858.....	113
Mapa 3.3. Curso del Río Napo, 1841	120
Mapa 3.5. Mapa del Perú, 1877.	131
Mapa 4.6. Mapa del Ecuador, 1939	172
Mapa 5.1. Mapa de la expansión de la Presidencia de Quito en 1689, 1942.....	178
Mapa 5.6. Mapa del proyecto Carretera Marginal de la Selva, 1965.....	202

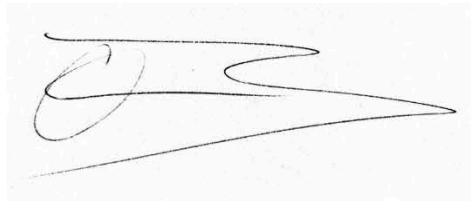
Mapa 5.8. Mapa del Ecuador. Instituto Geográfico Militar, 1957..... 208

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Omar Adrián Bonilla Martínez, autor de la tesis titulada El espejo amazónico: Historia conceptual de las utopías en la Alta Amazonía, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de doctorado concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, abril del 2024.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Omar Adrián Bonilla Martínez', written on a light gray rectangular background.

Omar Adrián Bonilla Martínez

Resumen de la tesis

En esta tesis trazo la historia de cómo la alta Amazonía fue inventada, nombrada y pensada por distintos sujetos desde el siglo XVII hasta mediados del siglo XX. Analizo las apreciaciones de conquistadores, misioneros, exploradores ilustrados, científicos, empresarios, funcionarios, geógrafos y mandatarios. Utilizo las metáforas del espejo y el abismo para caracterizar los sentidos utópicos y distópicos que va adquiriendo la Amazonía en los imaginarios peruanos y ecuatorianos. La metáfora del espejo permite ver la región como un espacio que reflejaba los deseos, temores, espacios de experiencias y horizontes de futuro de los distintos sujetos que se proyectaron en ella. La metáfora del abismo en cambio resulta útil para describir los momentos de crisis de inteligibilidad que ocasionaron la pérdida de referentes existentes en los lenguajes de una época, dando lugar a nuevos referentes. Concluyo que a través del tiempo la Amazonía ha sido un espacio de difícil significación por las reiterativas crisis de conceptos y, por tanto, nos referimos a la misma como una frontera abismal.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento a mi director de tesis Mark Thurner por su rigor académico, que me permitió adoptar una perspectiva de historia intelectual y de larga duración, así como por su tiempo, correcciones y recomendaciones valiosas. A Teodoro Bustamante le estoy agradecido por sumergirme en la historia amazónica, y a Mercedes Prieto por sus consejos metodológicos y prácticos para la culminación de esta tesis.

Quiero agradecer a mi padre, Adrián Bonilla, por su interminable generosidad y su inmenso aprecio por la lectura y la investigación. A mi madre, Esperanza Martínez, le debo mi amor por la Amazonía y sus observaciones siempre valiosas.

No podría dejar de agradecer a Rafael Polo tanto por su colaboración como decano como por sus consejos sobre historia intelectual, a Soledad Varea desde la carrera de Sociología quien siempre confió en la calidad de mi trabajo, a Miguel Ruiz por su sabiduría. Agradezco a la Universidad Central del Ecuador por la acogida que siempre he recibido y a las autoridades universitarias por su apertura y flexibilidad con mis estudios de doctorado.

Estoy en deuda con Andrés Soto, artista e investigador, quien me ayudó a acceder a una vasta cantidad de textos complejos, y con Adolfo Maldonado por su minuciosa lectura. Gracias a Estefanía Carrera por todo su apoyo especialmente con la historia científica y sus excelentes análisis; a Humberto Freire por sus valiosos aportes en referencia a la etnohistoria amazónica; a Josué Lugo por sus muy recomendables metodologías para culminar una tesis; al filósofo Pavel Veraza por sus exquisitos consejos sobre hermenéutica tan del romanticismo alemán, a mis amigos ecologistas que me acompañaron en mi interés por la Amazonía Manuel Bayón y Manáí Prado. Y a mi editor Gabriel Gianonne por exorcizar los demonios de la dislexia y dotar de un estilo ameno a este trabajo. A Leo Cerda, a Ampan Karakras, a Celia Shiguango y a Manuel Shiguango, Manuel Cornejo por enseñarme a ver la Amazonía con sabiduría

Un especial reconocimiento a Elena Gálvez, que para esta tesis ha sido una lectora, asesora, correctora y una interlocutora genial. Agradezco por su ayuda y sobre todo por su compañía en este y todos los momentos de mi vida. Y a la pequeña Zazil, que sin haber nacido aún, me recuerda con sabiduría que todos los plazos tienen su fin y la vida continua.

Introducción

“Cuando la América se mire a sí misma en su gigantesco espejo amazónico, verá que es mucho más hermosa y fuerte de lo que ella creía”. Esto auguraba Fernando Belaúnde, presidente del Perú, a su retorno de la Cumbre de la Organización de los Estados Americanos (OEA) de Punta del Este, en el año de 1967 (Belaúnde, 2020, 7:35). En su discurso anunció que iba a extender por cinco países andinos una inmensa carretera que bordearía la Amazonía, y cuyos trabajos de construcción habían iniciado ya en el Perú. Su proyecto modernizador apuntaba a recuperar para su país la grandeza del Tahuantinsuyo a partir de la integración vial amazónica.

Ese mismo año en la Amazonía norte del Ecuador se descubrieron las mayores reservas petroleras de la historia, que permitieron pensar como realidad el sueño de un futuro de progreso y revivir la antigua leyenda de *El Dorado*.¹ El petróleo resolvería todos los problemas de pobreza a partir de una anhelada industrialización: El *Oriente* ecuatoriano ya no sería un mito,² sino un destino moderno, alcanzable y, por tanto, un proyecto histórico de país. La pregunta de investigación de esta tesis doctoral es ¿Cuándo y cómo se produjeron las reconfiguraciones conceptuales referentes a la Amazonía en Ecuador y Perú entre los siglos XVIII y mediados del XX?

La hipótesis, que guía la investigación fue que la Amazonía se significó a partir de reconfiguraciones semánticas inscritas en una historia de larga duración. Es posible afirmar que la Amazonía mítica del imaginario de los siglos XVII y XVIII se convirtió a partir de la ilustración hispano-andina en una especie de utopía histórica alcanzable, una promesa concreta con pasado reconocible y, por tanto, un destino feliz que invierte la narrativa trágica de la descensión y el fracaso colonial y nacional. Fueron entusiastas los conceptos y discursos empleados para referirse a ella, condicionados por las expectativas de control, conocimiento y realización de diferentes proyectos históricos, tanto misionales, imperiales o científicos –en los siglos XVII y XVIII–, patrióticos y republicanos –como en el siglo XIX–, o bien los proyectos desarrollistas y nacionalistas del siglo XX. Todos encontraron un inmenso potencial para realizarse en el lugar, ya sea por sus recursos extractivos, por la condición de última frontera a alcanzar o por el espacio para materializarse. Sin embargo, al no cumplirse ese destino luminoso, los proyectos históricos derivaron en un conjunto de distopías: la

¹ El Dorado o Eldorado es un tropo reiterativo empleado como un paraje mitológico de una ciudad con palacios de oro, y como un destino de riqueza.

² La frase fue pronunciada por Galo Plaza en 1969, y sacada de contexto. El presidente promovía un modelo económico agroexportador (Ponce 2003,5).

proliferación de epidemias, las insurrecciones indígenas, el destierro de misioneros jesuitas en el XVIII, los sistemas de esclavitud, las guerras, las invasiones y el desmembramiento territorial.

El objetivo de esta investigación es examinar las reconfiguraciones semánticas de la Amazonía en Ecuador y Perú entre los siglos XVIII y mediados del XX y cómo se manifiesta en la identidad y agencia de diversos proyectos históricos y utopías, así como en los momentos de crisis. Para lograr este objetivo propongo como objetivos secundarios: examinar las fuentes primarias para entender los significados atribuidos al espacio amazónico en distintas épocas; evaluar cómo estas conceptualizaciones se incorporaron en distintas agencias y proyectos históricos; identificar los momentos de crisis conceptual y cambios narrativos en relación con eventos significativos.

En esta tesis, el concepto de frontera abismal deriva del de experiencia abismal (Thurner 2012, 27; Palti 2005, 18). Refiere a un momento de crisis de inteligibilidad que implica el colapso de los significados atribuidos a una realidad o a un horizonte conceptual. Las crisis conceptuales –a diferencia de las crisis de los conceptos– adquieren formas donde los vacíos de conocimiento llegan a percibirse como cataclismos cósmicos, tan fuertes que pueden pensarse como equivalentes al colapso del imperio mexica o la caída del muro de Berlín (Palti 2005, 19).

Estos acontecimientos abismales no produjeron una desarticulación total de las regiones amazónicas, pero sí implicaron una disolución de proyectos históricos y los significados atribuidos a este espacio. De esa oscilación entre utopías y distopías emergió una Amazonía aporética,³ un *impasse* permanente, una frontera abismal.

El término frontera abismal también surge del concepto de sujeto abismal, desarrollado por Mark Thurner en sus trabajos sobre el nombre Perú (Thurner 2009; 2012). El autor refiere al topónimo como un sujeto que se constituye desde la existencia de un vacío que se va llenando de significación: “lo que nombra un nombre propio es siempre un vacío o un abismo y, por tanto, debe haber un medio por el que el vacío o el abismo pueda convertirse en el agente de la historia” (Thurner 2012, 26).

Perú, explica Thurner, fue el nombre de *Berú* –un prisionero tomado por Francisco Pizarro–, un abismo geográfico dividido por los conquistadores (Thurner 2011, 47). Según el autor, el

³ Existen múltiples reflexiones sobre el papel de las aporías para la investigación histórica, en donde se observa que estas aparentes contradicciones irresolubles dan pie a significativas reflexiones, nuevos horizontes y objetos a tratar. En filosofía caben destacar los aportes de Jacques Derrida (1998), y para la historia intelectual, los trabajos de Edmundo O’Gorman (1946; 1996) y Elías Palti (2001; 2014).

nombre fue resultado de un error de traducción y, a la vez, fue una metáfora de ese acontecimiento fundacional que gracias a la exégesis del Inca Garcilaso de la Vega devolvió al nombre Perú el estatus de un sujeto propio para llenar ese vacío.

En esta tesis, el sujeto llamado Amazonas alude a un espacio fronterizo significado por mujeres que regentaban “tribus salvajes” y eran portadoras de una inmensa riqueza, pero cuya existencia fue puesta en duda desde muy temprano. El nombre se empleó para designar un gran río y fue parte del debate toponímico e hidrográfico que enfrentó a las órdenes de franciscanos y jesuitas en los siglos XVII y XVIII, quienes intentaron reivindicar sus empresas evangélicas a partir de las exploraciones y la producción de conocimiento (Chauca 2015a, 39). Para el caso de ‘Amazonía’ no encontramos el equivalente de un sujeto propio que pudiera constituir un devenir histórico tras los momentos fundacionales de la experiencia abismal, tal como ocurrió con los conceptos de América (O’Gorman 1996) o Perú (Thurner 2012).

En su origen, el concepto de Amazonas surgió de una disputa por nombrar y poseer sus riquezas, lo cual generó un espacio colonial utópico y enigmático poblado por seres salvajes. Su descripción abarcó tropos como ‘el Edén’ y ‘el infierno verde’. Empero, a partir de la ilustración hispano-andina ese espacio mítico se convirtió en un destino histórico; espejo y escenario de los grandes proyectos nacionales. Sin embargo, debido a las características culturales y ambientales del espacio y a los conflictos entre las empresas colonizadoras, esos proyectos nacionales encontraron límites para su realización. En diferentes ocasiones se anularon los procesos de significación previos, conduciendo a la Amazonía –como concepto– a una reiterativa condición abismal.

Nos referimos a la Amazonía como una frontera abismal por el vaciamiento de significados que siguió a las experiencias distópicas. A través de su historia, se proyectaron diversas utopías en el lugar, pero fueron impedidas por una geografía inaccesible de ecosistemas naturales y humanos que resistió los proyectos imperiales y nacionales de extracción. Pero también la referencia de Nietzsche al abismo es la de un espejo que te regresa la mirada. El espejo Amazónico al que refirió Belaunde supone la integración territorial de la Amazonía como un espejo de grandeza (2020, 7:35). En el concepto del “espejo Amazónico,” tal como lo presenta Belaunde, se visualiza la Amazonía como una región donde se puede materializar la unidad latinoamericana y explotar una riqueza de recursos casi infinita (Belaunde, 2020, 7:35). Este concepto encuentra consonancia en la teoría lacaniana del “estadio del espejo,” que describe un momento crítico en el desarrollo humano donde se crea una ilusión de totalidad y coherencia a través de la identificación con un reflejo (Lacan, 1977). Al igual que

un individuo en el estadio del espejo proyecta sus "insuficiencias" y "anticipaciones" en su imagen reflejada, las diversas entidades o sujetos que han interactuado con la Amazonía también proyectan sus deseos y deficiencias en este vasto territorio, transformándolo en un campo para sus propias ilusiones de identificación espacial y desarrollo.

No obstante, el espejo también representa una ilusión o enajenación que permite crear una sensación de avance y progresión. En este sentido, la utopía amazónica constituye un imago. El carácter ilusorio y enajenante en el espejo amazónico en la concepción lacaniana tiene mayor intensidad en la metáfora que empleamos. Podemos afirmar que la Amazonía, como espacio geográfico y cultural, se convierte en "presa de la ilusión de la identificación espacial", reflejando expectativas inalcanzables como si fueran alcanzadas (Lacan, 1966, p. 65).

Para evocar el espejo Amazónico, conviene considerar la teoría de Michael Taussig sobre los espacios del terror como hechos narrativos que viabilizan el hecho colonial. Taussig observó que la tortura y la violencia en el Putumayo no respondían a una necesidad económica, sino a un "espejo colonial" constituido por el imago de la crueldad de la selva y los salvajes como opuestos a la civilización que derivó en que los caucheros se vuelvan mimesis de su propia narrativa (2012, 161). Taussig sugirió que estas narrativas son el resultado de las utopías de la civilización, que terminaron sustentando y reproduciendo su terror.

Hartog utiliza la metáfora del espejo para explorar la constitución ontológica de la Historia y la noción de verdad histórica con respecto a la "historia de la alteridad". En su marco, el espejo tiene dos significados: primero, es un "espejo en negativo" donde los escitas y los pueblos extranjeros que conoce Heródoto son presentados a los griegos para exaltarlos, similar a cómo la perspectiva colonial ve a los habitantes de la Amazonía; segundo, el espejo es también el "ojo del historiador" que narra el mundo y ordena el mundo donde la lógica de poder griega (Hartog, 2003, 29). Ambas perspectivas son aplicables a la historia amazónica representada y construida por la narrativa y la lógica del saber colonial.

La región a que referimos como Alta Amazonía es, fundamentalmente, la Amazonía peruana y la ecuatoriana, considerando sus márgenes actuales y, en particular, el espacio donde ambas colindan. Sabemos que esta delimitación no es estricta, ya que muchas de las fuentes, así como los proyectos históricos determinantes para el área, tuvieron su origen en otros sitios; tal es el caso de la rebelión de Juan Santos Atahualpa, ocurrida en la selva central peruana durante el siglo XVIII; la trama cauchera a principios del siglo XX, que se ambienta en diferentes espacios de la Amazonía; o bien acontecimiento como viajes que trascienden los límites geográficos nacionales e imperiales. El foco de estudio, no obstante, estará puesto en

esta Amazonía, por ser un escenario privilegiado para la historia conceptual; precisamente, por su constante indeterminación.

El área no solo está caracterizada teóricamente por su condición abismal, sino que en su geografía se definen abismos, quebradas y elevaciones que dificultaron su acceso e integración o, más bien, los condicionaron. En el caso del Ecuador, la articulación con el espacio se hizo de forma horizontal, de este a oeste, a partir de caminos que permitieron contacto con áreas andinas como Cuenca, Loja y, sobre todo, con Quito, por su cercanía a la cuenca del río Napo (Renard-Casevitz, Saignes y Taylor 1988, 195; Martínez Sastre 2015, 42). En la historia del Perú, en cambio, se puede hablar de un acceso vertical al Amazonas, de sur a norte, pues las ciudades coloniales y republicanas mantenían una mayor distancia; pero esa condición fue superada fomentando la urbanización de diferentes puntos que permitieron en el largo plazo, además de una identidad patriótica, una presencia efectiva y directa en la región (Renard-Casevitz, Saignes y Taylor 1988, 145-46; Espinoza Soriano 2016, 35). Ambas formas de conquista del espacio culminaron forjando una frontera.

Por frontera, además de un límite para el conocimiento de un espacio, nos referimos a un antiguo significado que la Amazonía adquirió en su historia. Desde la conquista se representó la región como poco accesible, resguardada por inmensos precipicios y selvas. Durante los primeros momentos de vida colonial la frontera separó a los reinos cristianizados de los países gentiles; luego, con la ilustración, se configuró como un espacio ajeno a la civilización; supuso para las repúblicas los convulsos límites entre Ecuador y Perú y, por tanto, las guerras del siglo XIX y XX, sin que se terminen de diluir las características históricas que el concepto de frontera adquirió en su periodo colonial (Serje 2005; Lorandi 2014; Santos-Granero y Barclay 2002; Fernández-Salvador 2018).

Las fronteras, no obstante, se pueden atravesar; y ese un tópico fundamental para esta historia. Las formas de acceso, que a su vez permiten la construcción del espacio, y los intercambios —ocurridos desde periodos prehispánicos— evidencian también un conocimiento y una significación sobre el área (Renard-Casevitz, Saignes y Taylor 1988, 187). Cuando sus caudales adquieren profundidad, los ríos se vuelven nodos imprescindibles para la historia Amazónica y su representación. Las estribaciones de la cordillera fueron empleadas como vías de acceso desde los Andes a la Amazonía, y allí, la construcción de carreteras y ferrocarriles atravesó diferentes proyectos históricos (Esvertit Cobes 2015, 141; Sharon 2017, 134).

Y, junto a estas rutas y cultura material, se puede observar la agencia constante de los pueblos indígenas amazónicos, quienes conocen el territorio, tienen una gran movilidad y hacen viajes

de una importante extensión. Sin el desplazamiento indígena y su conocimiento sobre el espacio, los viajes de científicos y agentes de contacto hubieran sido imposibles (Muratorio 1998, 41; Chauca 2015a, 117). Así mismo, tanto las fugas que describen los misioneros jesuitas y franciscanos durante la colonia, los levantamientos como los de Jumandi y Quiruba en el siglo XVI o el de Juan Santos Atahualpa en el siglo XVIII, así como los testimonios indígenas durante las correrías caucheras del siglo XX, pueden alterar e incluso colapsar determinados relatos coloniales y configurar crisis de representaciones.

Esta historia de la Amazonía trabaja desde los conceptos con los que esta región ha sido sucesivamente inventada, descrita, recordada y olvidada. Metodológicamente, observo cómo estos marcos conceptuales —a pesar de sucederse y mantener lenguajes comunes y topónimos similares— tienden a entrar en momentos de crisis, donde se difuminan los significados relacionados a la riqueza moral y material de este espacio. Pese a estas crisis semánticas, dichos significados volverán a ser rescatados, tal como se puede observar en algunas utopías historicistas. Esto explica por qué durante el siglo XIX en Ecuador se revivió la historia de las misiones jesuitas del siglo XVII como la mejor manera de incorporar esta región al entorno nacional. Por su parte, durante el siglo XX, las misiones jesuitas se usaron como una expectativa de justicia para los límites nacionales. Mientras que en el Perú se revivió la tradición inca como la mejor forma de afirmar al gobierno y la soberanía del espacio amazónico a mediados del siglo XX.

La Amazonía no sólo es un tópico de historia, es un concepto. Retomo el presupuesto de la historia conceptual respecto a que, en realidad, todas las *ideas están fuera de lugar* porque, por definición, las ideas son ahistóricas.⁴ Por tanto, debemos abandonar la ‘historia de las ideas’ y trabajar la de los conceptos. La tesis parte de la historia conceptual de Reinhart Koselleck (2012) como sustento teórico y metodológico para el estudio de conceptos históricos; así como de la historia intelectual de Elías Palti (2011), para estudiar los lenguajes políticos que significaron el espacio, tanto como los momentos de vacíos.

Esta investigación ofrece al lector una historia de nombres, descripciones e hipótesis sobre el entorno amazónico, analizados a partir de los lenguajes donde se inscribieron, así como desde una referencia a las crisis y vaciamientos de sentidos sobre la región. Estos aportes se hacen

⁴ En el capítulo 1 de esta tesis trabajo la discusión de Elías Palti con Rodolfo Schwarz respecto a las “ideas fuera de lugar”. Palti discutió la tesis de una dependencia cultural planteada por Schwarz para criticar el liberalismo brasileño como una copia mal lograda del liberalismo europeo. La discusión de Palti se logra atendiendo que los planteamientos del mismo Schwarz se encontraban inscritos en las discusiones literarias de su momento (Palti 2014).

sobre uno de los territorios que más inquietudes ha causado; tanto en diferentes individuos y grupos ambientalistas, ecologistas e indigenistas, debido a su abundante diversidad social y ambiental; en empresas y gobiernos, que encuentran en el espacio una generosa riqueza por explotar; en científicos, a quienes se revelan muchos objetos de estudio. La tesis contribuye a la historia amazónica a partir de la exposición de elementos valiosos para el conocimiento y reconocimiento de los conceptos que se emplearon y, en ocasiones, aún se emplean para su designación; y a partir del esclarecimiento de la ambigüedad que el espacio fronterizo todavía posee para diferentes proyectos contemporáneos.

Las fuentes utilizadas son de un carácter diferente: crónicas, historias, informes, diarios, reportajes, tratados científicos, folletos, discursos, novelas, mapas, atlas y cartas.

Reconocemos el carácter heterogéneo de esas fuentes, en sus objetivos y circulación. No obstante, esta diversidad evidencia al lector la presencia de conceptos comunes y útiles para pensar los proyectos históricos de los diferentes periodos. Vale la pena advertir, también, que estamos conscientes sobre autores que no fueron tratados, y que la tesis quizás tenga un mejor archivo ecuatoriano que peruano. Sin embargo, consideramos que en las referencias se representan correctamente los diferentes proyectos históricos que imperaron en la Amazonía, como se podrá observar en los respectivos capítulos.

En el primer de ellos, abordo las historias amazónicas que permitieron fundamentar esta tesis. Se presentan los conceptos y métodos empleados por la historia conceptual. Para lo anterior, retomo los objetos de estudio y las fuentes de la historiografía amazónica; expongo las contribuciones a la historia de las agencias estatales, científicas y misionales, los estudios de los movimientos milenaristas, de la modernización y de la etnohistoria amazónica.

En el segundo capítulo presento el bagaje conceptual y la agencia de las misiones de Maynas, a partir de los textos de misioneros e historiadores que contribuyeron a nombrar y significar este espacio desde el discurso martirial. Se muestran los debates sobre la Ilustración a partir de la llegada de la Misión Geodésica; además, la manera en que la Ilustración inventó el espacio amazónico como algo externo a la civilización, carente de administración y mal comprendido y, al mismo tiempo, como un espacio con inmensas potencialidades para el comercio y la ciencia. Doy cuenta de la crisis conceptual ocasionada por la expulsión de la Compañía de Jesús y cómo ésta fue superada a partir de planteamientos ilustrados.

En el tercer capítulo analizo los conceptos empleados para nombrar la Amazonía durante los primeros años de las repúblicas de Ecuador y Perú. Explico cómo, desde las agencias de ambas naciones, este espacio fue descrito y comprendido como una selva virgen, pero al servicio de la nación. En Perú, se volvió una prioridad soberana el incorporar la región

mediante expediciones fluviales que edificaran poblados, particularmente, durante el auge del caucho. De parte del Ecuador, analizamos el impacto de una geografía mediada, entonces, por escasas incursiones locales, pero sustentada en imágenes provenientes de la literatura y las expectativas de colonización.

El cuarto capítulo trata el colapso de la economía del caucho y las guerras en la Alta Amazonía. Se observa cómo esa caída ocasionó que en Perú la región deje de considerarse dentro de una trama de progreso, y se la relaciona con la violencia y el terror. Mientras en el caso del Ecuador se abordan algunas de las descripciones de misiones y científicos que buscaban, pero no lograron, integrar ese espacio al entorno nacional. Al final de esta sección, se estudia la guerra colombo-peruana de 1932 y la guerra de Perú y Ecuador de 1941, que abonaron a la construcción de la Amazonía como un espacio usurpado, cercenado y en peligro.

En el quinto capítulo analizo cómo los discursos modernizadores de la posguerra se instituyeron a partir de las inmensas perspectivas de riqueza material en la región. Describo la forma en que esa posguerra, en ambos países, produjo una rememoración de las agencias históricas que abrió paso y dio forma a las expectativas de bienestar ocasionadas por los proyectos viales y petroleros en Perú y Ecuador, respectivamente. En esta sección examino, sobre todo, los discursos y libros de dos mandatarios: el peruano Fernando Belaúnde Terry y el ecuatoriano José María Velasco Ibarra.

Para dar cuenta de lo anterior, en el siguiente capítulo se exponen los fundamentos históricos y metodológicos que nos permitieron avanzar. En resumen, esta investigación busca exponer los fundamentos conceptuales de las agencias que ocasionaron las mayores transformaciones en el orden demográfico, ecológico y cultural de la región.

Capítulo 1. La historiografía sobre la Amazonía

La presente investigación intenta abordar la Amazonía como un nombre y concepto histórico cambiante. No como ‘idea’, tampoco como una realidad resistente, sino como una invención hermenéutica y política con consecuencias materiales y técnicas. Al igual que el concepto de América (O’Gorman 1996) y el de Perú (Thurner 2012), nuestro foco está en un término surgido de una extensa genealogía de nombres y significantes; pero, a diferencia de los mencionados, parece que el sujeto Amazonía se resiste a ser poseído y definido. El objetivo del presente capítulo es exponer la forma como la historiografía ha abordado este objeto-sujeto. Por tanto, en estas páginas la Amazonía será tratada como objeto historiográfico, donde analizamos diferentes historias que nos permiten comprender la región.

En primer término, expongo las concepciones teóricas y metodológicas que me permiten analizar en el tiempo las significaciones de este espacio indefinido y abismal; luego, presento las historias recientes que dan trato a la Amazonía y sus significaciones. Para evidenciar la manera en que se significó la región, parto de exponer mi propio marco teórico. Consiste en recuperar la historia conceptual de Reinhart Koselleck (1993; 2007; 2012; 2013), enriquecida por la historia intelectual latinoamericana que, partiendo de otros objetos de estudio, permite establecer los lenguajes y los términos situados en el nuevo mundo (Palti 2005; 2007; 2011; 2018; Thurner 2012).

Siguiendo a Mark Thurner (2012), se expone la significación del ente Amazonía como la proyección de los sujetos que buscan nombrarlo. Pero, a diferencia del concepto de América como sujeto abismal, observo que quienes escriben sobre el primero no son amazónicos. El sujeto amazónico no tuvo una autoría sino indirecta en la significación de este espacio, más en el sentido de una frontera y una limitante a los proyectos de colonización que en el discurso escrito y plasmado en las fuentes. El presente capítulo da cuenta de los proyectos históricos y las crisis conceptuales intrínsecas a la formación del concepto estudiado; señalo las características que tiene la Amazonía como una invención; parto de reconocer los aportes de la historia conceptual y la historia intelectual para el conjunto de la investigación; por último, advierto la importancia que tienen los conceptos de utopía y distopía para este espacio. Además, planteo que esta frontera es un espejo abismal donde se proyectaron las expectativas de los sujetos que pretendieron darle forma a este espacio difuso.

1.1. Marco conceptual

1.1.1 Historia de los conceptos

En este apartado presento las herramientas de la historia conceptual e intelectual que serán empleadas en los siguientes capítulos. Tomamos la primera como punto de partida, revisamos su diferencia con la historia de las ideas y sus contribuciones para tratar los espacios de experiencia y los horizontes de expectativa. Posteriormente, exponemos aspectos claves de la historia intelectual en discusión con la concepción de ‘las ideas fuera de lugar’, y algunas diferencias entre ésta y la historia conceptual.

La historia conceptual o de los conceptos (*begriffsgeschichte*) aborda el uso de conceptos derivados de un momento histórico. A diferencia de la historia de las ideas, que parte de la premisa platónica de ideas que no cambian, aquella contempla los significados históricos de acuerdo con los lenguajes en los que fueron inscritos. Un ejemplo puede ser el término Amazonas, que sufrió diversos cambios respecto de su origen griego, y resultó muy diferente una vez aplicado al contexto americano y amazónico. La historia de los conceptos de Koselleck brinda un buen marco para analizar estas transformaciones.

Reinhart Koselleck (2012) buscó comprender cómo surgen los conceptos, cómo son utilizados dentro de la lógica de su época y se transforman con el paso del tiempo. Sus aportes enriquecen la presente investigación en sentidos teóricos y metodológicos. El autor constituyó su perspectiva disciplinar siguiendo la tradición filosófica e histórica alemana que atiende los significados hermenéuticos e historiográficos. A pesar de las evidentes distancias entre los conceptos que estudia para el entorno europeo con los temas concernientes a la historia de la Amazonía, como la noción de crisis, de tiempo o de ilustración, su metodología es pertinente para observar los cambios de discurso, las crisis de conceptos y los usos hermenéuticos.

La perspectiva de Koselleck (1993) enriquece este trabajo en tres formas: 1) la primera consiste en retomar la noción de espacio de experiencias, que se emplean para explicar la memoria histórica y el tiempo; 2) junto a lo anterior, la noción de horizonte de expectativa aporta a la comprensión de los futuros pasados, perspectivas presentes en las diferentes épocas y que en Amazonía se vinculan el hacer este espacio ; 3) los conceptos de modernidad y de progreso son útiles para los proyectos amazónicos y para la significación de este territorio, tanto en Ecuador como en Perú. Sin embargo, entre algunos aportes del autor alemán, este diálogo supone una tensión derivada de la distinción que adquiere la modernidad en el mundo americano; que, como veremos en los siguientes capítulos, será fundamental en el contexto amazónico para diferentes proyectos históricos.

Para Koselleck (1993, 292), la expresión alemana *Neuzeit* –o tiempo nuevo–, equivalente a modernidad, supone una ruptura con la antigüedad o el antiguo régimen hacia finales del siglo XVIII. Lo significativo de ésta será una nueva forma de percibir el tiempo histórico: comienza a asumirse una idea de historia en sí que diverge de la de un plan preconcebido; la percepción del tiempo será guiada por conceptos de progreso y prognosis que implican una ruptura con el pasado; se gesta una sensación de aceleración de los cambios sociales. Finalmente, como consecuencia, estos abrirán “el abismo entre la experiencia precedente y la expectativa venidera. Crece la diferencia entre pasado y futuro, de manera que el tiempo en que se vive se experimenta como ruptura” (Koselleck 1993, 321).

El abismo que el autor señala para la modernidad es permanente dentro de la Amazonía. Se presenta de manera prematura durante la expedición de Francisco de Orellana, toma forma plena con los proyectos ilustrados y se extiende con el paso del tiempo hasta nuestros días. El abismo entre horizontes de expectativa y espacios de experiencia es lo que vuelve evanescente la significación de la Amazonía y lo que condiciona su carácter de frontera abismal: significada con frecuencia por las expectativas de un futuro de exuberantes riquezas, pero también por experiencias de fracaso y sufrimiento. Precisamente en ese desfase entre la prospección y la memoria fue determinante en la significación del espacio amazónico.

Otro concepto estudiado por Koselleck es el de utopía, que también resulta consonante con el objeto de esta tesis por las muy variadas publicaciones que tratan las utopías amazónicas. De acuerdo con el autor, este refiere tanto a un género literario como a la isla que no tiene lugar. Se interesa por el carácter futurista de la utopía que se gesta a partir de Louis-Sébastien Mercier en una novela ucrónica publicada en 1771 (Koselleck 2012, 174). Cabe añadir que la utopía en Koselleck responde a la era de los grandes descubrimientos, pero la historiografía amazónica la emplea para diferentes momentos históricos.

Koselleck plantea que la historia conceptual es de larga duración (Koselleck 2013, 35-36, Cheirif Wolosky, 2017, 94). Esta perspectiva temporal que aborda macro procesos para situar cambios lingüísticos coincide con el corte temporal de muchos de los trabajos de historia amazónica, que posiblemente tuvieron la influencia de Ferdinand Braudel (1984). De esta forma, la historia conceptual puede converger con las diferentes historias amazónicas que retoman la perspectiva de larga duración dónde se distinguen las estructuras sociales y las agencias. Estos cambios al mismo tiempo se reflejaron en cambios conceptuales de acuerdo al método de Koselleck,

Es conveniente observar las contribuciones y rupturas que trae la nueva historia intelectual. De acuerdo con Elías Palti (2014), en la historia de las ideas latinoamericanas, éstas fueron habitualmente tratadas como una “serie de refracciones” de los modelos europeos, que se presentan como tipos ideales. Los sistemas de pensamiento locales aparecieron siempre incompletos y aplicados fuera de su contexto (europeo), como derivaciones cuyo interés apenas consistiría en la forma en que se diferencian de su contraparte original (Palti 2014, 9).

Elías Palti sostiene que las contribuciones conceptuales americanas poseen un alto grado de originalidad, y en muchas ocasiones tuvieron impacto global; por ejemplo, el concepto de lo político o las definiciones de república, soberanía, pueblo y revolución, entre otras (2018 125). En varios textos, el autor ha tratado las diferencias entre la historia de las ideas y la historia intelectual. Para esta tesis resultan especialmente explicativas sus discusiones con Roberto Schwarz, quien publicó en 1973 un texto conocido como “Las ideas fuera de lugar”.⁵ El texto buscaba contribuir a la historia de las ideas de América latina desde el marco conceptual de la teoría de la dependencia.

En la discusión con el texto, el planteamiento de Palti es sutil: toma distancia de las conclusiones de Schwarz, pero parte de su pregunta sobre el lugar de las ideas en el continente y su relación con los lugares donde fueron producidas. Schwarz consideraba diferentes elementos del liberalismo, del marxismo y de la misma teoría de la dependencia —a la que adscribe— como adaptaciones locales sacadas de su contexto europeo y forzadas en el americano; el autor observó cómo las ideas generadas en los espacios metropolitanos fueron adoptadas en una periferia dependiente, también en términos ideológicos.

Palti comprende que las conclusiones de Roberto Schwarz se enmarcan en una discusión literaria y están permeadas, precisamente, por el andamiaje conceptual de su momento, asociado a la historia de las ideas y la teoría de la dependencia. Schwarz señalaba que las ideas englobadas dentro del liberalismo se encuentran dislocadas. No obstante, para Palti esta perspectiva es ahistórica, pues a pesar de que “surge originalmente como un intento de historización ‘contextualización de las ideas’, el mismo marco de la historia de las ideas tiene un límite, pues las ideas ‘son ahistóricas’ por definición” (Palti 2014, 11). En este sentido, también las ideas europeas tienen una dimensión dislocada, a pesar de mantener el carácter pragmático de las funciones del lenguaje.

⁵ El texto de Roberto Schwarz fue publicado originalmente en Brasil como “As idéias fora do lugar” (Schwarz 1973).

Acto seguido, Palti propone reconstruir el contexto pragmático en el que se aplicaron los conceptos de manera similar a los planteamientos estructuralistas, pero centrando el análisis en las dimensiones históricas y los lenguajes del momento. Esta propuesta se encuentra ya enunciada –de forma contradictoria– en Schwarz, quien emplea el concepto de ‘ideas parcialmente siempre desencajadas’. Palti, por su parte, propone como alternativa “una historia de un segundo orden de ideas, en fin, una historia de los lenguajes y sus modos de articulación, circulación y apropiación social” (Palti 2007, 306). De hecho, la historia intelectual tiene, precisamente, como uno de sus puntos de partida explorar el sustrato político y las tensiones en las que surgen los conceptos, para dar cuenta de los lenguajes políticos:

Un lenguaje político no es un conjunto de ideas o conceptos, sino un modo característico de producirlos. Para reconstruir el lenguaje político de un período, no basta pues con analizar los cambios de sentido que sufren las distintas categorías, sino que es necesario penetrar la lógica que las articula, y cómo se recompone el sistema de sus relaciones recíprocas (Palti 2007, 17).

Abordar los lenguajes políticos que componen los proyectos históricos requiere también dar cuenta del “suelo de problemáticas” en el que se dan. Para comprender la historia amazónica, por ejemplo, se pueden observar estos conceptos relacionados a la historia de las sociedades andino-costeras. Por tanto, pretendemos integrar la historia de los conceptos y los lenguajes políticos.

De esta forma, la nueva historia intelectual de Palti adquiere elementos metodológicos de Koselleck y su historia conceptual, aunque también está enriquecida por la perspectiva de Skinner y la escuela inglesa, que fue concebida en relación con la lingüística, y por las lecturas de Michel Foucault y su genealogía (Foucault 2006). Pero la historia intelectual tiene la ventaja de haber sintetizado muchas de las contribuciones de la historia del pensamiento latinoamericano, de la mano de historiadores como Leopoldo Zea, Tulio Halperín Donghi o José Sazbón, entre otros cruciales en el establecimiento de nuevos campos de estudio.

Las contribuciones de la Nueva Historia Intelectual de América Latina desarrollada por Palti se encuentran precisamente en lograr que los conceptos que surgieron de la historia intelectual americana no se perciban simplemente como refracciones, cuya originalidad reside exclusivamente en una aplicación creativa. En este modelo, se propone ir más allá del contenido de los discursos para dar cuenta de los problemas y contingencias que atraviesan esos discursos. En palabras de Rafael Polo, "se busca analizar cómo se fueron estructurando los lenguajes políticos a lo largo de un período de tiempo". Por lo tanto, esta historia busca "reconstruir las trayectorias donde se definen y redefinen los lenguajes políticos, los distintos

contextos de enunciación, como el campo de fuerzas que los ha hecho posibles" (Polo, 2020, 51). En este sentido, en esta tesis no solo se observará la forma en que se describió la Amazonía, sino también cómo estas descripciones están inmersas precisamente en proyectos políticos y disputas por inventar el espacio.

Tanto la historia conceptual como la intelectual se refieren a las crisis de significación, que son una característica fundamental en la historia amazónica. Koselleck, por ejemplo, menciona la pérdida de horizontes de inteligibilidad asociados a un cambio discursivo. Según este autor, la modernidad supuso un cambio social que llevó a una aceleración en la que la realidad histórica quedó desvinculada de la realidad lingüística. El concepto de crisis aquí se utiliza para evidenciar esta disrupción (Koselleck 2007; Svampa 2016).

Por su parte, Elías Palti retoma el concepto de crisis de Koselleck para abordar la crisis del marxismo que se presentó después de la caída del Muro de Berlín. Esta crisis no se puede entender ni desde la historia conceptual ni desde las mismas teorías marxistas de la "crisis general" (Palti 2005). El autor propone comprenderla a través del enunciado nietzscheano de experiencia abismal. A partir de sus lecturas, Palti ejemplifica la crisis de la cosmovisión azteca que supuso la conquista, entendida como cataclismo cósmico que rompió un horizonte de inteligibilidad que abarcaba, aparentemente, todas las certezas (Palti 2005, 19). La crisis conceptual a la que se refiere Palti no se trata solo de la pérdida de sentidos de ciertos conceptos, sino del impacto de circunstancias históricas que conllevan al colapso de modelos teleológicos de pensamiento histórico (Polo, 2014, 30).

La construcción de historias a partir de crisis de inteligibilidad no es un problema ajeno a la historia intelectual en América latina. En el siguiente apartado retomamos los planteamientos de Edmundo O'Gorman para comprender la historia del concepto de América y de Mark Thurner quién dio cuenta del concepto de Perú.

1.1.2 La invención de la Amazonía

El ser Amazónico no es una entidad que antecede a los proyectos históricos que se desplegaron en este espacio, sino que es una consecuencia de ellos. En este apartado expongo historias y teorías que nos permiten aproximarnos a su significación.

El trabajo de Edmundo O'Gorman (1996) es un parteaguas en la historiografía mundial. Su incursión en la obra de Heidegger, con la guía del filósofo y traductor José Gaos, les permitió adoptar un marco filosófico y hermenéutico que lo llevó a rechazar el positivismo imperante en la academia mexicana (O'Gorman 1946). Su principal texto –tesis de graduación y, luego,

libro– fue *La invención de América*. En este aplicó un método historiográfico o historicista para indagar, en crónicas e historias, las verdades y significaciones históricas sobre el continente americano. Esta investigación expuso la inexistencia de un ente América previo a la conquista; por tanto, su intención fue conocer y reconocer las verdades históricas que permitieron la invención de América.

El concepto de Amazonía –que tomará forma en el siglo XX– está relacionado con varios conceptos históricos, cuya genealogía es necesario reconocer. Retomamos las nociones de conocimiento y reconocimiento de Edmundo O’Gorman (1946), para quien solo es posible “la comprensión histórica” en la medida en que se enmarque en un conocimiento que no oculte, sino que exponga, “la estructura de la existencia humana” a partir del “reconocimiento” de que las verdades son históricas (O’Gorman 1944, 222).

Edmundo O’Gorman en sus obras *La Invención de América* (1996) y *El Porvenir de la ciencia histórica* (1946) expuso la construcción del ‘mito del piloto anónimo’ que descubrió América antes de Colón. Éste, finalmente, fue desechado como una mentira por la historiografía positivista. Sin embargo, en su momento era considerado como una verdad para justificar la agencia del viajero Cristóbal Colón como el descubridor de América.

O’Gorman argumenta que para adecuar el continente físicamente a un ente imaginario que aún no tenía forma y era desconocido, la leyenda del piloto anónimo fue una de las verdades que permitieron perfilar el concepto de “descubrimiento de América”. El autor discute con los historiadores de raigambre positivista y con la historiografía tradicional, porque asumieron la verdad del descubrimiento de América como algo dado. Tradicionalmente, esta verdad se sostuvo en la premisa ontológica y hermenéutica de que el continente “se trata de un ente cuyo ser es descubrible y que de hecho fue descubierto” (O’Gorman 1996, 21).

Para el autor mexicano, la verdadera historia científica reconoce al pasado como “nuestro o humano”, y se hace “en contra de los historiadores científicos” (1946, 196). A partir de Heidegger, O’Gorman critica la disciplina que refiere a un pasado cosificado, ya que conduce a la ocultación del pasado. En la medida en que este aparece como algo abstracto, objetivado y carente de vínculos con el historiador, la verdadera ciencia a la que este autor llama la historiología consiste en “mostrar y explicar la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro” (O’Gorman 1946, 270).

Esto significa exponer y evidenciar las contradicciones y la construcción de significados más allá de buscar la verdad ‘objetiva’ de los hechos (O’Gorman 1946, 203). Con relación a esta indagación ontológica, O’Gorman observa por primera vez que el enunciado “Colón descubrió América” se sustentó en el ocultamiento de las contradicciones consistentes en que

el marinero europeo nunca se percató de haber realizado ese acto, ni se entendió en su momento al descubrimiento como tal, ni existía el significado de América. En su posterior trabajo, tratará con más detalle el conocimiento historiográfico sobre la llegada al continente, que será el tema principal de su libro *La invención de América* (1996).

La invención de América, al igual que la historia conceptual de la Amazonía, trata sobre un ente vacío o abismal y sobre un largo proceso de significación. O'Gorman describe que el descubrimiento se afirmó en asumir la validez sesgada de determinados mitos y verdades que apuntaron, en definitiva, a reconocer a América como una "cosa en sí". Por tanto, como un ente con un ser descubrible y descubierta, como una entidad cosificada, donde la misma historiografía planteaba el olvido de la historia. Su propuesta fue volver a concebir la historia de estas significaciones:

Y en efecto, no es difícil ver que si se deja de concebir a América como algo definitivamente hecho desde siempre que, milagrosamente, reveló un buen día su escondido, ignoto e imprevisible ser a un mundo atónito, entonces, el acontecimiento que así se interpreta (el hallazgo por Colón de unas regiones oceánicas desconocidas) cobrará un sentido enteramente distinto y también, claro está, la larga serie de sucesos que le siguieron. [...] En una palabra, la gran suma total de la historia americana, latina y sajona, se revestirá de una nueva y sorprendente significación. [...] Porque, así, los acontecimientos no aparecerán ya como algo externo y accidental que en nada pueden alterar la supuesta esencia de una América ya hecha desde la Creación, sino como algo interno que va constituyendo su ser, ondeante, movable y perecedero como el ser de todo lo que es vida; y su historia ya no será eso que "le ha pasado" a América, sino eso que "ha sido, es y va siendo" (O'Gorman 1996, 20).

El término América no surgió de un descubrimiento, sino de una invención que pretendió nombrar a un Ser y proyectar sobre éste los deseos del hombre del Viejo Mundo, originando una historia donde esta significación cambiaría conforme se constituía ese ser. No se trató de un ente descubierta, sino inventado. El trabajo de O'Gorman expuso cómo se gestó esa invención, primero europea y luego americana. En este sentido, opera buscando el conocimiento sobre ese proceso y el reconocimiento de las verdades que fundamentan la idea de descubrimiento, que terminó imperando.

El autor realiza una contribución a la historia conceptual. Sin embargo, para la historia contemporánea resulta insuficiente; por ejemplo, para dar cuenta de realidades coloniales y

poscoloniales donde los agentes locales intervienen en la disputa nominal y en la significación. En este sentido, es pertinente retomar los trabajos de Mark Thurner (2012) quién retoma algunas de las premisas de O’Gorman, y agrega voces que discuten la etnohistoria peruana en la invención del nombre Perú.

Thurner (2012) investigó el origen del nombre en relación con los deseos de conquista de este inmenso espacio abismal. La historia peruana fue un tema al que el autor ya había dedicado tiempo. Primero, a partir de comprender los republicanismos indígenas del siglo XIX, investigación que le permitió un amplio conocimiento sobre los archivos y bibliotecas del país. Luego, fue parte de las discusiones relativas a la historia de la ciencia y la historia intelectual de América, éstas le brindaron elementos sobre la historia de la historia del Perú.

Thurner dialoga con las preguntas y la metodología de Edmundo O’Gorman, y a partir de las inquietudes derivadas de discusiones filosóficas recientes sobre la historia global, los estudios decoloniales y el archivo peruano. De este conjunto de fuentes, deriva las siguientes preguntas:

¿Qué es aquello que aún no es nombrado y que como vacío o abismo demanda que se le asigne un nombre propio (“América” o “Perú”) y un pronombre con género? [...] ¿qué hay en un nombre propio que marca no solo la proyección del deseo imperial, y no solo la “necesidad hermenéutica” de la verdadera escritura de la historia, sino también, en el tiempo, el amado objeto de “conocimiento” y “re-conocimiento” para el sujeto colonizado o el así nombrado (es decir, para “americanos” y “peruanos”)? (Thurner 2012, 25).

El autor refiere a Jacques Rancière por ver la importancia de un nombre propio en la historia, y por reconocer a la historia como homonimia (Thurner 2011, 21) cuando este adquiere la forma de un sujeto. Ello supone, precisamente, el objeto de estudio de Thurner: el nombre del Perú, que es el objeto-sujeto de su obra.

El texto de Mark Thurner posee características particulares. Es lo que Hayden White (1992) llamó metahistoria, es decir, la síntesis de las diferentes tramas y narrativas que poblaron la imaginación histórica acotada a Europa en el siglo XIX. Thurner, por su parte, realizó una metahistoria del Perú, que lo reveló como una de las centralidades globales. Por este motivo, gran parte de su bagaje teórico se encuentra relacionado, además de los referentes mencionados con historiadores peruanos.

El nombre del Perú “no es solo un espejo del deseo” de los conquistadores –explica el autor a partir de la tradición intelectual de O’Gorman– “sino también la marca de un violento acontecimiento de ausencia que invalida proyección de este” (Thurner 2012, 25). Por eso, la historia de la nominación del país como un hecho peruano, y al mismo tiempo global, es el tópico central de su trabajo.

El concepto de Amazonía es diferente, no refiere a un nuevo ente continental (América), ni a un país (Perú), sino a un espejo abismal del imaginario del Viejo Mundo que pronto adquirirá atribuciones de un conjunto de utopías y riquezas; al tiempo que atrae a los agentes imperiales, y posteriormente republicanos, con expectativas de subyugar, cultivar y convertir ese espacio. A diferencia del Perú, la invención y significación de la Amazonía nunca estuvo plenamente acabada, en la medida que no observamos en nuestro periodo de investigación la emergencia de un sujeto amazónico real con capacidad de aportar y definir este espacio abismal. A pesar de que América funge como espejo de Europa, lo determinante de esa invención no son los deseos y proyecciones del Viejo Mundo; no en mayor medida que el de las sociedades andino costeras americanas. Sin embargo, sí hubo entidades, imaginarias o no, que determinaron el nombre de este espacio y la imaginación global con su agencia: las amazonas.

1.1.3 Las amazonas y el nombre

Las amazonas, como sujeto imaginado por los conquistadores, nos muestran la primera experiencia abismal del mundo ibérico en su contacto con este espacio. No obstante, esta fue precedida por una larga serie de interacciones incas con esta región.

Antes de que la Amazonía adquiriera ese nombre, fue llamada *Ante o Anti*, que en *kichwa* significa ‘oriente’. Así quedó registrada esta inmensa región en las crónicas de Cieza de León. Y, sustentado en la nominación *kichwa* sobre el este del incario, el término oriente sigue siendo usado por el lenguaje cotidiano en Ecuador y Perú para nominar el espacio amazónico en las sociedades andinas (Cieza de León [1553] 2005, 245, Renard-Casevitz, Saignes, y Taylor 1988, 5). El término oriente tuvo y tiene un gran peso semántico para referir este espacio geográfico dentro de la zona de influencia histórica inca. Sin embargo, para pensar el conjunto amazónico en perspectiva global, se emplea el nombre Amazonía.

Como es bien conocido, este nombre deriva de amazona, del latín *Amāzon*, a su vez del griego antiguo *Ἀμαζών*. Estas palabras designaron a mujeres guerreras de la mitología griega que se amputaban el seno izquierdo para manejar el arco, y que fueron encontradas en otros

contextos espaciales durante la Edad Media, el Renacimiento y en diferentes lugares durante la conquista de América. Pero la localización de estas mujeres guerreras en las selvas y ríos suramericanos comenzó con los testimonios de Fray Gaspar de Carvajal (Carvajal 1894). Fue un cronista presencial de la primera navegación del río Amazonas, a cargo de la expedición de Orellana en 1542, que sería el acontecimiento fundacional que nominó ese espacio. Su manuscrito apareció publicado por primera vez –con ligeras modificaciones– en la *Historia General de las Indias* de Fernández de Oviedo (1855, 574), y luego fue publicado por el erudito chileno Toribio de Medina (Carvajal 1894).

El motivo de la expedición fue enunciado por Carvajal: la canela (Carvajal 1894, 3). Encontrar el país de la canela fue entonces una prioridad. De hecho, esta región adquirió desde muy temprano el nombre de esta especie, de la cual se esperaba encontrar bosques enteros; también en el espacio había expectativas de hallar el reino del Rey Dorado, con inmensas riquezas auríferas (Fernández de Oviedo 1855, 383). Desde entonces, la riqueza de esta región ha sido motivo de debate e indagación, al formar parte de la imaginación europea y americana.

En la relación descrita por Carvajal observamos que las amazonas se retratan a partir de tres testimonios y un avistamiento en contexto de batalla. Desde el primer testimonio son retratadas como poseedoras de grandes riquezas (Carvajal 1894, 15). En el segundo, se indicó que regentaban muchos pueblos, de los cuales recibían plumas de papagayo y guacamayos para forrar los techos de sus casas (Carvajal 1894, 49).

Un tercer testimonio se presenta después de un enfrentamiento con las guerreras y durante un interrogatorio en la recientemente fundada provincia de San Juan. En esta ocasión, se detalla un sistema de vida y de gobierno similar al proveniente de las amazonas griegas. Según el indígena capturado, llamado *Coyngo*, las guerreras residían tierra adentro –y no en el gran río, como después se concluyó–; su reino abarcaba cerca de sesenta pueblos “de piedra y con puertas”, capturaban hombres para poder concebir niñas, y si eran niños los mataban. Así mismo, *Coyngo* dijo que la reina de las amazonas se llamaba *Coñori*; se mencionó que disponían de abundantes joyas y trastes de oro y plata, que tienen tierras domesticadas donde emplean animales grandes como camellos, y que este reino era el primero de muchos llenos de riquezas prodigiosas (Carvajal 1894, 68-69).

El avistamiento directo descrito por Gaspar de Carvajal se dio mientras llegaban los españoles a una población; aquí el relato muestra un embotellamiento de emociones. Los españoles se

emocionan al ver un gran poblado. Los indios, vasallos de las Amazonas, se rieron y burlaron de los conquistadores y aparentemente pretendieron prenderlos; iracundos, los españoles castigan las burlas con arcabuces y ballestas, empleados “para que sepan que teníamos con qué ofender” (Carvajal 1894, 58). Los indígenas se organizaron y contraatacaron, esta vez bajo el mando de diez o doce Amazonas, descritas por Gaspar de Carvajal de la siguiente manera:

Estas mujeres son muy blancas y altas, tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza y son muy membrudas y andan desnudas en cuero, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas, en las manos haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo mujer destas que metió un palmo de flecha por unos de los bergantines y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín (Carvajal 1894, 50).

En el relato, las Amazonas funcionan como un espejo para los conquistadores, en el que ellos se entienden como descubridores de nuevos reinos, en donde tienen formas antinómicas las relaciones entre géneros; poblados por diferentes peligros y objetos de deseo, donde los españoles se presentan a sí mismos como oponentes capaces de conquistarlos. Al igual que en el caso de las míticas Amazonas en el relato de Heródoto, estas sirvieron para proyectar el ser europeo como un espejo de alteridad; también rompían la dicotomía de matrimonio y guerra, donde se invierten los roles de hombre y mujer, y con esto representaban una alteridad mayor para su ser y, por tanto, para proyectar el propio ser (Hartog 2003, 216-217). Siguiendo la propuesta de Hartog (2003), podemos encontrar un elemento común entre Heródoto y Carvajal; el cual consiste en “poner un nombre” a la historia y asumir con esto una paternidad posterior. De ahí en adelante, para la historiografía amazónica y las discusiones sobre la existencia de estas mujeres, el diario y la autoridad de Gaspar de Carvajal serán materia de disputas y referencias obligatorias. Podemos afirmar que este cronista es el padre de la historia amazónica, y las Amazonas no son un mito en su relato, sino son una “verdad histórica” en el sentido de O’Gorman (1996, 21).

Pero esta verdad histórica tampoco se asumió como verdadera por todas las partes, fue impugnada desde muy temprano; incluso antes de que la crónica fuese publicada, cuando estas noticias circulaban a partir de las narraciones orales. Uno de los críticos más profundos fue Francisco López de Gómara (1978), quién refirió como “disparates” las noticias de las Amazonas. Para López de Gómara, que las mujeres usen armas no tenía nada de extraño, pues había referencias de esto en muchos lugares en las Indias; pero afirmaba que no era verídico que una “mujer se corte o queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy

bien”, así como tampoco le parecía convincente que maten o destierren a sus propios hijos, “ni que vivan sin maridos, siendo lujuriosísimas” (1978, 171). Finalmente, este cronista sentenció que “otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas después que se descubrieron las Indias y nunca tal se ha visto ni se verá tampoco en este río”. No obstante, el mismo López de Gómara detectó que en su momento ya muchos refirieron el río como Amazonas, aunque él prefirió el término río Orellana (López de Gómara 1978, 131).

No es casualidad que el nombre de este espacio haya nacido con un estigma de falsedad. Gaspar de Carvajal, junto con Orellana, fueron acusados en tribunales por traición. De hecho, la primera publicación íntegra del diario, a cargo de Toribio de Medina, se da junto a varios legajos de documentos en disputa, donde Orellana y varios de sus acompañantes presentaron declaraciones afirmando la inocencia frente a la demanda de traición presentada por Gonzalo Pizarro.⁶

Posteriormente, como explica Roberto Chauca, la nominación del río formará parte de las disputas corográficas de franciscanos y jesuitas (Chauca 2015a, 33); los primeros, invocando que el nombre sea San Francisco, a partir de la nominación que puso a éste el gobernador portugués Jacome Raimundo de Noroña en 1636, en honor a la temprana expedición de seráficos en la región (Maldonado, [1640] 1942, 5, De la Cruz [1651] 1942, 23). Por su parte, los jesuitas afirmaban los nombres tradicionales: río Amazonas o de Orellana.

En el origen de esta disputa participó uno de los autores jesuitas más estimados para la historia de este espacio, tanto por sus descripciones como por su estilo: Cristóbal de Acuña. Se reivindicó como segundo descubridor y, quizás, como una fuente de autoridad empleada a futuro. Acuña dio veracidad al relato presentado por Orellana. De acuerdo con sus propias indagaciones, afirmó como verdaderas las noticias de las amazonas, según él presentes a lo largo de todo su recorrido y referidas por una gran diversidad de naciones desde que se internó en la región. Para el jesuita no era creíble que “se pudiese una mentira haber entablado en tantas lenguas y en tantas naciones, con tantos colores de verdad” (Cristóbal de Acuña 2009 [1641], 92).

⁶ Conviene observar que la presencia de las Amazonas también llegó al teatro español desde muy temprano: Tirso de Molina (2006 [1635]), en su obra *Amazonas en las Indias* relata la historia de Gonzalo Pizarro en su exploración. Aquí, el antagonista Francisco de Orellana es tratado como un traidor, mientras Gonzalo Pizarro logra seducir a la reina de las amazonas, quien lo ayuda a regresar a Quito. La obra de Tirso de Molina inaugura una genealogía de mucha importancia para esta tesis, que da cuenta de la aparición de la Amazonía en la literatura.

Acuña fue comisionado para acompañar en su retorno a Pedro de Teixeira, portugués que arribó a Quito navegando por el Amazonas y el Napo, río arriba, en 1637. Teixeira partió en 1639; con Cristóbal de Acuña ideó el proyecto de reducciones jesuitas en la Amazonía, del viaje quedó una descripción basta del territorio por el que atravesó la expedición. El jesuita buscó presentar una perspectiva fidedigna de ese “dilatado imperio” que era llamado Amazonas y, al mismo tiempo, comenzó la institucionalización de una de las utopías más conocidas de la región: las reducciones jesuitas. Una de las motivaciones de este viaje fue informar sobre el lugar, en el marco de incursiones de piratas flamencos en la desembocadura del Amazonas, la accesibilidad a Quito que demostró el viaje de Teixeira creaba temor a la ciudad.

Asimismo, era evidente la imposibilidad de lograr una conquista similar a la de las serranías tras las sublevaciones de Bracamoros y Quijos⁷, que ocasionaron la crisis del sistema de reducciones y repartimientos en estas provincias, junto al colapso administrativo y económico en la región. La exploración de Acuña combinó el temor ocasionado por posibles amenazas, con la necesidad de una respuesta a la destrucción ocasionada por los levantamientos.

En que una de las principales cosas que se aseguran era el estar poblado de una provincia de mujeres guerreras, que sustentándose solas sin varones, con quienes no más de ciertos tiempos tenían cohabitación, vivían en sus pueblos, cultivando sus tierras, y alcanzando con el trabajo de sus manos todo lo necesario para su sustento (Cristóbal de Acuña 2009, 92).

Este género de mujeres se puso en discusión desde los primeros avistamientos de Orellana. Para Acuña era comprensible esta sociedad dentro del conglomerado de naciones, y a pesar de que estaba al tanto de las objeciones a su existencia, sentenció que “los fundamentos que hay para asegurar la provincia del Amazonas en este río son tantas y tan fuertes que sería una falta de fe no darles crédito” (2009, 92).

A partir de este momento la historia y la historiografía adquieren diferentes formas para nominar y significar este espacio abismal. Observamos un primer momento de disputa por el origen del río, y su nominación, de parte del gobierno jesuita y la ilustración; un conjunto de historias que se despliegan para referir a los mitos (o utopías) revisitados por la influencia de las amazonas. Estos dos temas son los materiales que paso a describir en los siguientes apartados.

⁷ Sublevaciones que atacaron las ciudades amazónicas de Ávila, Tena y Archidona en la cuenca del río Napo y destruyeron las ciudades de Logroño de los Caballeros y Sevilla de Oro en la cuenca del río Upano.

1.2. Estado del arte

1.2.1 Amazonía colonial: una historia entre la ciencia y la utopía

La significación de la Amazonía opera en dos sentidos durante los primeros años de historia colonial: como búsqueda de certezas y como proyecto histórico. En coherencia con lo anterior, su historiografía puede entenderse a partir de dos corrientes convergentes, una dedicada a la historia del conocimiento y la ciencia; la otra, aplicada a las agencias amazónicas y las expectativas míticas y utópicas. Aunque somos conscientes de que ambos procesos ocurren al mismo tiempo, esta división nos permite analizar dos tipos de narrativas.

1.2.2 Amazonía como proyecto científico

Ana Pizarro reconstruye diferentes imaginarios incluyendo los que provienen de la ciencia, en su obra "Amazonía. El río Tiene Voces: Imaginario y Modernización," ofrece un análisis que se vale de la genealogía de para entender los mecanismos de poder y conocimiento que han dado forma a la región. La autora no se limita a una sola fuente de información o punto de vista; analiza crónicas de conquistadores, voces indígenas contemporáneas y trabajos académicos para ofrecer un retrato completo y múltiple de la Amazonía. Al utilizar el enfoque foucaultiano, Pizarro puede destacar no sólo las narrativas que han sido dominantes, sino también las que han sido marginadas o silenciadas. En este contexto, Pizarro aborda la Amazonía como una "frontera cultural dinámica", especialmente en términos de su ubicación entre Hispanoamérica y Brasil. Pizarro presta una atención significativa a las voces indígenas y campesinas en su relato.

En relación con el Amazonas, el historiador Roberto Chauca investigó el origen toponímico del gran río durante los siglos XVII y XVIII. A partir de la contraposición de la cartografía jesuita y franciscana, y los respectivos archivos que dan cuenta de la agencia de ambas órdenes, plantea que el concepto de Amazonas tiene un significado plurívoco, al ser atribuido históricamente a múltiples entidades fluviales (Chauca 2015a, 43). El autor observó que existe una "ambigüedad conceptual" que pretendió ser resuelta por los misioneros a partir de su bagaje intelectual y su capacidad de abstraer los saberes de los indígenas locales, y a través de la construcción de redes científicas entre los espacios urbanos y selváticos (Chauca 2015a, 28).

La tesis de Chauca nos permite reconocer los conflictos y competencias por la significación cartográfica de un nombre plurivalente. No obstante, este carácter plurivalente y ambiguo es

el punto de partida para la creación de conocimiento sobre la región, a partir del establecimiento de redes científicas donde participan misioneros, indígenas y entidades burocráticas. De hecho, Chauca elige el concepto foucaultiano de ‘heterotopía’, empleado sobre aquellas palabras que no se pueden nombrar sin socavar los dominios del saber (Foucault 1985; Chauca 2015a, 46). Esta noción resulta sugerente. De acuerdo con Foucault (1999), a diferencia de las utopías, las heterotopías son espacios reales, pero diferentes al resto; operan como un espejo donde la imagen de quien lo mira se vuelve real sólo cuando se refleja en un espacio virtual, pero –al mismo tiempo– irreal, puesto que requiere de ese espacio distante para que la propia imagen sea percibida (Foucault 1999).

Una contribución significativa del trabajo de Roberto Chauca es que, a pesar de percibir y evidenciar el carácter ambiguo del espacio amazónico y su nominación, observa cómo este fue gradualmente superado durante el periodo colonial y los primeros años de vida republicana a partir del conocimiento científico, que es descrito en crónicas, diarios, mapas y diferentes fuentes. El autor realizó una lectura científica de los autores que construyeron nombraron el Amazonas e investigaron su curso.

Chauca observa cómo los jesuitas, luego de su expulsión –que en efecto causó un grado de crisis para los proyectos científicos– fueron reemplazados por un “imperio fluvial franciscano” y por las diferentes incursiones de los primeros años de vida republicana. Estas contribuciones permiten comprender el saber científico de los proyectos misionales, imperiales y republicanos emplazados en la Amazonía. Por tal motivo, esta historia se contrasta con los estudios fuera del periodo analizado por el autor, donde se observa el grado y rango que significó en los cambios discursivos la crisis cauchera de principios de siglo XX y las guerras fronterizas, que si bien no suponen el colapso de los descubrimientos científicos de la zona, sí dan lugar a un cambio de lenguajes políticos y presentan una nueva narrativa heterotópica, como observará Michael Taussig. Allí, los mismos agentes de la civilización, que se presentaban como herederos de la tradición ilustrada, pasan a ser considerados parte de la barbarie (Taussig 1993, 65).

La historiadora Carmen Fernández-Salvador, en su libro *Encuentros y desencuentros en la frontera imperial*, presenta una lectura similar a la de Chauca, donde destaca la contribución jesuita del siglo XVII a la cartografía moderna (Fernández-Salvador 2014). La autora observó la forma en que sus misiones contribuyeron a la cartografía y corografía, de igual forma que otras investigaciones referentes a la cartografía colonial (Chauca 2018; Dias 2012). Fernández también realizó una descripción sugerente del proyecto jesuita en la Amazonía, a partir de

crónicas y de la iconografía de la iglesia de La Compañía en Quito, por medio de la cual plantea que las reducciones y la evangelización de los indígenas amazónicos tuvieron centralidad para el proyecto global de salvación y martirio. Usando entre sus múltiples referencias al sistema colonial las obras de Pedro de Mercado ([1620]1957) y Manuel Rodríguez (1684), sugiere que la ciudad de San Francisco de Quito fue un nodo central

Lo anterior permite replantear la situación de frontera como periferia para la modernidad jesuita (Fernández-Salvador 2018). La perspectiva de la autora converge con la Bolívar Echeverría, que reconoce la importancia que tuvo el Nuevo Mundo para el proyecto de modernidad jesuita, así como observa la determinación del proyecto jesuita en la constitución de la identidad barroca americana (Echeverría 1996). La iglesia de La compañía de Jesús, de acuerdo a Fernández-Salvador, contiene una iconografía barroca que simboliza al entorno amazónico y su articulación al proyecto jesuita.

Para explicar diferentes momentos de articulación y dislocación entre los espacios amazónicos y andino, en perspectiva de larga duración, es imprescindible para esta tesis referir al libro *Al Este de los Andes* (Renard-Casevitz, Saignes, y Taylor 1988). En el texto se ofrecen datos muy bien sustentados a partir de crónicas, archivos y registros arqueológicos sobre la búsqueda de la “Tierra sin mal”, como una utopía *tupi guaraní* prehispánica que implicó movimientos migratorios de carácter milenarista; referencias a la búsqueda del *Paititi* durante la colonia y hasta el siglo XVII. El libro usa como concepto la alta Amazonía; nos explica a partir de crónicas que esta región –considerada como el *Ante* o el *este*– fue el lugar de un intercambio permanente de diferentes flujos indígenas, y una frontera. El texto compila la historia de diferentes pueblos fronterizos, como los jívaros, los arawaks y los chiriwanos, y observa los momentos de convergencia y repliegue con el mundo andino, sean estos bajo el gobierno de los incas o los españoles

Al Este de los Andes presenta explicaciones sobre cómo la Amazonía fue representada desde los Andes en diferentes momentos de la historia. También describe los movimientos migratorios, los ciclos económicos, las representaciones del otro que producen los diferentes grupos conectados y sus interacciones a lo largo de la cordillera andina y la selva amazónica. En el texto se describen sociedades con mucho dinamismo, cambios en la conformación de la frontera amazónica y el dictamen de políticas administrativas para estos territorios gobernados desde centralidades andino-costeras. En la misma línea del texto mencionado, Carlos Aburto observa la movilidad que la frontera adquirió desde los primeros momentos en que la Amazonía fue concebida como el lugar de El Dorado en el siglo XVI hasta la expulsión

jesuita y la llegada de Requena a la región, la frontera amazónica cambia y se redibuja (Aburto, 1996).

En contraposición a la etnohistoria, centrada en los pueblos indígenas, resultan esclarecedoras las historias científicas que tienen su auge en el siglo XVIII, estas encuentran en los exploradores nodos de articulación entre la Amazonía y la historia global. Esos viajeros “filosóficos”, como Alexander Von Humboldt o Charles Marie La Condamine, construyeron su prestigio como descubridores científicos de nuevos lugares, y el entorno amazónico fungió como un espejo donde proyectar su fama. Mucha de la importancia del viajero filosófico consistió en refutar los descubrimientos realizados por científicos americanos y españoles a partir de la racionalidad y la lógica ilustrada, y no de las evidencias. Juan Pimentel nos presenta un trabajo detallado sobre los gabinetes de investigación en el mundo ibérico, donde se observa un revelador trabajo de clasificación y síntesis de conocimiento para la historia natural americana que fue ocultado por el relato histórico francés, el cual antepuso la divulgación del conocimiento a partir de los salones franceses y le dio primacía a las opiniones de los viajeros ilustrados (Pimentel 2003; Giraldo y Pimentel 2006).

Con la Amazonía es muy evidente el sesgo en favor del viajero filosófico. Neil Safier (2016) evidenció las apropiaciones que realizó Charles La Condamine (2003) del trabajo cartográfico de Samuel Fritz, Juan Magnin y Pedro Vicente Maldonado. El texto de Safier cuenta la historia de la Expedición Geodésica, que tuvo el papel de medir el mundo, y cómo los objetivos, los métodos y las apreciaciones de estos científicos cambiaron con la llegada a América. En el trabajo de este autor se observa a diferentes viajeros y, entre ellos, la forma en que los ilustrados franceses muchas veces se apropiaron e invisibilizaron el papel de la ciencia en América.

De hecho, Neil Safier contrapone la breve relación de La Condamine (1745) con el extenso trabajo de ilustración gráfica que realizó Joseph Gumilla sobre el Orinoco (1741), un libro que contiene abundantes láminas que muestran la historia natural de la región selvática, pero sin alcanzar el renombre que tuvo La Condamine (Safier 2016, 138). Asimismo, en el trabajo de Safier podemos observar la centralidad que adquirieron las representaciones cartográficas del Amazonas, y cómo, a partir de los mapas obtenidos de los jesuitas Mangin y Fritz, el autor construyó uno que sería masivamente distribuido dentro de su relación, incluyendo elementos como la ubicación del lago de Parima y una posible entrada a El Dorado. De acuerdo con Safier, el éxito editorial de La Condamine se dio gracias a su estrategia de introducir mapas

en sus diarios. Este último ilustró la *Encyclopédie*, y llevó al mundo entero el mapa del río Amazonas, a pesar de no tener muchos méritos científicos (Safier 2016, 313).

En perspectiva crítica Mary Louys pratt, cuestiona las categorías geohistóricas que se emplearon para definir América. Pratt explora cómo las narrativas de viajes han sido instrumentales en justificar la dominación y la expropiación de los territorios colonizados, y en fomentar nociones eurocéntricas de supremacía. Pratt utiliza un concepto clave, la "zona de contacto", para describir el espacio donde diferentes culturas entran en relaciones duraderas y a menudo desiguales. Ella aborda esta complejidad a través de un análisis que combina historia, crítica literaria, análisis del discurso y más, para desentrañar los colonialismos y la función social de los textos que conforman la literatura de viajes. Este enfoque multidisciplinario ofrece una crítica demoledora a los discursos imperialistas, destapando su papel en la creación de divisiones globales y desigualdades.

En relación con los trabajos mencionados, conviene observar que otra línea de historiografía toma algunas de las referencias presentadas para tratar precisamente la dimensión utópica que se puede encontrar en estas fuentes. Como se puede distinguir, la misma historia del conocimiento se encontraba determinada por perspectivas mesiánicas, rebeliones milenaristas o lugares y seres fantásticos que tuvieron un peso en diferentes historias que a continuación describimos.

1.2.3 Amazonía como espejo utópico

Las utopías amazónicas son un objeto de estudio frecuente que ha determinado la historia, la antropología y, más recientemente, los estudios de geografía y urbanismo. Las investigaciones que lo tratan permiten exponer los horizontes de expectativas y las nociones de futuro pasado donde se inscribieron muchos de los significados, caracterizaciones y denominaciones referentes a la Amazonía. Pero, también, se trata de narrativas que tienden a evidenciar el contenido no factible de esos proyectos históricos y la manera en que colapsaron antes de su realización, o cómo su consumación devino en distopías. Estos colapsos pueden ser comprendidos como acontecimientos abismales, donde muchas de las certezas adquiridas a partir de proyectos históricos se tornan evanescentes, ambiguas e incluso contradictorias, afirmando al espacio como una frontera aporética.

Stephano Varese (1973), en el marco del gobierno de Velasco Alvarado, trabajó la historia de los campos, un pueblo que había adquirido mala publicidad en la historia y que, en ese momento, se encontraba afectado por la dinámica de guerra subversiva y la contrainsurgencia.

Su libro dio cuenta de una cultura mesiánica y guerrera, en la que se encontraban referencias sobre el último cacique del lugar, Juan Santos Atahualpa.

Varese, junto con Alberto Flores Galindo y Fernando Santos Granero, retoman la obra del franciscano ilustrado Joseph Amich (1834). La crónica de Amich recupera la memoria franciscana del levantamiento de Juan Santos Atahualpa –una rebelión dónde la historiografía peruana proyectó la utopía mariateguista–, las reivindicaciones indigenistas, la antigua vocación peruana por el mito y las profecías de reconstrucción inca. Además, es un documento inestimable para comprender los proyectos franciscanos en la región.

Juan Santos Atahualpa representa el retorno del incario, la emancipación de los indígenas. La crónica de Amich contiene diferentes imágenes que con el paso de tiempo se analizaron como momentos de utopía. Describe la rebelión de Santos Atahualpa en la selva central del Perú, un cacique que reivindicó su legado inca. Además, expulsó a frailes y autoridades coloniales y clamaba por la restauración de su imperio. A partir de este punto de partida, Varese (1973) ayudó a reconstruir la historia de los campas (asháninkas), también creó contribuciones a la antropología y a la historia amazónica, con un enfoque histórico que se distinguió de una antropología imperante diacrónica. A través del tiempo, los mitos, las profecías y las utopías jugaron un papel de gran importancia en pueblos amazónicos.

Siguiendo a Varese, Santos-Granero empleó el concepto de utopía para significar los movimientos *asháninkas* (Santos Granero 1980; 1988). El mismo autor ha trabajado las utopías asháninkas que dieron fin al régimen de esclavitud a partir de una alianza con los misioneros adventistas; sustentando su historia en una cuidadosa etnografía y en el diario de un explorador checo, que muestran el liderazgo mesiánico de José Carlos Amaringo Chico, líder indígena presente en la narrativa asháninka y del cual se pensaba era solo un líder mítico (Santos Granero, 2020).

La obra de Amich también fue una fuente para un libro con mucho impacto en la historiografía andina. *Buscando a un Inca: Identidad y utopía en los Andes* de Alberto Flores Galindo (1993), uno de los más conocidos y respetados historiadores peruanos. A partir de este autor, el término utopía adquirió un gran peso en los estudios andinos y amazónicos, que encontraron en este campo una manera de converger historias de mentalidades, mitos y rebeliones.

Aunque hay una historia antigua sobre los usos y las aplicaciones del concepto de utopía y del pensamiento utópico en América –de la que fueron parte Silvio Zavala (1933), Edmundo

O’Gorman, Justino Fernández (1937), entre otros—, fue con Flores Galindo (1993) que estos estudios se multiplicaron y adquirieron relevancia para la etnohistoria andina y amazónica. Partiremos de Flores Galindo (1993), que, además de dejar una huella en los estudios andino-amazónicos, es un autor fundamental para abordar la aparente aporía de una utopía concreta y con lugar específico.

Este autor trabajó el archivo peruano sobre Reforma Agraria y conoció una gran variedad de documentos sobre movilizaciones campesinas ocurridas desde la colonia hasta su propia época, en la década de 1980. En estos documentos observó un gran peso de narrativas milenaristas. Su contacto con la escuela francesa de mentalidades, a partir de sus estudios en Francia, y sus lecturas de la noción de mito y profecía en la tradición mariáteguista, le permitieron desarrollar su propio concepto de utopía referente a la constitución de un proyecto nacional con un destino en el pasado:

Utopía andina es los proyectos (en plural) que pretendían enfrentar esta realidad. Intentos de navegar contra la corriente para doblegar tanto a la dependencia como a la fragmentación.

Buscar una alternativa tanto en el encuentro entre la memoria y lo imaginario: la vuelta de la sociedad incaica y el regreso del inca. Encontrar en la reedición del pasado la solución a los problemas de la identidad (Flores Galindo 1993, 17).

En el concepto hay varios elementos, entre los que conviene observar su lectura sobre la dependencia ideológica y la fragmentación cultural. Pero, sobre todo, nos interesa el concepto de una utopía en el pasado, que se contrapone a dos nociones de Koselleck (2012), precisamente: utopía y modernidad. Koselleck planteaba que el utopismo se caracterizó por las expectativas en la época de los descubrimientos, que derivó en un género literario y, en el caso de la modernidad, un momento dónde la historia adquiere la condición irrepetible del pasado. A partir de Flores Galindo se puede afirmar que el conjunto de investigaciones que se adscriben al estudio de las utopías amazónicas es tan amplio que podrían considerarse un género en sí mismo. Si bien Koselleck se refiere a un género europeo donde conviven Tomás Moro, Tommaso Campanella y Charles Fourier, en los estudios amazónicos este se restringe menos a mundos ideales y más a historias y proyectos.

Flores Galindo partió de las premisas teóricas de José Carlos Mariátegui que reivindicaron el potencial revolucionario del mito a partir de George Sorel, pero en consonancia con la historia peruana (Mariátegui 1969). Además, Flores Galindo conoció de cerca en Francia los trabajos sobre el milenarismo de la escuela de los anales de París. Su objeto de estudio fue las diferentes clases de movilizaciones sociales del Perú, que incluyeron estallidos sociales, la

búsqueda del Paitití, sueños proféticos y programas políticos. En todos los casos, observó que eran guiadas por un deseo de retorno a un pasado prehispánico e imperial; todas tenían un destino en el pasado.

En varias ocasiones, Flores Galindo usó como referencia y área de la utopía andina a la montaña o Amazonía. A través del mito del Paitití, la utopía se identificó con el refugio inca en la selva amazónica, donde supuestamente se encontraba una gran ciudad; algo que se confunde con el mito hispánico de El Dorado como país con riquezas inconmensurables (Flores Galindo 1993). Posteriormente, refiere a la rebelión de Juan Santos Atahualpa en la selva central, como una región de frontera religiosa, ecológica y étnica; pero, también, como una zona de encuentro entre sistemas económicos (1993, 86). Se creó un punto de reunión entre la selva y los Andes alrededor de las minas de sal explotadas por los *amuesha*, y apropiadas por los misioneros franciscanos. A partir de esta rebelión, el autor propone discutir los límites geográficos y sociales de la utopía andina (Flores Galindo 1993, 84).

Desgraciadamente, no se llega a discutir qué es lo que entiende por andino y qué lugar ocupa la Amazonía en esa configuración. Así mismo, Carlos Espinosa Fernández de Córdova (2002, 2015) ha planteado una interesante crítica a Flores Galindo, partiendo de la hipótesis de que estos movimientos pudieron estar condicionados principalmente por la reivindicación del lugar de los incas y los indígenas durante el periodo barroco.

En la misma línea de Flores Galindo, Jan Szemiński (1993) encuentra referencias al Paitití en los documentos que tratan la insurrección de Tupac Amaru II. Sus descubrimientos lo llevaron a considerar una delimitación espacial alternativa al área de insurrección, donde es evidente que la imaginación amazónica es parte de la cosmografía de las rebeliones del siglo XVIII.

Sobre la selva central del Perú, también es valorable el aporte Eduardo Fernández y Michael F. Brown, quienes afirman que los pueblos asháninkas registran movimientos mesiánicos en su historia. Encontraron rasgos comunes en la incursión del cauchero y explorador Carlos Fermín Fitzcarrald, los grupos bautistas, la guerrilla, las guerrillas guevaristas y, finalmente, la guerra subversiva y antisubversiva en la cual participaron activamente los pueblos asháninkas; todo esto daría pie a sostener un carácter utopista en este grupo étnico. Sin embargo, los mismos autores observan cómo ese carácter utópico y mesiánico somete a este pueblo a ciclos de violencia y esclavitud (Fernández y Brown 2001).

El concepto de utopía amazónica es plurivalente y ha sido empleado para múltiples investigaciones. Fue utilizado para tratar las exploraciones de El Dorado y el Paitití como espacios míticos, pero con implicaciones reales para la historia social (Trujillo León 1998; Lorandi 2014; Flores Galindo 1993). También se lo empleó para referir a las misiones jesuitas de Maynas (Burrieza Sánchez 2007); para analizar insurrecciones indígenas en la Amazonía de la selva central (Flores Galindo 1993; Szemiński 1993; Fernández y Brown 2001; Santos Granero 2022); para dar cuenta de políticas estatales, ideologías desarrollistas y megaproyectos en la región (Wilson y Bayón 2017; Sharon 2017; Kahatt 2015) y para describir proyectos estatales y nacionales (Roig 1986; Mc Evoy 2017).

Por utopía se tratan una multiplicidad de temas concernientes a la presente investigación. No obstante, ninguna de las obras mencionadas observa que este concepto es ajeno al objeto de estudio que designan. Ergo, la característica intrínseca a las utopías amazónicas –en cuanto objeto de estudio– es casi siempre su ‘viabilidad’. Y, en este sentido, son proyectos que se autonombran de una forma diferente, a pesar de que luego puedan comprenderse como utopías, para definirse como inalcanzables, obras irrealizables, rebeliones inconclusas, restauraciones imposibles o lugares inexistentes.

Como se podrá observar más adelante en las ‘utopías amazónicas’, la mayor parte de los casos contemplan agencias externas a este espacio que son seducidas por la expectativa de conducir la conquista, integración o asimilación de la Amazonía, por el sueño de frontera. Pero esta frontera es problemática, por la gran diversidad de habitantes con costumbre y lenguajes diferentes y, en muchos casos, con reticencia al contacto; por una ecología frágil y fácil de devastar, como la selva tropical y las lagunas; y por los intereses –muchas veces– antagónicos de varios agentes en este espacio: los pueblos indígenas, los empresarios extractivos, los representantes estatales, y los mismos Estados.

Las historias de las utopías devienen frecuentemente en realidades distópicas, que pueden mostrar características de destrucción de las sociedades locales, los proyectos externos y las condiciones materiales en que se sustentaron. En este sentido, se observa una oscilación entre periodos distópicos y utópicos que culminó nutriendo el carácter aporético de la Amazonía. De este modo, es posible observar cómo en las historias de Brown y Fernández, las sublevaciones y la memoria de Juan Santos Atahualpa terminarán en una espiral de violencia durante el conflicto interno peruano. Burriera Sánchez expone cómo las misiones jesuitas prolongaron y difundieron epidemias, y luego fueron anuladas por la corona.

Manuel Bayón y Japhi Wilson estudian el megaproyecto de integración bioceánico Corredor Manta Manaos, que pretendió convertir al Río Napo y un conjunto intermodal de vías en una ruta similar y superior al Canal de Panamá (Wilson y Bayón 2017). Los autores destacan la falta de fundamento de utopías estatales recientes y cómo ellas agudizaron los problemas ocasionados por las industrias extractivas a partir de una perspectiva geográfica marxista y lacaniana. Para Wilson y Bayón lo simbólico es la utopía y lo real el capital: Lo simbólico se constituye como una negación que queda subsumido a lo real del capital. Bayón y Wilson trabajan con un concepto similar al de frontera abismal, el de *black hole*, un agujero negro que devora lo simbólico y al mismo tiempo constituye lo real. El concepto de “capitalismo de hoyos negros” parte de mirar los vacíos que dejan los proyectos de urbanización planetaria para constituir significados, precisamente, en la destrucción de las utopías que gesta el mismo capitalismo. Esta noción es empleada como una contraposición a la de urbanización planetaria (Wilson y Bayón 2016). En la investigación de esta tesis se puede observar que los proyectos fluviales de integración oceánica en la Amazonía se plantearon por primera vez en el siglo XVI, fueron desarrollados por la ilustración y complementados por las expectativas de los siglos XIX, XX y XXI. No obstante, estuvieron permanentemente inciertos por su factibilidad, derivando en el agotamiento de lo simbólico; lo que nos condiciona a pensar que los llamados hoyos negros tienen una condición reiterativa que va más allá la urbanización neoliberal o desarrollista.

Conviene aclarar que la historiografía sobre ciencia y utopía no es divergente; al contrario, hay momentos donde se observa una convergencia. De hecho, la agencia jesuita ha sido referida como utópica y científica desde sus textos clásicos: en testimonios como el de Samuel Fritz⁸ (Dias 2012; Maroni 1988) se encuentran características de un proyecto histórico y contribuciones científicas a la cartografía.

De igual manera, los textos refieren al trabajo de Alexander Von Humboldt (1826) —muchas veces atribuyéndole perspectivas ambientalistas y científicas que el viajero no tuvo— dan cuenta de una epistemología científica junto un horizonte utópico y humanista, como se puede encontrar en el reciente libro de Andrea Wulf (2015). En ocasiones, esta narrativa se plantea desconociendo las diferentes contribuciones de científicos americanos que, a su vez, presentan

⁸ Samuel Fritz (1624 -1723) fue uno de los misioneros jesuitas más destacados, su mapa así como sus cartas compiladas por Maroni, sirvieron como elementos imprescindibles para la Historia Natural y la cartografía del Amazonas.

tesis de proyectos de destino, como puede ser la referida utopía de Hipólito Unanue (Cañizares 1995).

Ana María Sevilla Pérez (2013), por ejemplo, aborda los proyectos decimonónicos como utopías donde convergen la república con la ciencia, de cara a describir la agencia de viajeros como Gaetano Osculati ([1854] 2003) o Manuel Villavicencio (1858). En estas fuentes se expone la importancia de diferentes científicos y escritores que pretendieron aprovechar las facilidades prestadas por las repúblicas para la producción de conocimiento, así como el rol de las repúblicas que buscaron emplear el conocimiento científico para hacer, desarrollar y salvaguardar sus fronteras.

Carmen McEvoy escribió *La Utopía republicana* (2017), construida como una historia política y conceptual. La autora da cuenta del concepto de republicanismo a la hora de crear una nación: el Perú. El texto describe los proyectos de las élites gobernantes del Perú que abonaron el concepto de ciudadanía en el siglo XIX, y que se contraponen a un proyecto patrimonialista de otro segmento de las élites que tenía un modelo excluyente. La autora permite refutar una narrativa plana de la política peruana en el siglo XIX que presentó a los programas políticos de los grupos gobernantes como mera superestructura de modelos precapitalistas, subsumidos a las potencias económicas del mundo capitalista. Carmen McEvoy resalta la agencia que tienen las élites políticas para inventar un modelo republicano en medio de grandes dificultades; en ese marco contextual debe entenderse el auge de la goma y las exploraciones en la Amazonía en busca del caucho. A partir de los modelos presentados en el libro, es posible especular que la región fue pensada más desde los proyectos patrimonialistas, como el de Ramón Castilla, que desde los republicanos (McEvoy 2017).

Nuevamente, Chauca ilustra en su tesis doctoral esta coincidencia en el Perú, a partir de diferentes referencias donde es destacable el papel de Antonio Raimondi (1862) que, con el apoyo del estado peruano, logró navegar e implementar un modelo comercial sustentado en la cartografía a mediados del siglo XIX.

Tras la independencia, los proyectos republicanos de Ecuador y Perú también intentaron ejercer soberanía sobre los territorios nacionales y el oriente de ambos países. En las nacientes repúblicas se crearon horizontes de expectativas donde los recursos y las rutas fluviales se volvieron un tópico necesario para ambas. Pilar García Jordán, Federica Barclay, Natalia Esvertit Cobes y Jean Roux (1995) escribieron una compilación de historias del siglo XIX y XX. Su objetivo fue explicar los medios de los Estados —ecuatoriano, peruano y boliviano—

para producir e incorporar territorios amazónicos entre 1820 y 1960. Sus historias están basadas en diferentes fuentes, como diarios, informes y documentos judiciales.

Natalia Esvertit (2015) investigó los proyectos de incorporación del Estado nacional desde la independencia del Ecuador hasta finales del siglo XIX. Su trabajo cuenta con fuerte respaldo de fuentes históricas; indaga la presencia de instituciones y poderes locales, proyectos de colonización y la construcción de redes viales en diferentes períodos de la Amazonía decimonónica. Uno de sus temas más atendidos fue el de las vías fluviales y los proyectos de ferrocarril que se elaboran para este período, que evidencian una presencia marginal del Estado en esta región y sus esfuerzos por incorporarla (Esvertit Cobes 2015).

Cecilia Ortiz Batallar, por su parte, ha estudiado detalladamente la evangelización del pueblo Shuar en Ecuador. La autora observa cómo la agencia delegativa del Estado para el Vicariato de Méndez y Gualaquiza fue aprovechada por las misiones salesianas para construir un sistema de integración del pueblo Shuar al Estado, mediado por la educación y la evangelización. Ortiz observó cómo la región amazónica fue denominada Oriente por parte de las élites, en concordancia con los intereses de la centralidad política, y no fue hasta la guerra de 1941 cuando se difundió la denominación de Amazonía (Ortiz Batallas 2022, 4). Como veremos más adelante, la definición de Amazonía, así como la de Alto Amazonas, también corresponden a la crisis ocasionada por las guerras fronterizas y a las denuncias contra la explotación del caucho.

1.2.4 Crisis conceptual, terror y guerra

Con la crisis del caucho observamos otro momento de experiencias abismales, a partir de una historiografía que narra la violencia y el terror. A partir de este momento, no sólo colapsó el relato utópico del progreso en países como el Perú, Colombia y Brasil, sino que se transita hacia un periodo de guerras fronterizas que la historia ecuatoriana denominó como la “tragedia nacional”.

Varios autores han descrito las primeras décadas del siglo XX a partir de su relación con las crisis de los proyectos nacionales en la Amazonía; pues en este momento se desplomó el precio del caucho, afectando a toda la región. Como indicaron Frederica Barclay y Fernando Santos-Granero (2002), la economía cauchera incluyó diversos tipos de comercio, además del caucho, creó una red de nuevas ciudades y articuló a la región amazónica con el comercio global contribuyendo a la incorporación peruana y a la domesticación de esta frontera. Sin

embargo, el proyecto colapso y, con ello, se abrió un período de crisis fronterizas, con guerras que pusieron fin a las expectativas nacionales (en especial, ecuatorianas) sobre este territorio.

Estos acontecimientos distópicos tornan la caracterización de la Amazonía, desde un espacio de expectativas de riqueza y modernidad, a un lugar de violencia, degradación y terror. En el caso del Perú, la crisis se relacionó con los ciclos de la economía cauchera. Al respecto, Bárbara Weinstein (1983) describe los inmensos cambios sociales y ambientales ocasionados por la agencia local de los productores de caucho; quienes en un primer momento reclamaron la presencia del Estado, pero conforme se consolidaron buscaron excluirlo como mediador en la región para evitar la regulación del trabajo. Estos ciclos bien pueden dibujar la situación de la Amazonía peruana, donde la idea de república liberal será eventualmente confundida con un patrimonialismo agresivo.

Michael Taussig (2012) estudió este periodo desde el impacto epistemológico que supuso la crisis, a la que llamó “cultura del terror”. La crueldad asociada a la extracción de caucho en la Amazonía –y, particularmente, en la cuenca del Putumayo– fue tema de litigios y escándalos a principios del siglo XX. El autor estudió fuentes de carácter ambiguo que describen la desregulación de la violencia en un entorno desconocido y deformado por el fetichismo de deudas, intercambios complejos e imágenes de una región dirigidas por la mirada colonial. Las características de las fuentes empleadas llevan al investigador australiano a reconocer una oscuridad epistémica, que vuelve a la región un “espejo colonial” (2012, 161).

Michael Taussig es el teórico de la crisis conceptual de la Amazonía a principios del siglo XX, a través de su teoría de los espacios del terror como hechos narrativos que viabilizan el hecho colonial. Explicó cómo la economía cauchera se articuló a la cultura del terror. Observó que la tortura y violencia no respondían a una necesidad económica, sino a un “espejo colonial” constituido por la crueldad de la selva y los “salvajes” como opuestos a la civilización. Sugirió que estas narrativas son el resultado de las utopías de la civilización, que terminaron sustentando y reproduciendo prejuicios, y una *mimesis* dónde los caucheros se convirtieron en parte de la barbarie.

Taussig hace una lectura rigurosa y creativa de sus fuentes, describe la época a partir de los diarios del cónsul Lord Roger Casement ([1912] 2012), quien ya había denunciado la extracción cauchera en el Congo; el periodista Walter Hardenburg (1912), que sufrió en carne propia la violencia; Carlos Valcárcel (1915), quien –entre otros funcionarios peruanos– condenó la extracción cauchera. En la novela de Eustasio Rivera ([1924]1985) se divulgaron

masivamente los escándalos del Putumayo y la defensa que hacen los políticos y empresarios caucheros en el Amazonas (Rey de Castro 1913, Arana 1913). A pesar de la diversidad de enfoques que el autor encuentra en las fuentes, reconoce en ellas rasgos comunes en identificar a la Amazonía como un “espacio de muerte” que se construyó a partir de la narración del terror, donde los significadores están “estratégicamente desconectados de su significador” (Taussig 2012, 33). Esta capacidad de trastocar sentidos conduce al investigador a comprender este proceso desde la teoría del fetichismo de la mercancía de Carlos Marx, donde los objetos adquieren una vida independiente de su productor. No obstante, esta explicación no se sustenta exclusivamente en las premisas marxistas, pues Taussig comprende que la descripción de los hechos del terror, sin una mediación narrativa, hacen que esta cultura continúe reproduciéndose. En este sentido, retoma a Antonine Artaud como un sustento, y pretende comprender los relatos de denuncia también como narraciones y relatos (2012, 33).

En la misma línea, Pilar García Jordán (1993) refiere a los debates que se dieron en torno a la explotación del caucho; explica el papel civilizatorio de las casas comerciales que se legitimaron a partir de desfigurar la representación de la población indígena, y cómo estos debates llegaron al Vaticano, permitiendo que la intervención de la iglesia en protección de la población indígena (García Jordán 2001).

Una perspectiva materialista sobre la crisis del caucho se presenta en un libro ya referido: *La frontera domesticada*, de Santos-Granero y Barclay (2002). Los investigadores discuten el concepto de una frontera en el departamento peruano de Loreto, donde se reproduce permanentemente la violencia y el despojo. Loreto adquiere una identidad y un proyecto económico local y nacional. En los primeros capítulos, los autores describen los diferentes sistemas de recolección del caucho, que van del trabajo asalariado, el intercambio de bienes, hasta la esclavitud a través de correrías. Las historias mencionadas muestran, primero, la caída de los precios del caucho a inicios del siglo XX y, luego, los escándalos del Putumayo en 1912 que contribuyeron a debilitar las casas comerciales y la economía de la región que quedó estigmatizada como un “infierno verde”.

Respecto a la Amazonía ecuatoriana y la crisis conceptual derivada del litigio fronterizo de 1941, Hernán Ibarra (1999) realizó una publicación meticulosa para dar cuenta de la disputa entre Ecuador y Perú. Evitando los clichés nacionalistas imperantes, el autor construyó su historia a partir de fuentes ecuatorianas y peruanas para observar la forma en que estos países atendieron a la disputa fronteriza. Parte del esquema de ‘comunidades imaginadas’ de Benedict Anderson y observa el peso de este conflicto en la configuración de ambos Estados

nación: si bien en Perú el resultado de la guerra fue un hito importante, en Ecuador fue un “recuerdo traumático que se transmite como una humillación nacional” (Ibarra 1999, 14). Y, en cuanto trauma, también conforma lo que llamamos una experiencia abismal. Se puede observar en el libro el impacto que tuvo en el Ecuador la supuesta pérdida del Marañón y el Amazonas, y cómo ésta fue causada por una incapacidad real de ocupar la Amazonía, así como por la superioridad militar del Perú.

Guillermo Bustos (2017), siguiendo una tradición historiográfica ecuatoriana, estudió la nación; pero, a diferencia de las historias nacionales, su investigación se realizó a partir de las narrativas históricas y los rituales de la memoria que fundamentaron los diferentes proyectos nacionales desde el siglo XIX hasta mediados de siglo XX. El aspecto que retomo del autor concierne al fundamento histórico del Ecuador en el conflicto con el Perú como país amazónico, y heredero de las misiones católicas. Bustos permite observar las relaciones entre la memoria y la historia escrita, su obra permite comprender los libros de Pío Jaramillo Alvarado y Federico González Suárez dentro de la institucionalización de la historia y acorde con sus horizontes políticos. Al igual que en la obra de Ibarra, Bustos observa el impacto que tuvo todo el conflicto con el Perú y, particularmente, la derrota militar de 1941 en la constitución de una identidad ecuatoriana.

De acuerdo con Bustos, estudioso de la obra de Miguel Donoso Toba, se observa “una serie narrativas que tenía como eje el despojo territorial, la victimización del país y un imaginario de exaltación nacionalista”. La guerra tuvo una repercusión muy fuerte en la narrativa histórica nacional, y para la narrativa historiográfica el oriente amazónico se convirtió en un “espejo de la nación”. Al tiempo que se reivindicaban las expediciones, campañas misioneras y “toda la imaginación histórica colonial de penetración en el Amazonas como una vindicación nacionalista *post hoc*” (Bustos Lozano 2017, 324). La frontera amazónica proyectaba una imagen de nación cercenada.

En el Perú tampoco existe conformidad respecto a la consecuencia de las guerras, a pesar de que se destaca la victoria. Historiadores como Waldemar Espinoza Soriano consideran que los términos fueron resultado de múltiples injusticias contra su país, que logró mantener sus fronteras, pero sin recuperar Quijos y Macas que, según su visión, pertenecían al Perú. La guerra de 1941 no tuvo el carácter trágico que describe la historia del Ecuador, pero, en cambio, Loreto es descrito como un departamento mutilado por una serie de litigios fronterizos con Ecuador, Colombia, Bolivia y Brasil.

Cabe decir que, respecto a sus expectativas sobre la región, ambas naciones sufrieron un desencanto que llevará décadas en ser subsanado. Los momentos difieren, pero el proceso es el mismo: una crisis abismal cíclica que vuelve a dotar de ambigüedad este espacio.

A pesar de la importancia que tuvieron –o tienen– las narrativas que aluden a las distopías, esta tesis culmina en un nuevo ciclo de expectativas optimistas que llegó gracias a las carreteras, los recursos naturales y las políticas de modernización.

1.2.5 Amazonía y modernización

Este es un nuevo ciclo, que pretendió cambiar el discurso pesimista gestado en décadas anteriores. En este apartado tratamos un periodo de utopismo modernizador; referimos aquí a un movimiento posterior al periodo de guerra, donde se ha investigado el desarrollo petrolero y los ciclos populistas, centrándonos particularmente en los proyectos históricos del Ecuador de Velasco Ibarra y al gobierno peruano del arquitecto Fernando Belaúnde Terry. Ellos tratan de superar el estigma de región perdida o corruptora, para volverla nuevamente un horizonte de destino y riqueza nacional, tanto para el Ecuador como para el Perú.

Desde la postguerra, la integración de la Amazonía se volvió una prioridad estatal para ambas naciones. Historiadores de ambos países han destacado los rituales que se implementaron (Bignon 2018; Herrera 2018; Bustos Lozano 2017). A partir de ese momento, la región volvió a ser una prioridad. En el caso ecuatoriano, el acceso y soberanía; en el peruano, la recuperación económica; ambas empresas mediadas por el deseo de modernidad (Ortiz 2019; Martínez Sastre 2015; Santos-Granero y Barclay 2002).

En este período destacaron diferentes gobiernos por su afán por obtener control; como mencioné, me interesan particularmente Belaúnde y Velasco Ibarra, pues para ambos este espacio representó una prioridad, tanto en el discurso como en la elaboración de políticas estatales. Sobre el primero se han escrito libros que –muchas veces– albergan un carácter biográfico y apologético (Guevara Amasifuen y Belaúnde Terry 2013; Kahatt 2015). El presidente se presenta como un héroe civilizador y un arquitecto de extraordinarias capacidades: un utopista (Kahatt 2015). Los libros de este carácter suelen denotar un interés político por mantener presente el legado de Belaúnde y su partido político Acción Popular. Los textos apuntan a reivindicar el componente modernizador y católico de este mandato, y su obra pública como legado.

Otro texto de valor es el de *Los doce apóstoles de la economía peruana* (Durand 2017), que observa la historia de doce grupos de poder y su relación con el Estado a partir de diferentes

documentos, donde destaca la prensa. La obra de Durand mantiene elementos de una tradición académica peruana sobre los grupos de poder político y económico, y tiene como referente a los trabajos de Carlos Malpica (Malpica 1970; 1967), quien ya había referido una estructura económica donde se describían las relaciones entre la oligarquía y Estado peruanos.

Para la historia política del Ecuador, en el período de 1966 y 1975, se pueden examinar varias investigaciones que tratan los proyectos modernizadores. Existen abundantes obras sobre la figura de José María Velasco Ibarra que se enfocan en la caracterización del líder y privilegian la pertinencia de la definición de populista, sea para afirmarlo o para negarlo. Los casos más destacables, por su archivo, son Carlos de la Torre (De la Torre y Peruzzotti 2008; De la Torre 2000; 1993) y la compilación sobre populismo de Amparo Menéndez (Menéndez-Carrión et al. 1989). Estas discusiones abordaron los conceptos de pueblo, clientelismo y carisma desde las ciencias políticas y el análisis de discurso. Sin embargo, en ocasiones, resultan poco útiles para comprender los lenguajes políticos del momento y se sustentan en tipos ideales sacados de teóricos como Max Weber (1974) y Karl Marx (2003) para definir un sistema un sistema de liderazgo basado en el carisma, los vínculos clientelares, las alianzas de clase heterodoxas y el carisma.

Cómo se señaló antes, hay escritos que abordan la figura de José María Velasco Ibarra desde su caracterización populista, sea para afirmarlo (Cueva 1988; De la Torre 1993) o para desmentirlo (Menendez-Carrion et al. 1989; Quintero 1983). Sin embargo, en el marco de esta polémica, cabe resaltar el trabajo de Carlos de la Torre (1993) por la atención a su relación con las masas de votantes en sus primeros periodos, así como la perspectiva de Agustín Cueva, que encuentra una vía de dominación política alternativa a los proyectos burgueses y feudales (Cueva, 1988). En polémica con Cueva, Rafael Quintero relaciona a Velasco Ibarra con los grupos conservadores, y sustenta su investigación en abundante información empírica recogida en las actas electorales y los archivos nacionales (Quintero, 1983). Es necesario señalar que, si bien la mayoría de las discusiones historiográficas acerca de Velasco Ibarra atienden a las formas, las alianzas, las estrategias, los discursos y el comportamiento político, no dan mayor relevancia a las actividades y planes amazónicos, a pesar de la evidente presencia de estos en los discursos y proyectos del caudillo referentes a las vías, el petróleo y los pueblos originarios.

Cabe mencionar que, en la mayor parte de textos sobre el Ecuador que provienen de la historia política y de la politología con enfoque histórico, no aparece la Amazonía –o apenas es enunciada– a pesar de ser el sitio donde se plasman los proyectos extractivos y de

infraestructura más importantes del período en ambos países. Además de soslayar los objetos amazónicos, sobresale que esta literatura invisibiliza a los sujetos.

Los estudios socioambientales presentan contribuciones de mucho interés con relación al petróleo; un caso paradigmático es Teodoro Bustamante (Bustamante 2007), quién caracteriza los conflictos en torno a él, pero trata de distinguir la medida en que los mismos son atribuibles al impacto del crudo o a las condiciones sociales y ambientales que lo acompañan.

Un caso interesante sobre recursos naturales, por ser comparativo entre la Amazonía ecuatoriana y peruana, lo encontramos en torno a Wasserstrom (2016). En ese ensayo, el autor relaciona la presencia de recursos naturales –particularmente hidrocarburos– con los cambios culturales y las afectaciones a los pueblos en aislamiento voluntario. Con lo anterior, vincula la presencia petrolera con problemas sociales ambientales, pero también da cuenta de las políticas de ambos países sobre estos pueblos.

Las carreteras representan otro tema significativo, ya que en muchos casos los proyectos nacionales se consolidan a través de estas vías. La mayoría de los estudios sobre carreteras se centran en Perú, especialmente en la carretera Marginal de la Selva. Tucker Sharon es un autor destacado en este ámbito; su trabajo combina el estudio de las vías de transporte con proyectos de modernidad, que él considera como utopías estatales (Sharon 2017; Grillo y Sharon 2012). Su investigación se centra en las décadas de 1960 y 1970, abordando la representación de la naturaleza y la tecno-ciencia en la Amazonía en el contexto de programas estatales. En este sentido, el concepto de 'colonización vial' que Sharon examina es particularmente interesante. Su análisis se basa en discursos publicados, informes nacionales y, en particular, en un libro escrito por Fernando Belaúnde en 1959.

Pierre Gondard (2013) trata de entender la integración espacial de los Estados a través de los ejes transnacionales, y tiene mucho interés por la carretera Marginal de la Selva en la Amazonía. Su estudio abarca a varios países andinos, aunque su mayor interés radica en el Perú, por encontrar que las obras viales guardan muchas similitudes con los caminos incaicos.

A diferencia de los documentos peruanos, hasta cierto punto el texto parece una historia épica de las carreteras; sin embargo, aporta valiosos elementos para el período de estudio: proyectos, fechas y financiamientos de las carreteras amazónicas. También conviene referir el trabajo de Kati Álvarez (2020), donde se relaciona la construcción de las carreteras con la historia del petróleo y la geología. La autora emplea numerosos textos de las empresas petroleras, periódicos y científicos para exponer su punto.

Al igual que los objetos, la historia de los sujetos es fundamental para la Amazonía. La principal observación se construye a partir de las etnohistorias sobre los diferentes grupos humanos. Este material suele abordar especialmente a los grupos indígenas locales, considerando la forma en que fueron significados y la forma en que se significaron ellos mismos. Dentro de la etnohistoria se construyeron abundantes relatos sobre la manera en que fueron imaginados, inventados y descritos los pobladores amazónicos. En este campo, resalta la compilación editada por Blanca Muratorio (1994), *Imágenes e Imagineros, representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, donde destacan los ensayos de Anne-Christiene Tylor y Laura Rival, quienes estudian las representaciones de los grupos jíbaro y huaorani, respectivamente, y el de la propia Muratorio, para situar el discurso nacional. De parte del Perú, se redactaron significativos ensayos que abordan tanto el imaginario del indígena como las imágenes de los mismos (Taussig 2012; Chaumeil 2009; Chirif y Cornejo Chaparro 2009).

Miguel Ángel Cabodevilla (2016) recupera la tradición misional de la crónica, con el trabajo de archivo y la entrevista. Presenta, además, una serie de narraciones de gran valor para entender a los pueblos amazónicos del Ecuador, particularmente enfocado al grupo de reciente contacto: huaorani. El texto es una historia de larga duración que parte de la colonia y llega hasta finales del siglo XX (Cabodevilla 2016).

Michael A. Uzendoski, en una perspectiva similar a la de Muratorio, trabaja en el texto del escritor naporuna Carlos Alvarado Narváez. Su enfoque se basa en el estilo de Alvarado, que pone énfasis en los antepasados y en el cuerpo como el principal territorio de lucha. Uzendoski muestra cómo la invasión es repelida mediante rituales y chamanismo que logran alejar a los conquistadores a través de sus poderes mágicos. En este contexto, los conquistadores son retratados como caníbales.

Blanca Muratorio, reconocida historiadora especializada en la Cuenca del Napo, ofrece una obra multifacética que abarca la historia social y económica del alto Napo y también incluye la historia de vida de Alonso Rucuyaya, un anciano indígena Kichwa de la zona de Archidona. Utilizando un extenso rango de archivos, en particular del Archivo del Tena, Muratorio examina las estructuras económicas y la agencia social de las comunidades indígenas desde 1850 hasta 1950. Su trabajo se destaca por prestar especial atención a los documentos que reflejan la voz y perspectiva de los indígenas.

La singularidad de su obra radica en su método de entrelazar episodios históricos con fragmentos de la historia de vida de Rucuyaya, ofreciendo así un diálogo entre las visiones académicas e indígenas sobre temas como la intervención jesuita y la transformación socioeconómica de la región. Este enfoque ha dejado una huella significativa en estudios posteriores, inspirando tanto a académicos como a indígenas a explorar la historia de vida como una herramienta para entender y contar la historia de los pueblos amazónicos.

En el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) colaboran destacados investigadores, como Alberto Chirif, quien retoma la situación de los indígenas del Perú tras el colapso de las casas comerciales (Chirif 2017); así como Jesús San Román (1994), quien, en su monografía sobre todas las etnias amazónicas del Perú, observa los impactos de los procesos de modernización a través de pequeñas historias de cada una. Cabe destacar que el foco de atención de este tipo de publicaciones es las poblaciones indígenas, y no el Estado ni sus proyectos. Otro importante centro de investigaciones es el IIAP, aquí destaca la compilación de Beuzeville y Bernex (1994) sobre historiografía de los pueblos amazónicos.

Pretendo contribuir a estas narrativas e investigaciones a partir de la historia conceptual e intelectual. Utilizaré la historia conceptual, fundamentada Reinhart Koselleck, como herramienta para explorar cómo los conceptos han evolucionado y se han transformado a lo largo del tiempo, y la historia intelectual, por su parte, nos permite situar estos conceptos dentro de los entornos políticos y culturales específicos de la Amazonía. Esta aproximación dual nos brinda una lente poderosa para examinar tanto la universalidad como la originalidad de los conceptos que operan en la región.

La investigación emplea un conjunto diverso de fuentes que van desde crónicas e informes gubernamentales, novelas, panfletos, diarios, discursos, planes y mapas. Esta diversidad es deliberada, con el objetivo de capturar la riqueza y complejidad y los proyectos históricos relacionados con la Amazonía, cómo se puede observar en la bibliografía muchas de las fuentes empleadas representaron conceptos amazónicos articulados a utopías o bien a momentos distópicos pero determinantes.

El análisis y la interpretación de las fuentes seleccionadas se realizó mediante un enfoque hermenéutico e histórico. Este enfoque nos permite ir más allá de la descripción de los eventos y conceptos para llegar a una comprensión más profunda de sus significados y implicaciones. La metodología también incluye una perspectiva conectada que examina los

proyectos históricos tanto de Ecuador como de Perú, revelando las similitudes, diferencias y articulaciones en los imaginarios y las crisis conceptuales que han surgido en ambos países respecto a la Amazonía.

El corte temporal para esta investigación se seleccionó con base en momentos críticos de cambio conceptual y político en la Amazonía. Estos periodos se identificaron mediante un análisis preliminar de las fuentes y la literatura existente y fueron enmarcadas de forma diacrónica en la perspectiva de larga duración. El objetivo de esta selección temporal es capturar las transiciones clave que han afectado los conceptos y discursos en torno a la Amazonía, lo que nos permite realizar un análisis más rico y contextualizado.

1.3. Conclusión

El presente capítulo partió de la historia de los conceptos y la intelectual para dar cuenta de la historia amazónica. En esta aproximación observamos que la Amazonía se comprendió a partir de los proyectos históricos y sus reiterativas crisis, como una entidad de significación problemática que hemos llamado abismal en diálogo con la historia intelectual latinoamericana. En este sentido, en cuanto proyectos de nominación y significación, interesa la convergencia que tiene el marco de utopías con las historias de Edmundo O'Gorman, como un punto de partida para dar cuenta de la producción de significados en el mundo ibérico y americano. Más recientemente, tiene convergencia con la historia intelectual de Elías Palti y la historia del nombre del Perú de Mark Thurner. Estos autores abordaron los lenguajes del Nuevo Mundo, su originalidad y riqueza. Asimismo, encontramos en Koselleck, Palti y Thurner referencia a las experiencias abismales, que dan cuenta de cambios de discurso y del colapso y surgimiento de horizontes de sentido. Estos autores abren líneas de discusión que permiten aproximarnos a la historia amazónica, a pesar de poseer otros objetos de estudio.

En el extenso campo de la historiografía amazónica, podemos apreciar una inclinación al estudio de utopías: se presentan de diferentes maneras, entre ellas destacan los lugares míticos, los proyectos históricos y las rebeliones indígenas. De los primeros, hay referencias a las exploraciones a El Dorado y al Paitití; entre los proyectos, se ha investigado la agencia de las misiones, el imperio español y las repúblicas de Perú y Ecuador; sobre las rebeliones, se observan los alzamientos en la selva central del Perú. Conviene observar que en contracorriente de este género, la tesis de Roberto Chauca contrapone el concepto de utopía con el de heterotopía al resaltar la ambigüedad conceptual que tuvo este espacio durante los siglos XVII y XVIII.

Observamos también investigaciones que revelan momentos en que predomina la desilusión, la tristeza y el terror respecto a la región. Principalmente, en los periodos de las guerras y la crisis del caucho. Las fuentes revelan momentos distópicos donde se colapsan los horizontes de expectativas que encuentran en la selva el espacio de redención de la civilización o la república.

Guiándonos por las narrativas mencionadas, podemos derivar que la Amazonía parece no constituirse en un sujeto sino en un objeto, un espejo que reflejó primero las expectativas de los sujetos imperiales y, luego, de los sujetos republicanos ecuatorianos y peruanos. Un espejo americano, primordialmente, pero que es compartido, disputado y reconocido en las narrativas de agentes externos. De ahí que sea necesario recurrir a la historia para comprenderlo. El punto de partida histórico de esta tesis es el momento cuando se establecieron las significaciones más importantes en la larga ilustración hispana, que paso a exponer en el siguiente capítulo.

La historiografía presenta la Amazonía como una frontera que invita a formular utopías, pero, al mismo tiempo, como el espacio que las anula. Podemos agregar que las utopías amazónicas son los sujetos que permiten significar a esa frontera dentro de una narrativa y un destino. Pero su crisis es lo que abre una indeterminación, que también quedó inscrita en el espacio como una entidad que resiste a ser definida y poseída. A continuación, expongo la historiografía de algunos periodos comprendidos en mi investigación, partiendo de uno de los proyectos históricos que inscribió la Amazonía con más entusiasmo, precisamente en reemplazo del vacío dejado por una utopía colapsada con la explosión de la Compañía de Jesús: referiremos a la historiografía de la Ilustración.

Capítulo 2. De la utopía jesuita a El Dorado de la Ilustración

En este capítulo analizo proyectos del saber acerca de la Amazonía; para su análisis, los agrupo en dos grandes bloques: en primer lugar, el proyecto jesuita, que es colectivo y corporativo, y generó los primeros discursos científicos sobre el territorio amazónico. En segundo lugar, los proyectos ilustrados, que no pueden ser considerados como una única entidad, sino como formas distintas –y en ocasiones, divergentes– de abordar y representar este espacio.

El arco temporal de este capítulo va desde 1641 a 1806. Estos dos siglos presentan el auge, la crisis y la recomposición del ser amazónico en la conciencia de la colonización. Responden, sobre todo, a los ciclos políticos y los horizontes históricos de los proyectos amazónicos. Como se observará, aunque no carentes de tensiones y contradicciones, los significantes científicos mantienen continuidad desde el primer proyecto: la utopía jesuita.

La utopía jesuita quedó inscrita en las crónicas, historias, informes y diarios de los sacerdotes jesuitas. Estos documentos sirvieron como las fuentes de este capítulo. Se analizarán los siguientes autores: Cristóbal de Acuña ([1641] 2009), Manuel Rodríguez (1684), Pedro de Mercado ([1620] 1957) y Manuel Uriarte ([1771] 1986). En ellos hay tanto una descripción histórica como una geográfica del espacio amazónico y diferentes conceptos sobre los indígenas que poblaron la región y aunque esta narrativa se presenta como un proyecto colectivo para comprender la Amazonía y la tarea de la Compañía de Jesús, también encontramos cambios discursivos en la misma.

Para abordar el proyecto ilustrado y sus diferentes variantes, analizo a Charles Marie de La Condamine ([1745] 2003), Jorge Juan y Antonio Ulloa (1748), José Amich (1834), Juan de Velasco (1789), Hipólito Unanue, (1791-1794) y Alexander Von Humboldt (1826), quienes reemplazaron los significados que habían establecido los jesuitas para comprender la región por un horizonte de expectativas moderno e instrumental.

2.1. Los jesuitas y la conquista espiritual

Durante el siglo XVII, el siglo barroco, la Amazonía estuvo integrada administrativa y conceptualmente a la corona y al Imperio español a partir de la llamada “conquista espiritual”. Este fue un proyecto dirigido por diferentes órdenes religiosas, sobre todo la Compañía de Jesús, que buscó convertir en súbditos a los indígenas. Dicha orden funcionó como una alternativa a la conquista militar y a la encomienda, dos mecanismos que fracasaron en la conquista de este espacio, que se entendía como una frontera inconquistable.

La utopía jesuita fue –y sigue siendo– un arco imprescindible para abordar la historia amazónica. Los textos producidos por la Compañía de Jesús fueron materiales centrales en la construcción de los discursos patrióticos quiteños y, más tarde, de los nacionalistas. Los libros y archivos jesuitas sobre las misiones de Maynas, Sucumbíos, el Marañón y diferentes regiones de la cuenca Amazónica fueron textos de consulta obligatoria en etapas posteriores como la Ilustración, los primeros años de vida republicana y el siglo XX. Como manifiesta el historiador Roberto Chauca (2015a; 2018), la empresa jesuita inauguró una aproximación científica y, con ello, generó nuevos lenguajes políticos.

Los Compañía conformó un proyecto colectivo de saber sobre la Amazonía que se mantuvo en circulación, incluso, después de su expulsión en el año de 1767. Cristóbal de Acuña (Acuña, [1641] 2009) fue el padre de la historia amazónica jesuita. Este personaje inventó el concepto de ‘reducción’ para la gobernanza amazónica y, con ello, ofreció a la Corona el acceso a este espacio, a sus pobladores y sus bienes. A partir de sus múltiples experiencias locales, las misiones jesuitas representaron para este territorio la nominación y comprensión tanto de sus ríos, como de las villas, las ciudades y los grupos indígenas emplazados allí. Asimismo, permitieron el establecimiento de estos espacios como gobiernos imperiales, mediados por la agencia religiosa.

2.1.1 La nueva joya de la Corona

El viaje de Cristóbal de Acuña y su obra sobre la Amazonía fueron una consecuencia del viaje del portugués Pedro de Teixeira, quien navegó a través del río Amazonas desde su desembocadura en Brasil hasta Quito. Con ello, puso a toda la región en el centro de las preocupaciones del Imperio español, el Virreinato del Perú y la Real Audiencia de Quito, no sólo como frontera del cristianismo y del Imperio, sino como una posible ruta de invasión de corsarios flamencos que ya habían atacado las ciudades de la costa atlántica brasileña. Para conjurar estas amenazas, se delegó a las órdenes religiosas la conquista espiritual del territorio amazónico (Fernández Salvador 2014, 211).

La narración de Cristóbal de Acuña posee un valor incuestionable. En primer lugar, por su temprana y detallada descripción del Amazonas. En segundo, por ser el origen de las utopías jesuitas que vendrían a reemplazar las expectativas de reinos imaginarios con gobiernos locales. Y, finalmente, por su impacto en las narraciones históricas posteriores.

El Amazonas y sus ‘países’, como describió el misionero, estaban poblados por cerca de un centenar de naciones que nombró en su crónica. Muchos otros pueblos que, presumió,

también podrían integrarse a la Corona. Metafóricamente refiere este espacio como una joya, un dilatado Imperio de no menor importancia que Etiopía, China y el mismo Perú.

Con esta crónica se confirmaron algunas de las impresiones de Fray Gaspar de Carvajal (1894). Aunque la población había menguado por las primeras epidemias, se constató una gran cantidad de habitantes, descritos como personas “dóciles”. Acuña estableció rutas de penetración en la Amazonía, entre de las cuales consideró al Napo como el río principal.

Mapa 2.1. Río Amazonas y su cuenca, 1639



Fuente: Anónimo. En el libro de Martín de Saavedra y Guzmán.

El mapa antes expuesto acompañó la obra de Cristóbal Acuña en su misiva al Rey. El mapa revela una conexión entre Quito y el océano Atlántico; en la parte superior podemos observar la ciudad y los Andes; en la inferior fue asentado el escudo de la ciudad. Con esta representación, se reclamó simbólicamente el control del Amazonas para la actual capital del Ecuador. La cartografía tiene precisión sobre el curso de los ríos amazónicos, no obstante, las ciudades poseen formas europeas. La inscripción reza: “desde las orillas las tierras de Quito, son innumerables las provincias, que por ser tantas y no saber los nombres no constan aquí” (Figura 2.1); esta leyenda sugiere el carácter inacabado del descubrimiento, al igual que el monstruo marino situado junto al escudo de la ciudad.

El jesuita fue el primero en plantear la posibilidad de usar la red hídrica como una ruta para conectar las regiones amazónica y andina con el Atlántico. Consistió en presentar el Amazonas como la puerta de entrada a las mayores riquezas del Perú. Esta ruta supone una oportunidad de riquezas superiores a las ya conocidas (de Acuña [1641] 1986, 105).

La crónica retrata ciudades, poblaciones indígenas y riqueza material; particularmente, oro y especias. Cristóbal de Acuña no descarta la existencia de El Dorado y se afirma la de las amazonas. Acuña inicia el proyecto de misiones mostrando un entusiasmo que combina el apego a la institución misional con las expectativas de riqueza y prestigio para la Corona: “Al pobre ofrece sustentos; al trabajador, satisfacción de su trabajo; al mercader, empleos; al soldado, ocasiones de vale; al rico, mayores acrecentamientos; al noble honras; al poderoso, Estados; y al mismo Rey un nuevo Imperio” (de Acuña [1641] 2009, 101).

Si bien la riqueza de la Amazonía es parte del horizonte de expectativas de Cristóbal de Acuña, en la crónica también se aprecia preocupación por el esclavismo portugués. Aquí observamos el germen de una distopía que amenazaba con “la total ruina y destrucción de todos” ([1641] 2009, 27). Resulta interesante la predicción, porque en diferentes momentos la agencia portuguesa supuso un límite a los proyectos religiosos jesuitas, así como la esclavitud, una amenaza constante para los indígenas amazónicos.

La crónica tuvo éxito, la Corona aceptó sus ideas para la administración del espacio por las misiones jesuitas y su conquista espiritual. No obstante, como veremos a continuación, el entusiasmo de Cristóbal de Acuña no se sostendrá en los cronistas jesuitas que lo sucedieron, quienes vivieron múltiples limitantes para la ejecución de las reducciones, y el ente amazónico pasó a significarse por el martirio.

2.1.2 Martirio en las selvas y montañas

Manuel Rodríguez (Cali, 1630 – Madrid, 1684) y Pedro de Mercado (Riobamba 1620 - Santafé 1701) escribieron libros de un valor inmenso para esta tesis. Sus obras cuentan la historia de las misiones jesuitas en la Amazonía, y fueron construidas con un archivo que incluyó cartas, diarios, libros y testimonios. A pesar de no contar con múltiples reediciones, estas narraciones fueron muy importantes para los autores posteriores.

El libro de Rodríguez, *El Amazonas y el Marañón* (1684), fue consultado y citado por diferentes historiadores, geógrafos y escritores, entre los que se encuentran Garcilaso de la Vega, Pablo Maroni, Juan Magnin, Juan de Velasco y, en el siglo XX, por González Suárez, José Jouanen y Constantino Bayle. De hecho, esta obra es una de las fuentes más importantes para la historia amazónica. Por eso es paradójica la ausencia de ediciones posteriores. El libro pasó de ser referido en multitud de ocasiones a entrar en el *index* del Vaticano, aparentemente por formalidades que no cumplió el autor al momento de su publicación. No se dieron publicaciones posteriores, a pesar de los esfuerzos empleados por Julio Tobar Donoso por sacarlo del *index* de la iglesia, y de la promesa presente en la primera edición de la colección *Amazonas* (1942), que iba a conmemorar el aniversario de la expedición de Francisco de Orellana. La ausencia de una segunda edición, para vergüenza de la historia amazónica contemporánea, nos indica el descuido que existe sobre las fuentes históricas, así como el impacto que mantienen las prohibiciones eclesiales; aparentemente, en este caso por razones burocráticas dentro de la narrativa amazónica. Es posible que el hecho se deba a que gran parte de las instituciones que trabajan esta historia tienen una identidad conservadora o bien dependiente de la iglesia.

El Marañón y el Amazonas contiene una exaltación patriótica sobre Quito y sobre la pertenencia de Maynas y sus provincias en la órbita espiritual de la ciudad. Su historia es extensa; tiene como eje fundamental el sacrificio de los misioneros jesuitas en las empresas evangelizadoras de los “indios infieles” de estas provincias. Esta evangelización volvería a la actual capital del Ecuador una nueva Jerusalén del cristianismo (Fernández Salvador 2014).

Las narraciones históricas del texto son desconcertantes para el lector contemporáneo. En Manuel Rodríguez no se lee la épica de victoriosos conquistadores derrotando a inmensos ejércitos locales, ni resultados inmediatos de la obra de evangelizadores. Al contrario, se describe la destrucción de iglesias, el martirio y muerte de misioneros, las difíciles

condiciones de salud que pasan las poblaciones convertidas, y la facilidad con la que se borra la obra misionera. En varias ocasiones. el mismo autor emplea el concepto de fracaso.

Las reducciones del Amazonas fueron parte de una narrativa global jesuita, particularmente orientada a las fronteras. Coincide con relatos sobre los jesuitas en Chile, en el Paraguay y el norte de México, pero también sitúa esta proeza en relación y comparación con las misiones en China y Japón. Rodríguez presentó una historia que buscaba destacar los beneficios de esta obra, a pesar de la escasez, la distancia y el aislamiento. Por tanto, los fracasos y las muertes de los misioneros volvieron esta empresa aún más importante (Cañeque 2016, 18).

En esta perspectiva providencialista el Amazonas rivaliza con China. Pues, según Rodríguez, “no hay duda que el trabajar por estos indios pobres (tanto que andan desnudos, como bestias) es causa de grande mérito, y efecto de mucha virtud, más que trabajar por los ricos de China” (1684, 380). El cronista equipara la conversión de cristianos con la cacería:

Es mayor mérito, por el trabajo mayor de andar buscando almas, como la caza en los montes: Y el recogerlas, a pueblos, es como darles el ser de hombres, a los que vivían como brutos, lo qual no se hace en la China, ni lo antecedente se puede executar: A los cazadores es tanto más sabrosa la caza, cuanto más penetran en el bosque para cogerla: y así a los misioneros deben ser más estimables las almas, que les costaron más pasos [...] donde están en los bosques, como fieras los racionales (Rodríguez 1684, 380).

En el siglo XVII había una comprensión sobre China como un inmenso Imperio, con ciudades de mayor tamaño e importancia que las europeas. El libro de Rodríguez evidenció una disputa del proyecto jesuita sobre la centralidad geopolítica, que puede poner en crisis la idea preconcebida de que las fronteras son exclusivamente una periferia. La frontera Amazónica adquirió centralidad en la obra jesuita y en el desarrollo científico del siglo XVII. En esta centralidad se consagra también, en cuanto lugar de martirio, el discurso católico de la época (Fernández Salvador 2014).

El empleo de la noción de caza indica que el acercamiento con los indios se dio a partir de “trabajosas correrías”. Los misioneros emprendieron expediciones con soldados e indios cristianos para capturar, al menos temporalmente, a los grupos que pretendían evangelizar. A pesar de oponerse frontalmente a la captura de esclavos, el cronista valida este método como legítimo para su empresa evangelizadora (Rodríguez 1684, 380). En este sentido, las correrías fueron legitimadas pero diferenciadas. En el caso de los cristianos es a partir de una “violencia blanda” que se logra este acercamiento, y es solo un primer esfuerzo en una amplia cadena de sacrificios.

En el relato hay una tensión entre las grandes expectativas de la obra evangelizadora, a partir de la integración del inmenso territorio a un proyecto global, y varias experiencias de martirio relacionadas con el aislamiento de los curatos y las reducciones. Precisamente, el martirio permitirá crear expectativas de salvación. El paisaje, de acuerdo Rodríguez, dificulta los esfuerzos evangelizadores: “son montañas, que son infierno de calor, humedad, lluvias, sabandijas, esterilidad, y carestía”; mientras describe una frontera casi inaccesible, hostil y carente de luz (Rodríguez 1684, 14).

La misión evangelizadora resultaba compleja, en vista de la distancia entre Quito y las ciudades cercanas con los llamados espacios de montaña, poco conectados al entorno imperial. No obstante, esta dificultad se presentó también como una oportunidad de esfuerzo y sacrificio para rescatar el Amazonas y sus selvas de la influencia del demonio. De acuerdo al autor, este cautivó a los indígenas locales aprovechando su situación de aislamiento. Por ello, la montaña fue denominada “la Fortaleza del Demonio” (Rodríguez 1684, 414-443). En este relato el diablo ejerció influencia en las costumbres indígenas a través de sus cultos religiosos previos, pero también en el momento de rechazar las enseñanzas de los misioneros. Y, al igual que los indios, algunos españoles fueron tentados y confundidos por él en las montañas, a partir de las riquezas auríferas.

La omnipresencia del demonio no es una novedad en suelo americano, es percibido como el error y la mentira, como una criatura tentadora. Posiblemente, esta presencia se intensifica en el entorno amazónico por su condición de “montaña y bosques” que se encuentran carentes de tierra cultivada.

La representación de una geografía regida por el diablo es un tópico común en el mundo atlántico cristiano –tanto católico como protestante– durante la conquista y los primeros años del siglo XVII (Cañizares-Esquerra 2008). No obstante, una diferencia que atañe a la historia amazónica es que las metáforas demonológicas, recurrentes en la obra de Rodríguez, serán una constante durante los siglos XIX y XX, tal como veremos en capítulos posteriores. Los tropos como el demonio y el infierno pervivieron en la región y se emplearon para describir los ciclos extractivos caucheros, las expectativas capitalistas, las costumbres de la población indígena, los agravios contra esa misma población, el contenido material de la riqueza, entre otras circunstancias. Esos tropos y símbolos mantuvieron una larga duración en este espacio.

Lejos de la expectativa de un nuevo Potosí, la característica preponderante del Amazonas en la obra del jesuita, es una frontera donde se vive con pobreza. Por tanto, la empresa cristiana

requiere de todos los apoyos de la Corona “para hacer guerra al demonio, en tan fortificadas montañas, debe preceder juntar pertrechos, hazer gente, y considerar primero de asiento las fuerzas del enemigo, y cuántos soldados pueda acometer” (Rodríguez 1684, 57). Rodríguez rompe con los relatos de Carvajal y Acuña sobre reinos ricos. A pesar de eso, en su narración se mencionan bienes: la zarzaparrilla, maderas y pieles; pero estos recursos no evitan significar el espacio con las nociones de pobreza y sacrificio.

En consecuencia, el cronista critica el concepto de Paitití: “sus muchas riquezas, todo lo qual, realmente es ente de razón y así se aprendieron aquellos montes de razón, quimera que pudiera pasar imaginada pero no referida” (Rodríguez 1684, 56). Crítica que se extiende a la ingenuidad de los franciscanos que apoyaron las expediciones en busca de estos lugares fantásticos. Tampoco se ve con agrado o simpatía la historia de la extracción de oro; de hecho, el oro es comprendido como un elemento pernicioso para la empresa sagrada que desempeñaban los jesuitas (Fernández-Salvador 2018, 69). No sólo eso, sino que para el padre la codicia fue la causa directa de la insurrección de los *jíbaros*, a este respecto refiere:

Insaciable es el apetito de las riquezas, y quizás porque ha llegado a llamarse sagrada al hambre del oro, ninguno se avergüenza de tenerla: aquel oro como encantado, o encantador de los xibaros, no sé en qué va a parar, quizás llegará a correr derretido como sucedió en Chile; en donde los indios te le echaron en la boca a un conquistador, apagándole no la sed, sino la vida (Rodríguez 1684, 208).

El apetito de riqueza ocasionado por el demonio es uno de los problemas que enfrentan los jesuitas. Para Rodríguez la verdadera fortuna del territorio tiene una forma espiritual, y consiste en ser un espacio para evangelizar (1684, 441).

Como mencionamos, en este apartado es también fundamental el análisis de la obra de Pedro de Mercado, un tratadista jesuita de origen quitense, reconocido y prolijo en sus obras. Nació en la ciudad de Riobamba en 1620, tuvo formación jesuita y educación en el Colegio de San Luis en Quito. Allí fue alumno de Gonzalo Buitrago y Hernando de la Cruz, este último, conocido como confesor de Mariana de Jesús y autor del cuadro del Infierno en la iglesia de La Compañía en Quito. Durante su vida creó una extensa serie de tratados de filosofía y teología que circularon por Alemania, Italia y Ámsterdam. Sin embargo, una de sus obras más importantes no será publicada hasta 1953, en Colombia: *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*. Este texto se dividió en ocho tomos, dos de ellos tratan la historia de las misiones en el Marañón o Alto Pará.

La *Historia* de Mercado (1957) es un documento de mucha valía para describir la vida de los colegios jesuitas en Quito, Santa Fe y Panamá. Contiene semblanzas biográficas de diferentes padres de La Compañía, así como referencias a los artistas de la escuela quiteña. Su archivo incluye las cartas *Anuas*, cartas necrológicas, libros de bautismo y otras relaciones. Es llamativo, porque hizo uso frecuente de referencias y citas a archivos jesuitas, particularmente el archivo del Colegio de San Andrés en la actual capital del Ecuador.

Pedro de Mercado destaca por su capacidad de investigación, acompañada por una escritura fluida y plena de abundantes imágenes, uso de superlativos, así como múltiples referencias filosóficas y teológicas que aluden al problema del mal, personificado por el demonio, y de la conversión como una herramienta de salvación. El protagonismo de sus últimos libros reside en los padres jesuitas y su incursión en las selvas del Marañón.

En la obra hay referencias a la historia natural de estos espacios. Empero, el argumento expone las misiones y la vida de los padres que entraron al territorio. A pesar de la extensa crónica que refiere al Marañón o Alto Pará, a diferencia de los otros autores del período, no se profundiza mucho en las expectativas de riqueza ni en la descripción geográfica del área. El foco está en las obras de los misioneros y las características de los indios.

Uno de los puntos centrales es la descripción de la ciudad de San Francisco de Borja, el poblado más importante de Maynas, así como de otras urbes de la región; esto suele presentar más atención que las tierras remotas. La ciudad es uno de los frutos de la obra evangelizadora y muestra en sí las virtudes del sacrificio: es un objeto de la historia jesuita. San Francisco de Borja fue construida tras el fracaso de los encomenderos, gracias al padre Lucas de la Cueva, uno de los héroes de esta historia.

Tanto el adoctrinamiento de los indios como la reforma de los españoles eran imperantes para de la Cueva, pues “andaba el vicio suelto y de manifiesto, especialmente el de los amancebamientos” (De Mercado 1957, iv:159). Según Pedro de Mercado, las condiciones morales de indios y españoles se encontraban en un punto muy bajo, inducidos por el medio geográfico y la ausencia de una supervisión religiosa efectiva. Sin referir directamente a los franciscanos, pone en duda su trabajo misional, en el caso de los indios maynas, a quienes “les echaban agua sin darles a entender lo que era el bautismo” (De Mercado 1957, iv:152). El único rol que reconoce la historia de Pedro de Mercado es el de los jesuitas, previo a este, imperaba el estado de salvajismo.

Como ya hemos mencionado, el rol de los encomenderos es abordado como una limitante para el cristianismo, por su ambición, lujuria y violencia contra los indios:

Servíanse de ellos como de esclavos echándoles cargas que no podían llevar. Quitábanles sus mujeres si eran gentiles, cuando pertenecían a distintos repartimientos diciendo que entre gentiles no había matrimonio, sacábase mucha gente de varias provincias yendo armados a cogerla y en trayéndola la repartían entre soldados y vecinos. (De Mercado 1957, iv:151).

El establecimiento de las misiones no solo buscó la conversión de los indígenas, sino que fue una alternativa al gobierno vicioso que se estableció previamente. San Francisco de Borja y los poblados regidos por la obra de los misioneros se presentan comúnmente como un lugar de santidad.

Sin embargo, la vida urbana para los indios no está exenta de tentaciones: la fuga es una constante y se debe a su naturaleza independiente; ellos “aborrecen la sujeción y aman la libertad en los montes donde no ven la cara a amos que los sujeten” (De Mercado 1957, iv:156). La sujeción es el resultado de la tarea misional, frente a la independencia y la libertad de los indígenas. El concepto de independencia seguirá teniendo un carácter peyorativo hasta el siglo XX para referir a las poblaciones libres.

Contrariamente a los españoles, los indígenas valoran la libertad y no encuentran escasez ni pobreza en la selva, para ellos es un espacio de abundancia. Esto dificulta su conversión, pues “muchos huyen por hambre que tal vez hay en la ciudad y van a buscar carne en los montes y el pescado en los ríos para comer sin escasez” (De Mercado 1957, iv:156).

A diferencia de los poblados guiados por los padres jesuitas, los montes se presentan como la oposición a la tarea misional. Se comprenden como un lugar donde se malogran las enseñanzas y doctrinas cristianas “porque olvidan en los montes lo que aprendieron en la ciudad” (De Mercado 1957, iv:155). Tienen una influencia muy fuerte sobre los indígenas que los habitan y son capaces de borrar las huellas de las enseñanzas cristianas. Esta antinomia, monte-ciudad, también opera como la oposición de demonio-cristianismo y de enseñanza-olvido. La expectativa de guardar la memoria del cristianismo será también común para la orden franciscana, como se observará en la obra de José Amich (1834); los montes tienen la capacidad de suprimir el adoctrinamiento y la sumisión e inducir un olvido por “destrucción de huellas” (Ricoeur 2000, 537).

A pesar de las virtudes de la vida urbana, el autor encuentra un problema en la poca procreación de los *mainas* en ese ámbito: “debe estorbar la sujeción en las casas de sus amos

como a las aves silvestres les sirve de estorbo a su fecundidad el tenerlas encerradas en jaulas” (De Mercado 1957, iv:156). En este sentido, la ciudad permite el cristianismo, pero impide la procreación. Y se añade un problema adicional: la urbe es también retratada como un lugar de pestes. De ahí que, en determinado momento, sea la extremaunción uno de los objetivos más importantes de las conversaciones por la noción de la salvación y de la vida más allá de la muerte manejada por los padres (De Mercado 1957, iv:158).

A las dificultades señaladas se agregaban otras: la inmensa cantidad de lenguas, la corrupción de los blancos, las distancias y la presencia de naciones que el jesuita considera *caribes* o gente “amiga de comer carne” e inclinados al homicidio (De Mercado 1957, iv:160). No obstante, esto no implica una tarea imposible para los misioneros, entre quienes destaca al ya mencionado Lucas de la Cueva, quien logró convertir al grupo de los temidos Xeberos como “hombres políticos” (De Mercado 1957, iv:175).

Pero las conversiones tampoco resolvían todos los problemas. Una de las tareas más complejas, según el autor, se encuentra en exponer a los indígenas la noción de un más allá cristiano. La perspectiva de los nativos, incluso los conversos, tiene una comprensión diferente de lo que significa el otro mundo. Pedro de Mercado retoma el testimonio de un indígena que en su agonía pedía el bautismo para acceder al cielo: “ya tengo ganas de ir por allá porque están mis parientes esperándome con las yucas y plátanos maduros” (1957, iv:244). Asimismo, entre los errores inducidos por el demonio, se destaca que los indios pensaban que en el cielo “habían de cortar cabezas habían de menear los pies danzando y bailando” (De Mercado 1957, iv:245). De esta última referencia, narra:

Afirmaban estos hombres brutos, estos salvajes montaraces nacidos en aquellas montañas que los que eran degollados en el cielo no se morían sino que sus cuerpos se convertían en tigres, leones, osos y otros animales irracionales (De Mercado 1957, iv:245).

El jesuita también observó que creían que la Vía Láctea “era la montaña por donde habrían de pasear por el cielo” (De Mercado 1957, iv:245). Si para Pedro Mercado la montaña significa un lugar del demonio, y la oposición a la ciudad, para los indígenas todo se relacionaba con ese espacio. De este modo, las enseñanzas católicas se encontraban limitadas por los testimonios donde se apreciaba que el cielo y el infierno son la montaña y los animales no son completamente ajenos a la vida social, sino una emanación de la muerte de los humanos.

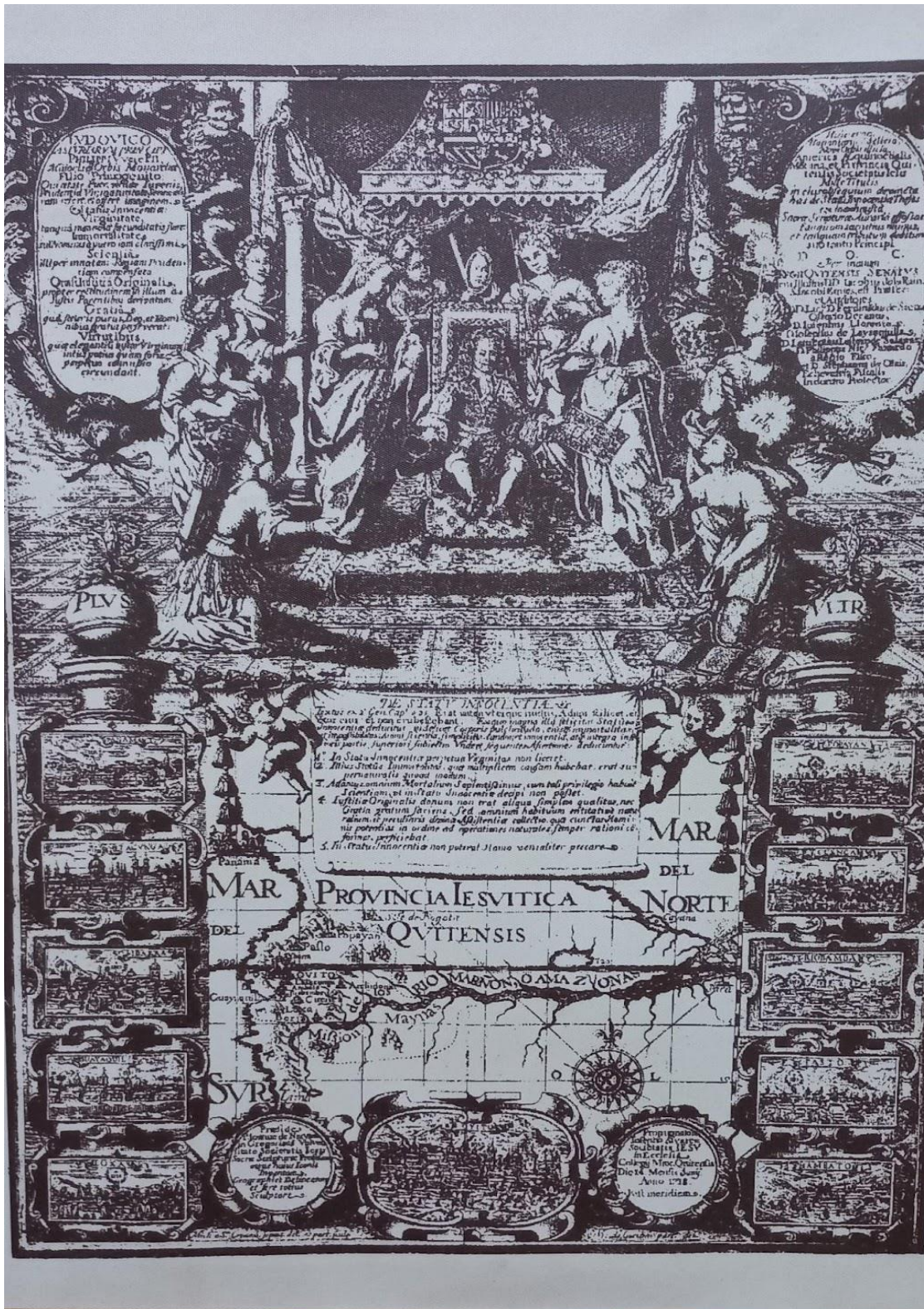
Pedro de Mercado hace algunas referencias a las características: para “quien no conozca cuán inculta es la selva y cuán salvaje silvestre es la montaña que rompieron los obreros de la

Compañía de Jesús para labrar la viña del Señor” (De Mercado 1957, IV:239). Entre las descripciones sobresale la flora: “en estas montañas sin cultura produce la tierra muchas especies de palmas y otros árboles que producen frutos de buen sustento” (De Mercado 1957, iv:260). Entre las características de este tipo de vegetación, anota que las raíces se desprenden del suelo.

En cuanto a la fauna, menciona a monos que tienen semejanza con los hombres en rostro, manos y pies; tigres y puercos y, sobre todo, una amplia variedad de víboras (De Mercado 1957, iv:262). Describe a diferentes peces en el agua, como el pejubuey, las anguilillas, sábalos, bocachicos, doncellas y bagres, que son pescados con diferentes técnicas, tanto por los indios como por los pájaros (De Mercado 1957, iv:265). Asimismo, destina algo de tiempo a narrar sobre “animalejos que pueblan el aire y molestan a los que habitan en estas tierras” (De Mercado 1957, iv:267), donde aparecen las cucarachas que molestan a los dormidos, los murciélagos que cazan aves de corral y hacen sangrías a los dormidos, y los zancudos (De Mercado 1957, iv:267). Las hormigas, en cambio, tienen un carácter ambiguo; si bien pueden estorbar —al punto de causar calentura—, otras son gustosas “al paladar de los indios que nacieron en las montañas” y de “los españoles que se han avecinado en ellas” (De Mercado 1957, iv:269). En general, estas descripciones no significan la región por su riqueza ni por una utilidad material, lo que le interesa allí es exaltar el papel de la conversión y la obra misional jesuita.

Las dificultades, los esfuerzos en vano y los sacrificios son la tónica de una narrativa jesuita que se intensifica conforme las epidemias menguaron a la población, pero, gracias a esta escritura martirial, la adversidad pudo ser leída como parte de su proyecto. No eran crisis, sino el proyecto mismo: cada sacerdote martirizado y cada iglesia destruida podían ser comprendidas como un paso más para el engrandecimiento de la obra misional. No obstante, una crisis abismal se iba a gestar con el destierro; borrando gran parte de los signos que la utopía jesuita imprimió.

Figura 2.1. Provincia Quitensis, 1718



Fuente: Mapoteca de la Aurelio Espinosa Polit. Facsimil

(1789, 230). A estas dificultades conviene agregar el favoritismo que tendrán las misiones franciscanas, que comenzaban a extenderse a lo largo del Huallaga con el apoyo del Virreinato de Lima, así como la presencia de otros religiosos, como los carmelitas descalzos, que contaron con el apoyo de los portugueses.

Sin embargo, la crisis del proyecto de misiones y –con este– de la modernidad jesuita llega a su punto máximo con el destierro de la orden, en el año de 1767. Este episodio dramático quedó narrado en el diario del padre Manuel Uriarte y fue publicado por primera vez en 1952, gracias a Constantino Bayle. Uriarte fue expulsado junto a sus hermanos de orden, “No puedo explicar cuán grande turbación” –describió– “no pude articular más palabras” (Uriarte 2021, 344). La descripción del hecho da cuenta de la sorpresa de saber aprendidos a sus compañeros; y, a pesar de asumirlo como parte de la voluntad de Dios, confiesa que quedó por más de media hora “como lerdo e insensato” (Uriarte 2021, 344).

La pérdida de cordura que cuenta Uriarte expone precisamente un acontecimiento abismal que ponía fin al proyecto iniciado por Cristóbal de Acuña. La expulsión jesuita terminaba el proyecto global, y Maynas, una de sus polaridades, resultaba perdida. El destierro comenzó a inscribir esta inmensa región como un lugar de injusticias que menoscaban la obra misionera y dejó a los indios en una especie de orfandad. La narración de Uriarte asocia la selva con el sentimiento de profunda melancolía por los indios recién cristianizados que corrían el riesgo de volver a las selvas o de ser esclavizados: “confieso que ni con las muertes de mi padre y de mi madre tuve un sentimiento de lágrimas más vivo que ese día” (Uriarte 2021, 374).

Aquí, las referencias a los indígenas adquieren un tono más dulce; el padre llama hijos y niños, particularmente, a los ‘viracochas’ que servían como asistentes personales. Expone con mucha tristeza la despedida “adiós delicias mías mayorunas, iquitos y yameos” (Uriarte 2021, 365). Los nativos, por su parte, anuncian que se esconderán hasta que vuelvan los misioneros, y en algunos casos la desesperación de la partida los lleva al suicidio, acto que condena el padre Uriarte.

Este diario es un registro tardío y nostálgico, donde el misionero emplea diferentes referencias en kichua, iquito y omagua. De igual manera, el relato sobre los animales se presenta con menos terror y más nostalgia, salvo cuando se trata de mosquitos y niguas. Los animales se recuerdan por su carácter comestible (Uriarte 2021, 338). Desde el destierro la selva se percibe como un lugar amable, pero al mismo tiempo como el espacio de una utopía truncada o un proyecto fallido.

En Uriarte también se muestra con más claridad los distintos tipos de intercambio que existían con la población indígena. Siendo particularmente destacable el de cuchillos, agujas y herramientas metálicas; durante el destierro esos objetos fueron regalados. En esta narración, se presenta a los jesuitas como menos exteriores al espacio que describen, que lo que ocurre en las crónicas de Pedro de Mercado o Manuel Rodríguez.

Con el destierro se abrió una crisis conceptual o, como referimos previamente, una experiencia abismal que vació nuevamente los significados teológicos y políticos que tuvo la Amazonía. El vacío dejado por los jesuitas fue copado por los proyectos ilustrados que encontraron allí un espejo donde la civilización se podía reflejar; también, un espacio abierto a una nueva forma de colonización.

El ciclo determinado por las misiones jesuitas sirvió, en un futuro, para afirmar el papel de Quito y, luego, del Ecuador en la incorporación del Amazonas como territorio. A pesar de que la ciudad no fue el único centro logístico para las misiones, se encontraba relativamente cerca del río Napo y, por tanto, de una salida directa al Amazonas. No obstante, desde diferentes regiones de la selva, como Bracamoros u Ocopa, los franciscanos comenzaron a su vez, un proceso de conquista espiritual que fue más largo y duradero, y que también fungió como una forma de afirmar en un futuro la soberanía material de un país: el Perú.

Asimismo, conviene aclarar que la crisis abismal ocasionada por la expulsión será sucedida por un proyecto optimista y de larga duración: la Ilustración. En las siguientes décadas, tanto el proyecto ilustrado francés y prusiano como las misiones franciscanas van a converger en la construcción de nuevos discursos y lenguajes que volverán a encontrar en la Amazonía un lugar para significarse, y para proyectar sus expectativas como un espejo.

2.2. El Amazonas ilustrado

La Ilustración, como movimiento intelectual francés, toma como espejo al Amazonas con la finalidad de corregir los errores españoles y americanos, y así comprobar la superioridad científica de Francia como imperio emergente. No es casual que la Amazonía y sus objetos hayan formado parte de múltiples artículos de la *Encyclopedie* (Safier 2016). Los tópicos amazónicos serán un motivo de discusión dentro de este movimiento. No obstante, esta discusión es compleja, pues la misma definición de Ilustración y su valor han sido objeto de debate.

Para Kant la Ilustración cumple un papel liberador de una culpa: la incapacidad de servirse de su propia inteligencia y requerir la guía de otro; de ahí que ser ilustrado es una actitud que le

permite al individuo servirse de su propia razón (Kant 2009). Michael Foucault, quién se apropia del concepto, sugiere que aquella es una actitud que permite al individuo liberarse de un tutelaje y así salir de un régimen que impondría una condición de minoría de edad al individuo; esta propuesta supone a la modernidad como un relato de progreso constante (Foucault 2006). Tales perspectivas se afirman en un concepto de progreso.

En el ámbito histórico las discusiones también son complejas y responden a quién toma parte y en dónde ocurre el debate ilustrado. En este sentido, quizás la posición más interesante sea la de Sebastian Conrad (2012), quien analiza la Ilustración como un movimiento conectado en una discusión global; “*was the work of many actors and the product of global interactions*” (Conrad 2012). De esta manera, no se circunscribe a Europa ni a una temporalidad definida; Conrad toma distancia con las perspectivas de múltiples modernidades que diluyen la Ilustración como un movimiento general, pero tampoco coincide con las posiciones decoloniales y ‘adornianas’, que la describen como una tendencia imperialista y genocida. La Ilustración sería un movimiento global que se gesta en conexiones coyunturales y a partir de debates de diferente densidad. Por tanto, observamos cómo las tendencias contrailustradas o los científicos del siglo XIX en la India –y, para nuestro caso, en el Perú y el Ecuador– pueden ser considerados ilustrados a través de esta historia conectada.

Cañizares-Esquerro (2007) ha referido el inmenso peso que tiene América para los debates ilustrados, no sólo como un Nuevo Mundo donde se observan miles de objetos de estudio, sino como una forma americana, ibérica y global de vivir la Ilustración a través de la historia. Los americanos han producido su propia epistemología apropiándose de los debates europeos. Esta se ve enriquecida por investigaciones de archivo a partir de la tradición española, pero mediada por una epistemología patriótica, muchas veces antitética a las Ilustraciones francesa o inglesa que afirmaban su política colonial. En este sentido, el proceso americano destaca los conocimientos, las formas y las expresiones locales, tanto naturales como sociales.

Resulta conveniente mencionar que los relatos ilustrados son heterogéneos, pero tienen, a pesar de sus diferencias, como un objeto común y de significativa importancia al Amazonas y la selva amazónica, y como objetivo la divulgación más precisa posible de esta entidad y su potencial futuro. Sumado a la importancia de la región, nuestro punto de partida constituye un nodo indiscutible en la historia del proyecto ilustrado; la misión geodésica y el debate entre la Ilustración inglesa y francesa sobre la forma de ver el mundo.

Entre las tradiciones teóricas del filósofo René Descartes y del físico inglés Isaac Newton se estableció una discusión sobre la forma del planeta. El primero había considerado que este tenía la forma de un esferoide prolato con protuberancias en los polos, mientras que Newton es su publicación *Principia Mathematica*, sostenía que los polos eran achatados y el ecuador más amplio (Safier 2016, 31). En este sentido, se comprende la importancia de los viajeros geodésicos y la deriva ilustrada de esos debates, que también abarcaría la forma y naturaleza de la Amazonía.

2.2.1 Charles Marie La Condamine: el Amazonas como espejo ilustrado

La Condamine, explorador, cartógrafo y matemático de París, formó parte de la misión geodésica junto a Louis Godin, Antonio de Ulloa, Jorge Juan y Pierre Bouguer, entre otros, siendo el más conocido de los anteriores a pesar de no encabezar la expedición. Su mayor reconocimiento proviene de que aprovechó la expedición para recolectar información sobre el Amazonas junto a Pedro Vicente Maldonado. Esta expedición fue narrada en un diario de fácil acceso y con un mapa desplegable que, literalmente, ilustraba el río Amazonas.

La Condamine ([1745] 2003) y su diario tienen un valor intrínseco en esta tesis, y se convirtió en muchos casos en una fuente de autoridad. A pesar de formar parte de un proyecto colectivo como la misión geodésica (Safier 2008), fue una referencia obligatoria para la historia y la geografía amazónica.

La Condamine aprovechó su viaje por la Amazonía para destacar su propia figura como científico y explorador. A partir de su breve relación se perfilaron los significantes sobre el Amazonas, su extensión, su forma y los pobladores que se encuentran allí. Comprender cómo el académico significa esta zona es la mejor forma de acceder a las nociones espaciales de la ilustración francesa. Hasta la fecha resulta un personaje icónico para la ciencia y, en cierta forma, instituye la utopía científica sobre la región y su potencial contribución al mundo moderno.

Los escritos y dibujos de La Condamine figuraron en varias entradas la *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Se hace referencia al Amazonas y sus objetos –desde la mirada de este científico– en los artículos de Aguas, América, Caucho, Gusano de Mono, Omaguas, Mono, Quina, Periquito Verde, Resina (Safier 2008).

El explorador francés tuvo mayor precisión que los exploradores jesuitas en algunos cálculos sobre las dimensiones del Amazonas; pero, a la luz del presente, a pesar de sus pretensiones sus mapas y descripciones no fueron mejores ni más precisos que aquellos materiales en los

que se basó (Dias 2012; Altic 2014). La Condamine ante todo describió el contenido de los ríos que alimentan el Amazonas, los bosques y los territorios como entidades *mensurables*: el río principal era algo que podía medirse, y fue medido; las leguas son un término recurrente en el relato.

Samuel Fritz, Magnin y Cristóbal de Acuña ya habían presentado cálculos sobre las dimensiones de los ríos de la región, junto con otros tópicos. Pero el tamaño y la extensión del Amazonas llega a ser una materia redundante en La Condamine durante cada momento de su narración; siempre aludiendo a sus artefactos y gestos modernos y, narrativamente, en oposición a los conocimientos previos. Su intención no es original, cuatro años antes de su viaje Joseph Gumilla había publicado *El Orinoco Ilustrado*, pretendiendo mostrar e iluminar la historia natural y la geografía amazónica y del Orinoco a partir de su experiencia y una amplia compilación de crónicas, donde destacaba José de Acosta (Safier 2016, 92).

La Condamine siguió una estrategia de difusión más efectiva que sus antecesores. En primer lugar, agregó un mapa desplegable a su texto. En segundo, lo presentó como una narración de fácil lectura, en primera persona y, en lugar de exponer, ocultó de forma evidente las fuentes de su archivo: notas, manuscritos, mapas e informes locales recuperados de los jesuitas con quienes trató durante su tiempo en América. En su relación, tampoco encontramos referencias a sus guías y cargueros. El relato pone al autor en primera persona, como un gran descubridor.

Desde una perspectiva contemporánea, no hay mucho en las páginas de este diario que no se encuentre en los diarios, historias y crónicas jesuitas. No obstante, es diferente; su horizonte es de futuro. No tiene como objetivo la promoción de las reducciones, sino la de su propia persona como científico, y su perspectiva de futuro amazónico converge con este objetivo.

El contenido de su proyecto es la investigación; su utopía, la recolección y clasificación masiva de un conjunto de bienes que podría explotarse tras su estudio. Teniendo ya algunas experiencias en plantas americanas, pregunta el viajero: “la quinina, la ipecacuana, el simaruba, la zarzaparrilla, el guayacol, el cacao, la vainilla, etc. ¿serán las únicas plantas útiles que encierre América en su seno?” (La Condamine [1745] 2003, 57).

Quizás el bien más destacable de su crónica sea el caucho, uno de los materiales obtenidos a partir de la exploración y que el francés reivindicó como su descubrimiento. El caucho es una forma de nominar diferentes gomas que se procesaron para crear un material elástico; este circuló a gran velocidad, debido su importancia en la producción industrial del siglo XIX:

La resina llamada caucho en los países de la provincia de Quito próximos al mar es también muy común en las orillas del Marañón y tiene las mismas aplicaciones. Cuando está fresca se le da con moldes la forma que se desea; es impermeable; pero lo que la hace más notable es su gran elasticidad. Con ella se fabrican botellas irrompibles, botas, bolas huecas que se aplastan al apretarlas y que recobran su primitiva forma al cesar de oprimirlas (La Condamine 2003, 56).

El descubrimiento del caucho le da fama y prestigio. Aunque, en su mismo relato quedan claro los múltiples usos que tuvo este material por parte de los indígenas y portugueses. No obstante, su exhibición en los salones parisinos le permitió reclamarlo como propio, y así se inscribió en obras posteriores. No es casualidad que se haya considerado a La Condamine una autoridad para tratar la extracción del caucho durante los conflictos en el Putumayo, tanto para referir el material como a la población local.

A pesar de que su diario tiene como finalidad la descripción geográfica, como el mismo explorador aclara, es frecuente y reiterada una presentación cargada de desprecio sobre la población americana y, en especial, sobre los nativos:

Tiene como base la insensibilidad. Dejo a vuestra elección si debe honrársela con el nombre de apatía o envilecerla con el de estupidez. Nace, sin duda, del corto número de sus ideas que no se extiende más allá de sus deseos. Glotones hasta la voracidad, cuando tienen con que satisfacerla; sobrios, si la necesidad los obliga, hasta carecer de todo, sin parecer desear nada; pusilánimes y poltrones con exceso, si la embriaguez no los transporta; enemigos del trabajo; indiferentes a todo estímulo de honor o reconocimiento; preocupados únicamente del presente y siempre supeditados a él; sin quietud por el porvenir; incapaces de reflexión; entregándose, cuando nada los atemoriza, a una alegría pueril, que manifiestan con saltos y carcajadas inmoderadas, sin objeto y sin designio pasan su vida sin pensar y envejecen sin salir de la incidencia de que conservan defectos (La Condamine 2003, 39).

Varios autores anteriores refirieron a las poblaciones amazónicas con adjetivos similares, pero ningún otro de los consultados los empleó de forma tan reiterada y con descripciones peyorativas así de generalizantes. Los calificativos de La Condamine abarcan la voracidad en la comida, los problemas de entendimiento, la ociosidad, la cobardía y la violencia.

Con el explorador francés, de forma deliberada, se presentó una discontinuidad y una ruptura con las descripciones del ser americano y, particularmente, del indio del Amazonas. Antes, los cronistas misioneros habían puesto énfasis con frecuencia en el carácter heterogéneo de las diferentes poblaciones. Por su parte, La Condamine no encontró esta diversidad; a pesar de

conocer de primera mano diferentes descripciones y lugares, termina literalmente deshumanizando a las poblaciones indígenas:

Los indios de las Misiones y los salvajes que gozan de libertad son, por lo menos, tan pobres de ingenio, por no decir tan estúpidos, como los otros; no puede verse sin avergonzarse cómo el hombre abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia. (La Condamine 2003, 40)

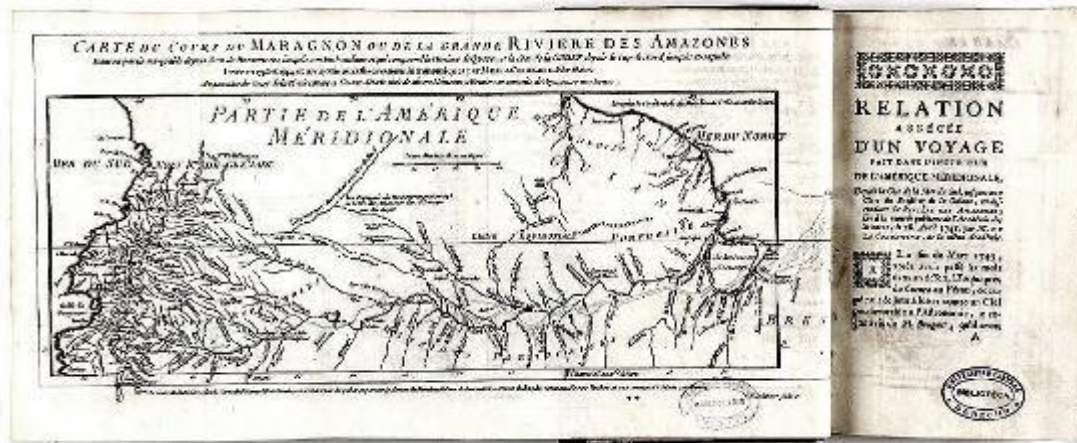
Basado exclusivamente en una experiencia de viaje, su relato permitió poner en duda a Garcilaso de la Vega y sus descripciones sobre las cualidades de los pueblos indígenas; afirmaba que los indios carecen de conceptos, “palabras”, como “virtud, justicia, libertad, agradecimiento, gratitud” (2003, 41), que eran algunos de los elementos que destacaba Garcilaso sobre la forma de ser del indio americano. Y agrega, contra el historiador peruano: “si el amor a la patria no le hizo imaginarlo es preciso convenir que estos pueblos han degenerado mucho de sus antepasados” (2003, 41). Según La Condamine, esta degradación está también relacionada a la ineficiente administración española.

Conviene mencionar que algunos de estos conceptos sobre la condición humana de los indígenas fueron refutados, entre otros, por su compañero de viaje Pedro Vicente Maldonado; pero las representaciones de La Condamine prevalecieron en los años venideros; según valora Neil Safier “sería difícil exagerar el efecto negativo, despectivo, que las observaciones de La Condamine provocó en la imagen que los europeos tenían de los amerindios, particularmente porque a este se le percibía con frecuencia como un testigo presencial creíble y confiable”(2008, 106).

En la historia de la Amazonía se comprueba como evidente la tesis de Safier. Más adelante, observaremos cómo las descripciones peyorativas del explorador francés produjeron un efecto en la imagen que los mestizos y blancos tuvieron sobre el Perú y sobre los indios del Amazonas. La Condamine fue una referencia como viajero ilustrado y científico. Su diario sirvió como una defensa de los caucheros cuando fueron acusados de crímenes contra los indios, así como su exposición sobre el caucho permitió crear un mercado para este material. Para el lector contemporáneo, resulta desconcertante cómo una exploración relativamente superficial y un breve diario se convirtieron en elementos de autoridad para investigadores científicos como Antonio Raimondi o Manuel Villavicencio; ellos permanecieron mucho más tiempo en los entornos amazónicos y contaron con acervos de información sólidos, pero reconocían en el explorador francés una de sus principales fuentes.

En cuanto a la historia de la ciudad de El Dorado, desmiente las proporciones de ese lugar, pero la valida como cierta, atribuyendo como verdadera la existencia del lago Parima, donde se ubicaba el Dorado. Este error podría comprenderse como una invención cartográfica, al ser uno de los puntos más débiles de su trabajo científico.

Mapa 2.4 Carte du cours du Maragnon ou de la grande riviere des Amazones, 1745



Fuente: Diario de La Condamine, Galica.fr

Parte de los recursos narrativos del francés fue el indagar, exponer y deliberar sobre El Dorado y las amazonas, elementos que fascinaban la imaginación europea. Sobre el primero repite una teoría ya presente, que era una exageración de minas reales (Safier 2008, 125); pero, de acuerdo con sus investigaciones, cree “haber esclarecido este punto y quizá encontrado el fundamento del lago de Parima y del Dorado” (La Condamine 2003, 57).

El relato de las amazonas tiene mucha mayor validez para La Condamine. Localiza a las guerreras cerca de las Guayanas, dedicó mucho tiempo a su búsqueda y, de hecho, dedica en su diario más espacio a este pueblo que a los incas, o cualquier otro pueblo realmente existente. Expone: “preguntamos en todas partes a los indios de diversos pueblos y nos informamos de ellos con gran cuidado, si tenían noticia de las belicosas mujeres”. Concluye que estas escaparon de sus esposos. Los testimonios provienen de los nativos y le resultaron convincentes, a pesar de desconfiar de sus informantes: “bien sé que todos o la mayor parte de los indios de la América Meridional son embusteros, crédulos, encaprichados con lo maravilloso”, escribe en su diario, “pero ninguno de estos oyó hablar de Diodoro de Sicilia” (La Condamine 2003, 68).

La descripción de esta nación de mujeres ignora mucha de la bibliografía previa que descartó su existencia. De hecho, fue un tema que no pasó desapercibido, las amazonas son una de las

principales materias para historiadores y viajeros. No obstante, el prestigio de La Condamine definió otra vez este espacio como determinado por ellas. Su narración asignó a esta figura, nuevamente, un carácter nominativo al río de las Amazonas, que quedará presente en la *Encyclopédie*.

Conviene aclarar que tampoco se presentan atribuciones positivas respecto al elemento humano hispánico y americano. No se destaca la agencia de las misiones, ni de la monarquía. Por el contrario, la Amazonía parece una zona prácticamente deshabitada; hasta cierto punto, La Condamine reclamó su lugar como descubridor. En su relato se puede observar que la mensurabilidad científica era una evidencia de superioridad respecto a miradas anteriores, que no habían logrado aprovechar la selva ni civilizar a los indios. No obstante, no fue el único emisario de la misión geodésica que conoció este espacio. Antonio de Ulloa y Jorge Juan, a pesar de no haber navegado el Amazonas y sus afluentes, escribieron descripciones más extensas y complejas.

2.2.2 La ilustración española del Amazonas y los países de montaña

Antonio de Ulloa y Jorge Juan (1748) fueron la contraparte hispana ilustrada de la misión geodésica. Sus libros no solo alcanzaron una gran distribución, sino que sirvieron para la planificación de cambios políticos, administrativos y económicos por parte de la Corona borbónica. Es posible inscribir su agencia como una utopía ilustrada española. Los textos analizados estudian la situación histórico-geográfica de la América meridional; y, si bien no tienen como tema principal “los países de montaña”, dedican extensas páginas a su historia natural y social, así como a detallar su estado en una extensa exposición sobre el continente.

Los científicos españoles publicaron obras extensas y detalladas para dar cuenta de la situación de los países americanos, teniendo como destinatario al Rey. Dos de sus trabajos observan las provincias del sur del Nuevo Mundo, con noticias sobre la Amazonía: *La Relación Histórica del Viaje a la América Meridional* (1748) y *Las noticias secretas de América* (1826). La primera, bajo la autorización de la monarquía, tenía como objetivo exponer al público las características geográficas e históricas de estas provincias. La segunda fue editada de forma póstuma, cuando las provincias americanas comenzaron a constituirse como repúblicas independientes; la razón de su tardía publicación es que trataba de información estratégica para el reino (Pratt 1997).

A diferencia del diario de La Condamine, *La Relación Histórica* está compuesta por varios tomos y con un sólido sustento de fuentes americanas. Estas abarcan desde la historia natural,

hasta el testimonio de altas autoridades, reportes de gobernadores, protectores naturales, descripciones geográficas, publicaciones y muchos tipos de fuentes históricas. Además, contiene las observaciones de viaje de los autores. El informe, como género literario, respondía a una misión de investigación y observación, su función científica era pragmática y se relacionaba con crear políticas gubernamentales. Paradójicamente, las conclusiones de estos funcionarios imperiales fueron menos coloniales en lo referente a la mirada del otro, que las de sus pares franceses (Pratt 1997).

Al parecer, esta obra tuvo como fin promover la ilustración ibérica, obtener de primera mano información sobre el estado de cosas en América y evitar que los franceses participen en el comercio ilegal y el espionaje. Jorge Juan y Antonio de Ulloa fueron designados como parte de la expedición, y participaron activamente en los experimentos científicos. Estos autores construyeron su informe con información cartográfica, histórica, política, económica y moral de América: un intento de totalización en forma de relación.

Los exploradores conocían bien las discusiones ilustradas. Sin embargo, mantienen una característica propia de la ciencia española desarrollada durante los siglos XVI y XVII: su carácter empírico y práctico aplicado al gobierno imperial (Cañizares-Esguerra 2006). Esto significa que, como método, recurrieron a archivos y libros que mencionan opiniones expertas, junto a sus propias impresiones en cuanto viajeros.

Dentro de las fuentes referidas a la Amazonía, destacaron el historiador Manuel Rodríguez y el padre Samuel Fritz, así como gobernadores de Maynas; el mismo diario de La Condamine fue considerado como una fuente de autoridad. En la *Relación histórica* (Juan y Ulloa 1748) se refiere al espacio amazónico como un “Pays ya montañoso húmedo cálido”, habitado por “indios infieles” tan cercanos a los españoles que desde la cordillera se puede observar el humo de sus fogatas (1748, 356). Generalmente, situaron esas provincias en la Audiencia de Quito, aunque su texto contiene referencias sobre Jauja y Tarma para referir a las sublevaciones indígenas acaecidas en la zona.

El vasto territorio, que incluía el Amazonas, las gobernaciones orientales y los países de montaña, no fue comprendido por fuera de los límites de la civilización, a diferencia de lo que haría Humboldt. En el informe de Ulloa y Juan observamos una compleja historia política y administrativa de las provincias orientales, donde se destacó a las ciudades españolas y su situación, así como las relaciones que los “indios salvajes” tuvieron con los cristianos y el estado en que se encontraban.

En su extensa obra hay varios capítulos destinados a las provincias de oriente.

Particularmente, Macas, Yaguarcongo, Quijos, Bracamoros y Maynas. El nombre que otorgan al conjunto de gobernaciones fue “países de montaña” (Juan y Ulloa 1748, 481). Pero si bien el concepto de montaña es empleado con frecuencia, la forma de pensar la región responde más a las gobernaciones y unidades administrativas, pues conciben ese territorio desde los espacios de experiencia de los funcionarios imperiales y los autores americanos; su horizonte de expectativa es mejorar la funcionalidad de estas provincias. En este sentido, sus significaciones son menos abstractas y vagas que las de otros ilustrados.

Juan y Ulloa disertaron sobre el origen geográfico del río Amazonas y su toponimia, como ya era conocido en ese momento. Determinaron que “el corpulento árbol” –como lo llamaron– tiene muchas raíces, pero su fuente es el Ucayali (1748, 495). En lo que refiere al nombre, tras lamentar que no se conozca una palabra indígena, concluyen:

Son tres los nombres, en que se contiene la grandeza de este Rio, los de Marañon, de las Amazonas, y de Orellana: pero ninguno de estos hay certeza fuesse el nombre primitivo que tuvo antes que lo descubriessen los Españoles, ni se sabe qual era el que le daban los indios, aunque es creíble lo tuviesse, y tal vez muchos: pues hallandose habitadas sus orillas por varias Naciones, era natural que cada una se lo diesse particular... (Juan y Ulloa 1748, 510).

Los autores otorgan mucho valor al origen del término, intentaron realizar una indagación histórica que recupere la nomenclatura indígena para otorgar esa nominación al conjunto del río. Al parecer, ninguno de los nombres que había recibido estaba plenamente aceptado. Entre ellos, los autores se inclinan por Marañón: comprendían a Vicente Ramos Pinzón como el primer descubridor, y afirmaban que él posiblemente lo tomó de una lengua indígena (Juan y Ulloa 1748, 512).

En la narración, los nombres de los países orientales y sus ríos se relacionan con los abundantes recursos identificados: minas de oro y piedras preciosas, tierras fértiles para el algodón y la caña de azúcar, resinas fragantes, clavo y canela son algunos de los recursos que entusiasman a los viajeros. Su proyecto, precisamente, se orienta a dinamizar y aprovecharlos en favor del imperio.

Entre las propuestas que plantean para favorecer las provincias de Yaguarcongo, Macas, Maynas y Quixos encuentran la disposición de que “el ejercicio de los forzados fuese el de desmontar tierras, hacer siembras criar ganados para los almacenes reales” (Juan y Ulloa 1826, 389). Sus planteamientos modernizadores, sin embargo, encuentran un problema en lo

que respecta a los gobernadores: a su juicio deberían privilegiar la presencia de la orden jesuita.

La reivindicación que se realiza sobre los jesuitas suscita cierta tensión con el tiempo, al menos en lo referente a las provincias orientales de la América meridional. A pesar de que la obra de Juan y Ulloa fue usada para “reformular la política colonial española” (Pratt 1997), algunos años más tarde la orden fue expulsada y sustituida por gobernadores y padres franciscanos, quienes, en este caso, son duramente criticados por los autores. Sin embargo, es indudable que algunos de sus argumentos incidieron en las directrices de la Corona, y sustentaron cambios administrativos e innovaciones que luego se conocieron como ‘reformas borbónicas’. En el caso de la Amazonía, las reformas buscaban descubrir nuevos usos de los bosques, aprovechar los recursos conocidos, dotar de más eficiencia a las áreas administrativas y mejorar las relaciones de los españoles con los nativos.

En lo referente a los pueblos indígenas amazónicos, se emplean dos clasificaciones principales: civilizados e infieles. Los primeros han abrazado el cristianismo y se declararon vasallos de la corona; se los describe en situaciones de pobreza y como víctimas de maltrato por parte de los españoles, aunque lo asumen desde su carácter dócil y sumiso (Turner 2012, 131). La premisa de Juan y Ulloa era que el agravio contra los indios convertidos era un motivo de resistencia al vasallaje de España por parte de los infieles, quienes fueron definidos por su carácter indómito e independiente. En este sentido, las diferencias se explican más por la agencia española que por una esencia indígena, y en ninguno de los casos su forma de ser es inmutable.

A pesar de su carácter dócil y sumiso, los exploradores resaltan que es muy difícil apaciguar a los nativos civilizados una vez que se gesta la rebelión. En *Noticias Secretas de la América meridional* refieren a las sublevaciones de los jíbaros y quijos –como mencionan que ocurrió con los araucanos en Chile–, luego de padecer demasiados agravios se dio un alzamiento:

Es cierto, que una vez entrados en funcion, como alli se ha dicho, no temen la muerte ni los atemorizan los castigos; ni hay medios de conciliar con ellos la amistad, hasta aniquilarlos; pero esto procede, por la mayor parte, de que quando llegan á estas extraordinarias determinaciones, tienen por mayor felicidad el morir en la demanda, que el volver á quedar sugetos en el modo que lo estaban antes (1826, 308-9).

Sobresale que la causa de la rebelión son los abusos contra los indígenas. Sugieren que esto puede traer consecuencias funestas y, en ese sentido, también critican a los gobernadores y las

autoridades de las provincias donde ocurrieron las rebeliones. En el relato se entiende que la rebelión o la convivencia pacífica dependen principalmente de las autoridades españolas.

En este sentido, resulta esclarecedora la forma en que se trata la rebelión encabezada por Juan Santos Atahualpa: de forma indirecta, a partir del testimonio y la gestión del último virrey. Refieren la sublevación a propósito de su “Resumen histórico de los Emperadores del Perú”, que es un texto inserto en la en su *Relación histórica* (1748), separata que se encuentra en la . En diferentes secciones de sus libros, y dentro de la cultura de la Ilustración, la rebelión indígena es un fantasma que acecha a los españoles.

Juan y Ulloa describen que los indios de la selva tienen “por su genio” una disposición mayor “que en otras gentes para abrazar la novedad, al oír que habrían de tener un Rey de sangre Real de los Incas” (1748). En la narración, Juan Santos Atahualpa habría aprovechado la “rusticidad y torpeza de sus entendimientos” para inculcar en ellos un “partido”, un horizonte de expectativas –que sería comprendido a futuro como una utopía–: prometió a los nativos “que habían de sacudir el yugo de los *Españoles*; vivir en sus leyes, y costumbres; y lo que más impresión les pudo hacer, que volvieron a ser señores de aquellas Tierras” (Juan y Ulloa 1748).

La descripción de esta sublevación se encuentra en un análisis de los gobiernos virreinales e incas del Perú, como parte de su compilación sobre los hechos históricos y geográficos. Allí se observa que un método equivocado o agravante puede ocasionar rebeliones, debido a la nostalgia histórica que tenían algunos indios. Asimismo, los autores muestran diferencias con la orden franciscana que vivió y, posiblemente, inició el conflicto. No obstante, la aproximación de Juan y Ulloa sobre los sucesos liderados por Santos Atahualpa es relativamente superficial, en comparación con la obra del franciscano ilustrado José Amich.

2.3. El inca embustero y la tercera parte de la América meridional

Por su parte, Joseph de Amich, o José Amich (1834), escribe desde la utopía franciscana. La obra de este historiador ilustrado es fundamental para las tesis de la utopía andina y la amazónica, porque muestra referencias más directas sobre la rebelión de Juan Santos Atahualpa y transcribe parte los discursos, motivaciones y horizontes de expectativas del inca. Además, el texto menciona el trabajo que emprende la orden franciscana desde el Colegio de Ocopa para acceder al Amazonas y los ríos que antes estaban bajo el régimen de las reducciones jesuitas.

Joseph de Amich nació en Barcelona alrededor del año 1711. Murió en Lima en una fecha desconocida. Se presume que estudió ciencias matemáticas, y antes de ordenarse se desempeñó como marino, donde se reconoció su talento como cartógrafo y matemático. Tuvo conocimientos de arquitectura militar y contribuyó en la planificación del fuerte del Real Felipe, en el Callao, sugiriendo que la estructura tenga una forma Pentagonal, junto al astrónomo francés Louis Godin y el español Francisco Rossa (Amich 1988, 11-13). En este sentido, se puede observar su pertenencia a la comunidad de científicos ilustrados.

Como se dijo, Amich también destacó como cartógrafo: realizó importantes contribuciones a la orografía de la cuenca del Huallaga, Ucayali y Amazonas (Chauca 2015b). De hecho, posiblemente su fama se deba más a sus mapas-croquis que al estudio de la historia. Ellos fueron fundamentales para las reivindicaciones de la agencia franciscana en el Marañón y el Amazonas, y para las reivindicaciones peruanas sobre el Marañón tras la independencia.

La historia de Amich se produjo desde Lima, pero él vivía en Ocopa en 1766 cuando pudo ver desde muy cerca un levantamiento que cobró la vida de diecisiete franciscanos. El mismo autor reconocía la importancia del Archivo de Ocopa para la construcción de su libro. El libro trata dos acontecimientos importantes, que determinarían la alta Amazonía: la rebelión de Juan Santos Atahualpa y, algo menos atendido pero fundamental para la historia de los límites futuros del Ecuador y Perú, el litigio por Cunibos. Este litigio ocurrió en el año 1687, los Cunibos fue una localidad ubicada en la confluencia de los ríos Ucayali y Pachitea, las partes involucradas eran las órdenes franciscana y jesuita. La disputa en un principio resultó en que la localidad se integró a la jurisdicción jesuita quiteña. No obstante, en el largo plazo, permitió que los ríos Ucayali y Aprimac, así como el Pachitea, sean asegurados por los franciscanos (Chauca 2019). De acuerdo con Roberto Chauca el resultado fue una nueva regionalización de este inmenso imperio:

El Obispado de Huánuco, entonces, se extendería básicamente por toda la frontera oriental del Perú, incorporando Tarma, del Arzobispado de Lima; Cajamarquilla y Lamas, del Obispado de Trujillo, y las misiones de Maynas, del de Quito. Y el centro de comunicaciones de esta nueva jurisdicción amazónica ya no sería el eje transversal compuesto por el Marañón, tan importante para los jesuitas quiteños, sino la longitudinal cuenca del Huallaga (Chauca 2019, 38).

Esta disputa, como veremos más adelante, volverá a salir a la luz a partir de las disputas fronterizas entre Ecuador y Perú. De ahí que el texto de Amich también guarde mucha importancia para comprender los litigios posteriores.

Dos lecturas históricas se han sustentado en el trabajo de los franciscanos y, particularmente, en Amich: una proviene de la etnohistoria, se trata de Stephano Varese, Fernando Santos-Granero, Frederica Barclay y Alberto Flores-Galindo, que abordaron esta crónica centrando su atención en el “utopismo y mesianismo” alrededor de la rebelión de Juan Santos Atahualpa. La segunda es más reciente, proviene de la historia de la ciencia y la cartografía figurativa a partir de los trabajos de Roberto Chauca (2018; 2015) y Carme Montaner (2019), que dan cuenta de la representación del territorio y anteponen los esfuerzos del mismo autor por comprender este espacio.

Mapa 2.5 Descripción geográfica de las conversiones de NSPS Francisco, pertenecientes al Colegio de Propaganda Fide, de Santa Rosa de Ocopa; y de los ríos de Xauxa, Guanuco, Puzuzu, y Ucayale; que tributan sus aguas al Marañón, 1767



Fuente: Chauca, 2015.

Para esta investigación, conviene atender tanto al enfoque historiográfico tradicional, basado en el mesianismo y el utopismo, como al nuevo, que parte de la historia de la ciencia americana. Esto significa comprender la importancia de Juan Santos Atahualpa para la cartografía colonial, para la misión de Ocopa y las redes misionales que abarcarían toda la cuenca del Amazonas. Pero, sobre todo, lo que se pretende en esta investigación es observar cómo Amich nombra tanto al espacio geográfico de su obra como a la misma empresa franciscana.

El nombre del texto es complejo de tratar, en la edición crítica realizara por Monumenta Amazónica se intitula *Historia del Convento de Ocopa*, de acuerdo a la primera edición impresa lleva por nombre *Compendio Histórico de los trabajos, sudores y muertes que los*

ministros evangélicos de la Seráfica religión han pdecido por la conversión de las almas en las montañas de los Andes de la provincia del Perú. Sin embargo, en el interior de la obra se presenta otro título:

He intitulado á este compendio Luz clarísima sacada de debajo del Modio del Olvido-, porque tiene todas estas propiedades. Es luz porque manifiesta los peligros que ocurren en las entradas á los infieles de las montañas, Clarísima por lo verdadero de sus hechos y relaciones, que los mas son de siervos de Dios que con la sangre de sus venas rubricaron las verdades de nuestra santa fé entre los gentiles. Sacada de debajo del Modio del Olvido; porque aunque estas noticias están en el archivo de este colegio, estaban esparcidas en varios pa-peles, y como entregadas al olvido ; mereciendo estar manifiestas á todos las heroicas proezas de muchos siervos de Dios que aqui se mencionan(Amich 1834, 7).

El título otorgado remite a una convergencia entre el concepto agustiniano, que equipara la luz y la verdad, y las metáforas ilustradas de la época para representar la ciencia y el conocimiento como iluminación. El “modio” es, precisamente, una moneda romana que, en este caso, explica una transacción con el olvido; que nuevamente nos ejemplifica una de las preocupaciones agustinianas sobre la memoria. El concepto de olvido adquirió mucha importancia con el paso del tiempo. Para explicarlo, Paul Ricoeur menciona que en el plano existencial el olvido refiere a “una situación abismal”, y comprende la “aporía misma que está en el origen del carácter problemático de la representación del pasado”. A decir de Ricoeur, infirmitad de la memoria (Ricoeur 2000, 533).

Conviene también reconocer que Amich indica la procedencia de su historia en las fuentes del Colegio de Ocopa; su narración manifiesta la importancia de los archivos para recuperarlas del olvido, como una categoría que oculta la empresa franciscana. En la crónica convergen dos sistemas: el misticismo y el iluminismo, enunciados como luz y claridad.

El verdadero contenido de la trama es la conversión de los indios o naturales, quienes se encontraban bajo el acecho de los apóstatas y herejes, también indios, hasta alcanzar puertos navegables que permitan evitar las zonas e integrar la región de otros rivales de la trama: los jesuitas.

Juan Santos Atahualpa, en este sentido, resultaría ser el antagonista principal de los esfuerzos franciscanos; quien no será vencido y en los años siguientes se convertiría en un héroe del Perú. En la historia de Amich, Juan Santos no fue derrotado, pero sí superado. Precisamente, debido a la templanza franciscana por entrar en el Amazonas, explorar rutas variadas, lograr

conversiones y vivir el sacrificio, es posible encontrar alternativas a las zonas rebeldes y contener la expansión de los “infielos”.

José Amich denomina a la región como la tercera parte de la América meridional, al distinguirla de la gran cordillera y la franja que compone Brasil y Argentina: “Entre éstas dos notables porciones de la América meridional, está situada la tercera, más notable por su grandeza” (1834, 11). El inmenso espacio tiene una descripción física que consiste en “grandes llanuras o Pampas, que ocupan más de mil leguas del septentrión al mediodía, y del occidente al oriente en algunas partes quinientas leguas” donde los ríos que nutren al Amazonas son elementos a destacar pues por su magnitud que excede a “los más famosos de Europa y Asia” (1834, 11).

Esta franja de la América meridional destaca por su dificultad: “el temperamento es cálido y húmedo excesivamente, por lo cual es criadero de innumerables sabandijas nocivas al género humano” (Amich 1834, 11). La descripción da cuenta de un lugar de complicado acceso y con malas condiciones. La mayor parte de la crónica se concentra en la selva central del Perú. Se trata con atención el contenido biológico de la región, donde se observa todo tipo de animales:

Hay culebras de todos los tamaños, y algunas muy ponzoñosas. Muchos tigres, leopardos y animales voraces. La cantidad de hormigas de diferentes especies y grandores, es inmensa. Los mosquitos en tanta muchedumbre, que á veces se forman de ellos como densas nubes, y murciélagos de extraordinaria grandeza. Los rios en gran manera abundan de pescado y de caimanes; los montes crian muchos animales comestibles, y el aire da muchísimas aves de varias especies, asi de caza como de canto, matizadas de hermosos y vistosos colores (Amich 1834, 12).

Esta exposición sobre la diversidad natural de la selva –al igual que ocurría con los documentos jesuitas– muestra su conocimiento sobre la región con una detallada información destacada por los animales que poblaron este espacio.

Amich considera como un problema la cantidad de naciones “innumerables” y que “viven de vida brutal, sin ley, ni rey, ni dependencia” (1834, 12). Esa independencia es un impedimento social para su evangelización y sumisión. El franciscano observa que los pobladores locales están “contentos con lo que produce la tierra y los rios á costa de muy poco trabajo, porque como el temperamento es muy cálido y húmedo”, eso permite la fertilidad de la selva y, además, de “todas las semillas y frutos que suele producir la montaña” (1834, 12). En este sentido, la independencia y reticencia a la evangelización son determinadas por las características de este espacio y su particular riqueza biológica.

La narración discrepa de autores como Manuel Rodríguez o Pedro de Mercado. A pesar de que se encontraron elementos similares a la hora de describir el rechazo de los indios a la sumisión, los jesuitas describen un terreno inhóspito y pobre, mientras que el franciscano destaca su riqueza material, que parte de un clima que da fertilidad a los frutos de la montaña.

No obstante, la referencia a la fertilidad y las posibles riquezas de la montaña, el relato de Amich rompe con el del cronista Biedma, que previamente había narrado la historia del convento de Ocopa (Biedma 1989). Amich considera que el Enim y el Paytiti –reinos que se suponían ricos en oro, mantas y plumaje, entre otros recursos– no eran sino lugares imaginarios, creados por aventureros y estafadores “ambiciosos de nombre y fama” (1834, 13).

Entre los elementos sociales que antagonizan con la empresa franciscana destaca Juan Santos Atahualpa, quien ocupó uno de los principales lugares dentro de la obra. Se describen una variedad de imágenes y discursos que caracterizan una figura mesiánica. El primer anuncio que dio fue que el tiempo de los españoles estaba acabado y que comenzaba uno nuevo.

Amich describe de la siguiente forma su discurso:

Dijo este embustero que él era el verdadero inca y señor de todos los reinos de la América. Que Dios le enviaba a recuperar sus reinos, y que había entrado a la montaña para comenzar por ella su conquista. Y como sabía leer en castellano y en latín, les dio á entender á los indios que tenía tanta sabiduría como Salomón; que era hijo de Dios; que le creyesen y obedeciesen, porque de no ejecutarlo así, haria caer los montes; que compondría de tal suerte su reino, que ya se acabarían los obrages, panaderías y esclavitud de sus hijos, dióles ley que inviolablemente guardasen, y mandaba que le doblasen la rodilla (Amich 1834, 181).

Para Flores Galindo (1993), el levantamiento de Juan Santos Atahualpa combinaba proyectos milenaristas andinos y religiosos de un retorno al pasado incaico y un movimiento mesiánico que tuvo continuidad en las grandes rebeliones del altiplano y los movimientos independentistas. Por esto lo relaciona con una chispa que inicia un incendio. No obstante, a partir de las crónicas aludidas, no deja de llamar la atención la importancia que tienen las referencias bíblicas y católicas en su discurso.

El mesianismo de Santos Atahualpa parecía nutrirse de elementos andinos, amazónicos, pero sobre todo judeocristianos. No sólo por la versatilidad que muestra al asistir a una misa en latín, sino por su lenguaje –en cuanto que designado por Dios– y sus comparaciones con Salomón. Asimismo, es destacable algo que han mostrado diferentes historiadores y antropólogos: un deseo de abolición de determinadas instituciones coloniales que generaban

dependencia y opresión a los indígenas. Finalmente, la figura de “hacer caer los montes” resulta una imagen situada en el entorno amazónico, donde el inca indica que inicia la sublevación. Retomando el marco de utopías, tan común en las investigaciones sobre la región, se puede observar que Amich expone los elementos de un utopismo andino amazónico como un espejo aterrador de la utopía franciscana.

Juan Santos Atahualpa no solo tiene como objetivo la sublevación de las montañas y selvas, donde logró la adhesión de “la indiada de montaña”, su objetivo era extenderse mediante el apoyo de los “indios serranos”, los negros y mestizos hasta coronarse en Lima. Para lograr este apoyo interétnico, ofreció a sus seguidores las herramientas y tesoros que tenían los españoles (Amich 1834, 182). No obstante, los españoles y las autoridades virreinales estaban excluidas de esta coalición y más bien resultan amenazadas. Según las palabras que retoma Amich, Santos Atahualpa dijo:

Que venia á componer su reino, y que su ánimo era salir á coronarse á Lima; que no queria pasar á España ni á reino que no fuese suyo. Que el virey podía tener á bien dejarle tomar posesión de sus reinos, porque de lo contrario á él y á su hijo les tirarían el pescuezo como á unos pollitos. Que si salía á estorbarle con cuatro Españoles, él tenia sus hijos los indios y mestizos, y los negros comprados con su plata. Que viesen por donde habían de escapar, porque su pariente el inglés vendría por mar, y él combatiría por tierra (Amich 1834, 182).

Resulta interesante que la amenaza de Juan Santos Atahualpa no solo es percibida dentro de la montaña y la región del Cerro de la sal, la crónica parece manifestar –con sinceridad– la preocupación sobre la extensión de esta rebelión hacia las regiones andinas y costeras, a través de sus posibles alianzas, incluyendo la de piratas que en estos años azolaban las costas del pacífico. Y esta no será la única ocasión en que se piensan estas regiones como amenaza para los entornos serranos y amazónicos; así como desde la llegada de Teixeira los jesuitas advirtieron posibles incursiones piratas, veremos cómo en el siglo XX se observa en la Amazonía una posible degradación de los entornos civilizados.

A partir de la crónica del franciscano, y con su mediación discursiva, se presentó un proyecto amazónico de carácter continental: la restauración de un imperio que, además de contar con el apoyo de los asháninkas, buscaba una composición interétnica que aglutinara a indígenas de la sierra, mestizos y negros bajo la figura Juan Santos Atahualpa. De acuerdo a la alarma de Amich, eso podría plasmarse en cierto momento debido a los éxitos militares del ejército sublevado.

Juan Santos Atahualpa intentó seducir a los nativos de la sierra y envió mensajeros. Los franciscanos respondieron creando misiones en el río Huallaga y un Colegio de propaganda en Ocopa. En los siguientes apartados, buena parte de la crónica consiste en reconstruir las batallas entre el primero y las tropas limeñas, donde se refiere las armas, fuertes y la guerra de guerrillas (Amich 1834, 190-210). No se escatima en presentar imágenes de un enemigo poderoso, capaz de derrotar a diferentes regimientos y emplear las armas de fuego contra ellos. Recuerda, por ejemplo, cómo en Chanchamayo “los infieles apóstatas y los negros disparaban continuamente los cañones y pedreros; y haciendo ostentación de los despojos del fuerte” (1834, 192). Así, resulta interesante, que los indígenas pasan de considerarse “infieles” a llamarse “apóstatas”, puesto a que en algunos casos renegaron de su conversión a los ojos del cronista.

La respuesta que presenta Amich, a cargo de los franciscanos, fue la creación del Colegio de propaganda de Ocopa. Desde ahí, una red de misiones; partir de Pozuzo y no sin varios mártires de por medio, lograr encontrar una ruta hacia el Huallaga y, desde ahí, el Amazonas.

Entre las imágenes de esta tercera parte de la América meridional se observan en Amich espacios complicados e inhóspitos, como la montaña o los ríos caudalosos. Los indígenas tienen un carácter independiente y rebelde, pero es posible convertirlos mediante la agencia y vocación seráfica.

Las demandas de la sublevación, vistas como la restitución del mundo indígena amazónico y andino, tendrán repercusiones posteriores. Los campos –hoy conocidos como asháninkas–, que se encuentran aquí bajo el liderazgo mesiánico de Juan Santos Atahualpa, serán fundamentales para la historia del caucho a través de Carlos Fermín Fitzcarrald, quien aprovecha su carácter mesiánico; y, luego, serán un asunto tratado en la crónica de Ernesto Reyna –del capítulo 4–; también lo serán durante gobierno de Belaúnde, como veremos en el capítulo 5, y serán empleados por la guerrilla guevarista del MIR. Todo esto da cuenta de una larga historia de guerra y violencia que ha atravesado este pueblo.

2.4. La Ilustración peruana y la civilización de El Dorado

Una lectura americana y patriótica, pero a diferencia de Juan de Velasco caracterizada por el optimismo, se encuentra en Hipólito Unanue (1791a). A partir de la agencia misional franciscana y de sus propios horizontes como científico, este autor peruano pronostica que el oriente y la montaña serían las regiones del futuro, al punto de proclamar que este espacio

ofrece al mundo el destino de un Dorado verdadero. Por este motivo analizo las crónicas sobre el oriente peruano publicadas en el periódico El Mercurio.

Hipólito Unanue fue uno de los intelectuales más importantes del Perú. Experto en historia, historia natural, geografía y medicina. Estudió en la Universidad de San Marcos y, junto con otros ilustrados de su nación, conformó “la sociedad de amantes del país” que editaría El Mercurio limeño, donde construyó un discurso ilustrado patriótico que tuvo como centro el Virreinato del Perú en sus momentos de mayor extensión, así como el legado inca. Unanue buscó la convergencia de ambas herencias para potenciarlas a partir de la modernidad (Thurner 2012).

Tradicionalmente se describió a Unanue como un precursor de la independencia por su papel en los gobiernos de San Martín y Bolívar, donde desempeñó los cargos de ministro de hacienda y de relaciones exteriores. Sin embargo, en los artículos que analizaremos, reivindica la preeminencia del Perú y América como entidades universales en el sentido neoplatónico, sin que su utopía postule una ruptura ni una independencia del mundo ibérico (Cañizares-Ezguerra 1995). De hecho, su publicación fue auspiciada por el Virrey Español y su agencia ilustrada convergió con la empresa de la Corona borbónica (Thurner 2012, 127).

Las contribuciones de Unanue para la ciencia moderna son importantísimas, entre las que se puede destacar su comprensión sobre los nichos ecológicos de los Andes, como un antecedente inmediato a los estudios sobre biodiversidad, así como su estudio sobre la circulación de las corrientes marinas, donde explicó los movimientos de la llamada “corriente de Humboldt”. Sin embargo, a pesar su relativo reconocimiento al interior del Perú, muchas de esas contribuciones fueron erróneamente atribuidas a Alexander von Humboldt, porque este se atribuyó como propios varios de los descubrimientos del científico peruano (Cañizares-Ezguerra 2006). Estas investigaciones manejan la interesante tesis patriótica de pensar su país como un microcosmos. De acuerdo con Thurner, el Perú “en la mente de Unanue era más universal que cualquier otra tierra del mundo, y esta universalidad revelaba el provincianismo de Europa y de la mente europea” (Thurner 2012, 125).

Sus artículos en El Mercurio se redactaron a partir de los informes de viaje del padre Fray Narciso Girbal y Barceló. El texto sostiene una reivindicación del Ucayali como la fuente del Marañón. Además de los exploradores de los ríos, fueron citados con mucha frecuencia el historiador Manuel Rodríguez, Samuel Fritz, Acuña y José Amich.

Unanue describe y narra la empresa del padre Girbal y Barceló, sigue su ruta y la acompaña con las cartas que recibe de él, volviéndose una especie de cronista o viajero, gracias a las comunicaciones que mantiene con el sacerdote en su viaje hacia Maynas. Unanue considera que esta era una gran “empresa que ha costado tantos debates en otros tiempos, parece estar reservada al zelo desinteresado y verdaderamente apostólico del Padre Girbal” (Unanue 1791a, 291). Destaca que el franciscano intervino con sus propios recursos, a pesar de las múltiples adversidades:

Sin temor de los Casivos y Canisecas, cruelísimos antropófagos, ha puesto en planta, fiado en la Providencia, el descubrimiento de una nueva ruta desde Lima á Manoa, que será la admiración de todos, y abrirá campo á mil empresas políticas y mercantiles. Esperámoslo de vuelta por Octubre ó Noviembre de este año, con triunfos mas dignos que los de Cesar y Metelo (Unanue 1791a, 291).

En este sentido, la narración se construye a través de fragmentos que se publican entre 1791 y 1794. El estilo del relato tiene parecido con las novelas de correspondencia que circulaban en el siglo XVIII y XIX. Se perciben dos voces y, en cierto sentido, dos tiempos: el discurso científico e ilustrado de Unanue y el discurso martirial y barroco de Fray Girbal. Parece que en la descripción de las naciones tiene preeminencia el segundo.

Unanue era optimista en torno al uso fluvial del Marañón y sus afluentes. Para él, El Dorado dejó de ser un mito supersticioso y se volvió, gracias a la navegación y la agencia de las misiones, un proyecto científico de integración global. De acuerdo al autor:

El descubrimiento de la América causó una revolución general en el sistema político en las artes, y hasta en las ciencias. La civilización del Dorado, el Enim y el Paititi podría darles un nuevo aspecto, y aumentar los coloridos que embellecen el retrato de la América Meridional.

El concepto de ‘revolución general’ que emplea refiere sobre todo a los bienes, las artes, la política y la ciencia, todos esos aspectos iban a favorecerse con la apertura de la Amazonía. Esto significaba “la civilización del Dorado”, una ventaja general para América y para el mundo hispano.

La integración amazónica también ofrecía la posibilidad de extraer riquezas de todas las regiones: los bienes y recursos de la nueva región permitirían mejorar las exportaciones de objetos que ya existían en las serranías:

Por el Pastaza y Marañón enviaría Quito sus paños y estatuas. Por el Huallaga, y Mayro remitiría Lima el óleo delicioso que destilan las frondosas parras y olivas que hermosean las costas que baña el mar pacífico. Por el Apurímac, irían las pinturas y azucares del Cuzco y el

oro de Carabaya. Por el Beni navegarían los lienzos de Moxos y todas las riquezas del Paititi. Opulento con sus ferias, San Joaquín de Omaguas, ya no desmentiría la idea que se tenía de él, cuando se creyó capital del Imperio del Dorado (Unanue 1791c).

Las rutas amazónicas vuelven a tomar una expectativa similar a la que tuvieron con José de Acuña. En este caso, desechado como superstición, El Dorado se volvió un horizonte alcanzable a partir del comercio y la navegación. Unanue también se proyecta a partir del ejemplo de la ciudad fenicia de Tiro. Esta predicción se cumplió parcialmente, con un puerto fluvial principal, no en San Joaquín de Omaguas, sino a pocos kilómetros de allí, en Iquitos.

El proyecto de Unanue era alcanzar este Dorado por medio de una modernidad católica que exaltase el rol de los misioneros franciscanos como agentes científicos y de cambio; pero también, que establezca una diferencia con el deísmo, que parecería devolver el agravio a Voltaire y otros ilustrados, a partir de la forma en que los indígenas abrazan espiritualmente la fe católica:

Sentimientos inefables que jamás podrán borrar, ni la barbarie, ni la idolatría, ni los perniciosos y perversos deístas de nuestro siglo, que osan levantar el dedo contra el mismo que les dio el ser y cuida de su existencia (Unanue 1791d).

Respecto a El Dorado mítico, expone su posible ubicación. En esta discusión ironiza con los testimonios anteriores. Acusa al jesuita Joseph Gumilla, autor de *El Orinoco Ilustrado*, de haber elaborado en sus escritos “una ensalada de los *nombres Mano, Ciudad de la Laguna, Omaguas, y Enaguas*”, y sobre Charles Marie La Condamine dice:

También es notable que M. Condamine perdiese el tiempo en andar buscando sitio en que colocar á la Ciudad del Dorado, y lago de Paríma viniese á parar en el Maharí, y riveras de Yupará. El verdadero Lago de Parima es la laguna de la gran Cocamas (Unanue 1791d).

En cuanto al famoso explorador de El Dorado, Pedro Bohórquez, ironiza Unanue con la idea de que su descubrimiento era “un asunto propio únicamente de las plumas de Homero y Virgilio, o más bien de la de Miguel de Cervantes Saavedra” atribuyéndole la imaginación de un artista y las locuras de Don Quijote. Concluye, respecto a Bohórquez y otros exploradores de El Dorado y el Paititi, que todos perdieron su dinero; “premio debido justamente á la ambición desmedida” (Unanue 1791d).

En lo que concierne a la descripción de la naturaleza durante el viaje, expresa un interés estético y científico, y al mismo tiempo la adversidad: “entretenido por una parte en la

contemplación del vario y admirable espectáculo de la naturaleza, y molestando por la otra de los insectos, calor de la región, humedad y desabrigo de los lugares” (Unanue 1791b, 55).

Los conceptos que emplea para designar a los grupos indígenas suelen ser los de “bárbaros, infieles y gentiles”. Sin embargo, en determinados momentos, menciona que encuentra en ellos una naturaleza piadosa y proclive al evangelio, retratada en descripciones que no ahorran imágenes estéticas. De ahí que el papel que debería jugar el Perú y la Corona para con los nativos es brindar más posibilidades de acceder al evangelio, más comercio y, sobre todo, más indagación sobre ellos y su historia. Es precisamente en esto que Girbal y Unanue privilegian el rol franciscano al de otros agentes de contacto.

La naturaleza de algunas naciones “salvajes” podría ser belicosa por el temor a otros agentes externos, pero ella puede ser neutralizada por el cariño, precisamente, a los padres. La crónica muestra cómo los antagonistas de Unanue, Girbal y las naciones indígenas a los portugueses de la región, causantes de invasiones que, de no ser atendidas adecuadamente, podrían “pasear casi todas las fronteras del Perú, asustando á aquellos Indios, é inquietándolos con sus piraterías” (Unanue 1791a, 264).

Hipólito Unanue invita al Perú a una empresa patriótica que tiene dos objetivos: el primero, ampliar la civilización cristiana; el segundo, detener el avance portugués. En este sentido, cita al gobernador Requena en una carta dirigida a Girbal:

En la entrada que va V. R á emprender á esas bárbaras Naciones que dan sepultura en sus vientres a los difuntos (costumbre inhumana que practicaban otras Naciones del Yapurá, desenterrando al año los cadáveres para beber los huesos hechos polvos en sus chichas) puede hacer gran servicio al Rey exáminando ese rio caudaloso que dice está inmediato, y que ha de ser precisamente el Yaravi, por el qual los Portugueses tienen hechos varios exámenes dirigidos con ideas injustas y ambicionas, no ménos contrarias á las intenciones y dignidad de sus Monarcas, que á la propagación del Evangelio. Conviene mucho al desempeño de mi comision el saber todas las particularidades de él, y mucho mas el lograr, sin prejuicio de esas Misiones, el que un par de soldados fueran á navegarlo (Unanue 1791a, 227).

A la par de la tensión bélica, también exalta una preocupación patriótica peruana sobre el control quiteño de la provincia de Maynas. Los límites fueron un motivo de inquietud a finales del siglo XVIII. El proyecto de Unanue, que será plasmado en el siglo XIX —posiblemente por su influencia—, era una armada que pueda navegar a través de estos ríos y que tendría mucha más efectividad que un fuerte, porque al tiempo que brinda protección a las misiones, serviría para explorar los ríos de una manera más efectiva:

Estos barcos pasearían estos nuevos establecimientos, los proveerían a tiempo de lo necesario, tomarían lengua de lo que pasaba en las naciones vecinas, se harían estas cada día más accesibles á los nuestros, por la continua vista y trato con ellos; finalmente mantendrían el respeto y subordinación en todo aquel dilatado país (Unanue 1794, 288).

De este modo, en el relato coexisten un conjunto de experiencias sobre la conversión de los “infieles” con la expectativa que ofrecen las nuevas técnicas de navegación y la exploración, ambas insertas en un proyecto patriótico peruano. Así mismo hay una convergencia entre la narrativa ya para este momento clásica de una crónica, transformada en la unidad de una crónica y un discurso ilustrado publicado en diferentes partes por el periódico ilustrado *El Mercurio peruano*.

2.5. Provincias del Quito propio y del Quito impropio

Desde el destierro, Juan de Velasco (1789b) escribió sus historias sobre el Reino de Quito. En lo referente a la Amazonía, su obra es una reivindicación del papel de las misiones cuando la Compañía de Jesús ya había sido expulsada de América. Da cuenta del auge, desarrollo y crisis de las misiones de las provincias orientales. La narración hace una valoración distópica. Juan de Velasco fue el exponente de una epistemología patriótica quiteña; y a partir de su trabajo fue que se instituyó la historia nacional ecuatoriana, que tiene como fundamento el legado amazónico de Quito (Bustos Lozano 2017).

Velasco era un sacerdote jesuita de origen riobambeño. Aunque su obra no circuló en América –en un principio–, será el fundamento de la historia patriótica hasta la fecha (Espinosa Fernández de Córdoba 2010; Bustos Lozano 2017). Su narración comprende las misiones de Maynas y el Marañón desde el exilio y, por tanto, trata de reivindicar la empresa, pero desde un momento posterior a la crisis.

El lector contemporáneo puede encontrar equivalencias entre la obra de Juan de Velasco e Hipólito Unanue en lo referente al discurso patriótico. Aunque por su estilo, origen y debate con los naturalistas franceses suele ser comparado con el jesuita mexicano Francisco Xavier Clavijero (Brading 2017; Cañizares-Esguerra 2007; Méndez-Bonito 2005). Juan de Velasco justificó un fundamento natural de grandeza quitens: un glorioso pasado indígena a través del Reino de Quito y el cristianismo español como la forma de orientación de la vida americana, así como la potestad de Quito en el Amazonas.

Su narración cimentó un mito de origen de la nacionalidad ecuatoriana a través de la designación del grupo Shyri –un supuesto heredero del Tahuantinsuyo–, que habitó la ciudad

Quito desde muy temprano. A pesar de que gran parte del discurso de Juan de Velasco fue refutado por diferentes historiadores, sus imágenes siguieron siendo parte de la memoria ecuatoriana. Quizás uno de los puntos más interesantes del autor fue conectar la historia moderna con la prehispánica, encontrando un *continuum* de grandeza, valores y distinción de otros lugares, incluyendo al Perú.

La referencia al oriente amazónico se encuentra en diferentes secciones de su obra; son fundamentales para esta investigación el primer y tercer tomo de *La Historia del Reino de Quito*. La historia antigua presenta una especie de historia conceptual de las Amazonas, las cuales son afirmadas como una nación real por una compilación sobre su apareamiento en crónicas. Refuta a Cornelius de Pauw utilizando a La Condamine para confirmar la existencia de las guerreras. Llama la atención que excluye a los jesuitas que relativizan su presencia, como Pedro de Mercado y Manuel Rodríguez. En cambio, Juan de Velasco presenta abundantes registros de las amazonas en América. Contra De Pauw refiere:

El Señor Pauw, que decide por fabulosas las Amazonas del Terdmonte en el Asia y las Africanas en el Dancate y del Gorage bien apoyadas las primeras en escritores antiguos, y las segundas con historiadores portugueses decide con la misma autoridad dar por fabulosas a las del Marañón. Sus razones filosóficas para negarlas todas, son dos: ser que ese modo de vivir contra la naturaleza, y otra ser que las madres maten a sus hijos cuando nacen varones (de Velasco 1789a, 232).

La afirmación resulta interesante porque contrapone las afirmaciones de De Pauw con una aparente evidencia empírica, que no converge con los últimos cronistas jesuitas, pero sí con los informes y diarios que circulaban en ese momento. De Pauw acusó de impostor a Francisco Orellana, de quién dice inventó a las amazonas. Para refutar lo anterior, Juan de Velasco empleó las fuentes históricas escritas: “contra esas palabras se pueden hacer algunos reparos, á los cuales el señor Pauw no será capaz de responder en toda su vida”. En favor de las amazonas, expuso a Vespucio, Colón, Pedro Mártir, Núñez de Guzmán, Schmidel, Berrío, Al Ralagh, Barazi, Cristóbal de Acuña y, para rematar la lista, añade a Charles Marie La Condamine. En palabras de Juan de Velasco, fue “el más crítico académico de París”. De Pauw, para Juan de Velasco, partió de supuestos falsos y su conclusión era ahistórica. (de Velasco 1789a, 168).

Al igual que la mayor parte de los historiadores y cronistas que hemos referido, Juan de Velasco estudia el Marañón, al que designa “monarca de los ríos del orbe” (1789b, 180), y “un desmedido árbol que ocupa una gran parte de la América meridional” (1789b). No

obstante, su preocupación no es tanto su nacimiento –en ese momento se comprendía en el Ucayali–, sino el resaltar que la mayor parte de sus afluentes tienen origen quiteño. Reclama que este gran río se “divide en 5 partes. Solamente la principal de ellas corre sur a norte, las otras 4 partes de poniente a oriente” (de Velasco 1789b, 179).

Para tratar las provincias orientales, emplea la distinción entre Quito propio y el Quito impropio, una distinción geográfica e histórica. El primero es herencia de los Shyris y Atahualpa, dentro de estas fronteras la población es más dócil porque tendría memoria de haber sido conquistada. El segundo se relaciona con las anexiones de los españoles, que, en términos geográficos y civilizatorios, estarían culminando la misión del Reino de Quito (de Velasco 1789b, 130).

Las características de las provincias orientales se exponen en su obra por una historia particular: primero, por la riqueza en oro, que según el autor impactaron en el horizonte de expectativa de los españoles, pues en su momento fueron consideradas “más célebres del Popayan, y fueron en eso mismo pobladas de los españoles con grandes y rápidos progresos”; en segundo término, por la decadencia a que llegaron, se encontraron y mantuvieron hasta la publicación, que las volvió “las más inútiles, é infelices de todas, por haberse consumido unas y acabado otras, no tanto por las pestes y epidemias, cuanto por las retiradas de los indianos, y con sublevaciones horrendas”; y, en tercer lugar, debido al carácter de los indios que, al no tener una experiencia de sumisión y dependencia en el pasado, “fueron facilísimos en sacudir el Yugo cuando lo sintieron algo pesado, por su innata inclinación al ocio y la vida independiente (de Velasco 1789b, 132).

La presencia y expectativa de oro fueron causantes de múltiples desgracias. El relato de Rodríguez muestra los progresos y decadencias de la conquista del oriente como parte constitutiva de esta historia. De la gobernación de Macas, refiere: “llegó a ser este gobierno en pocos años el mas famoso, el mas rico, el mas poblado de españoles” (de Velasco 1789b, 152), y añade: “Estatua brillante de Nabuceo, á la cual hincaron todos la rodilla: y estaba siendo adorada y permaneciendo en pie solos 47 años, se redujo á polvos con la horrenda sublevación de Jíbaro, acaecida el año de 1599” (de Velasco 1789b, 152).

Los jíbaros son un tema de indagación e interés por parte del padre jesuita, pues, a pesar de su salvajismo, son dignificados cuando se trata de desmentir los prejuicios de los viajeros filósofos y filósofos, y se los sitúa con características similares a los guerreros mapuches:

Ignorantes algunos filósofos modernos de lo que han sido los Jíbaros, dan por nada belicosos, pusilánimes y cobardes á los indianos de la América meridional, exceptuados solamente los araucanos de Chile. Más a pesar de su ceguera, se ha observado siempre entre estos y aquellos dos gran semejanza en la multitud de tributos, en el valor y destreza militar, en el espíritu de independencia, y en la grande aversión al yugo europeo (de Velasco 1789b, 152).

Juan de Velasco describe de forma pormenorizada un levantamiento. No tiene reparos en atribuir la causa de la rebelión jíbara a la codicia de los españoles y, particularmente, del gobernador; contra este destaca a Quiruba que, en el año de 1599, organizó una gran sublevación coincidiendo con una sublevación mapuche. Todo inició con una estrategia donde los indígenas acumularon más oro del solicitado y, al momento de entregarlo, comenzó una rebelión que puso fin al gobierno de las provincias por muchos años y dio muerte al gobernador.

La imagen empleada por Velasco, de oro fundido como un castigo a la codicia, se repite. Si la primera vez fue una profecía inspirada en las crónicas sobre la conquista de Chile (1789b) y en la historia de Manuel Rodríguez (1684), en esta ocasión se cuenta con detalle la muerte del gobernador:

Lo desnudaron enteramente, y lo ataron de pies y manos; y mientras unos se entretenían con él haciéndole mil escarminios y burlas, plantaron los demás en el patio una gran fragua, donde fundieron el oro. Estando ya prevenido en los crisoles le abrieron la boca y con un hueso, diciendo que querían ver si alguna vez se saciaba de oro. Se lo fueron echando poco á poco, hasta que lo hicieron pasar con otro hueso: y reventado con el martirio las entrañas, levantaron todos la risa y algazara (de Velasco 1789b, 155).

En la masacre se extermina a toda la población salvo a unas pocas mujeres jóvenes que “conservaron para su uso”, donde incluye a “casi todas las religiosas del monasterio de la Concepción” (de Velasco 1789b, 156). En la insurrección destruyeron las ciudades de Logroño, Sevilla de Oro y –posteriormente se volvieron insostenibles– Yaguarzongo, Jaen y Quijos. Juan de Velasco calculó en más de 20 mil los muertos de este levantamiento. Sobre el estado moderno de estas ruinas, refiere: “reducida á polvos aquella famosa estatua de oro, solo han quedado sus pies de barro: quiero decir aquellos miserables residuos que todavía conservan el nombre de gobierno” (de Velasco 1789b, 160). El narrador, siguiendo la tradición jesuita, desconfiaba del oro como una motivación para el gobierno de estas provincias.

De igual modo, observa en la búsqueda del Paitití un acto de codicia con funestas consecuencias. De acuerdo al autor, fue una mentira de Pedro Bohórquez, quien aseguró encontrar un reino que poseía el legendario tesoro de los incas, que ocultaron en las provincias peruanas del oriente (de Velasco 1789b, 202). A partir eso, se generaron muchas expectativas sobre estos lugares fantásticos. Esta empresa fue considerada una locura por el sacerdote jesuita: “hasta que salió un religioso de la orden del seráfico” en su defensa, que había recorrido las montañas de Huánuco y “aseguró que no solo sabía dónde estaba la corte del Paitití sino que había estado ahí” (de Velasco 1789b, 204). Pero la expectativa de una ciudad imperial inca, llena de oro, se vino abajo cuando se realizaron incursiones. Juan de Velasco valora con indulgencia que el franciscano: “supone que no pretendió engañar aquel buen religioso; mas se supone también que no estuvo en la Corte del Paitití sino en alguna visión imaginaria.”(1789b, 205). Con lo anterior, acomete contra la codicia de los exploradores, pero también contra la ingenuidad de los religiosos franciscanos, en ese momento a cargo de los territorios y misiones que fueron jesuitas.

La conquista espiritual jesuita es retratada con heroísmo, a diferencia de la de encomenderos y franciscanos. No obstante, esta también encontró limitantes. Una de las dificultades fue el número de lenguas presentes en los países orientales: en las naciones conquistadas calculó dentro del Quito propio cuarenta lenguas; en el Quito impropio calculó en 437, donde se asentaron los jesuitas y en los dominios portugueses se suman 220 más (de Velasco 1789b, 179).

Eso supuso ya una dificultad. Pero en su narrativa la crisis de las misiones se manifiesta como tres azotes en tres momentos diferentes: “El triplicado azote de las invasiones, de las rebeliones y de las pestes, hizo alternar siempre las pérdidas con los aumentos, hasta que prevaleciendo aquellos trabajos, los sudores y la sangre de tantos ilustres operarios” (de Velasco 1789b, 230). La triste conclusión de la empresa jesuita es que la región fue “Viña á bado en el mundo con mayor empeño, ha correspondido al fin con ménos fruto que ninguna”. (de Velasco 1789b, 230). Cierra su libro con la descripción general sobre la invasión portuguesa, que observa a partir de la expulsión jesuita cuando el padre adopta la identidad de peruano y observa la amenaza que se cierne sobre el Virreinato por parte de los portugueses, las rebeliones que suponían abandono de ciudades y guerra contra los españoles, y el azote de las pestes y epidemias, “causa mayor del quebranto de las misiones”(de Velasco 1789b, 242). Y presenta cifras de la primera epidemia de viruelas que, al día de hoy, parecen aterradoras.

Cuenta que Borja paso de 100 mil a 44 mil pobladores en la primera epidemia; la segunda epidemia en el Napo se “llevó a 66 mil” (de Velasco 1789b, 246).

En total, fueron seis epidemias de viruelas con graves secuelas. Calcula el padre jesuita que quedaron cuarenta y un reliquias comprendidas como centros cristianos “solo 41 huesos que todas juntas podrían componer una sola de las naciones que antes se llamaban principales” (de Velasco 1789b, 247). Velasco rompe con el horizonte de los jesuitas previos. En la distancia de tiempo entre ellos se entiende por qué Juan de Velasco considera que el sacrificio de misioneros tuvo como consecuencia la inutilidad. Sin embargo, es sin duda partidario de la obra jesuita como única posibilidad de conquista efectiva, y construye su discurso a partir de una epistemología patriótica, que se ensambla desde los archivos e historias jesuitas en oposición al discurso ilustrado. En lo que respecta a la Historia moderna de la Amazonía, esta pasa de la expectativa la decepción.

2.6. Fuera de los límites de la civilización

Finalmente, cabe abordar a Alexander von Humboldt (1826). El autor prusiano tiene una importancia fundamental, tanto para el ambientalismo como para la industria minera en el continente. Destacan sus cuadernos de viaje, donde refiere su paso por el Orinoco, pero también sus indagaciones sobre toda la cuenca amazónica y, dentro de la misma, los límites de la civilización.

Alexander von Humboldt tuvo una gran capacidad para reconocer las comunidades científicas americanas, sistematizar sus conocimientos y, en ocasiones, atribuirse como propios sus descubrimientos. A la par sus estudios sobre minas en la Universidad de Frankfort del Oder y en la Universidad de Gotinga, contribuyeron a su capacidad para presentar gráficas con abundante información, tal es el caso del *Cuadro del Chimborazo* (1806), que ayudó a la fama del autor como un precursor de la ciencia moderna. En 1791 entra en la Academia de Minas de Freiberg. En 1799 logra emprender su viaje a América, junto a Aimé Bonpland, donde pasaría los siguientes cinco años. En el continente recopiló la información que le daría prestigio, mucha de ella proveniente de los científicos granadinos José Mutis y Francisco de Caldas, y del peruano Hipólito Unanue.

Humboldt tuvo mucha difusión y su obra se encuentra presente en múltiples lugares. Quizás la mayor parte de su obra –que incluyó sus diarios– reposa en la Biblioteca Nacional de Berlín. Sin embargo, una importantísima colección fue guardada en el Archivo del Ministerio

de Cultura del Ecuador, compilado por Jacinto Jijón y Caamaño dónde se encuentran varias primeras ediciones y documentos originales del autor.

En sus diarios describe las selvas del Amazonas como su descubrimiento científico. Su obra y propósito se parece mucho al de La Condamine. La zona está caracterizada como mal administrada y al margen de la civilización. Sobre el espacio amazónico, refiere que hay desconocimiento y que está caracterizado por ‘mitos’ que pretende descifrar. Se ve atraído por los rumores sobre el Hombre Dorado y el Lago Dorado, que los entiende como un “*mith*” o fábula mitológica (Humboldt 1826b, iv:36). El escepticismo de Humboldt sobre El Dorado acompaña su interés mineralógico de poner en duda los conocimientos locales sobre la materia, pero, sobre todo, de corregir la cartografía hispana:

Todas las fábulas tienen algún fundamento real, y la del Dorado se parece á aquellos mitos de la antigüedad que, viajando de país en país, han sido adaptadas sucesivamente en diferentes localidades [...] Ya nadie cree en Europa en las riquezas de la Guayana, ni en el imperio del gran Patiti; y la ciudad de Manoa con sus palacios cubiertos de planchas de oro macizo ha desaparecido hace mucho tiempo; pero el aparato geográfico que sirve de adorno á la fábula del Dorado, este lago Parima que, parecido á la Laguna de Méjico, reflejaba la imagen de tantos edificios suntuosos, ha sido religiosamente conservado por los geógrafos (Humboldt 1826, IV: 36-39).

La referencia al mito será la primera para designar este espacio. El que, a partir del siglo XX, precisamente, será indagado por sus mitos y su mitología. A pesar de lo anterior, tiene como un punto fuerte desmitificar el lago de Parima, que, si bien aparece en las narraciones y mapas españoles, la invención del mismo posiblemente fue atribuible a cartógrafos holandeses y no a españoles (Dias 2012).

Tradicionalmente se ha supuesto que Humboldt fue quien desmitificó la existencia del lago de Parima (Wulf 2015; Dias 2012), pero los artículos de El Mercurio peruano muestran que este sitio ya había sido puesto en duda años anteriormente por Hipólito Unanue. Conviene recordar que Unanue realizó una meticulosa investigación sobre lugares como El Dorado y el Paitití, concluyendo sobre su inexistencia, pero al mismo tiempo albergado la esperanza de que en un futuro, de mano de la ciencia y el comercio, pueda surgir una ciudad con riquezas inconmensurables.

La expectativa del lago de Parima y El Dorado, según las investigaciones de Humboldt, aparecieron durante la conquista. El barón consideraba que iban a perdurar hasta que avancen las exploraciones sobre el Amazonas, el Orinoco, el Caquetá, el Napo y las Guyanas.

(Humboldt 1826, iv:43). Se observa, a pesar de las múltiples referencias a los viajes, que excluyó de su recuento de autores los que ponían en duda la realidad de estos mitos.

En cuanto a su narrativa sobre hechos reales del elemento humano que observa durante su recorrido por Venezuela, Humboldt diferenció las sociedades costeras y agrícolas de los bosques del Orinoco y el Amazonas, “cuyos habitantes gozan, no diré de libertad (que es siempre el producto de la civilización), sino de una salvaje independencia” (1826, iv:74). La característica principal de los habitantes amazónicos es su salvajismo; no poseen un carácter tan denigrante como en el diario de La Condamine, pero tampoco se presentan con el idealismo humanista que trata Andrea Wulf (2015) ni la originalidad que afirma la autora (Cañizares-Esguerra 2019). La diferencia entre civilización y salvajismo se volverá más notable en su recorrido por el Perú, repitiendo un tópico peruano que consiste en diferenciar a los incas de los pobladores del oriente. Este país poseía, según el explorador, una clara división: “el centro de la población [es] civilizada, y la otra (15,200 leguas cuadradas) es salvaje y casi enteramente despoblada” (Humboldt 1826, iv:242).

El clivaje civilizado y salvaje es constante en la descripción de la sociedad. Lejos de la falsa premisa de que Humboldt nunca utilizaba el concepto de barbarie para referirse a los indígenas del Amazonas, y que este término fue usado solo para designar a los blancos que los explotaban (Wulf, 2015), al barón prusiano le intrigaba la manera de calcular los límites de la civilización, a pesar de no poder georreferenciarlos, como acostumbra en gran parte de los territorios que visitó:

Los límites de la civilización son más difíciles de trazar que los límites políticos. Algunas pequeñas misiones gobernadas por frailes, que se hallan dispersas á lo largo de un rio, son por decirlo así, los puestos avanzados de la cultura europea, que colocados por cuadrillas ó bandas estrechas y tortuosas se adelantan á mas de cien leguas de distancia en medio de los montes y desiertos (Humboldt 1826b, IV:208).

El diario de Humboldt desconoce muchos de los esfuerzos cosmográficos por explicar el territorio llevados a cabo por varios de los misioneros, exploradores y científicos, así como funcionarios de la Corona, tanto española como portuguesa. Y en su publicación posterior a la independencia, tampoco le otorga una soberanía legítima del mismo a las nacientes repúblicas. Pero el prusiano va más lejos, desde su perspectiva, tampoco existió una continuidad de establecimientos cristianos: “la civilización europea se ha propagado como rayos divergentes desde las costas, ó las montañas vecinas á ellas, hacia el centro de la América del sur” y la presencia de estos gobiernos civilizados disminuye “conforme se parte

del litoral” (Humboldt 1826 iv:207). A pesar de la presencia de las misiones que, por motivos logísticos, se ubicaron en las orillas de los ríos, la empresa civilizadora se encontraba aún incompleta y las exploraciones no se habían realizado adecuadamente.

Observa a las misiones como focos de civilización, pero no con la legitimidad de lugares desde donde se produce precisamente jurisdicción y conocimientos. No obstante, en esta investigación también se observa que la denominación de estos países, tal y como apunta Humboldt, efectivamente es vaga durante este período: “Llaman Perú á solas las partes sujetas al régimen de los blancos (tierras conquistadas) y designan al restó con las denominaciones vagas de países desconocidos, comarca desierta, tierra de indios salvajes é infieles”.

(Humboldt 1826, iv:210).

La definición de Humboldt sobre el problema toponímico resulta injusta, al menos en lo concerniente a los textos, dado que esas provincias tenían un nombre, un lugar y poblados, además de una identidad que está en disputa y es un motivo de indagación científica por parte del imperio desde el siglo XVII (Chauca 2015). El explorador parecía desconocer los sistemas de administración y conocimiento hispanos; y los territorios amazónicos menos poblados y controlados –en efecto– eran un buen pretexto para desarrollar su hipótesis. Con Humboldt, más que refutar las tesis de La Condamine sobre una Amazonía desconocida, incivilizada y mal administrada, encontramos su confirmación.

Asimismo, a diferencia de los autores jesuitas, en Humboldt se expone como un elemento amazónico la inmensa riqueza mineral. Como es habitual en su discurso (Brading y Cross 1972), hay grandes riquezas minerales que no son aprovechadas; por ejemplo, el oro no es explotado adecuadamente:

Aún en la parte oriental del sur de la América del Sur el oro y la plata se encuentran tan abundantemente diseminados que el geólogo europeo se queda pasmado; pero esta diseminación, estas vetas que se dividen y se estrechan, estos metales que solo aparecen por pequeños montones en forma de riñones, hacen el laboreo muy costoso (Humboldt 1826b, iv:316).

Al igual que con la cartografía, el oro resultó ser un tema de mucho interés para el prusiano. Empero, este es mencionado solo para confirmar la ineficacia de las técnicas locales. Su relación muestra una posición diferente a la de sus pares americanos y se hace en desmedro de ellos. En este sentido, observamos que el papel obtenido por el explorador viene a ser nuevamente la negación de los sistemas administrativos y científicos locales. Su perspectiva pretende ensanchar el abismo conceptual que ocurrió tras la expulsión jesuita. Negando,

además de sus conocimientos, muchos de los que obtuvo en su visita a América. Paradójicamente, en lo referente al conocimiento científico, no se observan grandes contribuciones, pero sí respecto a planteamientos económicos y políticos que buscaban fomentar la presencia de nuevas agencias imperiales en detrimento de la monarquía hispánica, y sin considerar los saberes locales de los pueblos indígenas.

2.7. Conclusión

En este primer periodo, la Amazonía fue denominada como montaña, provincias orientales, gobiernos de Maynas, Bracamoros o Jaen, y Amazonas, dependiendo del narrador y los aspectos que se quisieran destacar, sean estos más hidrográficos, humanos o naturales. Desde las primeras crónicas jesuitas observamos que adquiere un interés que hoy podríamos llamar científico –en el sentido de buscar la síntesis y la abstracción de su ser mediante la investigación empírica y el uso de sistemas de medición y clasificación–, el cual corre a su vez por intereses políticos y proyectos históricos.

Gracias a la obra de Cristóbal de Acuña, las reducciones jesuitas se inauguraron con altas expectativas religiosas y económicas; con el transcurso del tiempo se debieron sostener en el sacrificio y el martirio. La ciencia barroca facilitó su agencia, pero el marco utópico perdió importancia, al menos en el sentido que originalmente tuvo, que implicaba ofrecer un nuevo Reino lleno de riquezas a la Corona. Con el destierro jesuita esa utopía abrió paso a una distopía y a una crisis conceptual.

En las narraciones, la montaña tenía la facultad de suprimir los recuerdos. José Amich buscó que los esfuerzos franciscanos no pasen desapercibidos y ocultos. A su vez, Pedro de Mercado observó que con los indios pasaba algo similar: la falta de contacto los llevaba a olvidar toda experiencia de la obra jesuita. La montaña tuvo la facultad de borrar las huellas de las diferentes empresas culturales.

El abismo creado por el destierro jesuita fue llenado por la Ilustración. Como se ha referido, en la mayor parte de casos los autores ilustrados se inventaron a sí mismos como verdaderos descubridores, al tiempo que deliberadamente ocultaban o desdibujaban la historia amazónica previa. Exceptuamos de esta valoración al propio Juan de Velasco y los autores españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

Los proyectos históricos que llenaron el vacío dejado por la expulsión de la Compañía de Jesús se pueden caracterizar como utópicos, distópicos y ambiguos. Entre los referentes utópicos conviene observar a La Condamine, que se presenta a sí mismo como un nuevo

descubridor y portador de verdad y conocimiento, capaz de lograr imprimir un relato de precisión. Su agencia es particularmente relevante para situar al Amazonas en el mundo desde una condición de aislamiento, mal administrado y con una población local inferior. En esta misma línea, encontramos también a Humboldt; a pesar de ser menos peyorativo hacia el elemento humano, relaciona la situación amazónica con la inoperancia del Imperio y de las misiones, y llega a observar que es un territorio sin soberanía, ni gobierno y fuera de los límites de la civilización. Tanto en el francés como en el prusiano se destacan las incommensurables riquezas del espacio, aunque se presentan como desaprovechadas.

En la línea utópica se observa también a Unanue. Su perspectiva y valoración del medio es diferente. En primer lugar, porque reconoce la diversidad de las poblaciones indígenas que habitaron el espacio. En segundo, porque su relato no solo destaca la agencia misional franciscana, sino que —en cierto sentido— se coescribe con uno de los misioneros que incursionaron en el territorio. En cuanto a la expectativa de riqueza, esta queda situada en una perspectiva patriótica: el Virreinato abriría el espacio para el comercio y bienestar de todo el reino y el mundo entero, alcanzando un Dorado verdadero, en lugar de la fábula que él, al igual que Humboldt, estudia y desmitifica.

José Amich, como Antonio de Ulloa y Jorge Juan, posee un carácter ambiguo que no corresponde al clivaje utopía/distopía. En su historia, Amich muestra las duras tareas que emprenden los franciscanos para acceder al Amazonas en medio de formidables enemigos; a pesar de la dificultad, la orden seráfica logró que no se perciba el Amazonas como un lugar de amenazas sino como parte del imperio y el cristianismo.

Ulloa y Juan tienen la misión de identificar las posibles riquezas y de exponer la historia de la Amazonía. A pesar de tener a La Condamine como referente, su narración tiene una mayor consistencia metodológica, que proviene de cotejar archivos y fuentes americanas; de igual forma, no ofrece una perspectiva tan plana de los elementos humanos presentes en la región. Esto muestra que, lejos de una perspectiva unitaria y homogénea de la ilustración, en el periodo circularon múltiples relatos.

Al referir a la Amazonía, el verdadero contenido que adquiere la Ilustración es la disputa por el gobierno, hoy diríamos que se trata de geopolítica. Ya sea la Ilustración francesa, alemana, franciscana, peruana o la contrailustración quiteña, todas persiguen al gobierno de ese espacio. El objetivo académico y científico de cada uno de estos movimientos estaba íntimamente ligado a los proyectos que pretendían imponer. Tanto su valoración sobre la

región, así como sobre los conocimientos producidos con anterioridad, da cuenta de disputas políticas.

En la constitución del espacio hay un conjunto de expediciones que fueron incentivadas por mitos. En gran medida, estos fueron descartados por las exploraciones jesuitas, pero prosiguieron siendo un objeto de indagación hasta momentos posteriores. El Dorado, el Paitití, el reino de Jauja y el país de las Amazonas serían objetos de investigación para diferentes autores. No obstante, su importancia se marginalizó desde la llegada de Cristóbal de Acuña por intereses más bien geográficos y materiales, a partir de lo que comenzaron a adquirir el papel de tropos, junto con referencias al infierno, el martirio y la tierra prometida, que exponían al mismo tiempo el carácter político de los proyectos que pretendieron emplazarse en ese entonces.

No obstante, los cambios discursivos no sólo correspondían a cambios políticos y a proyectos externos. Ellos también se veían determinados por las dinámicas internas de las transformaciones sociales y ambientales que observaron los cronistas, viajeros, misioneros e historiadores. Un ejemplo evidente se presenta con la figura de los “indios”: en un principio, fueron retratados como idólatras por los jesuitas, ya sin el activo vasallajes del que hablaba Gaspar de Carvajal; no obstante, con el paso del tiempo y las fugas, muchos adquirieron la nominación de herejes y apóstatas; posteriormente, hasta cierto punto, se encontraron deshumanizados por los relatos de La Condamine y, en menor medida, por los de Humboldt. Asimismo, es notable que de forma constante fueran considerados enfermizos –conforme se extendían las epidemias en la selva– y proclives a la independencia. Quizás la máxima expresión de independencia en este registro fue el levantamiento de Juan Santos Atahualpa, quien amenaza con la expulsión de todos los españoles.

A pesar de que los textos tratados se relacionan con proyectos externos al conjunto de la población, en ocasiones poseen referencias a las perspectivas que los indígenas tenían sobre su medio y los agentes externos. La primera característica de esas perspectivas es que no son homogéneas. En los relatos jesuitas, con frecuencia se abordó una naturaleza proclive a la conversión, cuerpos débiles frente las enfermedades que traen los extranjeros y el rechazo a la necesidad de oro que poseen determinados agentes externos. Los misioneros franciscanos parecen describir algo similar, aunque más centrados en el carácter insurrecto de los nativos: no solo aspiraban a recuperar sus sistemas de vida previos, sino que tenían el objetivo de expulsar a los blancos de sus países, al menos en la rebelión de Santos Atahualpa. También se observa que los misioneros lograron alianzas étnicas que permitieron conocer mejor el

espacio y encontrar rutas de navegación. Aunque son pocas las referencias a la perspectiva indígena en los relatos de Ulloa, Juan, Humboldt y La Condamine, esos autores dieron cuenta de intereses en contacto, relacionados a la curiosidad y el comercio, así como un carácter huidizo en determinados pueblos.

Algo similar ocurre con las inquietudes por la riqueza y el poblamiento del espacio. Al igual que Carvajal, Acuña describió una Amazonía poblada con ciudades; mientras que Humboldt y La Condamine refieren a una selva prácticamente virgen. Los primeros viajeros describieron la región como llena de riquezas materiales; mientras que en un segundo momento esa expectativa se pierde. No obstante, al final del periodo colonial volvió a adquirir importancia la idea de un espacio que puede crear grandes beneficios y fortunas en el marco de otras condiciones de gobierno.

Precisamente, esta última imagen, que presenta un espacio amazónico con inmensas riquezas y prácticamente despoblado, desocupado, pero con un inmenso potencial en caso de ser aprovechado, será el relato que imperó tras la crisis que supuso la independencia, un relato que describe una atractiva selva virgen.

Capítulo 3. El Edén de la República

Durante los primeros años de las repúblicas de Ecuador y Perú, la Amazonía se imaginó a través utopías románticas y científicas que surgieron en medio de dos crisis abismales: la revolución de independencia, en el siglo XIX, y los escándalos del Putumayo, a inicios del siglo XX.

Durante los últimos años de vida colonial (1802- 1808), el espacio Amazónico fue regulado a través de un sistema de cédulas reales que ocasionaron una disputa de límites entre Ecuador y Perú, posteriormente la crisis de independencia, al menos entre las autoridades eclesiales fue comprendida como un momento catastrófico que destruyó todos los esfuerzos previos realizados en la Amazonía. Para dar cuenta de este momento parto de analizar los textos de Sánchez Rangel (1827) quién fue obispo de Maynas y describe la Amazonía y su fuga en el contexto de la intendencia.

En este contexto atravesado por guerras, endeudamiento y por nuevas expectativas a causa del surgimiento de las repúblicas, sin desaparecer en el imaginario, la Amazonía se volvió marginal durante cerca de treinta años; solo cuando comenzaron a consolidarse las nuevas repúblicas, éstas retomaron sus planes para el espacio amazónico.

Durante ese periodo formativo observamos cómo se lo representó como un espacio ‘salvaje’, tanto en términos de su naturaleza como en cuanto a las sociedades que lo habitaron. Aunque, también se hizo énfasis en un espacio lleno de riqueza, donde la mediación del científico y la autoridad del Estado sugirieron que era posible convertirlo en un Edén y un baluarte de la civilización. El espacio fue cargado con un sesgo sobre sus pobladores locales, ‘los salvajes’, quienes se volvieron una especie de limitantes a la civilización. No obstante, sin ellos era imposible el acceso al territorio y sus riquezas; por tanto, fueron incorporados dentro de los proyectos futuristas como posibles ciudadanos.

Para abordar esta problemática analizaremos a Manuel Villavicencio (1858), una fuente temprana que describió la geografía del Ecuador centrandó su atención en la región amazónica, a la que denominó como “la provincia de Oriente”. Sus escritos fueron refutados por la geografía científica debido a su trazado de los ríos —a veces aleatorio—; sin embargo, hay en ellos abundante información sobre la población indígena, la diversidad de tribus, sus costumbres y sus ceremonias religiosas; de tal forma que este autor fue empleado como un fundamento de la legitimidad territorial y sirvió como fuente para escritores e historiadores.

En el siglo XX, sus escritos sobre la ayahuasca fueron revisados por diferentes obras sobre los efectos psicoactivos de la planta. Aquí retomamos su investigación, tanto por sus descripciones geográficas, como por el elemento humano que aborda.

En segundo lugar, abordo a Gaetano Osculati, quien fuera un explorador y científico italiano inspirado en Charles Darwin. Tuvo la oportunidad de viajar por la provincia de Oriente con Manuel Villavicencio; en su crónica hay referencias al viaje desde el Pacífico hacia el Atlántico (Osculati 2003). En el texto de Osculati se mencionan contactos con la población amazónica y las relaciones interétnicas de la zona. No solo se describe a los diferentes pueblos indígenas, sino el papel de los blancos; y es en esta narración que aparece el concepto de una ‘selva virgen’.

Precisamente, la selva virgen es el tópico de la siguiente obra tratada en el capítulo: la novela de Juan León Mera *Cumandá: un drama entre salvajes* (1879). Esta es una de las obras ecuatorianas de mayor circulación y divulgación, lo que la vuelve necesaria para pensar las imágenes, descripciones y conceptos sobre la Amazonía. Su trama se desenvuelve en la selva, por lo que la descripción de ese escenario es uno de los temas más importantes. La novela representa una utopía moderna católica; en ella, se caracteriza una reconciliación entre indígenas y blancos, “salvajes” y civilizados y Amazonía y Andes.

Para abordar este mismo periodo en la Amazonía peruana, propongo el análisis del libro *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto*, de Antonio Raimondi (1862). Su autor logró institucionalizar lo que anhelaban Villavicencio y Osculati, plasmó una utopía republicana donde convergían la ciencia y el Estado para integrar el territorio amazónico a una unidad administrativa: Loreto. La obra posee una basta descripción sobre la riqueza amazónica, sus vías de acceso, las poblaciones que la habitan y los problemas que tienen el comercio y la industria del lugar. En estas descripciones se aborda la forma de la montaña como selva virgen, y los ríos como sus vías de acceso. El viaje de Raimondi y su libro sirvieron para la nacionalización peruana de la Amazonía. El autor sustenta la historia nacional del Amazonas, pero se volvió una fuente imprescindible para la identidad local de Loreto.

Este capítulo finaliza con el análisis de dos documentos peruanos: el de la expedición conducida por Melitón Carvajal (1886), y el informe del prefecto Reyes Guerra (1886). Ambos se hicieron por pedido estatal para dictaminar la situación en la que se encuentra la región. Durante su redacción, en Loreto se estaba gestando la fiebre del caucho; no obstante, el entusiasmo por el recurso, los autores notaron problemas relacionados con el trabajo

coercitivo del que las poblaciones indígenas eran objeto, la competencia de las plantaciones asiáticas y los problemas tributarios.

3.1. La crisis y la independencia: se ha levantado todo el abismo

Hipólito Sánchez Rangel de Fayas y Quiroz (1761-1839), obispo de Maynas, fue expulsado en medio de la guerra de independencia. Llegó a Perú para ocupar el primer obispado en Maynas (1807); no obstante, el país y América atravesaban una etapa convulsa, San Martín y Bolívar conducían las guerras de independencia que iban a expulsar a los españoles. Entre 1820 y 1821 el obispo se encontraba sitiado, fue amenazado y debió escapar.

La descripción que hace de su inmenso obispado –que colinda con el Putumayo al norte, Quito, Cuenca y Arequipa al este y con el Brasil al oriente– es contradictoria. Por una parte, Sánchez Rangel destaca la belleza del paisaje como “la vista mas agradable y deliciosa que puede imaginarse”, pero al mismo tiempo menciona que esta solo suaviza de un modo encantador “los horrores de la muerte que á cada paso se encuentran”(1827, 3). El contenido semántico que el texto dio a su obispado está acompañado de los diarios y la memoria de Sánchez Rangel durante su fuga, y de los horizontes de expectativa y la esperanza de una reconquista que vuelva este espacio funcional a la monarquía y a la iglesia.

La narración mantiene algunos de los elementos antes expuestos en las crónicas y libros: parte de referencias a los reinos –mineral, natural y animal– y los diferentes pueblos indígenas, entre los que incluyó a las Amazonas. En Sánchez Rangel, la perspectiva geográfica y naturalista que atraviesan el relato se supeditan a dos elementos del discurso: lo político y lo religioso, ambas temáticas lo llevan a hablar de las revoluciones de independencia a partir del concepto de ‘crisis’, que es empleado en una de sus primeras ocasiones para referir el estado de este territorio. Los esfuerzos religiosos, monárquicos y españoles estaban en peligro a causa de la revolución, y la expansión de esta amenazaba con sembrar la “ruina universal de estas regiones” (Sánchez 1827, 26).

El movimiento independentista fue descrito empleando metáforas como erupción, incendio, huracán y fuego: una serie de desastres que iban a malograr las semillas sembradas por franciscanos y jesuitas. Reconocía –él mismo, franciscano– el empeño de ambas órdenes y su importancia, y, al menos en su discurso, superaba una antigua disputa en torno a un nuevo enemigo (Sánchez 1827, 2).

Para el obispo, el enemigo del reino y el cristianismo era –sobre todo– José de San Martín, que junto a Simón Bolívar se encontraba protegido e inspirado por jacobinos y filósofos como

Condorcet, Voltaire y Diderot, quienes habían inculcado en los americanos, como “serpientes venosas”, los afanes independentistas (Sánchez 1827, 75). La influencia de los independentistas se había propagado ya a la selva. Sánchez Rangel describe:

Sirenas á la primera vista encantadoras (hombres afeminados de la hez del pueblo) para seducir y atraer á todos los infelices montañeses al juramento sacrílego; por medio de halagos y falsas promesas: y como que vomitaban todos aquellos abismos de aguas, de lo mas profundo y hediondo de sus cavernas , multitud de asquerosos escuerzos ó espectros armados (1827, 20).

De acuerdo con su relato, la revolución ideada desde Francia, apoyada por algunos malos españoles en la península ibérica, extendida en la selva y abrazada por indígenas, mestizos y negros, obligó al obispo a ponerse en fuga. En esa fuga el obispo vive diferentes peligros acechado por “tribus salvajes”, tigres, caimanes y animales venenosos: “Se ha levantado todo el abismo contra nosotros”, menciona Sánchez Rangel para referir a revoluciones que son, a su juicio, “más heréticas, más sangrientas que las de los Lutheranos” (1827, 47).

El ex obispo de Maynas describe su aventura desde España, se reconoce a sí mismo a partir de similitudes veterotestamentarias. Como analizó Jorge Cañizares-Esguerra, se presentó frente a Fernando VII como un Nehemías exiliado que predice la llegada del profeta Elías, y con este, una guerra que derrote a los rebeldes, como ocurrió en el antiguo testamento con la reina Jezabel (Cañizares-Esguerra 2013, 10). En este sentido, es comprensible que se plantee a Maynas como una nueva Jerusalén en el discurso del obispo, tanto por las expectativas de un regreso a la tierra prometida, como por la persecución y el exilio (Sánchez 1827, 28, 33, 145).

El discurso de Sánchez Rangel es antitético de los ideales revolucionarios de la Ilustración. Su horizonte es el Reino y la reconquista, aunque mantiene elementos científicos de la ciencia ilustrada española y, al mismo tiempo, rechaza el ideario revolucionario y republicano (Cañizares-Esguerra 2013, 10). Estas características construyeron un relato de destino en la provincia de Maynas, como alternativa a las catástrofes.

No obstante, no fueron sus predicciones ni sus expectativas las que resolvieron la crisis abismal de este espacio, sino precisamente los elementos que combatió: la Ilustración y los proyectos republicanos.

3.2. Gobierno y geografía de la provincia del Oriente

Manuel Villavicencio (1804-1871) fue uno de los primeros y más sólidos testimonios ecuatorianos sobre la Amazonía. A partir de su geografía pretendió dotar de un sentido de ecuatorianidad a espacios desarticulados, aislados y en disputa; la región que más atendió fue

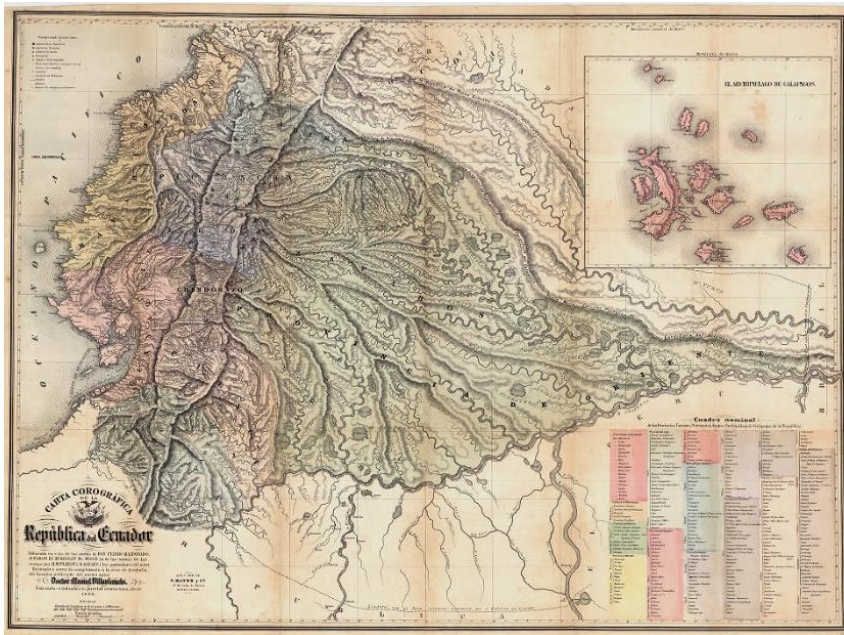
la provincia de Oriente. Villavicencio fue geógrafo y gobernador de esa provincia, un espacio que colindaba toda la serranía ecuatoriana. Vivió una época en la que se estudió la posibilidad de vender gran parte de esa zona para saldar las deudas contraídas por la liberación de esclavizados.

La provincia de Oriente es la manera que designa en su Geografía a toda la región al norte del Amazonas, que a juicio de Villavicencio incluía la mayor parte del actual Loreto (Perú). Se caracterizaba por el aislamiento respecto a los Andes y la costa, la expectativa de riqueza y su uso como presidio (Villavicencio 1858, 344). Esta provincia es el tema principal de su obra, tanto por la extensión que le otorga a su descripción como por su propia experiencia como gobernador.

En la obra de Villavicencio se observa un cambio de discurso entre el geógrafo y el topógrafo de hitos espaciales. El primero resulta un poco más útil para esta investigación y se puede observar en los capítulos concernientes a las provincias orientales de su *Geografía del Ecuador* (1858). El segundo, en cambio, se produce en un contexto de pugna sobre la soberanía y posesión de la alta Amazonía. Aquí, la mayor parte de argumentos se construyen reivindicando la pertenencia ecuatoriana, en oposición a los reclamos del Perú, en un conflicto que sería de larga duración; nos referimos al *Apéndice a la Jeografía del Ecuador* (1860).

Este último trabajo se encontrará respaldado por un mapa construido a partir de los esbozos de Humboldt, Pedro Vicente Maldonado y Weiss. Dicho mapa (Figura 3.1) presentaba algunos problemas por la ausencia de materiales topográficos; de hecho, en ocasiones el autor lo completó con el uso de tinta china (Capello 2014, 205).

Mapa 3.1. Carta corográfica de la República del Ecuador: delineada en vista de las cartas de don Pedro Maldonado; el barón de Humboldt, Mr. Wisse, 1858



Fuente: Villavicencio 1858, babel.banrepcultural.org/digital/collection

Este mapa será refutado por Franz Theodor Wolf, particularmente por el trazado y la imprecisión de los ríos y los territorios donde habitan “indios desconocidos”. De hecho, Wolf se referirá al trabajo de Villavicencio como una “chapucería” (Sevilla Pérez 2013).

En la obra de Villavicencio, la región se caracteriza como la “la patria de los animales raros”, una descripción que nutre el imaginario del siglo XXI en torno al espacio amazónico.

Describe una naturaleza exuberante y colorida: “las aves más bellas ostentan plumajes variados de vivísimos colores [tales como] el guacamayo, el loro, el cherlecre, el perico [y] mil otras aves interrumpen con sus cantos el profundo silencio de estas soledades. [...] Los monos se distinguen por especies numerosas” y hay una gran variedad de animales selváticos, entre los que refiere a tigrillos, panteras, dantas entre otros (Villavicencio 1858, 349).

De acuerdo a este autor, la fauna de la provincia se destaca por su variada vegetación, ésta es superior a la diversidad de cualquier otro lugar, la cual compara con otros dos países conocidos por sus selvas: “podemos asegurar que es mas robusta que la de los gigantescos árboles del Congo, i mas lozana que la de las palmeras de la India” (Villavicencio 1858, 349). La descripción da cuenta de una epistemología patriótica.

Villavicencio reconoce objetos que pueden comercializarse; uno de ellos, el oro recogido por indios en los lavaderos. Sin embargo, para él resulta un enigma la localización de las minas

(1858, 383). Frente a lo cual propone la teoría de que el origen de los minerales estaría situado en la cordillera andina y hacia el páramo de los Llanganates, lugar conocido por presumirse ahí la ubicación del tesoro de Atahualpa:

La fama de las riquezas del Llanganate ha corrido de boca en boca, pareciendo á unos imposturas ridículas, i á otros verdades que no se podian poner en duda. Nosotros creemos que unos i otros han andado por los extremos, i que el Llanganate encierra grandes minerales de oro: pero no como dice el derrotero “de meter la mano i sacar puñados” (Villavicencio 1858, 389).

La explicación de la riqueza estaría condicionada por la investigación sobre la geología andino-amazónica y las narrativas coloniales, muchas veces míticas, que sobrevivieron hasta ese momento.

A pesar de destacar los elementos naturales, resulta llamativo que el principal interés del autor consista en la naturaleza de las tribus que habitan la región. Menciona múltiples grupos, aunque se ocupa particularmente de tres: *quijos*, *záparas* y *jíbaros*; también señala otras tribus más distantes y “salvajes”, como los *agusteros*, los *orejonos*, *coganes* y *avijirias*, que también fueron representados en su mapa.

Manuel Villavicencio explica el espacio a partir de una geografía que se constituyó a partir de diferentes experiencias con indígenas amazónicos. En el contexto de presentar la naturaleza de la espiritualidad y las creencias de la región, Villavicencio realiza una exposición sobre los efectos de la ayahuasca, que posiblemente sea la referencia más citada del autor en la actualidad, por ser quizás la primera referencia escrita en primera persona sobre los efectos de la bebida:

El poseido empieza á ver en los primeros momentos las imágenes mas deliciosas, conforme á sus ideas i conocimientos: los salvajes dicen que ven lagos deliciosos, bosques cubiertos de frutas, aves lindísimas que les comunican lo que ellos desean saber de agradable i favorable, i otras bellezas relativas á su vida salvaje. Pasado este momento empiezan á ver fieras terribles dispuestas á desgarrarlos, les falta el vuelo i bajan á tierra á combatir con las fieras quienes les comunican todas las desgracias i desventuras que les aguarda (Villavicencio 1858, 372)

El estado de la ayahuasca no es referido exclusivamente como una “borrachera” —como era típico en las crónicas coloniales— sino que hay referencias a las visiones que se experimentan. Pero Villavicencio no se limitó a exponer los efectos de la ayahuasca sobre los indígenas, describió su propia experiencia:

Yo, por mí, sé decir que cuando he tomado el ayahuasca he sentido rodeos de cabeza, luego un viaje aéreo en el que recuerdo las perspectivas más deliciosas, grandes ciudades, elevadas torres,

hermosos parques i otros objetos bellísimos; luego me figuraba abandonado en un bosque i acometido de algunas fieras, de las que me defendía; enseguida tenía sensación fuerte de sueño del que recordaba con dolor i pesadez de cabeza i algunas veces malestar general (Villavicencio 1984, 373).

El acercamiento a estos efectos es una novedad, y las menciones a ella se volverán un tópico relativamente frecuente a la hora de tratar en la literatura la Amazonía hasta nuestras fechas. Resulta interesante observar la distinción entre los sueños alucinatorios sobre los “salvajes” y sobre el propio Manuel Villavicencio: mientras los indígenas observan “lagos deliciosos, bosques cubiertos de frutas, aves lindísimas” (1858, 372), el autor ve grandes ciudades, las elevadas torres, los parques y la urbanización. Observando que los deseos y las visiones agradables provocados dependerían del contexto cultural del consumidor. En cuanto al contenido negativo del viaje, ambos encuentran fieras peligrosas de la selva.

Llama la atención que Villavicencio emplee el concepto de viaje aéreo o vuelo para describir los efectos alucinógenos. Se puede afirmar que el autor es un viajero a cabalidad, no solo por los trajines que hace a través de cargadores y por sus rutas en canoas; se atreve a experimentar y describir experiencias directas a través de los pueblos indígenas muchas veces temidas por viajeros anteriores.

En cuanto viajero y gobernador, Villavicencio trata a los diferentes grupos indígenas. Los quijos, posiblemente, son la comunidad amazónica con que más contacto tuvo, por ser los más cercanos a la cordillera y servir de cargueros, de ahí que el autor presente múltiples referencias a su vida material:

Los objetos, pues, que constituyen el comercio de los Quijos, se reducen á oro i pita, ya floja ya torcida; ademas se estraee mates (pilches) especie de totumos que produce un árbol, cera de abeja, copal i vainilla: pero todo esto en tan pequeña cantidad que apenas forma un miserable comercio (Villavicencio 1858, 387).

En cambio, sobre el oficio de cargueros observa que es de empleo común; los nombra y los visibiliza a diferencia de otros autores como Humboldt o La Condamine. Describe cómo se viaja en una silla ensamblada sobre la espalda de un indio quijo y las incomodidades que pasa el viajero en esta posición, mientras es transportado recibiendo arañazos de ramas y padeciendo las molestias que produce el calor y el sudor de los cargueros (Villavicencio 1858, 394). No dice mucho sobre las molestias recibidas por los nativos al cargar al viajero, aunque llegan a intuirse en el relato.

Los cargueros deben llevar sobre su peso al viajero y su equipaje; no obstante, no siempre aceptan esto de forma pasiva y con frecuencia abandonan la carga y el viajero, mostrando un comportamiento que Blanca Muratorio refiere como una manifestación de resistencia cultural (Muratorio 1998, 19). A este respecto Villavicencio refiere:

No hay medio de evitar que los indios abandonen al viajero en medio de los bosques, ya sea á la entrada ó á la salida, pues no solo lo hacen con los particulares, sino algunas veces tambien con los gobernadores i los curas, personas á las cuales temen i respetan. [...] Cuando abandonan al viajero dejan botadas las cargas i se vuelven á sus casas, i son tan caprichosos en esto, que lo mismo hacen cuando viajan solos, pues donde se cansan ó se les viene á la cabeza volverse, arrojan la carga debajo de un árbol i se vuelven á sus tambos; i cuando el dueño lo descubre, pasados uno ó dos meses, la carga está ya podrida, principalmente si es de lienzos ó pitas. Con las cargas de víveres ya hemos dicho que, aún cuando no las boten, se comen la mayor parte de ellos (Villavicencio 1858, 389).

A pesar de naturalizar la figura del carguero –observada hoy como un medio de esclavitud por la memoria de los naporunas, descendientes de los Quijos–, el geógrafo denuncia las ‘correrías’ como una institución violenta, particularmente cuando son realizadas por extranjeros:

Estas incursiones que llaman correrias acostumbran hacerlas cuando el cargamento de zarza está listo para embarcarlo, é internándose, como hemos dicho, sorprenden las rancherías, matan á balazos á los que no andan listos en la fuga ó á los que tratan de defenderse, cojen prisioneros á los muchachos i niños, i se marchan con ellos para venderlos en el Amazonas (Villavicencio 1858, 372).

El autor señala que el comercio de esclavos provenientes de las correrías es notorio y público y se hace con permiso de las autoridades de Brasil y Perú (1858, 372). Son consideradas como la principal causa de la violencia de parte del salvaje, lo que invierte el prejuicio de que sea la naturaleza de la selva la causante de los comportamientos violentos y relativiza la agresividad de algunos nativos.

Los záparas, que se encuentran en un grado mayor de aislamiento que los quijos respecto a la vida nacional, juegan un papel estratégico para Villavicencio, gracias a sus destrezas como guerreros y a los temores que causan en cuanto brujos para combatir otras tribus:

Admira que tres ó cuatro Záparas pongan en desalentada derrota á un centenar de indios superiores en fuerza, pero este estraño fenómeno solo depende de que los cristianos creen que los Záparas son unos finísimos brujos, i los tienen en concepto de muy valientes. Algunas veces

se ha echado mano de este arbitrio para sacar á los indios que se remontan; pero se asegura que los Záparas abusan bastante de su comision cometiendo asesinatos, incendios i estupros, (Villavicencio 1858, 376)

De los jíbaros refiere que son “tan astutos para la guerra i apasionados por su independencia; pero que no carecen de sentimientos hospitalarios” (Villavicencio 1858, 52). No obstante, en el relato persiste la remembranza de la destrucción de Sevilla de Oro y otras tres ciudades que “después de asaltarla la incendiaron, saquearon i degollaron hasta los niños, dejando solo las mugeres jóvenes i las niñas, que se llevaron consigo” (1858, 276). El temor por los jíbaros no hace que este pueblo sea menospreciado por el relato de Villavicencio, de hecho, su carácter inconquistable no deja de presentar cierto valor para el autor (1858, 152).

A pesar de describir la tradición ‘jíbara’ de la reducción de cabeza, Villavicencio no refiere –y, hasta cierto punto, refuta– la existencia de la antropofagia: “nada hay que pruebe la existencia de ellas; pues en nuestros viajes no hemos oido á los salvajes contar de estas tribus ni las hemos visto” (1858, 360).

En sus descripciones, los indígenas han asumido muy poco de las tradiciones cristianas, incluso aquellos que tienen un mayor contacto con los blancos. El autor hace un esfuerzo para caracterizar sus sistemas de creencias; recurre al concepto de ‘metempsicosis’ para describir las diferentes emanaciones del alma, según los indígenas; utiliza el concepto de fetichista, así como de iconoclasta, para dar cuenta de una religiosidad que no se apega a imágenes ni ha templos (Villavicencio 1858, 363).

De los “záparas” explica su mundo y creencias espirituales, las cuales plantea como comunes a diferentes pueblos. Entre estas destaca la metamorfosis del alma que, de acuerdo a los pueblos záparas, les permite encarnar en diferentes animales; también dan cuenta de seres capaces de raptar a un ser humano y conducirlo a regiones desconocidas (1858 371).

Su proyecto de gobierno sobre el territorio, además de disponer el espacio para el viajero científico, consiste en la reinserción de la Compañía de Jesús para mediar con los nativos. Señala que los padres jesuitas no son bien aceptados y teme una censura sobre su defensa (Villavicencio 1858, 362), sin embargo, considera que pueden ser un factor de civilización:

Los Jesuitas pudieran establecer allí su residencia, i la nacion por su parte deberia proporcionarles socorros i un continjente de herramientas, i en poco tiempo no nesararian para nada el socorro del gobierno. Fáltanos solo hacer á nuestros compatriotas la última observacion. ¿Se teme que las misiones del Oriente llegaran á ser lo que las del Paraguay, esto es, pueblos fanáticos i débiles? Suponiendo que fuera tan facil fanatizar á los salvajes ¿de qué modo

llegarian á ser mas útiles á la nacion pasando á ser fanáticos, ó conservándose salvajes? la contestacion no me parece defícil si se atiende á dos cosas: 1° que es más fácil viajar en país de fanáticos que en país de salvajes; 2° que se puede reducir á un pueblo fanático i establecer relaciones de comercio con él; pero con un pueblo salvaje no se puede ni uno ni otro (Villavicencio 1858, 364).

De esta forma, encuentra en una retrotopía la vía más fácil de integración del conjunto de poblaciones indígenas al Estado. De hecho, hasta el día de hoy, las misiones religiosas fueron factores primordiales en el contacto con los pueblos amazónicos.

Posiblemente, Manuel Villavicencio cometió múltiples errores cartográficos, no obstante, sus investigaciones sobre los indígenas –el foco de su capítulo sobre la provincia de Oriente–, certificadas por la propia experiencia de autor, son de gran valía para los etnohistoriadores, y sus descripciones geográficas causaron un gran impacto en la narrativa ecuatoriana a partir de Juan León Mera. En su perspectiva, el Oriente es un inmenso espacio poblado por “salvajes”, pero estos salvajes son compatriotas ecuatorianos que, siendo parte del país, pueden ser también civilizados y garantizar así el comercio y el acceso a diferentes espacios.

El autor alude a otro tipo de viaje, permite una reconexión entre el espacio abismal que fue la Amazonia entre la crisis de independencia y la fiebre del caucho, en la medida en que otorga sentidos de identidad, pertenencia y un proyecto a la región. El concepto de viaje es comúnmente acotado a los exploradores europeos sobre las tierras americanas, como una forma de exploración cuyo fin sería económico; no obstante, a través de su interés y contacto con los indígenas amazónicos, a mi forma de ver, el viajero Villavicencio inaugura un nuevo tipo de viaje: el consumo de la ayahuasca juega un papel fundamental en él para la literatura posterior.

3.3. La vegetación lujuriosa

Gaetano Osculati (1808-1894) fue un viajero originario de la Lombardia. El italiano es un importante recolector de especies naturales y objetos indígenas, textiles, armas y muchas piezas de historia natural que serán destinados a diferentes museos en Italia, particularmente al de Historia Natural de Milán. El autor era un aficionado al dibujo, lo que me permitió encontrar diferentes ilustraciones sobre su viaje, muchas de estas impresas.

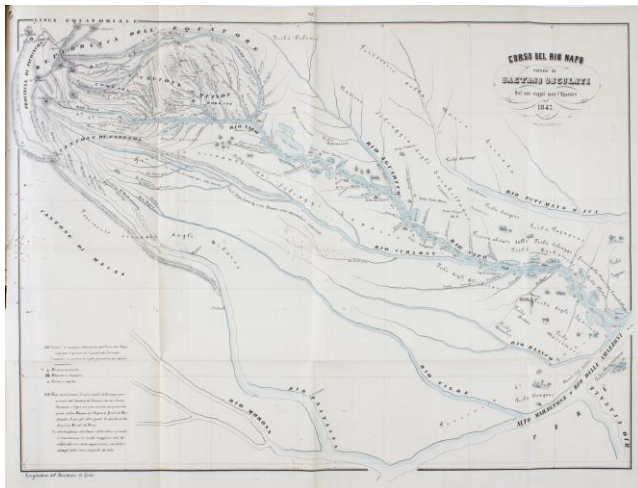
Se presenta como un admirador de Darwin, de ahí que –según sus diarios– el prestigio del naturalista lo haya conducido a Ecuador. No obstante, Osculati opta por otra ruta, a diferencia del británico no visitó Galápagos, prefirió realizar su viaje hacia el Amazonas: “sabiendo que

debajo de la línea equinoccial existían regiones donde todavía no había entrado ningún europeo, que habían sido exploradas únicamente en la primera mitad del siglo pasado por algún misionero” (Osculati [1854] 2003, 18). Su viaje fue realizado entre 1846 a 1848 y será publicado en Milán con el título *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo ed il fiume delle Amazzoni. Frammento di un viaggio fatto nelle due Americhe negli anni 1846-47-48*.

Osculati compartiría información y viajes con los científicos locales, particularmente con Manuel Villavicencio, Ana María Sevilla (2013) plantea que fue un maestro científico para Villavicencio. Sin embargo, en el diario de viaje del expedicionario italiano se sugiere mayor influencia del geógrafo ecuatoriano sobre él, que al revés: primero, porque sin ayuda de Villavicencio habría muerto en la selva; segundo, porque Osculati reconoce el conocimiento del ecuatoriano sobre las poblaciones indígenas, y de hecho en su diario se destinará la mayor parte de páginas a sus recorridos por las regiones Quixos y Canelos, gobernadas por aquél, a pesar de haber atravesado todo el continente hasta llegar al océano Atlántico por el Amazonas.

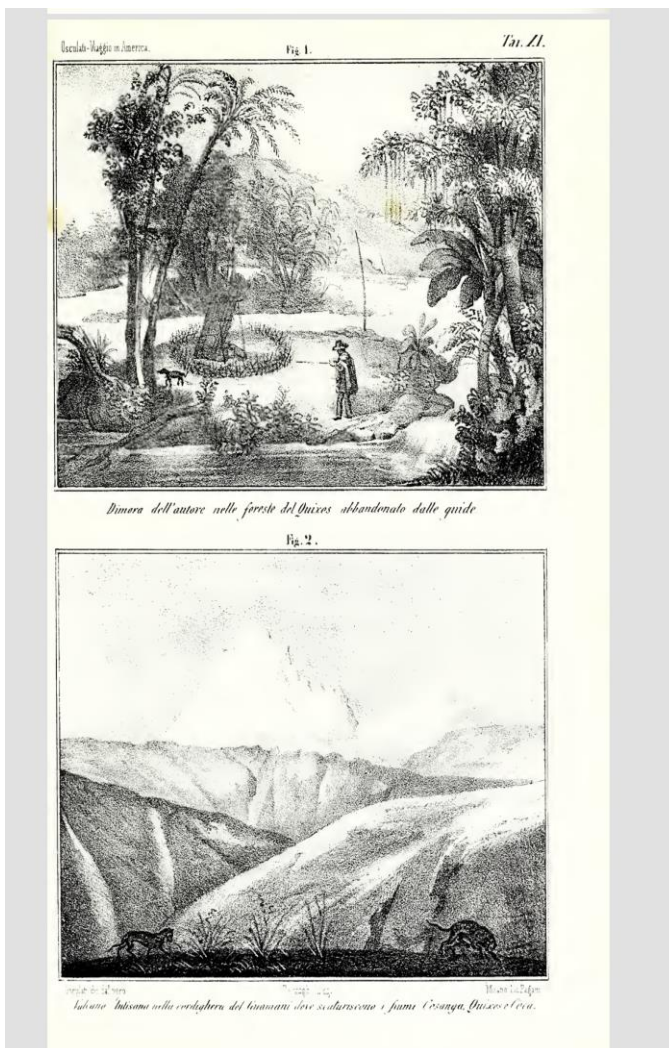
El viaje de Osculati fue accidentado; de hecho, fue abandonado tres veces por los cargueros que lo llevaron en diferentes tramos de su expedición, incluyendo su descenso desde los Andes. Según el italiano, no mostraron preocupación por su pesado equipaje y muchas de sus muestras fueron abandonadas. A pesar de esto, sus colecciones y –sobre todo– sus dibujos son un material de amplio reconocimiento para la etnohistoria del Ecuador: un motivo frecuente a la hora de presentar exposiciones o de pretender reconstruir oficios y vestuarios del siglo XIX; esto incluye, además, representaciones de la Amazonía e imágenes de la vida urbana del Ecuador (Muratorio 1994, 31-33).

Mapa 3.3. Corso del Río Napo, 1841



Fuente: Oculati 1854.

Figura 3.3. Grabados sobre el área del río Napo, 1854



Fuente: Oculati 1854.

Osculati tuvo reconocimiento por su tarea científica y eso le valió una membresía en las Academias de las Ciencias de París y Roma, además de lograr circulación de su diario de viaje por el Ecuador, El Napo y el Río Amazonas en el periódico francés *Correo de Ultramar* de París.

Una característica evidente en el cambio de discurso que llega con el siglo XIX es el concepto de exuberancia de la naturaleza. Esta se encontraba ya presente en las narraciones de Unanue y Humboldt, pero en Osculati llegan mucho más lejos. El italiano exaltó mediante diferentes figuras la naturaleza hallada en su viaje: sobre la forma de los bosques, dijo que hacen gala de “una vegetación lujuriosa” ([1854] 2003, 152).

A pesar de sus múltiples accidentes y –como veremos– su aversión a las culturas locales, el viaje se encuentra con un entorno que disfruta narrar, en un sentido que va más allá de la racionalidad instrumental, siendo los bosques y los ríos un objeto de contemplación estética y una promesa de abundancia:

La navegación de Santa Rosa Coca es deliciosa; siempre se pasa por orillas tupidas de árboles, al lado de islas cubiertas de densos bosques, que hace aparecer perspectivas siempre cambiantes y multiplican los meandros del río (Osculati 2003, 207).

En el autor confluyeron dos elementos que no se presentaban con tanta claridad hasta su momento: romanticismo y naturalismo. El análisis racional sobre el bosque y la utilidad por las plantas recuerda a los objetivos de Humboldt, pero se añade a la historia natural una mediación romántica, en la que refiere: “árboles rompen con la monotonía de paisaje [...] las orquídeas, las hiedras y las otras plantas parásitas se abrazan a los viejos troncos”; las plantas enredaderas en esta descripción enlazan los árboles como “guirnaldas” y “trepan hasta sus copas, donde reposan y juegan miles de monos y pájaros” (Osculati 2003, 244).

Una novedad conceptual es el tropo de “selvas vírgenes” a la hora de designar la vegetación de este espacio (Osculati 2003, 244). La selva, que anteriormente se indicó tenía una vegetación lujuriosa y exuberante, es virgen en ausencia de pobladores blancos. De hecho, las metáforas empleadas por el viajero tienden a feminizar a la naturaleza y masculinizar la civilización.

Junto a la riqueza biológica, otro tópico es la riqueza mineral. Para Osculati era necesario reforzar las expediciones científicas, principalmente a partir de la agencia de europeos, para lograr explotar la riqueza mineral y el oro que se encontraba extendido por los ríos del oriente (2003, 168). Concluye que el oro es abundante y accesible. Sin embargo, la relación con este

recurso a través de los indígenas que lo recolectan está mediada por el temor a los blancos, aversión al trabajo extractivo y el rechazo a su atesoramiento:

Por eso deciden trabajar para obtener oro sólo cuando la necesidad de alguna herramienta de caza o pesca, o el deseo de algún adorno, o la obligación de pagar el impuesto anual del gobierno les exige, les inducen a hacerlo (Osculati 2003, 168).

Osculati consideró desconcertante y propio de los “salvajes” el desapego por el oro y los límites que los nativos ponían a la acumulación, sin embargo el mismo Osculati expone que esta actitud estaba condicionada por los espacios de experiencia que han vivido estos pobladores. Entendiendo a la acumulación de oro como un peligro latente, describe Osculati:

Cuando esos indios piensan haber recogido una cantidad suficiente para obtener lo que desean, ponen el oro en el tubo de una gruesa pluma de buitre o cóndor (*Vultur gryphus*), en el cual ya están trazadas unas marcas que indica diferentes medidas; lo que sobra lo tiran al río exclamando: *Iskia shia niaka* (quien te quiera, que te busque) (2003, 169).

De esta forma, caracterizó al salvaje por su rechazo al trabajo y a la acumulación más allá de determinados límites. El ritual descrito muestra una diferencia fuerte con la sociedad de blancos, pero también indica –bajo la mirada del autor– un carácter supersticioso que puede suponer una traba para el comercio y la industria.

Las supersticiones de los indios serán en el relato de Osculati una de las justificaciones más importantes para promover su evangelización: “Muy poco o nada en absoluto han aprovechado esos indios de las artes de la civilización y de los dogmas y prácticas religiosas enseñadas por los párrocos y misioneros”; mientras advertía, igual que Villavicencio, una religiosidad basada en la “metempsicosis”, donde, a juicio de los “salvajes”, su alma transmigra en diferentes animales (Osculati 2003, 159).

La descripción de este explorador sobre la aversión de los indios a la religión resulta opuesta a la presentada sólo un siglo antes por los jesuitas asentados en el Napo, quienes destacaban una naturaleza afín al catolicismo, lo que evidenciaba una buena actitud hacia la religiosidad. El rechazo al catolicismo toma forma en los ritos funerarios, donde los indios eluden a toda costa la presencia de los párrocos y esconden a sus enfermos de la iglesia para poder enterrar a sus muertos en la selva, para que “en caso de muerte, no sea enterrado en la iglesia, donde no les estaría permitido hacer los ritos fúnebres usados por sus antepasados” (Osculati 2003, 160).

Otra característica que impacta a Osculati al tratar el alto Amazonas, en la ciudad brasileña de San Pablo de Oliveira, es la moral sexual de las mujeres locales, menciona: “Las mujeres de

allá son famosas en todo el Amazonas por su afabilidad con los extranjeros” y, al igual que los hombres, tienen “inclinación a la crápula y los licores” y se encontrarían en la “más tremenda depravación”, todo lo anterior bajo el permiso de los gobernadores y autoridades estatales que también han adoptado la poligamia, según el autor (Osculati 2003, 166).

A pesar del juicio moral, el científico no deja de manifestar cierta atracción por aquellas mujeres que, a decir del autor, en Europa convergerían con una utopía ‘sansimoniana’:

No se toma en cuenta en absoluto la fidelidad conyugal; las mujeres solteras y casadas gozan de libertad ilimitada y nunca hay peleas por celos, al punto que la tomarían fácilmente por una colonia de Sansimonistas. Esas ninfas de los bosques aman las aventuras y fácilmente dejan el país donde nacieron para irse con viajeros o criollos que van por el Amazonas, río arriba o río abajo. [...] Generalmente son bien hechas, de formas regulares, ojos negros, bastante altas, alegres; su piel es color café oscuro, caminan con elegancia (Osculati 2003, 166).

Resulta interesante que el concepto de libertad ilimitada en los ámbitos sexuales se encuentre relacionado con las corrientes sansimonianas. Cabe añadir que, además de Osculati –e indirectamente Juan León Mera–, hay pocas referencias particulares a las mujeres en este siglo, una vez que las Amazonas han dejado de representar un objeto de investigación. Las mujeres adquieren en este relato un carácter de independencia, lujuria y exuberancia similar al que tiene la naturaleza descrita por el autor.

En Gaetano Osculati, al igual que en la mayor parte de autores referidos, se aborda la esclavitud. En ese momento, esta comenzaba a extenderse por la selva, aunque no llegaría a sus máximas proporciones hasta comienzos de siglo XX con el auge del comercio del caucho. El italiano presenta una crítica ambigua sobre esta institución:

Asistí a una escena cuyo escueto relato dará la idea del estado de barbarie en que todavía se encuentran esas poblaciones. Unos meses antes, una bella chica salvaje zápara había sido vendida fraudulentamente por su propio amante. [...] No pude oponerme a esa vergüenza porque ese horrible mercado era norma en aquellos parajes, pero demostré mi descontento por esa descarada violencia. [...] Pregunte a la pobre chica si quería ir conmigo a Europa, pero me contestó francamente que no, por lo que me vi obligado a renunciar a esta compra sabiendo que a la primera ocasión ella huiría (2003, 207).

En su diario, Osculati critica la esclavitud: cuando se presenta en el medio amazónico, resulta vergonzosa, violenta, horrible y propia de la barbarie. No obstante, si la compra de una mujer es pensada en relación con su destino civilizado, deja de tener un signo negativo, pero esta

intención es rechazada por la indígena debido a su propia barbarie, según refiere el explorador.

El autor observa que, a pesar de que la esclavitud es una práctica prohibida, mantiene vigencia en Ecuador, al menos en una modalidad determinada: los indígenas záparas roban niños en incursiones y los cambian por veneno, ticuñas, sal o herramientas; los venden a los blancos; “esos niños más tarde son bautizados, hechos cristianos y educados hasta que a los 16 años vuelven a la libertad” (Osculati 2003, 164). Para Osculati, la legitimidad de esa institución se basa en la conversión al cristianismo y el posterior retorno, la esclavitud a la que refiere es presentada en el entorno nacional como filantrópica y una forma de ciudadanizar a los indígenas

A pesar de las referencias al nativo como salvaje y miserable, en su relato no se observa solo el punto de vista que el europeo tiene de los indígenas. También hay referencias que, como un espejo, muestran el temor de estos últimos hacia los blancos: “odian a los forasteros, considerados siempre instrumentos de opresión, y no los asesinan sólo por el temor y la necesidad de obtener los objetos que les hacen falta” (Osculati 2003, 148).

Según explica Osculati, los visitantes tienen una relación tensa y desafiante con los indígenas civilizados —que los abandonan en medio del bosque—, pero, con los “indios salvajes” o “independientes” la relación es aún más conflictiva, pues estos rehúyen al contacto y temen la apropiación de su espacio, la esclavitud y el comportamiento de los blancos. Esos temores son expresados a propósito del contacto en una playa:

Cuando estábamos cerca, nos pusimos a caminar más rápido para sorprenderlos sin darles el tiempo de escapar, pero de pronto nos vieron, se asustaron y empezaron a gritar taucko kuri atzano (blanco buscador de oro), [...] el indio que me servía de interprete me explicó que los blancos son considerados hitiuma (perversos) porque, para apoderarse del oro, habían matado a sus padres (Osculati 2003, 233).

Aquí nuevamente se observa el temor y rechazo al oro, pero esta vez encarnado en el deseo de los blancos, su violencia y perversidad. No obstante, esta actitud nos es la única que adoptan en el diario del expedicionario italiano. Los “indios” no son un cuerpo homogéneo. El italiano valora diferentes grados de “civilización” entre ellos. A pesar de su relación tensa con los quiijos, los entiende más relacionados con el entorno; en cuanto a los záparas, dice: “son de carácter pacífico, hospitalarios, vivos, inteligentes. [...] Tiene la vaga idea de la existencia de un Dios, que en su idioma llaman Puetzo (Creador de los hombres), y tienen algún vago criterio de moral natural” (Osculati 2003, 213). En cuanto a los más “salvajes”, menciona los

angoteros y los cotas como los más “feroces y belicosos”, y posiblemente antropófagos, según sus enemigos; los describe:

Los Angueteros y los Cotos, en mi opinión, son los únicos salvajes que hacen peligrosa la navegación por el Napo. [...] Pero se podría fácilmente someterlos si tanto la república de la Nueva Granada como la del Perú, juntamente con el Ecuador, quisieran subyugarlos o al menos sacarlos de sus selvas. Cuando los Záparas roban lo niños Angueteros, no quieren sobrevivir como esclavos (Osculati 2003, 230).

La presión de estos grupos es un problema para que la civilización pueda aprovechar y disfrutar los ríos y la selva, de ahí que la propuesta del explorador pase por un acuerdo trinacional. Además su inadaptabilidad a la esclavitud –que sería la institución encargada a los záparas– justifica más esta intervención.

Las recomendaciones de Gaetano Osculati para el progreso de la región se enfocan en una intervención de los gobiernos en estos territorios, que se debería dar en torno a la adecuación de caminos y rutas de navegación y el apoyo a expediciones científicas. El fruto de esta alianza entre la ciencia y los Estados sería los abundantes recursos naturales del territorio y, particularmente, el oro. Este recurso sería explotado por europeos, en vista de que los nativos y los blancos locales no tienen capacidad de hacerlo.

De esta manera muchos se verían animados a establecerse en aquellas regiones y se vería favorecida la migración de los europeos, como se hace en los Estados Unidos. Sin duda en pocos años aquellos lugares se verían roturados y cultivados, tanto más si se tiene en cuenta que las tierras son sumamente fértiles y las semillas dan más del 100 por 1 (Osculati 2003, 174).

El fomento a la colonización europea sería una preocupación reiterada por parte del Estado, y solo lograda parcialmente a principios de siglo XX con la llegada de obreros de la Leonard Comany al Napo (Esvertit Cobes 2008; García Jordán 1998; Álvarez 2020).

En un primer momento, la propuesta de Osculati es mejorar la presencia del gobierno, controlando a las autoridades locales, la reducción de los grupos “salvajes”, el reforzamiento de un pacto científico y la consecuente colonización europea de esos territorios para aprovechar su riqueza.

El aislamiento vivido por la región tras la independencia permite atribuir a este espacio nuevos significantes. La selva virgen y la naturaleza lujuriosa, repletas de oro, caucho y recursos por descubrirse, son una invitación al comercio y la ciencia en este relato.

3.4. La virgen de la selva virgen

Juan León Mera es uno de los escritores más leídos e importantes del Ecuador. Es recordado por escribir la letra del Himno nacional (1865), la poesía *La Virgen del Sol* (1861), su *Antología de poesía ecuatoriana* (1893), *la Geografía del Ecuador* (1884). Además, es también autor de una de las obras más difundidas en el sistema educativo nacional y considerada como la primera novela del Ecuador: *Cumandá, un drama entre salvajes*.

La perspectiva de Juan León Mera, presente en *Cumandá*, refiere a la selva como Edén; busca presentar una región desconocida y virginal. A partir de su libro, promueve la evangelización de los indígenas como una manera de recuperar este espacio. En su novela convergen las ideas románticas de Osculati, la geografía de Villavicencio y una perspectiva nacional y católica que encontró en la experiencia de las misiones jesuitas un horizonte de expectativas.

Cumandá un drama entre salvajes describe una historia de amor entre un civilizado y una salvaje durante un período de tensiones entre indígenas y blancos tras el gobierno de García Moreno. Proyectando este conflicto en la Amazonía, la obra pretende contribuir a la pacificación y promueve la evangelización de ese espacio; sin embargo, esta resolución parece imposible porque los dos personajes son hermanos y ninguno de ellos es indígena.

La premisa y el punto de partida, explicados por el mismo Juan León Mera en su carta a la Real Academia de la Lengua en el prefacio de la primera edición de su libro, es que este relato no destaca por la trama, que podría parecer común dentro de la literatura de la época. En ese texto se advierte que importa más el medio geográfico donde se desarrollan los acontecimientos: “Bien sé que insignes escritores, como Chateaubriand y Cooper, han desenvuelto las escenas de sus novelas entre salvajes hordas y á la sombra de las selvas de América, que han pintado con inimitable pincel” (Mera 1879). Sin embargo, la ventaja que contiene y explota el libro es que su ambiente es más aislado y salvaje, explica el autor:

Razón hay para llamar vírgenes á nuestras regiones orientales: ni la industria y la ciencia han estudiado todavía su naturaleza, ni la poesía la ha cantado, ni la filosofía ha hecho la disección de la vida y costumbres de los jívaros, záparas y otras familias indígenas y bárbaras que vejetan en aquellos desiertos, divorciadas de la sociedad civilizada (Mera 1879).

La noción de “selva virgen” no solo valida volver a repetir una novela con un lugar común narrativo, sino que le dota de mayor originalidad por el ambiente inédito del drama. La mayor parte de la trama tendrá como teatro las regiones orientales, y el primer capítulo consiste exclusivamente en una descripción geográfica de la selva:

Lector, hemos procurado hacerte conocer, aunque harto imperfectamente, el teatro en que vamos á introducirte: déjate guiar y síguenos con paciencia, Pocas veces volveremos la vista á la sociedad civilizada; olvídate de ella si quieres que te interesen las escenas de la naturaleza, y las costumbres de los errantes y salvajes hijos de las selvas (Mera 1879, 10).

Sobre estos aspectos ha llamado la atención Ricardo Padrón (1998), definiendo esta novela como una “contra cartografía”, que tendría como propósito revocar las críticas presentadas por Wolf a la cartografía de Manuel Villavicencio, y reforzar los límites territoriales imaginados por él a partir de la ideología nacionalista que, según Padrón, está presente en la novela. A pesar de su contenido patriótico, en la novela no aparece el Estado peruano como agente. La soberanía y el derecho del Ecuador provienen del carácter providencial y civilizador que Mera confiere a la iglesia y el Estado ecuatoriano (Vidal 1980). En cuanto al Perú, se destaca su invisibilidad, a pesar de que en este período ya había ocurrido una guerra entre ambos países y el oriente peruano era explorado y colonizado por lanchas y barcos a vapor.

En este sentido, *Cumandá* realizó una inserción en este espacio que se encuentra integrado a la geografía y la historia nacional. Su punto de partida es la sierra y la trama de ríos que de ésta se desprenden. En su descripción, se observa con claridad cómo los Andes son una región opuesta a la Amazonía (Mera 1879, 1-2). Esta distinción marca una ruptura definitiva en la idea de comprender la geografía: aquí, la ‘montaña’ pertenece a la sierra, al altiplano y al territorio de la civilización, en oposición a la selva, los ríos caudalosos y las aldeas amazónicas (Carreras, Olmos, y Gigena 1997; Uscátegui Narváez 2017). Sin embargo, las selvas no contienen un elemento infernal sino un grado de pureza y, por lo tanto, de ingenuidad que llevan al autor a revivir la imagen del Jardín del Edén:

A la izquierda y á lo lejos la cadena de los Andes semeja una onda de longitud infinita, suspensa un momento por la fuerza de dos vientos encontrados; al frente y á la derecha no hay más que la vaga é indecisa línea del horizonte entre los espacios celestes y la superficie de las selvas, en la que se mueve el espíritu de Dios como antes de los tiempos se movía sobre la superficie de las aguas (Mera 1879, 5).

En este pasaje el autor referencia al génesis con una nota al pie de página. En este sentido, la novela contiene una alegoría sobre la virginidad presente tanto en Cumandá, cómo “la virgen de las selvas”, como en la selva, que comienza a ser designada con ese apelativo de virgen (Mera 1879, 162). El espacio se presenta como un lugar de pureza y fuente de inspiración poética y libertad:

Sin embargo, ¡cosa singular! esta aprensión que debía acongojar el espíritu, desaparece al sobrevenir, cual de seguro sobreviene, cierto sentimiento de libertad, independencia y grandeza, del que no hay ninguna idea en las ciudades y en medio de la vida y agitación de la sociedad civilizada (Mera 1879, 6).

Los ríos son un tópico esencial a lo largo de la novela. De acuerdo con Goldberg (2000), demarcan las fronteras entre civilización y barbarie; tienen importancia para delimitar los espacios de la trama, pero también son centrales a la hora de afirmar las tesis de Villavicencio y su geografía, pues indican espacios étnicos de una forma similar al geógrafo. Además de fungir como fronteras, los ríos son lugares atractivos por su riqueza.

El orgullo por las descripciones ribereñas se enmarcó también en una epistemología patriótica, de hecho, considerando el período, es llamativo que el arquetipo de sabio ilustrado sea Pedro Vicente Maldonado, no su compañero de viaje La Condamine, como ocurre en la mayor parte de relatos amazónicos (Mera 1879, 9).

La obra describe la determinación de la selva sobre la conducta humana en un conflicto entre la humildad y la soberbia. Se ha explicado en múltiples ocasiones que el narrador lo cuenta todo desde arriba. Esa posición también tiene una connotación psicológica y moral que crea una distinción entre el habitante de las montañas. Desde arriba una voz secreta le dice al lector de Juan León Mera “¡Cuán chico, impotente é inteliz eres! Abajo otra voz, secreta asimismo y no menos persuasiva, le repite: - Eres dueño de tí mismo y verdadero rey de la naturaleza: estás en tus dominios: haz de tí y de cuanto te rodea lo que quisieres” (Mera 1879, 6-7).

En este sentido, la persona que ha divisado el paisaje desde arriba, como Juan León Mera o los misioneros que llegan a este territorio, tiene un grado de obediencia mayor. En cambio, la conducta del salvaje se torna en formas de independencia y soberbia: “en el silencio de las desiertas selvas se apodera del ánimo y el hombre, en parte sin duda para formar el carácter soberbio y dominante del salvaje, para quien la obediencia forzada es desconocida” (Mera 1879, 7). Esta independencia se expresa como inocencia, pero también como idolatría y violencia dentro de las tribus del oriente.

Los záparas y los andoas resultan tribus más amigables, mientras que los jíbaros, moronas y logroños serían más hostiles (Mera 1879, 124). A pesar de encontrar grupos belicosos, hay un tipo de violencia que queda fuera del relato: el canibalismo, que no tuvo lugar en la Amazonía ecuatoriana. Sin embargo, se asume que el sacrificio humano es una práctica común y es el destino que le espera a Cumandá (Mera 1879, 11).

La novela tiene también elementos dignificantes respecto a los nativos: “los sentidos de los salvajes son de una perfección maravillosa” (Mera 1879, 124). Éstos pueden lograr la paz con los blancos a través de las conversiones. De hecho, la causa de la sublevación que ocasionó que los puruhás se tornen en “salvajes” y migren al oriente son los malos tratos: “Con frecuencia hacían los indios estos levantamientos contra los de la raza conquistadora, y frecuentemente, asimismo, la culpa estaba de parte de los segundos, por lo inhumano de su proceder con los primeros” (Mera 1879, 47).

Los éxodos y migraciones son un tópico en la novela: los indígenas de la sierra huyen al oriente, las tribus jíbaras escapan de las guerras y se refugian en territorio zápara. El lector adquiere nociones sobre migraciones de nativos inusuales en otras fuentes sobre la Amazonía, incluso hoy. En la obra las guerras indígenas son una constante y una característica de la vida salvaje, los ataques nocturnos, las emboscadas y las venganzas son un tópico intrínseco de la selva. Para Juan León Mera, la guerra está condicionada por la agencia de la ayahuasca; posiblemente su conjetura tenga relación con las referencias de Manuel Villavicencio, aunque la consecuencia de esta bebida resulta mucho más violenta en la novela que en la descripción del geógrafo, pues conduce a emboscadas, masacres y venganza:

La causa de sus contiendas es por lo común el deseo de llevar á cima una venganza. Acontece no pocas veces que un jefe toma la infusión del bejuco llamado hayahuasca, cuyo efecto es fingir visiones que el salvaje cree realidades, y ellas deciden lo que debe hacer toda la tribu: si en ese delirio ha visto la imagen de un enemigo á quien es preciso matar, no perdona diligencia para matarle; si se le ha presentado cual adversa una tribu que, quizás, fué su amiga, la guerra con ella no se hace esperar (Mera 1879, 12).

La ayahuasca se encuentra relacionada directamente con la fe en los “mujias” y otros seres de la selva, que serían producto de esta bebida (Mera 1879, 127). La atención en los efectos de la bebida muestra, por una parte, cierta voluntad científica, pero al mismo tiempo refuerza la importancia que se le otorga a la tarea misional y católica como medio para alcanzar la civilización (Goldberg 2000; Vidal 1980). En este sentido, el padre del protagonista tiene una tarea heroica al dedicarse al sacerdocio para convertir a los “salvajes”.

Para describir la obra misional, Juan León Mera refirió los esfuerzos de los jesuitas durante el siglo XVII, de los que son herederos los sacerdotes que refiere en su novela (Mera 1879, 41). La misión de la Compañía de Jesús volvió adquirir un rol central en la selva. Su obra se destaca a partir de una ucronía:

¡Oh! ¡qué habría sido hoy del territorio oriental y de sus habitantes á continuar aquella santa labor de los hombres del Evangelio!... Habido habría en América una nación civilizada más, donde ahora vagan, á par de las fieras, hordas divorciadas del género humano y que se despedazan entre sí (Mera 1879, 13).

Sobre observar el carácter paradójico de “fieras” con potencial humano que se da a los pobladores del Oriente. El texto de Mera refuerza el proyecto de modernidad católica que García Moreno construyó para la Amazonía (Esvertit Cobes 2008, 65), pero al mismo tiempo supone una creación literaria a partir de las indagaciones de autores ecuatorianos y cronistas que también son retomados durante el siglo XIX para la nacionalización de este espacio.

A pesar del interés pedagógico, la conclusión de la novela no es alentadora: Cumandá se sacrifica y su hermano, con quien mantuvieron una relación platónica, muere poco tiempo después, inundando de tristeza. El mestizaje no es posible, la alianza entre ambas regiones se ve metafóricamente impedida y era imposible más allá de un sentido fraterno y a la vez platónico.

Como novela, *Cumandá* abonó el imaginario ecuatoriano durante el siglo XIX y XX: como una alternativa simbólica a un espacio inaccesible, la selva no se podía civilizar, pero imaginariamente quedaba presente. Sin embargo, en el Perú observamos que la integración espacial fue real y material gracias a la agencia de Antonio Raimondi

3.5. La provincia litoral de Loreto, naturaleza y futuro

Antonio Raimondi nació en Milán, Italia, el año de 1824 y llegó al Perú en 1850, dónde se naturalizaría. Entre sus primeras ocupaciones estaría la de colaborar con Cayetano Heredia en la clasificación del Museo de Historia Natural del Colegio Independencia, donde tendría una primera formación sobre la naturaleza del Perú; luego, impartiría clases de Historia Natural en la escuela de medicina y recibiría el título de doctor en Ciencias naturales por la Universidad de San Marcos.

El autor tiene más de doce publicaciones, sin embargo, su obra principal, *El Perú*, quedó inédita. No obstante, en el Archivo Nacional de ese país se encuentran 57 cuadernos de viaje, donde se observan algunos de los contenidos que dejó, así como cinco cuadernos de química. Además de la historia natural, entre sus temas muestra mucha atención por los minerales, la historia y la geografía del Perú.

Raimondi fue sumamente reconocido dentro y fuera del país, llegó a ser nombrado miembro honorario de la Real Sociedad Geográfica de Londres y de la Sociedad Italiana de

Antropología, Etnología y Psicología comparada y de la Sociedad Geográfica de Paris. Muchas de las piezas de que dejó se encuentra alojadas en el Museo de Historia Natural de la Universidad de San Marcos y en el Museo Antonio Raimondi.

Este autor publicó en 1862 sus *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto*, donde se describe con mucho cuidado el estado de la fauna, las poblaciones y las necesidades que encontró en su viaje hacia entre 1860 y 1861. Esta expedición fue comisionada por el presidente Ramón Castilla. A partir de sus viajes, además de los cuadernos, destacan sus mapas, que para el período tienen mucha precisión (Figura 3.4).

Mapa 3.5. Mapa del Perú, 1877.



Fuente: Wikipedia, 2014.

Quizás las características más recurrentes que describió sobre Loreto el explorador fueron la fertilidad de sus tierras y la navegabilidad de sus ríos (Raimondi 1862, 3). Estas traen expectativas de optimismo sobre la ocupación del territorio, que aquí continúa siendo denominado la montaña. Para el Raimondi, la fertilidad se encuentra relacionada directamente a la inmensa variedad de especies de plantas y vegetales. Desde su experiencia:

Todas las plantas citadas son nada en comparación del número infinito de vegetales, que crecen espontáneamente, en esta favorecida región. En efecto, qué de cuadros, de escenas tan variadas se presenta á la vista del que penetra en los solitarios bosques de esta provincia; la vegetación

no encontrando ya, mas terrenos que invadir se acumula, se amontona y se sobrepone, formando bosques; así en algunos puntos, el suelo se halla cubierto de yerbas y arbustos; estos crecen á la sombra de frondosos árboles; los que son á su vez, dominados por las hermosas copas flotantes en el aire de elegantes palmeras (Raimondi 1862, 136).

La atención que prestó a la naturaleza estuvo también mediada por una valoración estética que acompaña al concepto exuberante de una vegetación descontrolada. Al igual que en Unanue, la impresión naturalista se complementó con la expectativa de poner esta riqueza biológica, por medio de la técnica moderna, al servicio de la civilización.

El autor menciona que la variedad vegetal de la provincia se halla en razón directa a la abundancia de animales que interactúan en la armonía del mundo orgánico (Raimondi 1862, 142). Estas referencias tienen relación con una teoría científica y naturalista sobre la cooperación y la selección natural entre las especies que, además, es acompañada por la esperanza de aprovechar esa diversidad para el bienestar colectivo: “cuántos productos útiles –pregunta Raimondi– puede aportar esta naturaleza a la medicina, las artes, industria y a la economía doméstica” (Raimondi 1862, 141).

En su obra, Loreto es propicio para la vida, “el hombre no tiene otro trabajo, que desmontar y echar la semilla para obtener en muy poco tiempo las más pingües cosechas” (Raimondi 1862, 126). El autor deja lejos las metáforas coloniales, donde el territorio era referido como la fortaleza del demonio; al contrario, Loreto es aquí una provincia privilegiada, y destaca de ella hasta los mosquitos:

No hay palabras para dar una idea de la inmensa variedad de reproducciones naturales, y de la actividad de la naturaleza en el continuo desarrollo de sus seres. En efecto, en la dilatada comarca, surcada por los ríos Huallaga, Ucayali y Amazonas, se reúnen todas las condiciones más favorables para la vida; tales como, una atmósfera constantemente cargada de vapores acuosos, una temperatura bastante elevada y un suelo virgen y fecundo. En esta singular región, por doquier se dirige la vista, se nos presenta delante los ojos una exuberancia de vida tan grande, que toda la materia parece estar animada por aquella misteriosa fuerza, que rige el mundo orgánico, y al ver estas densas nubes de molestos mosquitos y ávidos zancudos, se diría que la naturaleza haya comunicado el soplo de la vida hasta á los mismos átomos de la atmósfera que nos rodea (Raimondi 1862, 126).

Un concepto empleado con frecuencia, de no menor importancia, es el de ‘naturaleza’, que parece referir al conjunto de interacciones entre plantas y animales. Ella converge con la

potencialidad y la esperanza de su aprovechamiento. La agricultura, la minería y el comercio serían las industrias capaces de dinamizar la región.

Con respecto al distrito de Yurimaguas, presenta nuevamente la figura de naturaleza virgen que es asociada con ánimo de la melancolía; sin embargo, estas imágenes, debería abrir paso a otra que ofrecería el comercio:

Contemplando este bello cuadro de la naturaleza virgen, el observador experimenta una sensación de melancolía, y quisiera cambiar esta muda escena en otra más vívida y animada, viendo la tranquila corriente surcada por numerosos vapores, llevando comercio y la vida en el seno de la esta apartada comarca (Raimondi 1862, 80).

En este sentido, Raimondi coincide con uno de los objetivos más claros de la utopía republicana (Mc Evoy 2017): la incorporación de esos espacios al entorno nacional. En cuanto agentes de civilización, para el autor, quizás los principales protagonistas de la misión republicana sean los vapores, las lanchas y los puertos que hacen posible el acceso al espacio definido como litoral.

La navegación en su conjunto es un tema que acompaña el recorrido de su obra, pero también se encuentra dentro de sus expectativas. Esta es posible gracias a la gestión de determinados pobladores en las estribaciones de la cordillera que son reconocidos como portadores de progreso. El autor destaca la presencia de esos viajeros, aunque observa que no cuentan con suficiente apoyo estatal. Las rutas de navegación serían indispensables, pues solo el aislamiento de la región ha evitado su contribución al progreso del Perú (Raimondi 1862, 183).

Al igual que en Unanue y Osculati, el progreso es equivalente al comercio. De esta actividad observa atisbos en el puerto de Nauta –que antecedería a la centralidad Iquitos–, beneficiado por el recorrido de barcos que fue condicionado por el imperio brasileño mediante un tratado de navegación “oneroso”, pero gracias al cual “Nauta empezó a salir de las tinieblas” (Raimondi 1862, 82).

Raimondi observó y documentó algo determinante para garantizar la presencia estatal y nacional del Perú: la importancia de los vapores en los ríos. De ahí que sus sugerencias se encaminen a mejorar las condiciones del acuerdo con Brasil de 1851, pero, sobre todo, a dotar la zona de más medios de transporte (1862, 92). Aunque destaca los beneficios que ese

acuerdo trajo al Perú, observa que ha derivado en un monopolio brasileño y sugiere revalorarlo.

Se pregunta qué provecho podría obtener la sociedad peruana de toda esta “sabia naturaleza” y cómo lograrlo. Como se dijo arriba: su respuesta estaba en barcos que navegaran con facilidad ese entorno; algo que, en efecto, fue una característica temprana de la ocupación del Perú sobre la región, definida por la construcción de astilleros y la navegación (1862, 188). A pesar de eso, el uso de los ríos fue supeditado al Brasil. Raimondi plantea que se aceptó “la suma de veinte mil pesos anuales, para que los vapores de dicha compañía hiciesen de tres á seis viajes anuales en las aguas del Perú” (1862, 175) y, más adelante, agrega: “la condición del Perú por respecto á la del Brasil me parece á la de un almacén de comercio” (1862, 185).

Sin embargo, a pesar de suponer un alto costo, la estrategia peruana permitió el establecimiento de ciudades en la región. En términos económicos, esa estrategia se fue tornando cada vez más efectiva para el Perú, conforme se desarrolló en la cuenca amazónica y en Loreto la extracción de caucho (Stanfield 2009).

Para Antonio Raimondi, la naturaleza y la geografía no representarían límite para la civilización, pues toda la riqueza era accesible por vía fluvial. El problema lo encuentra en el elemento humano: “Los afluentes del río Ucayali son bastante numerosos y casi todos navegables; pero su curso es poco conocido, por ser las orillas de casi todos estos ríos habitados por tribus de infieles á veces intratables” (1862, 31).

Los “salvajes e infieles” son fuente de preocupación para el explorador, debido a su condición histórica de independencia. El argumento reitera algunos tópicos de la historia colonial peruana que observaba una dificultad para la incorporación de los pueblos amazónicos: es que no fueron subyugados por los incas y, por tanto, carecen de experiencia de sumisión:

La provincia litoral de Loreto por su población difiere de todas las demás partes del Perú. El territorio que comprende está provincia, antes de la conquista de los españoles, se hallaba poblado por hordas de salvajes, que no estaban sometidos al gobierno de los Incas, y de las cuales muchas conservan todavía en el día su independencia (Raimondi 1862, 110).

Además del peso que otorga al gobierno de los incas, la referencia anterior comprende a los indígenas amazónicos no integrados como “salvajes o infieles”, en un estado de independencia, lo que los pone en situación de hostilidad con la vida republicana (Thurner 2006). Pero igual que en respecto a la naturaleza, encuentra “una población muy heterogénea” en las tribus que pueblan Loreto. Marca una diferencia entre los indios bautizados y los

salvajes, expresada principalmente por la dicotomía entre vestimenta y desnudez (Raimondi 1862, 114). Además de su relación con la religión y los viajeros, la distinción estaba mediada por las armas, el maquillaje y la desnudez.

Otro tópico tratado es el robo de mujeres y la poligamia: “todos los salvajes del Ucayali usan la Poligamia”, Raimondi menciona que “no poseyendo suficiente mujeres de su tribu, los más fuertes y valientes, roban las de los más débiles” (1862, 120). La poligamia es una institución que urge superar a partir de las costumbres civilizadas, la civilización al igual que para Norbert Elias pasa en gran medida por la regulación de las costumbres.

A pesar de los problemas que ocasiona a la empresa modernizadora, el explorador no deja de reconocer en el indígena salvaje algunas capacidades formadas por su entorno: “escucha los más pequeños ruidos, y diestro en la interpretación de este lenguaje de la naturaleza” (1862, 41). Esta destreza, relata, fue muy afortunada para proteger su expedición; en este sentido, destaca una capacidad de adaptarse a los cambios presentados por la naturaleza, con sentidos más ágiles y, por tanto, a pesar de su condición, con capacidades que les permiten sobrevivir.

La limitación que supone la vida salvaje para el proyecto de navegabilidad, sin embargo, es un obstáculo que puede ser superado a partir del comercio:

En mi concepto, todos los salvajes pueden reducirse; seguramente, habrá entre ellos, algunos de carácter cruel y perverso; pero ¿cuál es aquella sociedad de hombres que no tiene sus buenos y malos? Lo que se debe hacer es inspirarles confianza, cautivarse su amistad, haciéndoles comprender que no vamos hacia ellos, para hacer con ellos mal alguno; al contrario, regalarles cuchillos y hachas, hacerles reconocer la importancia de estos instrumentos en la construcción de sus armas y canoas; en una palabra, criarles necesidades que por sí solos no puedan satisfacer (Raimondi 1862, 122).

La aproximación mediante la generación de necesidades, que a su vez fomentan la confianza y la amistad, demostró ser eficaz en los años subsiguientes, consolidándose en un sistema de intercambio híbrido, caracterizado por el intercambio de bienes y trabajo, mediado por diversas formas de intercambio simbólico (Taussig 2012; Santos-Granero y Barclay 2002). Es interesante notar que la creación de necesidades se identifica como un tema recurrente dentro de la Escuela de Frankfurt, considerándola una característica distintiva de la cultura capitalista de la posguerra. Sin embargo, en el contexto amazónico, dicha estrategia se revela como un mecanismo estatal, científico y capitalista para la integración de la fuerza laboral. A diferencia de la tesis propuesta por la Escuela de Frankfurt, que se centra en el núcleo de la sociedad, en la Amazonía esta dinámica se manifiesta en sus márgenes, marcando un espacio de expansión

capitalista cuya deriva no fue la creación de un mercado de consumidores sino fundamentalmente un sistema esclavista.

Una de las preocupaciones concernientes a la región y a la misma situación de los indios es la “escasez de brazos”, que sería una limitante a la hora de implementar la agricultura y la industria. Para ello, también la apertura de caminos y rutas de navegación sería una respuesta, pues en gran medida esta escasez fue vista como consecuencia del intenso trabajo de los cargadores, plantea el autor:

Esta medida no solo favorece al bienestar de la provincia protegiendo el comercio, sino que es además humanitaria; porque realmente causa pena al ver hombres obligados contra su voluntad hacer el papel de animales de carga y como ellos cubrirse á veces el dorso de llagas (Raimondi 1862, 186).

En este sentido, la conexión terrestre y fluvial es humanitaria para los “salvajes”, útil para la presencia de los científicos y necesaria para la sociedad. El comercio y las nuevas vías albergaron en Raimondi esperanzas de un horizonte de prosperidad y bienestar para esta provincia de naturaleza y riqueza exuberantes; era el paso que faltaba para acabar con la esclavitud y para conseguir un bienestar general. Sin embargo, la navegabilidad y el comercio no cumplieron con todas sus expectativas; en efecto, permitieron rentas importantes para el estado peruano y dinamizaron el lugar, pero trajeron consecuencias funestas que ocasionaron una nueva crisis que en plena fiebre cauchera se comenzaba a predecir.

3.6. Loreto y el oro negro

A finales del siglo XIX, el auge del caucho y de todas las gomas se tornó de vital importancia. La montaña ayudó a la economía nacional a superar los estragos de la Guerra del Pacífico. El control espacial de ese territorio fue una prioridad para la república (Santos-Granero y Barclay 2002; Espinoza Soriano 2016; San Román 2015).

El caucho no se encontraba aún impugnado por los abusos contra la población local y era fuente de entusiasmo; a pesar de eso, los escasos controles sobre Loreto y las dificultades de acceso creaban preocupaciones en el gobierno. En este período se realizaron exploraciones para dictaminar el estado de Iquitos y los puertos aledaños, la comisión contó con la participación de marinos y geógrafos, quienes firmarían el informe final: Melitón Carvajal, Patricio Iriarte, Emilio Delboy y M. Amat y León. El documento surgido de este examen se tituló *Dictamen de la comisión informadora sobre la región fluvial de Loreto*.

3.6.1 Dictamen de la comisión informadora sobre la región fluvial de Loreto

Desde Antonio Raimondi se observó un cambio respecto al carácter de Loreto. El foco de atención ya no consistía en el Amazonas, su origen y extensión, como durante el siglo XVIII y principios del XIX. Las nuevas exploraciones buscaron investigar, explicar y significar las regiones amazónicas y, particularmente, la gran provincia de Loreto. Se pretendía obtener recursos, observar el estado de la economía y las propiedades fiscales, así como establecer poblaciones.

El *Dictamen* tiene un contenido científico y se fundamenta en Humboldt, La Condamine y Raimondi; este último era considerado un sabio y fue empleado como argumento de autoridad (Carvajal 1886). No obstante, el objetivo de la comisión era comprender el espacio como una unidad estatal; su estilo permite contraponer los conceptos geográficos y naturalistas a un enfoque político y administrativo.

La descripción de la provincia tenía principalmente un carácter fluvial, atendía al Amazonas, pero sobre todo trataba de centrarse en sus afluentes y ríos menores. En ese momento eran los afluentes, así como la tierra que los rodeaba, los objetivos a explorar (Carvajal 1886, 7).

Se describe que desde 1845 se usó el término “región amazónica” para un espacio que sería eximido de tributo durante diez años a cambio de su poblamiento (Carvajal 1886, 11). La invención de esta región se ligaba al propósito de colonizarla; no obstante, comenzaba a volverse problemática para el gobierno central, que buscaba recursos y a la vez estimular una nueva economía extractiva. El dictamen da cuenta de la importancia que tuvo para el Estado desde muy temprano la migración a la región, refiere que el primer intento data de 1832. La inmigración se volvería una política prioritaria, con el Estado como el agente de esa nueva institucionalidad.

En el informe se observa que hay una disputa territorial por la región, se invoca a la cédula de 1802 para sustentar los límites con Colombia y Ecuador, así como los presupuestos del derecho internacional *uti possidetis iuris* (Carvajal 1886, 15) a partir de la posesión efectiva que denota este documento.

En cuanto a las vías de comunicación, se mencionan los ríos por las facilidades naturales que presentan para transitar por ellos; en contraparte, fue considerada la ausencia de caminos como uno de los mayores problemas:

Abundante en vías de comunicación naturales es el departamento de Loreto, pero muy escaso, por no decir completamente falto de las artificiales. Sus innumerables ríos navegables permiten

la fácil comunicación entre los lugares ribereños, á la que simples senderos, algunos de los cuales son apenas practicables (Carvajal 1886, 17).

El estado de la navegabilidad queda expresado a partir de hacer un recuento sobre las embarcaciones que recorren el río. Menciona cuatro vapores y abundantes lanchas que permiten integrar la región al movimiento mercantil brasileño (Carvajal 1886, 23). Junto a este detalle, se observan en el informe diversos cuadros sinópticos que versan sobre presupuestos de diferentes instituciones estatales que comienzan a establecerse: “Prefecturas, subprefecturas y judicaturas, gendarmerías y médicos que indican ya un control administrativo de Loreto” (1886, 27)

Sobre la “naturaleza” se enuncia que la región es una gran fuente para la producción industrial. Se menciona la “prolijidad con que la naturaleza ha enriquecido con sus tres reinos, principalmente la Flora y Fauna” (Carvajal 1886, 19). Esta descripción se relaciona directamente con la riqueza material que se pueda extraer:

En medio de esa esplendorosa vegetación, es donde se encuentran valiosos y variados productos que en seguida se enumera: goma elástica, zarzaparrilla de varias especies, cascarilla, bálsamo de copaiba-vainilla, cera y marfil ambos vejetales, cacao tamarinodo (sic), coca, canela varias especies de almendra, chambira, y paja de bobonaje, copal estoraque, lacre índigo, pecacuana, pucherí, matico, la quina-quinina ó bálsamo del Perú y otras plantas medicinales y tintoreras; así como una variedad notable de en maderas ya de construcción, ó ya de la carpintería (Carvajal 1886, 19).

Además del comercio de gomas, observamos una expectativa sobre otras maderas y materiales extractivos. Uno de los fines del informe fue promover un modelo económico que aproveche diferentes productos y controle su exportación. Notamos que los objetivos manifiestos se mencionan como “desarrollo” y “progreso”, dos conceptos que aparecen como acompañantes de los de civilización y comercio. Sin embargo, no se observan ni el progreso ni el desarrollo como un destino reglamentario, sino como una consecuencia de la política estatal, que se encontraba empobrecida y afectada localmente por la desaparición y el malestar de las propiedades fiscales.

También hay recomendaciones sobre cuidado de la riqueza nacional, que prohíbe matar los árboles de caucho, evidenciando un problema ambiental vinculado a la sobreexplotación del recurso. Una tesis que en muchos sentidos, se adelanta a los planteamientos ambientalistas y eco-eficientes. Para impedir una crisis, el informe pide reglamentar la extracción:

Formular el proyecto de un reglamento para la exploración de productos espontáneos de nuestra montañas; en el que sin anular el estímulo del interés privado, ni rezagar la industria, con detalles que entraban la libertad tan necesaria á su progreso, no siendo indispensable para la seguridad de los intereses fiscales; se asegura la permanencia, ó por lo menos la durabilidad, de las fuentes de riqueza nacional que sen van extinguiendo en esas regiones; prohibiéndose entre otros abusos el de matar los árboles de las que se extrae la Quina, la Goma elástica, y los bálsamos (Carvajal 1886, 31).

Esta observación sobre el agotamiento de los recursos acompañó algunas de las consideraciones naturalistas manifestadas por Raimondi, y presentes durante la exportación del guano (Cushman 2018). Se evidenció así una preocupación ambiental relacionada a una cultura económica extractiva. Aunque el documento se centró en la provincia de Loreto, revivió el interés por el Cerro de la sal como ruta de entrada, por ser la más cercana a Lima. Plantea que bastaría un pequeño destacamento para controlar esta área y sus zonas adyacentes:

Además de ser esta vía la más corta, mejor conexas con nuestro primer puerto del Pacífico, y de ejecución más económica, fácil y rápida, la importante posesión del Cerro de la Sal, nos daría inmediatamente la de los terrenos adyacentes, que forman el pajonal más fértil de esas comarcas (Carvajal 1886, 33).

Se pensaba que la integración de la selva central del Perú iba a garantizar el acceso a Loreto y los importantes recursos que alberga. Por eso, se retomaron esfuerzos coordinados entre el Estado, la Iglesia y los caucheros para recuperar un espacio que se encontraba desarticulado desde el levantamiento de Juan Santos Atahualpa (Fernández y Brown 2001; Santos Granero y Barclay 2002; Rey de Castro 2005).

Finalmente, el *Dictamen* persuadió al poder legislativo peruano para promulgar la Ley de servicios administrativos (Riaza 2000, 400) que significó un régimen especial para la provincia de Loreto en lo referente a los impuestos; y, en el largo plazo, lo persuadió para la nacionalización de la Amazonía con la participación de la Sociedad Geográfica de Lima (Jordán y Vila 1998, 111).

3.6.2 El informe del Prefecto

En la misma publicación del *Dictamen* se encuentra un informe anexo que consideraba los problemas sociales, administrativos y logísticos en el departamento de Loreto en pleno auge de las gomas. Su redactor es José Reyes Guerra, quien fuera en dos ocasiones prefecto de la

provincia, y que en su cargo tuvo conflictos con las elites de Iquitos y con la municipalidad (Riaza 2000, 224).

El informe tiene el estilo de un diario de viaje. Presentaba evidencias de abandono del Estado con un carácter principalmente centrado en los “derechos” de los indios, y en la crítica al modelo de enganche y extracción cauchera. Su principal objetivo fue el fomento de la migración interna y la producción agrícola.

El primer señalamiento de Reyes Guerra (1886) refería a que el trayecto era extenso: a pesar de destinar dos meses a la inspección, sólo pudo permanecer dieciocho días en el puerto de Iquitos. Siendo originario y gobernador de Chachapoyas, la forma que eligió para designar al territorio es Bajo Amazonas – así como también se refirió al Alto Amazonas. Resulta llamativo que es la perspectiva de un agente de la selva alta sobre la selva baja. Su objetivo era producir un documento que explique al gobernador y al presidente:

En qué consiste la verdadera riqueza de la montaña: qué incremento vá tomando allí la actividad del hombre: qué medidas en fin, deben adoptarse, para que se concierten en el porvenir de la patria esos milagros consoladores de ella, que llaman el Amazonas y sus selvas (Reyes Guerra 1886, 1).

El Informe da cuenta de ciclos económicos de prosperidad y crisis en la región. Al inicio, establece una primera ola de riqueza y opulencia que será una constante en las descripciones de Iquitos: “hubo tiempo en que, repleto de empleados públicos, derramando el oro, instaba a la especulación y al negocio, y otros, en que exhausto el erario, desaparecía todo ese aparato de esplendor” (Reyes Guerra 1886, 1).

La interrupción, explica Waldemar Espinoza (2016), fue el resultado de la Guerra del Pacífico. El Estado no podía costear la ocupación que había generado un primer ciclo de crecimiento económico y demográfico; en este sentido, Loreto conoció una primera crisis, de la cual se encontraba en un período de recuperación gracias al precio de las gomas (Espinoza Soriano 2016, 215). El alto precio permitió que se despliegue una imagen providencial de la riqueza de la provincia, de acuerdo a Reyes Guerra:

Todo aquel bienestar oficial, toda aquella riqueza de los sueldos, hubiera dejado en la mendicidad al pueblo, si al tornar pobre, no hallara en la montaña la maravillosa fortuna, que, a amana de depósito, guardara Dios, para que el departamento sobrelleva con decoro el luto de la desgracia nacional (Reyes Guerra 1886, 1).

El concepto de “desgracia nacional”, referente a la guerra con Chile, tiene una compensación en la montaña. De hecho, esta figura se repite: “La Providencia ocultó en sus montañas á la rapacidad del enemigo, acaso el secreto del porvenir de la Patria” (Reyes Guerra 1886, 17). Si bien la mayor parte del informe mantiene un carácter laico y secular, es llamativo el papel mesiánico que se le atribuye a este espacio en el discurso de Reyes Guerra. El Informe observa que los bienes y la riqueza extraída crearon una falsa idea de progreso ocasionada por la migración y el consumo efímero:

No cabe duda, pues que hay ahí elementos poderosos de progreso: crecida de la población, aunque sin unidad nacional y que al acudir a ese país de lejanas y cultas tierras, ha llevado el ámbito del orden, la hidalguía de los usos sociales y la aspiración inquebrantable de adelanto [...]. Introdúcense artículos para todos los usos de la vida, y se desaparecen casi instantáneamente, dando este consumo á ese territorio, todos los perfiles de una sociedad adelantada (Reyes Guerra 1886, 2).

Hasta cierto punto, estos elementos de progreso ocultarían problemas sociales serios, particularmente referidos a la situación de los indígenas. El indio es representado como despojado y puesto a disposición de gobernadores o enganchadores, el mestizo también es un protagonista:

Mas; al lado de esa sociedad casi extranjera, respetable por cierto existe el bajo pueblo, el indio trabajador, ajeno á los hábitos de economía, con un pasado, que es una desventura y un porvenir que es un misterio; el indio arrancado á sus hogares por la avidez de un gobernador ó por los incentivos de una promesa. El mestizo, otro nuevo sujeto en cambio se encuentra también a merced de perder su fortuna (Reyes Guerra 1886, 2).

De ahí que la riqueza extractiva y, en especial, el *cautchuc* –o *cautchoc* como también refiere a esta resina– sea fuente de riqueza, pero también de miseria, pues la forma que se realiza estaría condicionada por el crédito y un sistema de especuladores:

La montaña es ciertamente, señor Director, un venero de incalculable riqueza; el cautchuc, es sin duda un agente creador de fortunas; pero ¡cuántos hombres cuesta al comercio y la familia el venero!, ya que el crédito es el hombre porque al cabo! [...] así pues, al lado de ese creciente acopio de mercaderías, que denuncia cierto grado de progreso; pero más que bienestar, superabundancia de necesidades facticias existe la índole inestable, azarosa de especulaciones y de la actividad del hombre en ellas ejercitada (Reyes Guerra 1886, 2).

La economía de Loreto, a pesar de su prosperidad, resulta discutida por el sistema de endeudamiento que condiciona a los habitantes, los padecimientos de los indefensos y las

necesidades “ficticias” que acompañan a esta operación; resulta interesante comparar esto con la propuesta de Raimondi de “criar necesidades” en los habitantes. Santos Granero y Barclay (2002, 71) han referido que se confeccionaron deliberadamente productos que se averían, para facilitar este sistema de deudas.

El prefecto Reyes Guerra no entiende al progreso de una forma inmediata como comercio, a diferencia de autores como Unanue, Raimondi u Osculati. Tampoco la extracción de caucho es equivalente a riqueza, su propuesta gira alrededor de la agricultura:

Pero me atrevo á decir, que el comercio no deja sino misera á los pueblos cuando no los habilita á la producción. Es por esto mi sentir, que solo la agricultura, solo la tierra, abnegadamente trabajada por el hombre hace estable el bienestar de las sociedades. Ella le da fortaleza y la osadía del espíritu; suscita su perseverancia y ora dócil ora indomable, engranda el valor y la aspiración del triunfo (Reyes Guerra 1886, 2)

Respecto a la riqueza material de este espacio, plantea una alternativa a la economía cauchera que proviene de la agricultura, como la única fuente de progreso válida para este departamento. Ese cuidado estaría acompañado de progreso, este debe coexistir con la conservación de los viejos montes (Reyes Guerra 1886, 17). Plantea la necesidad de establecer gravámenes como una manera de proteger a los bosques y evitar el agotamiento del *cauchoc*:

Determinado en adelante el verdadero carácter del gravamen sobre el cauchoc, desaparecerán, lo comprende, señor Director, las desigualdades permitidas y sin duda el sentimiento que los otros pueblos han visto que sus riquezas naturales explotadas, solo pobreza dejaban a los bosques. (Reyes Guerra 1886, 16)

El deterioro de los bosques lleva a predecir un posible agotamiento del *jebe* y el *cauchoc*, productos que sugiere cargar de impuestos, siendo una especie de impuesto “que hoy llamaríamos verde” prematuro, pero sobre todo una estrategia para limitar la escasez:

Pero que ni las condiciones actuales de ese comercio, ni el estado de éstos pueblos, que también concurren al pago de los impuestos, recomiendan exagerarlos, haciéndolos tal vez incobrables: que si bien abundan la montaña artículos de gran valía, solo el cauchuc y el jebe fino sostienen por hoy la exportación, que agotados como tendrá que suceder, el al abatir los árboles de la que mana aquella resina, no se provee, como la India y otras partes á su reproducción, el movimiento de Maynas se paralizará (Reyes Guerra 1886, 16).

En este sentido, Reyes Guerra contrapone la idea de comercio y de una economía extractiva a un modelo productivo agrícola y tributario. Posiblemente esta perspectiva de riqueza este condicionada por teorías fisiócratas.

Entre los efectos nocivos de la extracción de caucho da cuenta de varios poblados deshabitados: en el alto Amazonas, Balsa-Puerto, Maniches, Maucallacta, Santa Cruz, Pucabbarraquita, Jeveros; en el bajo Amazonas Urarinas, Parimari, Nauta, Omáguas, Tanchiyacu, San Martín, Sarayacu y Tierra blanca (Reyes Guerra 1886, 3). Este despoblamiento se relaciona de forma inmediata con una necesidad de exportar cautchoc que el autor califica como problemática, porque eran poblados que ya tenían un grado importante de integración a la vida republicana:

Hoy están desiertos y sus moradores, alquilados, *vendidos*, al decir de muchos por su propio gobernador, a los que explotan la montaña; abandonado su tempo y su familia, arrastran una existencia miserable, sin libertad, sin derechos; arrancando por insignificante salario, á la montaña, la rica producción con que los habilitados pagan sus créditos (Reyes Guerra 1886, 4).

Los indígenas se ven privados de derecho por este sistema, que integra en un polo a los especuladores y exportadores y, en el otro, a los gobernadores de distrito, a quienes responsabiliza de los mayores problemas del departamento (Riaza 2000, 424). Su finalidad sería, propiamente, la explotación cauchera. En este sentido la denuncia sobre los derechos indígenas en la economía cauchera se encuentra presente en Reyes Guerra, años antes de que sea divulgada por Casement:

Sometidos por hábito, acaso por su tristísima historia, á la potestad de los mas avisados, y sumisos á los mandatos de sus gobernadores, no por afecto sino por miedo, son entregados por este, y mediante un pago desgraciados a los que proporcionando un tanto a su autoridad, expediciona en busca de ellos. (...) Así contratados, caminan á la montaña, se les abre un crédito por mercaderías; se les dá, se les hace tomar, lo que acaso no les es enteramente útil, y á la vez, que van, como si dijéramos, produciendo el cahutchoc, la cuenta vá produciendo mayores partidas que ellos perciben, pero no lo necesitan. Concluye al fin su tarea el especulador, y el indio, siempre deudor, pasa a la potestad absoluta de este, á otro, cambiando así de amos, pero jamás, de servidumbre: es siempre el indio una especie dolorosa y triste de res nullius. (Reyes Guerra 1886, 4)

El sistema provoca también fugas de nativos, estimuladas por su “natural independencia”, guerras entre los diferentes “especuladores” por las deudas de los indígenas y, finalmente,

emigraciones de poblaciones nativas a Brasil, donde “siguen de esclavos, pero acaso menos infortunados” (Reyes Guerra 1886, 4).

Las tensiones del sistema acarrearán conflictos al interior del grupo de especuladores, pues los indígenas contraen muchas deudas simultáneas con ellos: “la guerra entre los mismos especuladores se establece, al pretender cada cual ser el primero en explotar el crédito que tienen depositado en los indígenas” (Reyes Guerra 1886, 4). Todo ello socava la moralidad de los nativos, que buscan recuperar su “natal independencia”, así como la convivencia pacífica entre los deudores.

Finalmente, se observa un concepto de emigración: los indígenas escapan al Brasil como esclavos. Este resulta un término polémico, puesto que esa institución había sido suprimida ya en el Perú. Todo esto se da en contra de la voluntad de los prefectos:

Lejos de eso, consta de en los libros de este despacho, que casi todos los Prefectos, dieron particular atención á la suerte de los indígenas, y dictaron medidas enérgicas, para mejorarla. Por desgracia, fueron siempre inútiles; pues ni su bondad intrínseca, ni la rectitud de los Subprefectos pudo jamás contra el abuso. Cometido el daño a grandes distancias en la soledad de los pueblos, sin testigos que denuncien y sin nadie que acuse, la represión fue siempre imposible (Reyes Guerra 1886, 4).

De hecho, como veremos en el capítulo siguiente, la economía de Loreto, se paralizaría tanto por la visibilización de los abusos contra la población local como por el agotamiento de los árboles y la competencia de plantaciones en la India y el sudeste asiático (Garfield, Seth 2012; Weinstein 1983).

3.7. Conclusión

Este es el tramo histórico donde se observan las mayores expectativas sobre un futuro promisorio para la Amazonía, los ríos y la montaña; espacios que a su vez se tornan en la región del futuro. El carácter optimista es común a prácticamente todos los autores tratados en el capítulo, quienes buscan en este espacio afianzar sus objetivos científicos y o republicanos.

Si la Ilustración arrojó una disputa sobre el modo de ver el Amazonas y la América meridional, donde la autoridad residía en el científico ilustrado y el viajero filosófico sobre los pobladores locales y los agentes de contacto previos; en la república la autoridad del científico, el viajero y el hombre de letras fue reemplazada por una política estatal para lograr integrar este espacio. Pues los relatos permiten construir una identidad nacional, evidenciar

hitos y justificar instituciones, y en la mayor parte de los casos se encuentran condicionados y financiados por los Estados.

En este momento el espacio amazónico es inventando como selva virgen, por gran variedad de flora y fauna, pero también en un sentido moral, como un espacio puro que puede dar lugar a la creación de diferentes proyectos históricos, en especial a los que llegan con una agenda estatal y nacional. Los “salvajes” de estas regiones son comprendidos dentro de esa naturaleza; muchas veces situados como un obstáculo para las utopías republicanas –como en Osculati y, en menor medida, en Raimondi–, pero también vistos como necesarios para que la nación termine de adquirir forma, como en el caso de Manuel Villavicencio y Juan León Mera. En cualquier caso, ni la presencia de los “salvajes” ni su agencia son comprendidas como un obstáculo insuperable.

A pesar de las altas expectativas del momento, todos los autores refieren a posibles exacciones e injusticias que pueden perjudicar los proyectos. Prácticamente todos señalaron que el trabajo esclavo o coercitivo puede malograr los esfuerzos civilizatorios de las repúblicas. De hecho, solo Osculati propone en un caso concreto usar la fuerza para apaciguar a uno de los grupos locales, todos los demás mencionan estrategias pacíficas. Así mismo, hay en ambos lados de la frontera una condena a los trabajos forzados. En el Perú, Raimondi considera dentro de este campo la labor de los cargueros; en el Ecuador, el gobernador Manuel Villavicencio condena las correrías; Juan León Mera reprueba los maltratos a los indígenas –también del altiplano–; del otro lado la frontera, Reyes Guerra –incluso en pleno auge cauchero– se refiere en duros términos al sistema de deudas. Y a pesar de esto, es común también entre los autores cierto grado de tolerancia al trabajo esclavo si es útil para el bienestar de la civilización.

Hacia el final del siglo hay preocupaciones sobre el agotamiento de recursos –como el caucho– con una temprana preocupación conservacionista. La naturaleza pasa de ser exaltada como infinita, para encontrar en la misma bienes escasos.

A lo largo del siglo hay abundantes referencias a las invasiones o abusos de los países limítrofes –Perú, en el caso ecuatoriano; Brasil, en el peruano– que denotan conflictos fronterizos. A pesar de las discrepancias entre el Ecuador y el Perú, no son tan significativas las diferencias de los significados y los conceptos empleados por los autores aquí tratados en lo referente a temas claves para el lugar, tales como la naturaleza salvaje, y la naturaleza del salvaje.

En los siguientes años observaremos cómo los malestares que se mencionaron previamente como conflictos limítrofes, escasez de recursos y esclavitud, así como los prejuicios sobre la población indígena, se intensificarán colapsando el relato optimista del siglo XIX.

Capítulo 4. La era de las distopías: caucho, infierno y guerra

En este capítulo se pueden observar dos crisis conceptuales concatenadas que afectaron la expectativa de futuro y progreso de la alta Amazonía: la primera fue resultado del colapso del proyecto cauchero que impactó la economía y a la economía moral del oriente peruano; la segunda es el fin de las expectativas de acceso y soberanía sobre “el margen derecho” del río Amazonas por parte del Ecuador.

El capítulo parte de la historia peruana, damos cuenta de un período donde se sobreponen una crisis económica, una crisis moral y una crisis política que derivaron en una experiencia abismal. Podemos hablar de distopías narrativas en un espacio que poco antes fue reconocido por inmensas expectativas nacionales. En ese momento sobrevino una experiencia abismal en la Amazonía, llenada primero por el terror y luego por un sentimiento de usurpación relacionado con guerras.

Para abordar esa situación refiero a las narrativas de Hardenburg (1912), quién sería el primero en mencionar la situación del Putumayo como un “paraíso del Diablo”, y de Casement ([1912]2012), que describió la cultura del terror en sus denuncias contra la explotación del caucho. Doy cuenta de la defensa realizada por Julio César Arana (1913) y Carlos Rey de Castro (1913), quienes por su parte cuestionan la injerencia imperial de los críticos anglosajones y afirman su labor civilizatoria en un territorio hostil y asediado por tribus caníbales; posteriormente, refiero al libro del juez Carlos Valcárcel ([1915] 2004), que tiene la ventaja de exponer *in extenso* los testimonios de los agravios sufridos por los indios y las indias. En relación con los procesos del Putumayo, pero también como un arma dentro de un conflicto territorial, expongo las descripciones de *La Vorágine*, de Eustasio Rivera ([1925]1985), donde se denuncia la violencia ejercida por los caucheros, aunque, ella se explica por la influencia corruptora de la selva.

El capítulo prosigue analizando las expectativas ecuatorianas por un ferrocarril al oriente. Una obsesión del destacado sociólogo liberal Pío Jaramillo Alvarado (1922), que construyó un discurso para justificar esa obra, describió la historia del ferrocarril y promovió su construcción. El mismo autor observa ya inmensas dificultades para la obra, al tiempo que mantiene expectativas de frenar la ocupación peruana de Loreto y encontrar en Ecuador una alternativa al canal de Panamá.

Para culminar el relato ecuatoriano, observamos la agencia de los sacerdotes salesianos a partir padre Carlos Crespi (1926). Crespi ha sido destacado por sus contribuciones al cine etnográfico y la conexión regional con la ciudad de Cuenca, aunque su verdadera fama e impacto se debió a la teoría de un posible origen amazónico o extraterrestre del ser humano, difundida en la década de 1970. En el texto que analizamos se puede observar la caracterización del medio geográfico y de uno de los grupos guerreros más beligerantes de la Amazonía, los temibles shuar.

Culmino el capítulo con las descripciones militaristas que adquiere la región (Armenta 1933; Delgado 1941) en el contexto de la guerra de Leticia entre Perú y Colombia; termina por construir una narrativa de usurpación en la parte peruana, que luego será asumida por el Ecuador a partir de la guerra de 1941, y que anuló las expectativas ecuatorianas de una salida al Amazonas.

En el presente capítulo se observa cómo el término Amazonía comienza a tener más relevancia cuando el espacio adquiere una dimensión global y de conflicto, no obstante, aún continuó siendo un nombre marginal respecto a referencias como las de selva, montaña, oriente y los diferentes departamentos, provincias y unidades administrativas de ambos países.

Las cuatro primeras décadas del siglo XX conforman un período en el que la región se definirá por la violencia, la guerra y la usurpación. Donde las emociones más mencionadas son el terror y la tristeza. En ese momento, observamos el fin de un horizonte de progreso y la apertura de un abismo donde las propias obras de la civilización y el progreso parecen desconocidas para quienes las predicaban.

4.1. La crisis del sistema

La Amazonía en su conjunto –así como el resto de los bosques tropicales– adquirió un amplio interés por parte de empresarios y capitalistas. El telégrafo, la industria y el ferrocarril necesitaban caucho y otras gomas provenientes de los árboles tropicales; esto ocasionó que en diferentes lugares de la región se asienten colonos y casas comerciales para extraer la resina a una acelerada velocidad (Barham y Coomes 1996, 31). Bajo el concepto de caucho se agrupaba una amplia variedad de gomas, de ahí que hay autores que prefieren referir a una economía gomera (Mongua 2018, 17).

La economía gomera tuvo dos momentos, uno de despegue, muy importante para la cuenca Amazónica, particularmente en las regiones del Acre y el Putumayo entre 1870 y 1912; y, un

segundo momento durante la Segunda Guerra Mundial, mucho menos significativo en lo económico, pero de gran interés para las potencias mundiales.

Conviene observar que, durante este período, el caucho fue una mercancía fundamental para sostener los procesos de producción y consumo industriales, así como para alimentar las expectativas de progreso y modernidad (Barham y Coomes 1996, 33; Weinstein 1983, 213). No fue solo fundamental para la economía amazónica, en cuanto recurso industrial, por su ductilidad, elasticidad y resistencia, fue necesario para diferentes procesos productivos, así como para la elaboración de diferentes productos con fines médicos y de consumo inmediato.

En sus primeras fases, esta mercancía se obtuvo mediante un proceso de trabajo que combinó diferentes regímenes que incluían la coerción, las deudas y –en ocasiones– el trabajo asalariado, así como diferentes modalidades de intercambio o trueque por bienes como armas, sal, herramientas y bienes simbólicos (Santos-Granero y Barclay 2002; Taussig 2012; Weinstein 1983; Pennano A. 1978).

Dentro del área andina, el Perú fue el país que obtuvo mayores beneficios de la extracción cauchera, seguido por Bolivia y Colombia; sin embargo, en términos del mercado mundial su explotación fue marginal y nunca superó un mínimo del porcentaje de las exportaciones brasileñas (Santos-Granero y Barclay 2002; Harp 2016).

La alta Amazonía encontraría un polo en Iquitos. Esta ciudad fue construida gracias al caucho y su auge permitirá a los moradores adornarla a partir de materiales importados de España y Portugal. Incluso hay allí una de las construcciones de Gustave Eiffel, así como importantes obras de arquitectos italianos; además, disfrutaba de puertos y astilleros, factorías, mercados y una línea de tranvía.

Parecía adquirir forma allí la profecía de Unanue sobre un nuevo Dorado que llegaría de la mano de las artes y la tecnología (Unanue 1791a). Iquitos recibió inmensos ingresos por la exportación del caucho. Y, a pesar de la marginalidad de las exportaciones peruanas a nivel internacional, esos ingresos serán suficientes que la ciudad despegue y ayuden al país a recuperarse de “la tragedia nacional”. Sin embargo, esta mercancía altamente considerada tuvo también su historia de barbarie.

La explotación cauchera no había pasado desapercibida de la opinión pública en diferentes periódicos. Desde el siglo XIX se señalaron los crímenes de los caucheros, aunque estos se defendieron denunciado estos ataques como una artimaña “imperialista”: el candor británico era muestra de doble moral e inconsistencias, y pretendería más bien fortalecer sus propias

plantaciones y su política; o bien, eran mentiras fabricadas por el gobierno de Colombia que tenía intereses en la región.

Efectivamente, los escándalos del Putumayo coincidirían con una gran crisis del precio del caucho a nivel mundial. En el Perú, erróneamente, esta fue muchas veces atribuida a las críticas contra la industria cauchera; aunque, en realidad, el desarrollo de plantaciones en el sudeste asiático fue lo que ocasionó el conflicto (Santos-Granero y Barclay 2002, 175).

Lo cierto es que se puede observar una crisis demográfica en la región vinculada con esta industria, donde parece haberse reducido drásticamente la población indígena. Además del trabajo forzado, coincide la expansión de la frontera extractiva con una extensión de enfermedades, entre las que se tiene constancia la fiebre amarilla, el sarampión y el cólera.

Las nuevas plantaciones de sudeste asiático cambiarían las condiciones del Perú para captar rentas y harían que el Amazonas y la montaña dejen de ser el lugar del porvenir. Desde principios de siglo se veía con temor una producción asiática que en un principio no suponía una amenaza, sin embargo, una vez que lograron adaptarse al entorno de las colonias inglesas en Asia, la crisis se volvía inevitable, en palabras de Hemming:

The parasites and predators of Amazonia did not exist in South-east Asia, which also had a plentiful supply of labour to tap the trees, so hevea plantations at last proved practicable. It took twenty-four years for the Asian trees to grow. The first four tons of Asian rubber reached London in 1900. By 1912 this had risen to 8500 tons compared to Amazon production of over 38,000 tons. But by 1914 Asian rubber output at 71,400 tons far outstripped the wild rubber gathered in Amazonia. (Hemming 1987, 87).

Las plantaciones en el Asia tenían una ventaja ambiental sobre las de la Amazonía: al ser un producto introducido, se podía resguardar de las plagas, mientras que en Sudamérica esas plagas condicionaron a que la industria se sostenga en la extracción y fueran imposibles las plantaciones. Con el paso del tiempo, las actividades extractivas dejaron de ser competitivas.

La crisis cauchera, además de reducir las rentas locales y las ganancias de los empresarios, aceleró los procesos de coerción al interior de la Amazonía; esto conllevó, a su vez, a que tengan una mayor visibilidad las diferentes formas de violencia. En este sentido, no basta entender el régimen cauchero como la combinación de jornadas intensificadas –para obtener plusvalor relativo– y extendidas –para conseguir plusvalor absoluto–, como sostuvo Pennano (1978). En términos económicos, tiene más importancia la noción de deuda que la de

mercancía, que ocasionó que la economía adquiriera un carácter fetichista pero alternativo al que rige en las sociedades capitalistas.

En este fetichismo cobran relevancia los imaginarios y los lenguajes gestados desde la ilustración, que tendrían como consecuencia la deshumanización del indígena. Como demuestra Taussig (2012), los niveles de coerción y violencia eran injustificados, incluso desde las mismas perspectivas capitalistas, ya que socavaron las condiciones de la mano de obra; sin embargo, respondían a una cultura de terror que se habría impuesto en la época (Taussig 2012, 132). El terror, explica Taussig, llegó a desdibujar los objetivos capitalistas de la ganancia en la extracción de caucho y se convirtió en un fin en sí mismo. La consecuencia fue que la Amazonía adquirió una “oscuridad epistémica” condicionada por la violencia, y el espacio en su conjunto se representó como un espacio de muerte (Taussig 2012, 166).

El comienzo del siglo XX en la Amazonía supone un período de crisis para las utopías republicanas. Entran en crisis los sueños del Perú de recuperar la grandeza pasada y superar la tragedia nacional que supuso la Guerra del Pacífico y el colapso del guano. Y se ha usado el mismo concepto para dar cuenta de la caída de los precios mundiales del caucho; esta tiene como causa la especulación, y como característica la caída del margen de ganancia. Sin embargo, la producción económica es una de sus consecuencias relativas, la crisis también tendrá un componente en la “economía moral”, pues al margen de la disminución de precios, hay un componente moral donde las ganancias del caucho dejan de asociarse con empresas civilizadoras y se asocian a la violencia y el crimen.

De hecho, vuelve a resultar pertinente la tesis sobre un colapso de la civilización o una crisis general de ruptura de referentes, y –como describe el historiador Elías Palti (2005, 118)–, una pérdida de horizontes de intangibilidad: una experiencia abismal, en el sentido más pleno de la palabra.

No sólo importa la caída de los precios del caucho, sino que la crisis impacta en la reputación de los empresarios caucheros como agentes de civilización y, en el plano internacional, a la gestión del Estado peruano sobre este espacio, repercutiendo en la pérdida de Leticia en medio de un conflicto territorial.

4.2. Los procesos y los escándalos del Putumayo

Como se indicó al principio del capítulo, la Amazonía –y particularmente la región bajo control de las caucheras peruanas– atravesó una crisis sistémica. En ese momento, las

expediciones de viajeros contribuirían a la quiebra de la Peruvian Amazon Company, pero también al repudio moral sobre él.

Los empresarios caucheros contaron con el apoyo de diferentes sectores de la elite limeña a partir de su discurso anticolonial y patriótico, sin embargo, esa defensa fue entredicha por las mismas denuncias de peruanos, antes de que sean publicadas por los medios ingleses.

Los escándalos del Putumayo y el paraíso del diablo son tropos que aluden particularmente a los problemas sociales de una crisis generalizada. Tropos que serán empleados para denunciar la situación de los trabajadores locales. Los detractores más visibles fueron Roger Casement y Walter E. Hardenburg, quienes denunciaron los horrores de la violencia contra los indígenas en la extracción de caucho; sin embargo, antes de eso, fueron valiosos los artículos publicados por los periódicos La Felpa y El Oriente, y serían fundamentales los procesos seguidos por el juez Carlos Valcárcel y el fiscal Paredes.

4.2.1 Un sistema de terror

Walter Hardenburg (1912) llevó a cabo un viaje por el Putumayo —dónde él mismo fue aprendido y victimizado por los caucheros—, sin embargo, fundamentó muchas de sus denuncias en la prensa peruana. Las apreciaciones del ingeniero estadounidense sobre los indígenas no son absolutamente opuestas a las de los caucheros: son vistos como externos a la civilización, como “salvajes”; pero la diferencia recae en que los considera víctimas carentes de derechos.

Figura 4.3. Indios recolectores de caucho encadenados en los cepos: en el río Putumayo, 1912



Fuente: Fotografía anónima, en Hardenburg (1912).

La denuncia de Hardenburg (1912) intenta esclarecer el sistema (*system*) que se impone en la región y discutir su carácter civilizador. De acuerdo con el explorador, se caracteriza por el trabajo obligatorio día y noche sin remuneración, la condición de desnudez para los indios, el robo y violación de mujeres y niños, la venta de los seres humanos, los azotes y la tortura. Hardenburg ironiza sobre el poder civilizador de la Peruvian Company a la que define como un sindicato del crimen.

La circulación del texto publicado en el periódico *The Truth* ocasionó que Inglaterra delegue a su cónsul en Río de Janeiro para realizar una visita a las haciendas caucheras. Roger Casement tenía como su experiencia el haber develado las formas de esclavitud y coerción en la extracción de caucho en El Congo, su misión en el Putumayo quedaría aclarada en sus diarios.

Casement describe un lugar donde prolifera la extracción de caucho, pero lo que implica que ésta sea posible se presenta en el elemento humano: “no fue tanto la presencia de árboles de *Hevea brasiliensis* esparcidos en esta remota selva sino la existencia de tribus bastante

numerosas de indios dóciles o fácilmente subyugables” (Casement 2012, 49). Para el cónsul, solo el trabajo de indios vuelve posible la producción, “los árboles de caucho por sí solos no tenían valor” (Casement 2012, 78), por ello describe como una irracionalidad al sistema cauchero cuando los castigos contra los indios conducen a su muerte.

Definen como sistema del Putumayo –tanto Casement (2012, 43, 48, 78, 165-166, 289) como Hardenburg (1912)– a la forma en que la extracción de caucho se definió, en primer lugar, por las guerras triviales “donde el primitivo salvaje redaba a su vecino salvaje por razones que le parecían buenas”. Estas fueron aprovechadas por “el hombre blanco”, quien en nombre de una misión civilizadora “redaba” tanto a los indios como a los blancos “por razones que al indio le parecían totalmente equivocadas, puesto que acarrearían su segura esclavitud” (Casement 2012, 50). En este sistema, la violencia a su vez se extendió entre caucheros ocasionando represalias entre blancos que, de acuerdo a Casement (2012, 50), “los indios jamás hubieran podido hacer contra otro indio”. De esta forma, el sistema se compuso de deudas ilegítimas, crímenes, extorsión armada y crueldades, e incluye a los mismos caucheros, pero sobre todo afecta a los indígenas. El resultado desdibujaba el concepto de civilización y se perdía objetivo del sistema, que era la recolección de caucho (Casement 2012, 50).

A pesar de dar por verdaderas las referencias a la antropofagia indígena, Casement (2012, 52) asume una actitud paternalista con los nativos, como dóciles e ingenuos “niños crecidos”. Estas descripciones pretenden aludir a una debilidad de carácter que muchas veces no corresponderá con las sublevaciones, fugas y procesos legales que se pueden observar en otros documentos. Esa figura de debilidad daría paso a que se fomenten políticas de tutelaje y no a que se reconozca a estas poblaciones como sujetos activos.

De acuerdo con Casement, el comercio era una de las debilidades de los indios: una caracterización presente en varios autores analizados, como Osculati, es el interés de los indios por el intercambio directo de bienes. En su relato, además del caucho y otros recursos, se pueden observar los objetos que buscan los indios, vistos como un antecedente de sus deudas:

Sin duda, se alegraron de recibir machetes, dinamita y cartuchos para las pocas armas de fuego que tenían, y con la expectativa de adquirir más de éstas tan preciadas armas, así como bagatelas como perlitas, espejos, tazas de lata, vasijas, anzuelos y tentadoras latas de sardina y carne enlatada -artículos de poco valor intrínseco pero muy atractivos para el indio habitante de regiones tan inaccesibles (Casement 2012, 78).

Estos bienes, al principio, fueron recibidos con alegría, pero se trastocaron en la causa de la esclavitud a través de las deudas, que desobedeciendo a la Constitución del Perú se volvían hereditarias. El desenlace sería la ocupación cauchera de forma delegativa por los caucheros que “llegaron como filibusteros, no como civilizadores, y no fueron acompañados por ningún oficial ejecutivo representante de un control civilizado”, en una región que era “prácticamente una tierra de nadie, alejada de cualquier autoridad” (Casement 2012, 78).

Las acusaciones de Casement no pasaron desapercibidas y tanto los implicados como las autoridades diplomáticas peruanas reaccionaron a partir de diferentes argumentos jurídicos, lógicos, etnográficos e históricos. El objetivo era desacreditar a Casement y a Hardenburg, y el mejor polemista peruano fue Carlos Rey de Castro.

Rey de Castro defendía el proyecto cauchero, al tiempo que describía todas las inconsistencias posibles de los autores ingleses y anglosajones, que basados en Hardenburg y Casement, denunciaban la esclavitud y la violencia en el Putumayo. Respaldaba el papel civilizador de los empresarios en las regiones amazónicas. Según Rey de Castro, el uso de las chacras y la agricultura era una de las mejores pruebas de mejoras que trajo consigo la producción de Arana; esto permitió a los indígenas superar la vida nómada y –aún más importante– dejar el canibalismo. Lo plantea de la siguiente manera:

Antes de que el señor Arana y sus auxiliares se establecieran ahí y ensancharan sus negocios, los indios vivían una vida nómada, belicosa, y en vez de ocuparse en formar chacaras, se entretenían en devorarse entre ellos [...] Fué debido a la acción tesonera del señor Arana y sus auxiliares que ese estado de cosas, verdaderamente salvaje desapareció casi por completo, y los indios comenzaron a hacer vida sedentaria, aprendieron a formar sus chacaras y a comer algo más que animales de caza y el, para ellos, apetitoso, *homo sapiens* (Rey de Castro 1913, 13).

A pesar de no ser un tópico recurrente en otros momentos históricos, el tema del canibalismo alcanza su máxima importancia en el discurso cauchero. Con Rey de Castro, es usado como una descarga de pruebas, una defensa; sería una figura retórica que a su vez evoca terror, al tiempo que matiza y desmiente los crímenes que se les atribuyen a los empresarios del caucho.

La defensa peruana de su modelo de extracción era una respuesta a las acusaciones recibida dentro y fuera del Perú. Sin embargo, esta no ayudó a sostener la utopía moderna del oro negro. Los caucheros serían una luz de civilización rodeada de caníbales en un entorno enfermizo, donde se pueden observar diferentes dimensiones de violencia. Así, la ciencia y la

idea de progreso como consecuencia del comercio se ve degradada por la figura de una selva terrorífica, también en su relato.

El pretexto del canibalismo amazónico es una oportunidad para desmentir el “candor británico”, caracterización reiterada en las discusiones del peruano contra Casement. De acuerdo a Rey de Castro (1913, 20), “a medida que los indios son buenos, morales, mansos, etc., mayor es la crueldad de quienes los torturan y matan”. Contra esta argumentación, emplea una compilación de crónicas y relaciones, en todas esas referencias se menciona al canibalismo (1913, 20-23).

Para Rey de Castro, el motivo que llevó a la impresión de que los indígenas del Putumayo eran mansos y pacíficos se encuentra en la “acción civilizadora” de los industriales caucheros: “los indios considerados feroces y antropófagos por celebridades científicas proceden ahora en forma tal que producen el efecto de ser morales y mansos” (Rey de Castro 1913, 23).

Otro tópico que no deja de lado el autor peruano es el favoritismo que Casement le otorga a las fuentes y los argumentos colombianos, explicando que éstas influyen en la percepción de los crímenes del Putumayo. Adelantándose así a otro momento, que sería consecuencia de este escándalo internacional: la guerra de Leticia.

De hecho, Rey de Castro usa directamente las referencias de Casement para fortalecer su criterio; son afirmaciones que servían a “una defensa bien fundada de los industriales víctimas de su peruanofobia”, donde la defensa de los indios serían “un modelo de candor británico” (1913, 15). Finalmente, el autor retoma argumentos anti imperiales sobre el doble rasero inglés que, por una parte, se escandaliza sobre crímenes violentos en el Putumayo –que “en caso de que efectivamente los hubieran cometido, serían crueles, brutales, salvajes; pero practicados a la luz del Sol, con el machete o el rifle”–, pero, por otra, soslaya su responsabilidad en el comercio del opio, que había ocasionado la muerte de millones de seres humanos “no inferiores” a los huitotos (Rey de Castro 1913, 50). Las referencias que emplea Rey de Castro, se relacionan directamente con las guerras del opio y los efectos de este estupefaciente sobre la población china:

¡Ustedes gritan y gesticulan en Inglaterra para que se niegue la entrada al *caucho manchando con sangre del Putumayo* y, mientras tanto, se preparan a abrir a cañonazos, si fuere necesario, las puertas de la China para seguir introduciéndole el opio abominable, ¡manchado de su propia tara homicida! (Rey de Castro 1913, 50).

A su vez, no se limita a desmentir a los ingleses, sus argumentos y su moral, hace una apología de la figura del empresario peruano, quién sería el verdadero damnificado de la explotación del caucho, por no encontrarse en su medio y por estar expuesto a la inclemencia de las selvas (Rey de Castro 1913, 8).

Otro texto de amplia circulación –con una defensa de los caucheros– fue redactado por el mismo Julio César Arana, el mayor barón del caucho en el departamento de Loreto. En el mismo sentido, planteando la dignificación del indígena, Arana propone que los nativos son fundamentales porque otorgan *valor* a la región del Putumayo:

¿Cómo podríamos, pues, nosotros aceptar, y menos ordenar, que se torturase o se matase a los indios cuando tales torturas y matanzas se habrían de traducir ferozmente en nuestra ruina, en el aniquilamiento de nuestras empresas? Esto sin contar las responsabilidades de otro orden en que habríamos incurrido, ni tomar absolutamente en consideración nuestros sentimientos de seres normales, pertenecientes a la comunidad civilizadas (Arana 1913, 52).

Eso le permite criticar y cuestionar la lógica de las acusaciones impartidas por Casement, reconociendo –al igual que el cónsul inglés– que la fuente del valor provenía precisamente del trabajo nativo. Al mismo tiempo que buscaba reivindicar su papel como civilizador, Arana expone los libros de cuentas para probar que los indios del Putumayo eran demasiadopreciados como para sacrificarlos; los libros incluyen la figura de salarios en la sección la Chorrera.

A la par de lo anterior, atacan a los detractores refiriendo a su calidad moral y a posibles casos de soborno. Finalmente, las medidas apelan al nacionalismo peruano, al observar que hay una ofensiva internacional donde participan funcionarios de los imperios británico y estadounidense.

4.2.2 Valcárcel y las voces de las víctimas

Una cuarta obra del período fue la de Carlos Valcárcel, el juez que declaró la culpabilidad de Julio César Arana. Su libro también fue una denuncia, pero, a diferencia de Hardenburg y Casement, no sigue la tradición de La Condamine y Humboldt y no tiene forma de diario, tampoco fue un folletín como son las defensas caucheras. Carlos Valcárcel publicó una obra de más de 400 páginas que no es una geografía ni una historia, es más bien una antología de testimonios y evidencias. Su deseo fue mostrar con claridad las pruebas contra Arana, sus capataces y sus trabajadores de confianza.

La defensa de Julio César Arana –y, particularmente, Rey de Castro– observa la injerencia imperial británica en los escándalos del Putumayo y ponen entredicho la coherencia de quienes los esgrimen por servir a Inglaterra o Colombia. A pesar de ello, libro del juez Valcárcel supone un compendio de evidencias aplastantes contra los caucheros a partir de la tradición jurídica peruana. Aquí se observan las voces de víctimas y victimarios: caucheros, indígenas y negros migrantes desde Barbados dan cuenta de la historia del caucho en sus testimonios judiciales.

A pesar de que el libro de Valcárcel tuvo una circulación menor que los textos de Casement, Hardenburg, Arana y Rey de Castro, lo llamativo del mismo es que expone el proceso que permitió reducir el control de La Casa Arana en el cuenca del Caquetá y el Putumayo.

Lamentablemente, muchos de los testimonios del proceso fueron perdidos tras diferentes tumultos en Iquitos, y destruidos con el incendio del Archivo Regional de Loreto en 1998.

En el texto, tanto indios e indias, los trabajadores barbadenses, el mismo Arana, su defensor Rey de Castro y sus jefes de sección, aparecen reconociendo ante el tribunal crímenes violentos. A pesar de carecer de un valor literario, este conjunto de pruebas vuelven al libro de Valcárcel un material de gran interés.

En el texto destacan varios testimonios de las mujeres indígenas. Voces que antes del juez se encontraron ocultas. Salvo excepciones, como la mítica figura de Coñori, referida en la crónica de Carbajal como la reina de las Amazonas, no aparecen personajes femeninos con nombre en la selva amazónica. En los procesos del Putumayo, en cambio, aparecen testimonios claves: Teresa Paccicañate, Clara, Cadanficha y Teeja, Chiache Patení Huitoto, Zoila Huitoto, Tiburcia y Dorotea Huitoto son declarantes autorizadas. Esos testimonios nativos no escatiman en detalles de lo que se llamaría la cultura del terror:

La india Sofía Rezigaro declaró: “Arístides Rodríguez en la sección sabana desolló a látigos a mi hermana Tige muriendo ésta a consecuencia de aquel castigo al regresar a su nación. El mismo Arístides Rodríguez tuvo preso al indio Chinachi, mi padre, sin darle de comer; y después lo obligó a conducir a La Chorrera una pesada carga de caucho por lo que murió en el camino. También Arístides Rodríguez ordenó a sus muchachos de confianza que me asesinasen, orden que hubieran ejecutado si no hubiese sido por la intervención de Ismael Portillo quien dijo a Rodríguez que no me matase y me entregara a él para querida, a lo que accedió Rodríguez a pesar de mis pocos años; siendo querida de Portillo, Martinengui me llevó a su casa y me hizo su mujer entregándome cuando se cansó de mí a José Inocente Fonseca, a quien serví igualmente de querida” (Valcárcel 2004, 222).

Los acusados más directos son los muchachos o los supervisores, de acuerdo con el libro de Valcárcel, estos se encuentran bajo el mando y la responsabilidad de Arana. Otra casta que se observa son los jefes de sección, comprendidos como la “fuerza material” de la empresa, quienes estaban presentes en gran parte del *commodity exchange* del caucho desde su extracción hasta su transporte, pero también para la extracción de madera y producción de lanchas y faenas agrícolas, como la rosa y la siembra de chacras (Valcárcel 2004, 422).

Los testimonios muestran una inmensa capacidad de deshumanizar a los indígenas, quienes son castigados de formas extremadamente crueles y vendidos como mercancías. En el caso de las mujeres, son comunes las referencias al amancebamiento, el concubinato y la figura de “querida”, que en el contexto alude a una forma de esclavitud. Se habla de ejecuciones contra los ancianos y latigazos contra menores.

Entre los documentos presentados como anexo por Valcárcel también se encuentran referencias al abogado Carlos Paredes, quien define la región por su distancia y violencia: “el putumayo es una montaña mortífera, cruda y distante”; este abogado es citado por el juez Valcárcel (2004, 422). La distancia que tiene con Lima y el resto del país, la vuelve inaccesible y permite que no haya efectividad en las diferentes inspecciones estatales. Era urgente que la población local, “gente primitiva”, tenga una intervención calificada para alcanzar la civilización.

La importancia del texto de Valcárcel no reside en la historia intelectual ni en sus contribuciones científicas, a pesar de que el autor vivió en el territorio y tuvo contacto con los indígenas, la exposición de su juicio no tiene como objeto determinar nada más que la culpabilidad de los acusados. Cabe mencionar que la sentencia en contra de Arana no fue ejecutada, a pesar del compendio de pruebas presentadas por Valcárcel y la condena internacional suscitada por las denuncias de los viajeros. Uno de los motivos de esto fue que el veredicto se quedó sin sustento al declararse el triángulo de Leticia y el río Caquetá territorio colombiano, además de que Arana contaba con un importante apoyo en Lima e Iquitos.

4.2.3 La cárcel verde

Entre las denuncias sobre el Putumayo, probablemente la acusación más fuerte derivó de una novela, *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera ([1924] 1985). Este era un poeta vinculado al modernismo y el simbolismo, pero su mismo estilo se interrumpe para describir este drama. Rivera fue parte de un equipo para la delimitación de la frontera colombo-venezolana, por ese

motivo recorrió la Amazonía y compiló información sobre la situación que se vivía en ese espacio. En sus recorridos como parte del cuerpo diplomático conoció de primera mano varios de los abusos cometidos por los caucheros, principalmente peruanos.

José Eustasio Rivera tiene un conjunto de imágenes sobre la selva, como el medio donde se realiza su trama, y en casi todas aparece como una entidad maligna. En *La Vorágine* la selva es cárcel, rebelión, es satánica, es locura y, finalmente, devoradora de las almas y los cuerpos de los hombres. La novela en sí misma supone una pérdida de inocencia para la literatura, dónde la poesía modernista sería reemplazada por el realismo crudo (Bernucci 2020).

La selva es la madre de las desgracias, tiene la capacidad de tornar amorales a las personas que habitan en ella. Tal es el caso del personaje principal, Arturo Cova, poeta al igual que Rivera, quién se ve envuelto en una serie de conflictos que van degradando su condición hasta volverle un vengativo personaje que se interna en la selva para vengar la traición de su novia y de su amante, quienes habrían sido seducidas y luego vendidas a un prostíbulo por un cauchero.

El entorno que eligen los personajes, y donde pensaban encontrar fortuna, riqueza y libertad, se vuelve contrario a todos sus deseos. Sus esfuerzos sólo los condenan a internarse más en la selva:

La selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos, la crueldad invade las almas como intrincado espino; y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones (Rivera 1985, 174).

La selva será el lugar de perdición donde el ser humano culmina con su vida a cambio del caucho. Pero la miseria y la frustración vienen acompañadas de una sensación de aprisionamiento “¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde?”, pregunta Arturo Cova (Rivera [1924] 1985, 221).

La cárcel es una metáfora que responde a la descripción del medio, particularmente útil al tratar los sistemas de deudas que retienen a los peones. *La Vorágine* presenta una narración de seres aprisionados por las dinámicas de la Amazonía. El espacio no permite salidas, no hay escapes, es un tormento mayor que el de las cuatro paredes, de ahí reclama: “Esclavo, no te quejes de las fatigas; preso, no te duelas de tu prisión; ignoráis la tortura de vagar sueltos en una cárcel como la selva, cuyas bóvedas verdes tienen por muros ríos inmensos” (Rivera 1985, 220).

La prisión a la que refiere el autor no está compuesta de barrotes sino de “enfermizas penumbras”, formadas por “el hálito de seres que agonizaron en el abandono”, pero que al mismo tiempo se regeneran constantemente para corromper a otros seres:

¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! (Rivera 1985, 122).

Los ciclos naturales observados durante el siglo XIX destacaban la constancia y diversidad de las formas de vida, en la novela estos mismos están retratados con una tendencia hacia la muerte. Rivera se percata de la diversidad biológica y los sistemas ecológicos de la selva, no obstante, a diferencia de naturalistas como Unanue, Raimondi y Humboldt, estos fenómenos naturales resultan aterradores; para el autor, establecen un escenario de violencia en la naturaleza humana y la vida civilizada que se distorsiona en su atmósfera.

En este texto los indígenas son sujetos victimados por Arana, Funes y otros señores del caucho. Rivera recupera algunos tópicos narrados por los autores de los escándalos del Putumayo. En su perspectiva hay cierta ingenuidad y mansedumbre a pesar del malicioso medio que los rodea. No obstante, los indios poseen tradiciones y, hasta cierto punto, voz en esta novela. Al igual que el geógrafo Villavicencio, José Eustasio Rivera describe visiones de yagé (ayahuasca); el Pipa, personaje indígena, describe procesiones de reptiles y pantanos habitados por personas y flores que gritan, y explica “que los árboles de la selva era gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas” (Rivera 1985, 142).

Es inevitable encontrar semejanzas entre esta narración y las teorías de Eduardo Kohn sobre los lenguajes del bosque tropical. Para Kohn, dentro de la selva existen lenguajes expresados a partir de iconos y señas; este tipo de lenguaje pueden ser comprendidos por los indígenas, particularmente, cuando se encuentran en transe de ayahuasca (Kohn 2013). No obstante, el contenido de la experiencia onírica que describe Rivera no es la convivencia ecológica, sino una amenaza contra la civilización:

Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas ¡Selva profética, selva enemiga cuando habrá de cumplirse tu predicción!” (Rivera 1985, 142).

A pesar de la desesperación de las visiones presentadas en esta ceremonia, y del terror evocado por la profecía de una selva que devoraría la civilización y la obra del creador, no dejan de llamar la atención las similitudes con la descripción de Villavicencio. La naturaleza como una creación divina pierde sentido, en una mirada opuesta a la de Juan León Mera en *Cumandá*. Aquí hay una lucha a muerte, dónde no puede triunfar el elemento civilizado y divino.

La venganza es otro tópico central en la trama amazónica, no solo las cadenas de venganza que hay entre los diferentes caucheros, ni la que espera conseguir el protagonista traicionado. Son también los árboles talados quienes esperan su revancha, la selva además de degradar a los civilizados, es una amenaza latente y promotora de rebeliones y destrucción que, a su vez, condiciona esta naturaleza vengativa en los seres humanos: “Y mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él”, describe el autor, “la selva se defiende de sus verdugos, y al fin el hombre resulta vencido” (Rivera 1985, 174). La naturaleza tiene más agencia que los indígenas y peones explotados, pero esta revancha no implica sino corrupción. La corrupción de la selva impone también una disputa, una falta de empatía con el conjunto, donde el héroe de la trama no siente compasión por los árboles.

¿Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil?!
¡Aquí no siento tristeza sino desesperación! ¡Quisiera tener con quién conspirar! ¡Quisiera librar la batalla de las especies, morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas! ¡Si Satán dirigiera esta rebelión! (Rivera 1985, 221).

Las imágenes de la novela sobre la selva, al igual que en Casement, ponen en duda el papel de la extracción de caucho como agente de civilizatorio; sin embargo, el autor va un poco más allá y concluye que la misma civilización se encuentra en peligro de terminar con toda la creación e incluso con la figura de una providencia derrotada.

Para Rivera el caucho no es un equivalente de riqueza, el oro verde más bien supone una condena para los pobladores locales bien conocida por los mismos gomeros; el oro vegetal no enriquece a nadie: “Los potentados de la floresta no tienen más que créditos en los libros, contra peones que nunca pagan, si no es con la vida, contra indígenas que se merman, contra bongueros que se roban lo que transportan” (1985, 291). El oro verde no es una fuente de riqueza sino una cadena de violencia. Esta descripción se hace más de una década después de que los precios se habían desplomado, cuando el resultado de la crisis mostraba una región deprimida, con varias fortunas perdidas, incluidas las de algunos barones del caucho. Ser cauchero, entonces, supone una mimesis con la violencia y venganza “¡yo soy cauchero!”

dice Arturo Cova, “¡Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!” (Rivera 1985, 221).

A pesar de la determinación natural, en la tragedia que narra Rivera no se ocultan las responsabilidades, y los criminales llevan nombres y apellidos: Arana y Lagraña son personajes de la trama. Sobre el segundo refiere: “ese pastuso sin corazón, socio de Arana y otros peruanos que en la hoya amazónica han esclavizado más de treinta mil indios” (1985, 183). Para el autor, quizás sea el personaje más oscuro de la selva, porque además de los crímenes violentos contra caucheros y peones fue acusado de traición a su patria Colombia. Sobre Julio César Arana refiere a “un hombre regordete y abotagado, pechudo como una hembra, amarillento como la envidia” (1985, 199), bajo sus ordenes se describen chantajes y crímenes mencionados por Valcárcel y Casement.

Otro personaje es Tomás Funes, famoso cauchero del Orinoco, un violento y tramposo barón que representara al “sistema”, en palabras de José Eustasio Rivera: “Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida”, sus características son extendidas a otros caucheros.

Finalmente, la selva devora a Arturo Cova, a su prometida, su amante y sus camaradas de viaje. Las selvas pueden acabar con los personajes e impedir un final feliz, desaparecer las huellas de quienes vivieron, siendo la voz de Cova un testimonio perdido de un desaparecido por la selva, como lo predeciría en varios momentos previos al fin de la narración (Rivera 1985, 221).

La Vorágine tuvo un impacto muy fuerte en toda el habla hispana, consiguiendo cuatro ediciones en Colombia antes de finalizar la década de 1920 y una traducción al inglés, en una edición publicada por editorial Andes en Nueva York. Y, a partir de la década de 1930, se reimprimiría en España, Argentina y Chile. En 1949 fue llevada al cine en México bajo el título de “Abismos de Amor” por Miguel Zacarías.

Tanto el archivo recopilado por Rivera, como el que utilizó previamente, quedarían bajo control de Ministerio de Relaciones Exteriores, el mismo contaría con los textos de Casement, Hardenburg, Rey de Castro, Arana, así como diferentes diarios y correspondencias de sacerdotes apostados en los territorios en disputa, que dotarían de fortaleza moral al reclamo colombiano (Mongua Calderón 2018).

Este telón de fondo fue un momento de resignificación del espacio territorial amazónico. Desde ser designado como “selva virgen”, “nuevo edén” y “espacio reservado por la providencia” pasaría a ser significado como “infierno verde”, “paraíso del Diablo”, “cárcel verde”. El cambio discursivo reflejaba un momento posterior a las exploraciones que abrieron el espacio amazónico a la agencia de la ciencia y la técnica; al menos en las regiones del oriente peruano y colombiano, la Amazonía ya había sido conquistada. La finalidad de estos últimos textos no estaba promoción de la región, sino en discutir la violencia y los crímenes, tanto si eran inmanentes al entorno y su población o una secuela de las empresas caucheras. El espacio dejó de representar optimismo y se comprendió desde la violencia y el terror.

4.3. Las colonias y el ferrocarril a El Dorado

Si en Perú la frontera comenzaba a domesticarse, a pesar de las dinámicas de coerción y violencia, en Ecuador la situación era diferente; el espacio se veía cada vez más ajeno al control estatal, a pesar de que se reconocía la riqueza de la zona. Para ello se formularán utopías colonizadoras.

La primera fue desarrollada por Francisco Andrade Marín a finales del siglo XIX. En esta se propone ocupar las ricas tierras promoviendo diferentes facilidades, como la liberación de impuestos como uno de los primeros pasos. En un segundo momento, el objetivo será el ferrocarril. La construcción de esta vía había ocasionado graves pérdidas económicas al Estado, así como la muerte de cerca de cinco mil trabajadores en su construcción. Pero el proyecto valdría la pena para las concepciones liberales y modernizadoras presentes en ese momento: la obra redimiría al Ecuador, tras ese enorme sacrificio y tendría como fruto la integración del Estado nacional, brindando además de estabilidad y paz, la posibilidad de una autarquía económica. A pesar de que esas promesas nunca se materializaron, el ferrocarril adquirió nuevos segmentos para su propuesta original, sería la oportunidad de ingresar a un nuevo espacio.

Uno de los principales promotores y sustentos de esta utopía fue Pío Jaramillo Alvarado (1922a), un antecesor de la sociología ecuatoriana, conocido por sus ensayos indigenistas. Este autor realizó varias investigaciones históricas —a partir de crónicas y cédulas hispanas— sobre los derechos del Ecuador en el Amazonas. Sin embargo, junto con su bagaje histórico, su proyecto de colonización se presentó a través dos libros sobre el ferrocarril (Jaramillo Alvarado 1922b; 1936).

Para Jaramillo Alvarado, así como para otros autores de su período, una red ferroviaria con destino al oriente no era sólo la forma de competir con las líneas férreas peruanas y garantizar la ocupación del Amazonas, sino que presentaba la oportunidad de canalizar todo el tráfico del Pacífico a la hoya del Amazonas, conformando una alternativa al canal de Panamá (1922b, 91). Se proponía como punto de encuentro entre los dos océanos, sin importar que el istmo de Panamá sea el espacio geográfico más estrecho del continente y la cuenca del Amazonas uno de los más amplios. A partir de la locomotora, la conexión interoceánica sería posible. El autor, también evidencia una disputa con las rutas peruanas, partiendo de la premisa de que vía ecuatoriana era más propicia, al acortar la distancia interoceánica entre quince y veintinueve días (Jaramillo Alvarado 1922b, 92).

El proyecto no solo generaba la expectativa de una alternativa al canal y de una victoria técnica sobre el Perú; para Alvarado, era la oportunidad de un nuevo momento de la civilización. Este proyecto empleó como argumentos de autoridad a dos científicos reiteradamente citados en su obra, Alexander von Humboldt y Jean Louis Rodolphe Agassiz (1922b, 67-68).

El ferrocarril era el medio para alcanzar el Amazonas y llevar la civilización por medio de la colonización de estas tierras, con poblaciones provenientes de la costa y la sierra del Ecuador. En 1936, Jaramillo Alvarado publicó un segundo texto –aún más extenso que el primero– en el que destacaría los caminos, la administración territorial y la riqueza aurífera de la región. Este inició presentando nuevas significaciones y metáforas sobre el oriente:

Nuestro oriente amazónico fue desde su descubrimiento, conquista y evangelización, un fantasma, “El Dorado”, que atrajo en sugestión irresistible a los buscadores de oro, que en caravanas trágicas tendían su vida en la desolación, por el abandono en las montañas, con la angustia del hambre (Jaramillo Alvarado 1936).

Jaramillo Alvarado afirma que la montaña –una expresión más común en la literatura peruana que ecuatoriana para referir a esta región– “tiene sortilegios para ocultar sus riquezas”, como el oro y las gomas que atraerían al incauto, a quien “El Dorado fantasma le seguirá tentando hasta morir en la selva, entregándoles con la vida, la esperanza” (1936, 1). A pesar de reconocer en el espacio de montaña está capacidad para extraviar a los que buscan su riqueza, el autor considera viable su proyecto de colonización ferroviaria.

La definición de oriente, como el escenario y el objeto a colonizar, coexiste con la de montaña. A estas nominaciones se agrega una tercera, para inscribir este espacio geográfico anhelado y temido, el concepto de Amazonía:

La Amazonía, en cuatro siglos de ser hollada por conquistadores y misioneros, conserva intacta su integridad cósmica, pese a los mojones y las líneas que el egoísmo internacional ha trazado. La Amazonía en sus reacciones naturaleza realiza un proceso que la harán adaptable a la cultura; pero cuando reúna en sí los elementos que la vuelvan propicia para la agricultura, creadora de las civilizaciones, la Amazonía no podrá ser dominada desde los Andes, por los hombres de la cordillera, pues se oponen a este propósito por razones geográficas, de ambiente de propia vida tropical, plena de energías nuevas, engendradoras de un nuevo tipo de humano. (Jaramillo Alvarado 1936, 3).

La nominación de Amazonía quedaría fundada en el Ecuador durante este período, y fue empleada con frecuencia por Jaramillo Alvarado. A la par, en la referencia anterior se destaca la importancia de las teorías raciales y evolucionistas que se sustentan en los preceptos biológicos de Agassiz, pero, sobre todo, en la sociología de José Vasconcelos: “El oriente, dá en efecto la impresión de que está hecho para ser gobernado por una raza cósmica”, esta raza no mantiene una naturaleza exclusivamente andina y tiene capacidad de adaptarse y volver un hogar a la Amazonía (Jaramillo Alvarado 1936, 5).

Al mismo tiempo, esta promesa de futuro encuentra una limitante en el presente: en las vías y las “razas” realmente existentes. La raza cósmica es un destino para el autor, sin embargo, es aún una promesa abstracta de un sujeto inexistente; el ferrocarril tampoco es un medio real y la anulación de lo andino vuelve a conferir al oriente, a la Amazonía, una condición abismal. Esta perspectiva hace que los requisitos de incorporación amazónica desfasen con su tiempo histórico.

4.4. Don Bosco y los invencibles shuar

Uno de los proyectos más significativos del período que analizamos, y que ha estado presente en diferentes zonas de la alta Amazonía, fue el de las misiones salesianas. Estas pretendían integrar a los indígenas amazónicos por medio de la educación técnica y religiosa. Sus crónicas y archivos permitieron a numerosos investigadores conocer la región y son el origen de importantes instituciones educativas que perviven hasta el día de hoy.

Existió una abundante cantidad de sacerdotes salesianos en la Amazonía durante la primera parte del siglo XX, pero quizá el más conocido fue Carlos Crespi, quien tuvo una triple importancia para la concepción de este espacio: en primer lugar, fue autor de crónicas divulgadas al interior de la ciudad de Cuenca que se confunden con los proyectos orientalistas de las elites de la región (Crespi 1926a); En segundo lugar, filmó y dirigió el primer documental de la historia del Ecuador, titulado *Los invencibles Shuaras del Alto Amazonas*

(Crespi 1926b), que contiene algunas de las imágenes fílmicas más antiguas del Ecuador, y, finalmente, recopiló abundantes piezas prehispánicas que fueron luego alojadas en el Museo Carlo Crespi. A pesar de su importancia para la arqueología, esta colección fue especialmente conocida por la presencia de tablillas que contenían jeroglíficos que, según el escritor suizo Erich Anton Paul von Däniken, comprobaban la extraña y discutible teoría de un origen amazónico y extraterrestre de los primeros seres humanos (Däniken 1973, 5).

La narrativa misional de Crespi, aunque no evidencia el "discurso martirial" típico de otros misioneros inscritos en una historia de larga duración donde su penuria aumenta el valor de sus conversiones. Crespi busca generar simpatías hacia la región amazónica, posiblemente con intenciones de colonización, valora la calidad de vida en la zona:

El clima de esta región es ardiente, pero sin las plagas y enfermedades de nuestras costas. El viento leve de las montañas próximas refresca deliciosamente el ambiente. Un campesino de la sierra se encuentra allí muy bien. No le acontece el terrible paludismo ni le sofoca el calor incesante. El mosquito casi no se conoce; la víbora es muy escasa (Crespi 1926a).

Cuando se consideran los diferentes tipos animales que componen la fauna oriente, resulta reiterativa la posibilidad del consumo de su carne como alimento, la selva esta cargada de experiencias gastronómicas de consumo cárnico; Crespi menciona que las carnes de oso, de venado, de armadillo, el sacha borrego y el mono "son muy sabrosas", incluso el padre afirma que animales como el oso perezoso, tiene una carne muy sabrosa, "pero ninguno de los jíbaros la come por razones supersticiosas" (1926a). De acuerdo con el sacerdote, los tabúes gastronómicos responden a que ciertos animales albergarían "el alma de hijos muertos" y por eso los indígenas no los comen y venden su carne a los blancos (Crespi 1926a).

De la forma de ser de los jíbaros describe que son "tradicionalistas en sus costumbres raciales", pero con aspiraciones a tener las comodidades de los blancos. De esta manera, a pesar de arraigarse a la vida selvática, son un pueblo que tiende a adaptarse a la civilización cristiana, sobre todo en lo referente a "tener escopetas y armas de precisión y poseer herramientas modernas para el trabajo" (Crespi 1926a).

El sacerdote salesiano no propone una absorción completa de la cultura local, pues encuentra muchas virtudes en la vida indígena, sino una "conquista pacífica", donde calcula que en poco tiempo y "sin cambiar radicalmente sus costumbres, se convertirían en una fuerza verdaderamente productora para la nación" (Crespi 1926a). La propuesta de Crespi apunta a un intercambio pacífico y virtuoso, mediado por la religión y la educación:

Demos a estos salvajes, no solo los vicios y las miserias de nuestra civilización, sino al contrario, los méritos y las virtudes y en pocos años, habremos, ciertamente, creado fuertes cooperadores en la regeneración del Oriente (Crespi 1926a).

A pesar de su optimismo en la incorporación de los jíbaros a la vida nacional, no deja de describir como macabra la fiesta de la *tzanza*, y el procedimiento para hacer cabezas reducidas:

Cuando le parece estar seguro y bien lejos del lugar de la matanza, se para en el bosque con un cuchillo o con la lanza saca del cráneo la piel, con una pericia que parecería prodigiosa. [...] Si está ya cerca de la casa, entonces avisa a las mujeres para que preparen el agua, la arena y la piedra caliente. [...] Cuando el agua ya está bien hervida, pone la piel de la cabeza por unas miniaturas en la misma, antes de que se cueza un poco y la pierda facilidad de dañarse (Crespi 1926a, 238).

Para ese entonces, su comercio estaba prohibido por ley (Esvertit Cobes 2015, 171). Sin embargo, la imagen de la *tzantza* se volvería distintiva de los pueblos amazónicos del sur del Ecuador y el norte del Perú. Esta imagen se inscribe en una política de comercio donde las cabezas extraídas, eran compradas masivamente fuera del país. Las *tzanzas*, que llaman la atención del padre, eran en ese momento un producto de exportación, muchos museos las adquirieron e incluso se gestó en diferentes lugares del continente una industria de imitación (Ortiz Batallas 2022, 84).

Este mercado estuvo mediado por incentivos, como la promoción de la taxidermia como ciencia, la expansión del espiritismo –que contribuyó a la narración de que las *tzanzas* guardaban espíritus– y un momento donde las colecciones museográficas y privadas apetecían restos humanos. A pesar de que estos tres determinantes son de origen europeo y estadounidense, la difusión de las cabezas reducidas alimentó un imaginario de pueblos “salvajes” en una Amazonía caracterizada por lo desconocido y peligroso (Tylor 1994, 82).

Figura 4.5. Afiche del film *Los Invencibles Shuaras del Alto Amazonas*, 1926



Fuente: <https://cinematecanacionalcce.com/>

4.5. Las guerras y usurpación

La propaganda de guerra se intensificó a partir de 1920 debido a las tensiones fronterizas en el Amazonas. En primer lugar, en el marco de la guerra de Leticia, entre Colombia y Perú; luego, en 1941, con el conflicto armado entre Ecuador y Perú. Las descripciones emanadas en el contexto de estas contiendas no tuvieron mayor interés por los indígenas de la zona ni por la naturaleza del lugar, sino que se sustentaron en historias de límites territoriales, despojos y posiciones militares. Por ejemplo, la correspondencia de la prefectura de Loreto describió la situación de los vapores, la presencia de agentes colombianos y los problemas logísticos que existen en el territorio para mantener la presencia peruana (Chirif 2017, 125-133).

En esa época, se publicaron también diferentes materiales de origen bélico: un ejemplo es la obra del ingeniero constructor colombiano Antonio Luis Armenta, quien exhorta a una guerra contra el Perú –de ser posible, en una gran coalición que integre a Colombia, Ecuador, Chile y, posiblemente, Bolivia–. La tesis sostenida por el autor era que “el Perú no es un país legalmente fronterizo con el Amazonas” (Armenta 1933, 11). El sustento a esta tesis proviene de las cédulas reales de 1717 y 1739. El texto describe la efervescencia militarista de la época:

“Colombia entera abriga un deseo de ir a la guerra contra el Perú” (Armenta 1933, 12). El Perú aparece retratado como una nación de piratas y filibusteros conducida por un déspota.

Tampoco existen muchos detalles sobre las riquezas que albergaba Leticia y el Putumayo, los territorios más reclamados por Armenta; no hay referencias a los recursos minerales ni forestales, no obstante, el autor destaca el potencial pecuario y agrícola de la zona, en caso de ser construidas las vías de acceso (1933, 39).

A pesar de que no se conformó la coalición anti-peruana, Colombia salió victoriosa de una guerra en contra de su vecino país y, en 1933, consiguió con esto el acceso al Putumayo, al Amazonas e incluso al Triángulo de Leticia, donde Arana y otros caucheros habían desplegado sus centros de extracción y acopio de caucho. No obstante, para el Perú había un litigio aún más antiguo y que se extendería cerca cincuenta años más: la disputa con el Ecuador. Humberto Delgado en la antesala de la guerra describe:

Porque prueban hasta la temeridad cómo ciertos gobiernos peruanos se despreocuparon del patrimonio territorial, y cómo su aliada, la diplomacia del Perú, incurrió en la gravísima falta de omitir su oportuna reclamación y la defensa de nuestros sagrados derechos, dejando repetidas veces que el Ecuador avanzara impunemente sobre los ríos, entre las selvas y encima de los cadáveres de nuestras guarniciones militares (Delgado 1941, 22).

En este período, para uno y otro país el oriente significa un derecho territorial constituido, pero este derecho se encuentra abstraído del contenido material de ese espacio. Los debates se presentan como una antesala de la guerra y son usados como propaganda. Se trata de crear discordias y de promover la unidad nacional a partir de la exposición de un país enemigo. Para Delgado, Ecuador sería una nación que inculca desde la niñez en sus pobladores la deslealtad y ambiciones territoriales sobre lo que pertenece al Perú.

Las tesis expresadas no permiten encontrar puntos intermedios, más aún cuando en los documentos ecuatorianos revisados por el autor –que, de hecho, existieron–, incluso el importante polo de Iquitos era considerado como ecuatoriano:

Los que hemos visto sus mapas, entre ellos el que fue levantado por la Comisión de Límites colombo-ecuatoriana de 1916, el territorio ecuatoriano extendiéndose a toda la "Hoya Amazónica", comprendiendo todas las poblaciones peruanas, incluso Iquitos, estamos convencidos que el Ecuador jamás será nuestro leal amigo (Delgado 1941, 46).

No hay numerosas ni significativas referencias a los pobladores locales; de hecho, en determinados momentos parecería que los únicos habitantes de importancia para el autor

peruano eran las tropas de ambas naciones aposentadas en la zona. Sin embargo, hay referencia a las poblaciones jíbaras, quienes serían soliviantadas y armadas por el Ecuador (Delgado 1941, 62).

De acuerdo con Delgado, la estrategia ecuatoriana consistía en ejercer “control e influencia en todas las tribus salvajes que pueblan ambas orillas, predisponiéndolas contra el Perú” (1941, 63). Esta tarea de agitación sería una estrategia ecuatoriana que no se ha comprendido dentro de los estudios de frontera previos a la guerra, sin embargo, será una forma muy recurrida tras el conflicto (Ortiz, 2019).

Además de culpabilizar al país vecino por sus tratos con los “salvajes”, Delgado reveló que se apreciaba más cercanía de los indígenas shuar con el estado ecuatoriano; se podría indagar en esa relación las antiguas tesis de Villavicencio, donde esas poblaciones eran reconocidas como “salvajes”, pero también como partes de la nación (Villavicencio 1860; 1858; Sevilla Pérez 2013), así como las más recientes intervenciones del Ecuador en la región (Mora y Landázuri 1926; Ortiz, 2019).

Si el Estado ecuatoriano ha soliviantado a los grupos “salvajes”, las compañías petroleras, a su vez, soliviantaron al mismo Estado:

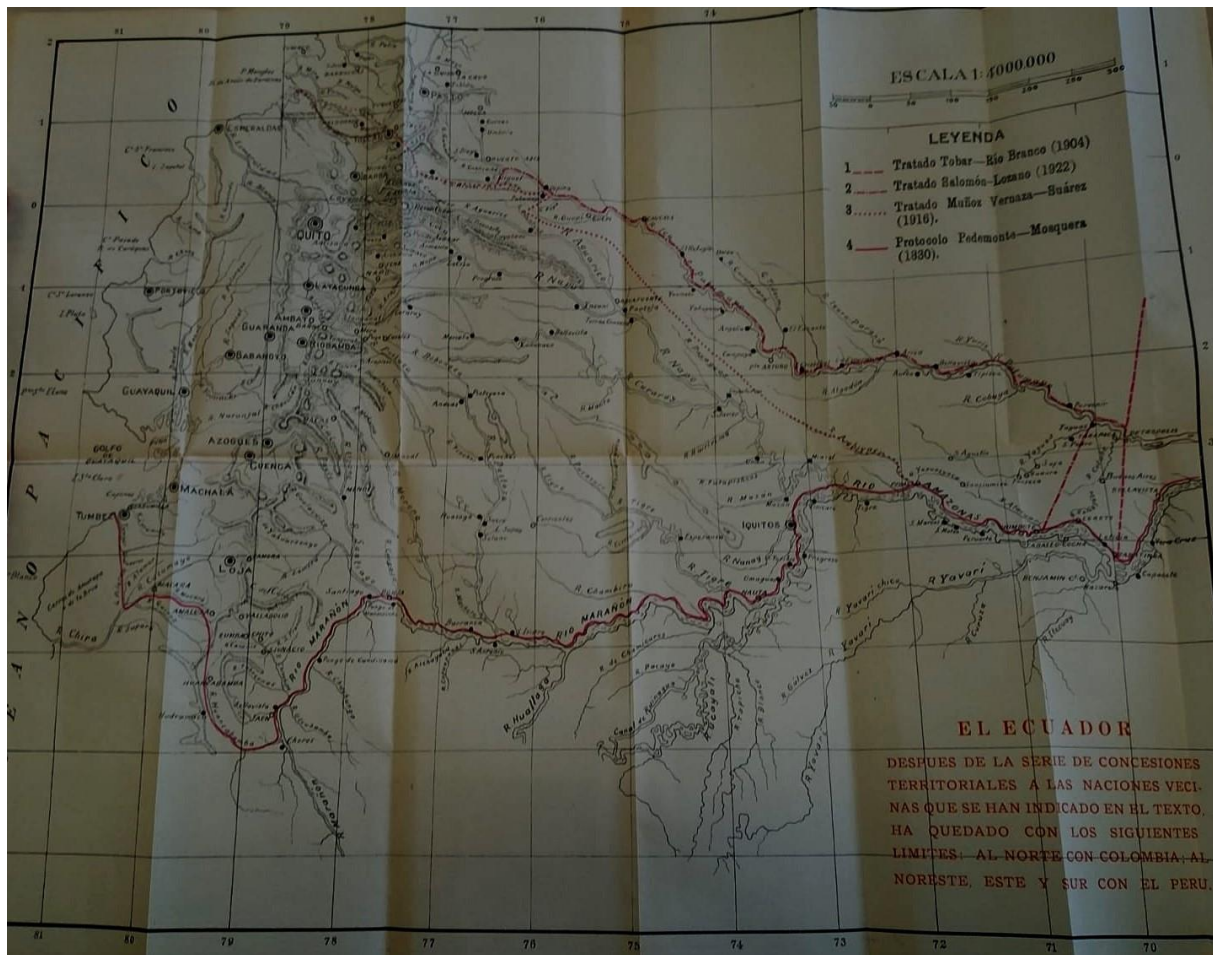
Las ambiciones del Ecuador a la cuenca izquierda del río Marañón hoy están soliviantadas por los resultados obtenidos por los estudios y exploraciones de la Standard Oil y otras compañías americanas que en los últimos años han invertido algunos MILLONES de dólares, seguramente, pues, no aceptará arreglo alguno, como ya lo hemos dicho, que no deje, por lo menos, esa cuenca en la zona que según el convenio debería someterse al arbitraje (Delgado 1941, 56).

Delgado no se equivocaría, y la delimitación de la frontera establecida por el protocolo de Río de Janeiro tendría como sustento en favor del Ecuador el respeto a las concesiones de la Standard Oil y los hitos dónde se realizaron las exploraciones (Deler 2007; Muratorio 1998; Santos-Granero y Barclay 2002). El petróleo como recurso e industria, antes del movimiento ecologista y antes de las críticas a la maldición de los recursos naturales, adquiriría por primera vez un sino negativo en el discurso político.

Para el Perú, fueron los barcos y lanchas los medios para lograr la anexión de su territorio, por tanto, fue la navegabilidad de los ríos el factor que permitía justificar la delimitación (Delgado 1941, 74). De esta forma, se configuraba una frontera inestable, pero que indicaba una división importante entre ambos países. Ninguno se mostraría plenamente satisfecho, sin

embargo, en Ecuador el episodio se conocería *a posteriori* como la tragedia nacional (Tobar Donoso 1945).

Mapa 4.6. Mapa del Ecuador, 1939



Fuente: Reyes y Terán 1939, 28.

4.6. Conclusión

Durante las primeras cuatro décadas del siglo XX, el espacio amazónico se definió a partir de la barbarie, la violencia, la guerra y la usurpación. En este capítulo asistimos al colapso de un horizonte de inteligibilidad ocasionado, primero, por los escándalos del Putumayo y la explotación cauchera y, posteriormente, por las guerras fronterizas. Este cambio evidencia una ruptura con las narrativas que encontraban en las selvas orientales regiones vírgenes que iban a conducir a los países andinos a la prosperidad y al desarrollo científico; que encontraban regiones cuyo ser ya se situaba en un futuro nacional gracias al comercio. El cambio de lenguaje muestra un abismo abierto en la significación de la Amazonía: el relato de una región significada por una gran variedades y diversidad de fuentes de riquezas, un lugar propicio para la vida humana y natural, un Jardín del Edén y una selva virgen perdió sentido.

Y se abrieron paso un conjunto de significantes negativos, tales como el paraíso del diablo, la cárcel verde y la tragedia nacional.

Los textos muestran un desliz en la representación de la región, mayor que el observado durante el siglo XIX. En Ecuador se describió la persistencia de una narrativa sin muchas diferencias respecto a la del siglo XIX, pero los proyectos que se promovieron, como el ferrocarril, fueron concebidos desde una historia de diferentes fracasos nacionales. En el Perú, en cambio, los documentos muestran un espacio ya importante para la vida nacional, pero que está sucumbiendo. El éxito de su incorporación a la economía nacional se tornó en desesperanza y preocupación a partir de los “escándalos del Putumayo” y la crisis en el precio del caucho.

El salvajismo, característica asignada a los indígenas desde la colonia y acentuada en la Ilustración, pasa a adquirir rasgos más fuertes frente a una sociedad que se presenta a sí misma como civilizada. Las definiciones de salvajismo se muestran con más énfasis en los relatos caucheros, donde la defensa de los empresarios consistió en describir la violencia inmanente de los “salvajes” y reivindicar la civilización de su proyecto.

Frente al clivaje civilización-barbarie, la diferencia entre las apreciaciones de Casement y Hardenburg y las ideas de los caucheros reside en que, para los primeros estos últimos no pueden ser concebidos como agentes de civilización, puesto que son más brutales y crueles que los mismos indígenas. Además de visibilizar los crímenes cometidos durante la extracción del caucho, eso ocasionó que la selva en su conjunto se signifique como un espacio de barbarie y violencia, un lugar que —además de ser el escenario de crímenes— condiciona también comportamientos violentos. Este es un argumento que se expone particularmente en la novela de José Eustasio Rivera. La discusión abona a la imagen de una selva determinada y condicionante del terror.

Un concepto empleado con frecuencia por los críticos de la economía gomera es el de sistema. En Hardenburg, el sistema refiere a las distintas formas de violencia sufridas por los indios, en Casement, a una cadena de venganzas y redadas que culmina entre los blancos y, para Rivera, el sistema refiere a la esencia del cauchero, su alma y su comportamiento moral encarnados por el venezolano Funes. El concepto permite agrupar y criticar diferentes escalas de la cadena de valor del caucho, los mecanismos de deudas, la desregulación de la violencia y los comportamientos sociales interdependientes en un todo. En este sentido, los autores buscan hacer una crítica sistémica a la industria en su conjunto.

No obstante, también se puede observar un desfase entre los discursos ecuatorianos y peruanos. En un período, las narrativas se caracterizaron por la polémica donde se emplean por primera vez los términos de Amazonía y alta Amazonía, ya con una perspectiva global, pero en general negativa. En esas polémicas participaron autores europeos, norteamericanos, colombianos y peruanos. Los ecuatorianos aparecen, pero desfasados.

Tanto en Pio Jaramillo Alvarado como en el padre Carlos Crespi hay similitudes respecto a los conceptos empleados por los autores ecuatorianos del siglo XIX, sus descripciones se parecen más a las de Antonio Raimondi que a las de Rey de Castro o Valcárcel. En realidad, la forma anacrónica se debe a que la ocupación del espacio se encontraba en un momento aún inicial, en una comparación con la situación del Perú.

A pesar de descripciones aparentemente utópicas, como las de Crespi o Jaramillo Alvarado, cuyas narrativas ofrecen al menos un proyecto y una expectativa de futuro, también se describen fracaso y abandono. En el contexto de las referencias de los shuar y los aportes que ellos pueden presentar a la nación no dejan de mencionarse las tzantzas como una práctica aterradora; y la promoción de un ferrocarril al oriente, no deja de estar acompañada por un discurso de impotencia, un proyecto no consumado y un oriente en riesgo de perderse. Esa narrativa cambió a partir de la guerra.

Al final del periodo, las guerras fronterizas se vuelven un tópico inevitable. El conflicto con Colombia por el triángulo de Leticia es un momento donde se difunden imágenes de invasión. El Perú, por su parte, observa operaciones agresivas por parte del Estado ecuatoriano, que se convirtió en una amenaza en un espacio ya sensible. Desde el Ecuador, en cambio, se reproduce la noción de un territorio abandonado y un vecino agresor. El oriente se comienza a pensar como un campo de batalla y la guerra será una conclusión que agravará para el lado ecuatoriano la noción de un espacio usurpado.

Capítulo 5. Mito, reencantamiento y modernidad: la colonización vial y la explotación petrolera

El presente capítulo aborda el cambio conceptual ocurrido desde la posguerra hasta principios de la década de 1970 a partir de publicaciones sobre la Amazonía, y a partir de discursos, informes y libros de los mandatarios Fernando Belaúnde Terry y José María Velasco Ibarra. En esos treinta años, la Amazonía en Ecuador y Perú pasó de tener la forma de un espacio usurpado o de terror a ser la región cuya colonización y explotación traería un futuro de esperanza y bienestar para ambos países. En ese momento, las incertidumbres ocasionadas por los temores de los conflictos territoriales, los grupos indígenas amazónicos que se mostraban como “salvajes” y los escándalos de la violencia, que habían desdibujado las expectativas en la selva construyendo imaginarios de impotencia y temor, abrieron paso a un nuevo momento convergente con las figuras de modernidad y progreso.

En este período, se observa cómo el concepto de progreso retorna al imaginario amazónico fortalecido por la expectativa de los recursos naturales. El petróleo se convirtió en el nuevo oro negro, reemplazando al caucho. Y, gracias a su localización en el oriente ecuatoriano, volvió a surgir el tropo de El Dorado. También en este momento, se entiende cómo la colonización de la Amazonía fue una prioridad estatal y un signo de patriotismo, particularmente en el Perú, donde se avizoró un futuro en el que la nación volvería a tener una grandeza imperial a partir de la conquista de la selva.

Durante los años posteriores a la guerra de 1941 hubo varios libros que reunían los compendios argumentales de ambos países. En ellos se plasmaron las posiciones oficiales. Los polemistas ecuatorianos y peruanos recurrieron a tesis históricas para afirmar su criterio limítrofe. Pretendo dar cuenta del período de posguerra para observar la construcción del discurso amazónico en torno al conflicto, y observar su transformación hacia mediados de siglo por parte de Belaúnde y Velasco Ibarra.

En primera instancia, analizo una polémica entre dos historiadores diplomáticos que representaban a sus países: Julio Tobar Donoso (1945) y Víctor Belaúnde (Belaúnde 1942). Sus textos exponen en extenso las tesis que esgrimían ambos Estados a partir de sus cancillerías. Esos libros pueden considerarse como la prolongación de la guerra por medios historiográficos.

Relacionada con el conflicto, abordó la bibliografía que se extendió a partir del aniversario del descubrimiento del Amazonas. Esta conmemoración creó la oportunidad de revivir episodios históricos y de reinventar la Amazonía; se presentó una significativa cantidad de publicaciones que da cuenta de un nuevo corte histórico, tanto en Ecuador como en Perú.

La bibliografía ecuatoriana representa un retorno al pasado. Además de una amplia gama de cronistas de misiones e historiadores, se expone una novela histórica sobre la expedición de Orellana, donde la selva y su sonido tenían un papel central. La novela de Benites Vinuesa, *Argonautas de la selva*, por su carácter histórico, será la primera en analizarse.

En segundo lugar, refiero a dos publicaciones peruanas, *Fitzcarrald El Rey del Caucho*, que eleva a la categoría de héroe a uno de los caucheros más conocidos del Perú, y dignifica una agencia repudiada dentro y fuera de la nación. La segunda obra es *Así es la Selva*, que consiste en una monografía de carácter científico y divulgativo sobre este espacio, sus dimensiones ambientales y sociales, su historia y sus posibilidades de futuro.

Posteriormente, trato las publicaciones de dos presidentes que en su vida política tuvieron una atención particular por el espacio Amazónico. De parte del Ecuador, trato a Velasco Ibarra por medio de sus obras completas que incluyen informes, discursos y libros; se observa el valor que le da este mandatario a un concepto abstracto de justicia, al derecho de su país sobre el Amazonas y, en su último gobierno, a la riqueza petrolera. Belaúnde Terry, por su parte, tiene un libro llamado *La conquista del Perú por los peruanos*, que describe con mucha claridad su proyecto y el papel que tendrá la montaña en el mismo. Ese fue el proyecto de su gobierno, por lo que atendemos a discursos y publicaciones que refieren a los avances de su utopía: la colonización vial. El capítulo expondrá cómo se construyó la Amazonía en un espejo de grandeza tras las experiencias abismales del terror y la violencia.

5.1. La herida abierta y la celebración

Tras la posguerra, el discurso oficial peruano tomó el espacio amazónico como un trofeo que premió la unidad nacional, pero también fue una forma de proteger un territorio sobre el que tenía ambiciones su país vecino. Al ser derrotado en el conflicto armado, en Ecuador los historiadores, políticos, escritores y diplomáticos recurrieron a un relato historicista con el que afirmaban los antiguos límites coloniales. El hito de los 400 años del descubrimiento del Amazonas se empleó en ambos bandos como un ritual de Estado para inventar o reutilizar algunos tropos sobre la Amazonía (Herrera 2018, 121).

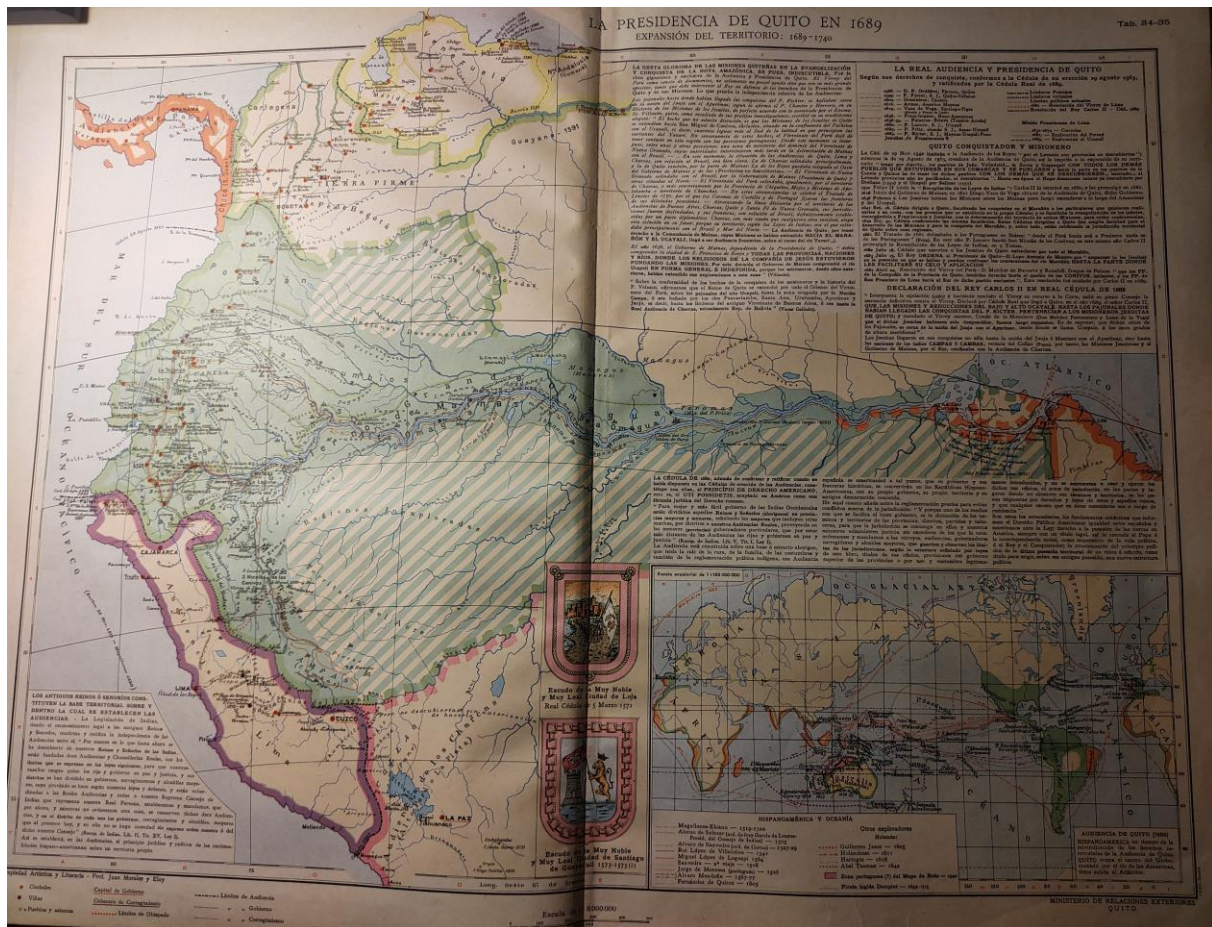
5.1.1 La tragedia nacional ecuatoriana

A partir de 1941 estos países recompusieron sus discursos políticos. El Estado ecuatoriano fomentó una perspectiva de usurpación territorial y patriotismo; los acuerdos para el cierre de la frontera fueron despreciados y el relato sobre el resultado se nominó como la tragedia nacional, en coincidencia con el término empleado en el Perú para narrar el resultado de la guerra del Pacífico.

Esta inconformidad se vio reflejada en la cartografía oficial a través de mapas que negaban la pérdida del territorio nacional e incorporaban al Amazonas y la antigua provincia de Maynas. Los expertos en derecho internacional y los historiadores crearían nuevos mapas que serían expedidos por el mundo para justificar esta presencia.

Un extraordinario ejemplo es *Ecuador Atlas histórico geográfico*, de Juan Morales y Eloy (1942), un documento que publicó mapas modernos y antiguos, así como otros materiales. Aquí vemos la cartografía de Fritz, de Juan de Velasco y de Montufar, junto a mapas históricos publicados en Europa y otros de reciente confección. El material fue impreso en Italia en las imprentas del Instituto Geográfico Agostini y distribuido por cancillería dentro y fuera del país.

Mapa 5.1. Mapa de la expansión de la Presidencia de Quito en 1689, 1942



Fuente: Morales y Eloy (1942, 34).

En esta publicación, Ecuador fue representado como uno de los países con mayores derechos territoriales del continente; por tanto, la pérdida de su antiguo departamento de Maynas –en ese momento nominado como González Suárez– era aún más dolorosa. Estos mapas contribuyeron a la significación de un oriente usurpado y aún en peligro de ser arrebatado por el Perú, y favorecieron la imagen de un Ecuador con derechos sobre los límites más amplios de la antigua provincia del Quito, más las misiones jesuitas del Amazonas.

Otro acto de celebración y duelo fue la reimpression de importantes obras del período colonial como parte de la colección Biblioteca Amazonas, coordinada por Efraín Reyes. Las *Historias* de Juan de Velasco, el diario de Fritz y los informes de Saavedra y Guzmán, José Maldonado, Barnuevo, y las crónicas de Gaspar de Carvajal y Cristóbal de Acuña fueron reeditadas en ese contexto (Herrera 2018, 131). La mayor parte de estos materiales tienen cambios respecto de su versión original, particularmente en el uso del lenguaje.

En esta primera respuesta, el Estado ecuatoriano promueve una fuga hacia el pasado: es en la historia y en las crónicas donde afirmó su identidad amazónica una vez que sus aspiraciones de

una salida efectiva al río Amazonas se vieron truncadas; fue en los mapas antiguos y en los escritos coloniales donde se encontraba con su identidad y derecho de pertenencia. Pero, también se difundieron explicaciones sobre los hechos que conllevaron a la pérdida de territorios: entre ellas destaca la obra de Julio Tobar Donoso, donde la historia del oriente se analiza a través de historias posibles que no ocurrieron:

Si nuestra República hubiese sido poderosa, rica en recursos económicos y bélicos, vigorosamente disciplinada en su política interna y concedora de los deberes que le corrían de la nefaria actitud internacional del Perú, éste no habría podido desarrollar a mansalva su labor (Tobar Donoso 1945, 1).

Tobar Donoso (1945) encuentra diferentes fallas internas entre las causas de la victoria peruana, sobre todo, el desconocimiento del derecho territorial. Se propuso exponer la noción de derecho ecuatoriano a través de la historia de los límites del país y su antecedente en la Real Audiencia de Quito.

Su afiliación teórica tiene como heráldica al pensamiento conservador. Refirió a figuras como Samuel Fritz, Juan de Velasco, García Moreno y a González Suarez. Dentro de este conjunto de autores y referentes conservadores se encuentra también a Simón Bolívar, quién habría establecido el principio de *uti possidetis juris*, que permitió afinar las posiciones ecuatorianas en las disputas con el Perú (Tobar Donoso 1945, 2).

De acuerdo al jurista, Ecuador debería llegar hasta Conivos e incluir el afluente del Huasaga, así como la provincia de Maynas para llegar a la cuenca del Amazonas y colindar con Brasil (Tobar Donoso 1945, 5), Estos límites respondían al hecho de que “la presidencia de Quito” se fundó sobre los territorios en que se había asentado tradicionalmente el reino del mismo nombre, y no a la “simple creación arbitraria y facticia”, aludiendo al mítico Reino de Quito, referido por Juan de Velasco (Tobar Donoso 1945, 3).

En lo concerniente a la Amazonía republicana, Tobar Donoso afirma que fueron las misiones religiosas las verdaderas garantes de la soberanía ecuatoriana. Primero, porque el trabajo misional –particularmente jesuita– logró fijar los límites que tendría la audiencia de Quito. Luego, en el siglo XIX, ya existiendo la república, fueron las misiones religiosas las que resguardaron la soberanía ecuatoriana. De ahí que el derecho territorial del país se habría visto debilitado con su expulsión en 1901, en palabras del autor:

El crimen mayor que se ha cometido contra la integridad nacional es la desorganización de las misiones, las cuales constituían, al fin y al cabo, el mejor antemural de los derechos patrios y de

la defensa del indio, contra la codicia y el libertinaje del blanco. Por simple prejuicio se destruyó aquella estupenda labor civilizadora, que ya auguraba la restauración de la epopeya misional de la presidencia de Quito (Tobar Donoso 1945, 49).

En la descripción del jurista, las misiones jesuitas del siglo XIX –herederas históricas de las misiones religiosas coloniales– no solo funcionaron como contención al avance peruano sino como una restauración de los límites de la Audiencia de Quito. Por esto, presenta la idea de que la expulsión de los jesuitas de las misiones del Napo en 1902 fue un atentado “sectario” contra la soberanía territorial del Ecuador, y que permitió al Perú emprender “la conquista sistemática del oriente”, pues, “libre el Perú de la valla sagrada que le oponían los misioneros, se dedicó a surcar la mayor parte de nuestros ríos y dejó en ellos signos manifiestos de posesión, o, cuando menos de tenencia miliar” (Tobar Donoso, 50). El discurso de Tobar Donoso, sobre la tragedia nacional y la pérdida del territorio, no solo iba en contra del país vecino sino contra la agencia liberal. La responsabilidad no reside solo en el invasor sino en los gobiernos que no pudieron defender ese espacio.

La navegabilidad fue entendida por el autor como una forma de manifestar tenencia por parte del Perú, así como la evangelización fue la manera ecuatoriana de afianzar su posición. Para el diplomático, no se podía imputar la responsabilidad sobre la tragedia nacional a una mala negociación en la firma del Protocolo de Río de Janeiro –contrario a lo que opinaron la mayor parte de políticos del momento– sino a “un siglo de errores” (Tobar Donoso 1945, 461).

Para Tobar Donoso la usurpación territorial, aunque grave e irremediable, fue atenuada por la negociación de los acuerdos limítrofes. Esta logró mantener espacios amazónicos con importantes recursos; y a propósito de eso, transparentó la relación de la compañía Shell con el Estado ecuatoriano. Las predicciones de los técnicos de la Shell fueron acertadas; en la década de 1970 el Estado aprovechó el petróleo y la energía hidráulica –este último recurso se menciona aquí por primera vez–. Con estas predicciones, en cierta forma se encuentra un indicio de lo que significaría en el futuro la Amazonía para el Ecuador, en cuanto fuente de petróleo y energía.

El libro de Julio Tobar no presenta una exposición concreta sobre la Amazonía, su geografía, su ocupación y su historia. Su tópico principal fue el derecho internacional, con énfasis en la delimitación fronteriza. No obstante, en Ecuador no hubo conformidad con la negociación y –al contrario– se corresponsabilizó al equipo negociador de la secesión del territorio; este fue un aspecto aprovechado por el político José Velasco Ibarra, como veremos más adelante.

Durante este periodo, también en Perú se publicaron significativas obras, pero con un carácter diferente.

5.1.2 La peruanidad de la Amazonía

Una respuesta a los alegatos ecuatorianos proviene del jurista e historiador Víctor Belaúnde. Con similar alusión a las cédulas coloniales, contrapone su tesis a las ecuatorianas, pero con una particularidad: da cuenta de la historia local. Desde momentos previos a la guerra de 1941, el autor construyó una refutación contra las tesis del país vecino; esta sería publicada tras el conflicto bajo el título *La constitución inicial del Perú ante el Derecho Internacional*. El acervo que presenta es la exposición peruana en las negociaciones del Protocolo de Río de Janeiro. El libro refuta los argumentos y las estrategias ecuatorianas como ilusiones:

El Ecuador ha vivido en su debate con el Perú bajo una doble ilusión que le ha llevado a un doble fracaso: la ilusión jurídica de que podía discutir la nacionalidad y la soberanía *uti universitas* de tres provincias peruanas, colocándose en el terreno arbitrario de no menos arbitrarias interpretaciones del Derecho Colonial, para liberar lo que pintorescamente se ha llamado la batalla de las cédulas (Belaúnde 1942).

Víctor Belaúnde partió de una triple estrategia: 1. afirmó la existencia de un derecho heredado de los incas sobre el Amazonas; 2. puso en duda los argumentos coloniales que dan prioridad a las cédulas de 1802 y a la administración quiteña; 3. afirmó que los territorios aparentemente carentes de soberanía fueron administrados por el Perú. Si el Ecuador recurrió a la legislación colonial, el énfasis de la exposición de Belaúnde está en las administraciones regionales republicanas, en las exploraciones peruanas y la ocupación local, que tras la independencia incluía a las provincias de Maynas, Bracamoros y Jaen.

A pesar de no ser rica en descripciones geográfica ni etnográficas, la obra describe más a la Amazonía que su contraparte Tobar Donoso; un ejemplo de ello se encuentra en el capítulo “La Amazonía geográficamente peruana”, donde afirma que la soberanía surgiría del mismo imperio incaico (Belaúnde 1942, 356). El imperio que antecedió al Virreinato de Lima, de acuerdo al autor, validaba el dominio del Perú porque regía sobre la fuente del río Marañón: la cordillera de los Andes. Los incas son comprendidos como los antecesores de los peruanos. Aunque el texto no presenta suficientes pruebas de una presencia incaica al interior de la selva amazónica, sí manifiesta que su hegemonía en los Andes era indudable sobre “dos grandes arterias que, al juntarse, determinan el verdadero nacimiento del Amazonas, los ríos Marañón y Ucuyali, se originan en los andes peruanos” (Belaúnde 1942, 356).

Aún va más lejos, considera como un antecedente de la soberanía de su país a un conjunto de rutas y expediciones realizadas por los incas, quienes –a su juicio– tuvieron una “obsesión” con “las regiones misteriosas adonde iban a juntarse las aguas de los valles cordilleranos que ellos señoreaban” y, de esa obsesión, quedaron huellas de “los caminos en las zonas en que los Andes van a perderse en la selva” (Belaúnde 1942, 357).

Otro vestigio inca sobre la Amazonía es El Dorado. Víctor Belaúnde no lo considera real, ni como un tropo para pensar en el futuro –como invitaba Hipólito Unanue–. El Dorado es un mito, pero en cuanto mito confirma la existencia de una Amazonía inca:

A lo largo de la vertiente oriental de los Andes pueden señalarse los diversos puntos de entrada a los Antis, como se les llamaba en la época pre-colombina. A estas entradas estuvo unida la tradición o leyenda de una comarca o imperio fantástico situado en las selvas amazónicas. El Dorado es una de las formas de ese mito, que aparece en los Chipchas, situados al norte de imperio de los Incas. Otros mitos, como los de Omagua, Ambaya, Rupa Rupa, Paitite, Moxolcalpa encarnan la vinculación estrecha del Incario y de la Hoya Amazónica (Belaúnde 1942, 357).

El argumento anterior tiene nociones comunes con la perspectiva sobre la utopía andina de Alberto Flores Galindo (1993), para quien esta sería un fundamento de la identidad y la integración peruana a partir de un mito de retorno al pasado; la búsqueda de El Dorado sería una de las proyecciones de ese mito en la cultura andina. Para Víctor Belaúnde, como mito, El Dorado comprobaba y fundamentaba los límites del Estado peruano sobre la Amazonía.

A diferencia de las tesis ecuatorianas, Belaúnde no tuvo el mismo entusiasmo por las fuentes coloniales, pues considera que los cronistas “carecían de los elementos para crear la geografía científica de la Amazonía” (1942, 424); esto parece una imputación injusta a los ojos actuales, pues precisamente esos cronistas fundamentarían importantes nociones científicas contemporáneas (Chauca 2015; Safier 2016). No obstante, para este autor, Raimondi sí posee un carácter científico que no se encuentra en otros países andinos, como Ecuador y Colombia.

En esta disputa por el sentido nacional de la Amazonía, en oposición a la narrativa colombiana y como evidencia de la presencia del Perú, reivindica a los empresarios caucheros. Se los presenta como “pioneros” y portadores de civilización, cuya violencia fue necesaria de manera análoga a la que ejercieron los conquistadores españoles:

El drama de la conquista de los siglos XVI y XVII se reproduce en la vida de dolor y de lucha de los caucheros peruanos. El apogeo del caucho llevó al corazón de la Amazonía el sudor y la sangre de los pioneros de Loreto y de los departamentos vecinos. Desaparecida esta industria no

se mantuvieron inactivos aquellos elementos que representan el trabajo y la civilización (Belaúnde 1942, 428).

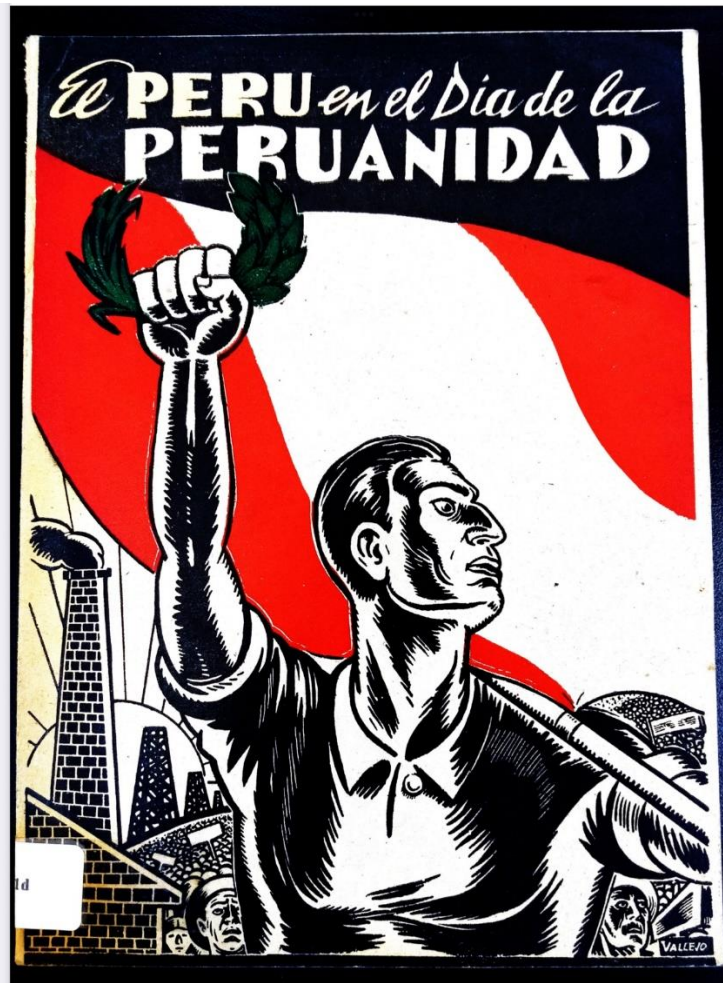
De acuerdo con el autor, la segunda conquista guiada por el caucho fue un momento de suprema importancia para la soberanía peruana, sin mencionar el colapso de esa industria y el cuestionamiento a la obra de sus empresarios como un atentado contra la civilización. De este modo, dignifica una agencia que había sido imputada por múltiples fuentes, y reivindica a los empresarios caucheros como pioneros de la peruanidad.

En cuanto al Ecuador, Belaúnde afirmó que “no han existido ni existen pioneros y exploradores ecuatorianos recorriendo las selvas amazónicas” (1942, 424). Este vacío conllevó a que su relación con la Amazonía se sostenga como una leyenda o un mito. “La región oriental debía ser para el Ecuador un país de mito, de leyenda o de misterio: para el Perú es la realidad en que vive la porción más emprendedora y audaz de sus hijos” (Belaúnde 1942, 429). Esta distinción entre una Amazonía conquistada y una mitológica, de acuerdo al autor, define una diferencia entre ambos países.

A diferencia del mito peruano de El Dorado –que, como observamos, representa una interacción real e histórica de los incas–, el mito ecuatoriano de la región oriental se presenta como ingenuidad e ilusión. Resulta curiosa la imputación, porque en el lenguaje político ecuatoriano era común emplear esta referencia al mito del oriente. En 1951, al descartar la presencia del petróleo en la región del oriente, el presidente Galo Plaza sentenció: “el oriente es un mito” (Ponce 2003, 5).

Víctor Belaúnde optó por oponer a esta la Amazonía ecuatoriana mitológica una Amazonía en proceso de civilización, con elementos mestizos y blancos, “formando parte viva de la soberanía nacional” (Belaúnde 1942, 433). Hoy, ambos relatos nacionales parecen contener imágenes míticas que estaban presentes en su momento como punto ciego por parte de quienes los defendieron, pero que eran necesarios para definir una región evanescente. Estas imágenes, a su vez, circularon a través de la literatura.

Figura 5.2. Cubierta del libro *El Perú en el día de la Peruanidad*, 1943.



Fuente: (Comité Pro Monumento Conmemorativo, 1943).

5.2. Literatura y celebración

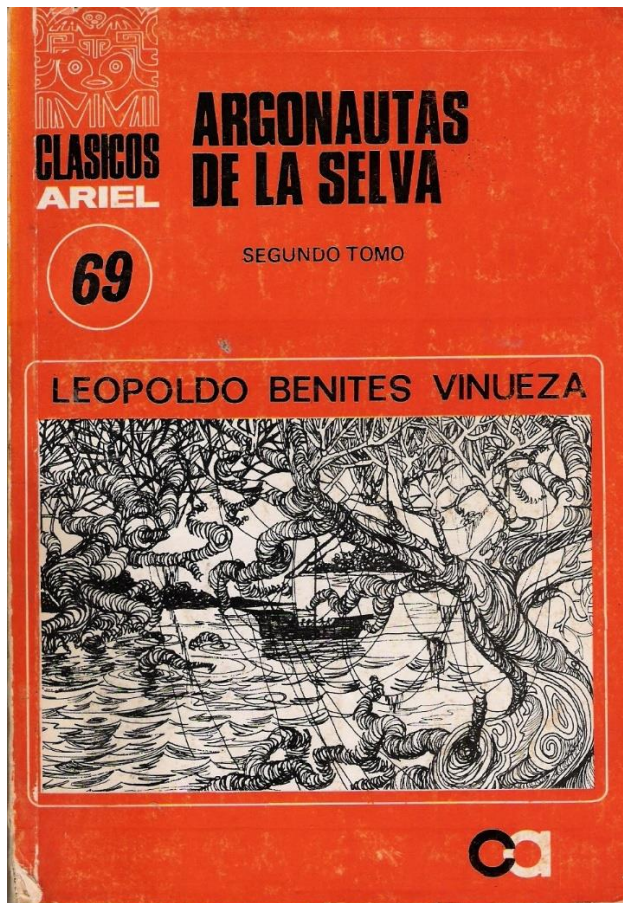
Este período no solo fue rico en polémicas y debates de derecho internacional e historia, en ambos países hubo interés por las publicaciones literarias. Allí convergen diferentes tipos géneros: un ensayo biográfico novelado sobre Fitzcarrald, la novela de Arturo Hernández, *Sangama*, sobre un brujo de la Amazonía, *Ayahuasca*, una compilación de mitos amazónicos, *El Rey del Caucho*, de Ernesto Reyna, todas estas obras fueron publicadas en Perú. Mientras en el Ecuador se redactó *Argonautas de la Selva*, una narrativa de la expedición del Amazonas, de Leopoldo Benites Vinuesa.

5.2.1 Orellana y la selva musical

La primera obra que analizamos aquí es *Argonautas de la Selva*. El título de la novela alude a la búsqueda del 'vellocino de oro', aunque gran parte de la trama trata sobre las amazonas, ambos, referencias helénicas. El escenario descrito por esta novela histórica no deja de poseer

elementos mitológicos. Pero en este relato, no son los semidioses quienes tienen el principal protagonismo, sino la selva; pero, a diferencia de la selva cárcel y devoradora de José Eustasio Rivera, la de Benites Vinueza es grande “y tan bella. Y tan misteriosa. Aquí están las grandes hojas gigantes que cambian de color. Y pájaros de plumas irisadas. Y árboles. Árboles. Árboles. Hay oro, mucho oro” ([1945] 1984, 161).

Figura 5.3. Cubierta de *Argonautas de la selva*, 1945



Fuente: Biblioteca Eugenio Espejo

En el relato, los conquistadores revisten de heroísmo, codicia y lujuria; no son héroes, pero tampoco villanos. Francisco de Orellana es reconocido como un capitán sensato, práctico y valiente; Pizarro, en cambio, es despiadado y furioso. Pero el verdadero protagonismo de la novela lo tiene el medio natural, que parece poseer una agencia propia.

La selva de Leopoldo Benites Vinueza es sonora y musical, un recurso que había sido mencionado anteriormente en la novela y en la crónica, pero con *Argonautas de la selva* las descripciones sonoras se vuelven un recurso reiterativo: “La madrugada canta. La selva es una música de pájaros y de insectos. La música de la selva es sólo la expresión de su vida interna:

abundancia” (1984, 50). Al principio del texto, los sonidos son apacibles y paradisiacos: “La selva tiene una voz orfeónica”, dice el autor, y agrega: “cada acento se acuerda y se concierta en una sinfonía cósmica” dónde el viento es “el maestro que dirige este coro de voces múltiples” (1984, 36). Pero, conforme avanza la narración, se observa que los sonidos se van volviendo angustiantes y bestiales; de la selva sale una vida multiforme y confusa: gritos de animales, bramidos de fieras, cantos de pájaros, ruidos de troncos removidos por el viento, susurro de hojas” (Benites Vinueza 1984, 85). Y, al final, estos sonidos se vuelven aterradores. A pesar de encontrarse maravillados con el entorno, los conquistadores también sienten pánico y desconcierto al ver extraviados a sus compañeros: “es como si los hubiera tragado la enorme selva” (Benites Vinueza 1984, 54). La referencia a la selva que traga parece directamente relacionada a *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera.

La novela no pone en duda que la motivación de los españoles era encontrar el reino de El Dorado. Según los informes recibidos desde el Cuzco y Panzaleo, este se encontraba en la Amazonía, ahí vivía “el cacique Dorado, monarca fantástico que solía bañar su cuerpo en goma suave y espolvorearlo de oro” (Benites Vinueza 1984, 27). Al interés suscitado por el oro, se unía el ishpingo, que asemejaba a la canela. La obsesión por “El Dorado y la Canela persistió latente y ocupó los ocios de los Conquistadores como un espejismo mágico” (Benites Vinueza 1984, 30). Este espejismo termina perdiendo a Orellana dentro de una atmosfera que lo confunde y seduce.

Hacia la mitad de la novela aparecen las amazonas; al igual que algunos de los grupos étnicos, ellas son una referencia que se sustenta en la crónica de Carvajal. Éstas tienen elementos comunes con el mito helénico, que las comprende como tribus de mujeres para quienes el macho es “un instrumento de perpetuación de la especie en vez de ser un compañero de goces e infortunios”. Ellas serían las verdaderas gobernantes de la selva:

Una reina –la señora *Conori*– preside con su imperativo mando a las mujeres guerreras. Sujetan a su redor las tribus imponiéndoles la obligación del tributo. Y su mando de hierro se hace obedecer sin vacilación en toda la amplitud de la selva (Benites Vinueza 1984, 164).

Orellana logra sobrevivir el ataque de las amazonas, así como dar de baja a varias capitanas, pero no logra vencer a la selva. Al final de la novela, carente de apoyo de la Corona, inicia una nueva expedición; ahora la selva se volverá un “infierno verde”. El conquistador muere cuidado por su esposa doña Ana, vencido por los ríos, las escaramuzas, los insectos y, sobre todo, el hambre; mientras la fiebre lo hace alucinar con El Dorado, el oro y las joyas. Al final, lo único estable que él creó, según Benites Vinueza, fue la ciudad de Guayaquil, ubicada en la

costa del Pacífico. A pesar de no poseer el carácter maligno y aterrador, la selva es –nuevamente– un espacio inconquistable que ocasiona alucinaciones y confusión.

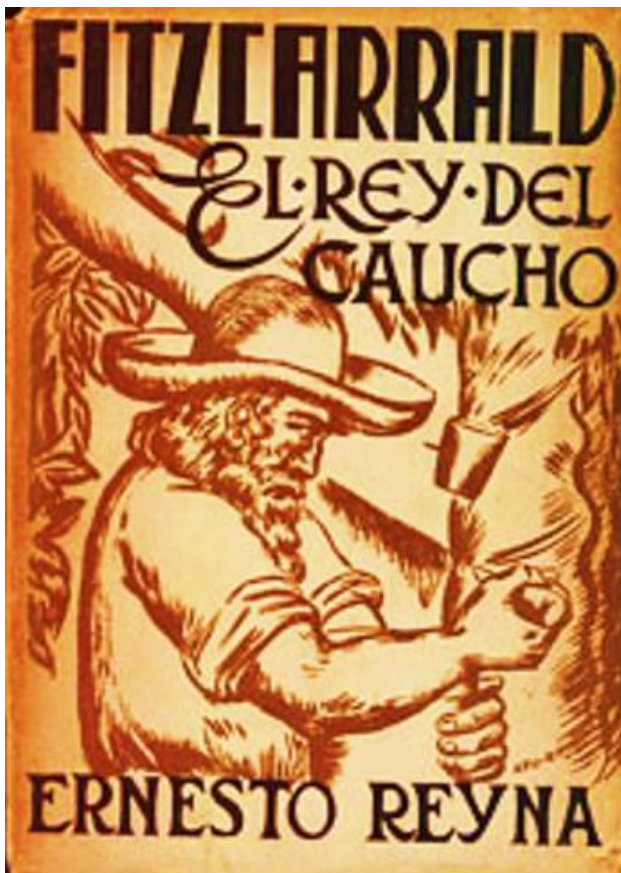
5.2.2 Fitzcarrald: el héroe de la civilización

De parte del Perú, la victoria en la guerra permitió cambiar hacia un episodio de orgullo nacional lo que fue el espacio de experiencia de la explotación cauchera, marcado por vergüenza de los escándalos del Putumayo. Se recompusieron tres narrativas que ocasionaban problemas para el Perú: la del Estado, puesta en duda hacia adentro por los movimientos independentistas de Loreto y hacia afuera por los conflictos fronterizos; la de los indígenas selváticos, a quienes los caucheros consideraban caníbales; y la de los empresarios del caucho, señalados como criminales violentos por viajeros y autoridades judiciales.

Como Morgana Herrera ha explicado, el aniversario por los 400 años del Amazonas no consistió en celebrar el descubrimiento español del río, ni la memoria de este, sino que celebraba la peruanidad de la Amazonía (Herrera 2018, 121). A continuación, me centro en el análisis de las obras de Villarejo y Reyna.

Ernesto Reyna colaboró con la revista *Amauta*, antes publicó un libro de gran valor para el indigenismo y la historia andina: *El Amauta de Atusparia* (1932). El folleto prologado por Mariátegui narró una sublevación indígena contra “la mita vial”, aquí se observa la reivindicación de un retorno al incario como una utopía subyacente en las poblaciones campesinas, y una trama narrativa que dignificaba a los sublevados. La rebelión testimonia la coexistencia de reivindicaciones republicanas que se remiten al período colonial, con elementos evidentemente modernos, liberales y republicanos.

Figura 5.4. Cubierta de Fitzcarrald el rey del caucho, 1942



Fuente: (Reyna, 1942)

De una forma muy distante al indigenismo de su primer libro, el autor construyó una biografía novelada sobre Carlos Fermín Fitzcarrald. En el nuevo texto, no son los indígenas sublevados quienes llevan el protagonismo, sino el barón del caucho. Fitzcarrald fue descrito por Reyna como un héroe con dimensiones míticas. El ingenio y el carisma del personaje supera al de los conquistadores españoles en la novela de Benites Vinuesa y, posiblemente, a la de cualquier personaje publicado con motivo del aniversario conmemorativo del descubrimiento del Amazonas. En la biografía también están presentes parajes míticos que serían buscados por Fitzcarrald, principalmente, las ruinas de Tonquini o el gran Paitití (Reyna 1942, 95-96).

De hecho, Reyna describe que el mayor descubrimiento del cauchero –el istmo que permitió unir al río Purús, afluente del Ucayali, y al Manu, afluente del Madre de Dios– se produjo en la búsqueda del Tonquini, cerro donde se esperaba hallar una fortaleza con “habitaciones con planchas de oro y muchos ídolos del mismo metal” (1942, 33).

El relato se sustenta en los recorridos fluviales que Fitzcarrald navega gracias a su linaje de mariner. Los lugares mencionados están dispersos por toda la alta Amazonía. Como se

mencionó arriba, es particularmente significativo el descubrimiento de un camino que unió a los ríos Ucayali y Madre de Dios, aunque hay abundantes descripciones sobre los ríos Purús, Manu, Urubamba, Marañón y Amazonas.

De las regiones exploradas por el personaje, sobre el Manu refiere del siguiente modo: “El que se arriesgaba por esos parajes de la selva no volvía más al mundo de los vivos. Se lo tragaba la selva; y por tanto podían ser el tigre o los indios” (Reyna 1942, 71). La selva vuelve a presentarse como devoradora de humanos, y en ella no se observa diferencia entre los indios o las fieras. No obstante, el héroe de la novela puede sobreponerse a ambos obstáculos. Estas referencias a una naturaleza enemiga son enunciadas por Fitzcarrald, junto con el bien que persiguió toda su vida: “¡El Caucho! ¡El Oro Negro! Por el caucho hemos luchado, hemos padecido. Muchos han muerto y otros desaparecieron tragados por la selva, por el infierno verde” (Reyna 1942, 71). La metáfora fue tomada de *La Vorágine*, a pesar de que se encuentra describiendo la versión de un cauchero; pero en este caso, esa selva es derrotada por el héroe de la civilización. El empresario parece inmune a esa naturaleza a la que vence y sojuzga.

En el relato de Reyna, Fitzcarrald persuade a los campas sobre que es la encarnación de Juan Santos Atahualpa y un hijo del sol, cuyo padre “lo había enviado con un mensaje, para que las tribus errantes viviesen como hombres civilizados, formando pueblos con su iglesia respectiva” (1942, 21). Quien es un héroe para los peruanos se vuelve una especie de divinidad mesiánica para los campas, que a partir de ese contacto comienzan a inculcarse de valores nacionales.

El autor reproduce un discurso pronunciado por Fitzcarrald, dirigido a emigrantes a peruanos y a indígenas amazónicos –donde resulta llamativo el carácter multiétnico y patriótico–, promete recompensas a los “hombres de Europa, Asia y América bajo la bandera de la nación peruana”, a ellos ofreció “un nuevo hogar para los desheredados del mundo”. A los ciudadanos del Perú, nuevas glorias para su bandera; y a los “pueblos campas y tribus de los cocamas, capanaguas, mayorunas, remos cashibos, piro y witotas” (Reyna 1942, 40). Aseguraba el cauchero: “Os llevo como un padre bueno y justiciero a daros el premio de los montes divinales, que se extienden por donde sale el Sol, donde abundante caza os espera; allí os daré pólvora y balas para que nuestras escopetas abatan las bestias” (1942, 40).

Aquí, Fitzcarrald es portador de la civilización y casi siempre logra la sumisión de los indígenas a partir de presentarse como un padre y de entregar regalos, como telas, cuentas de vidrio, pólvora y escopetas. Pero también es un guerrero que castiga a los indios que impiden la exploración. De hecho, se describe que “La guerra habida entre Fitzcarrald y los mashcos fue promovida por los indios que negaron al cauchero el paso del río Manú”, esta responsabilidad mereció el exterminio de varios pueblos que, según Reyna, “pagaron con sus vidas su temeraria imprudencia de desafiar soberbiamente al señor del Ucayali” (1942, 49). Los ataques a poblados, las correrías y las guerras de exterminio que dirigió Fitzcarrald fueron valorados por Reyna como un castigo justo.

El carácter guerrero del cauchero también se manifestó en el conflicto contra el Ecuador, como un sentimiento patriótico y regional:

Cuando el Ecuador; aprovechando de nuestra derrota, bajó al Pastaza y dominó el Napo, y los atrevidos Comisarios del Aguarico, con la más cínica desorbitada de las exageraciones señalaban al Marañón como la línea limítrofe, e insultaban a la bella y grande ciudad de Iquitos como una colonia del Ecuador; el patriotismo de Fitzcarrald como el de todos los hijos de Loreto, se sublevó ante este hecho, y una comisión de loretanos, entre los que se encontraba el gran explorador salió al aguarico a castigar merecidamente este atentado que hería no sólo las fibras del nacionalismo sino el orgullo regional (Reyna 1942, 76).

Las numerosas referencias a Fitzcarrald como promotor de la civilización y la peruanidad incluyen la labor de la explotación cauchera. Reyna explica la distinción moral que hacen los historiadores entre Fermín Fitzcarrald y Julio César Arana, ésta tiene que ver con su final: “solo que con la heroica muerte que tuvo Fitzcarrald se agigantó su figura hasta la leyenda dorada y magnífica” (1942, 151). Al contrario, según el autor, la figura de Arana se hizo más sombría debido a “los supuestos crímenes del Putumayo”, que formaron parte de una historia “explotada por un aventurero internacional, que ingenuamente recogió un probo funcionario judicial peruano, que quiso dárselas de Bartolomé de Las Casas” (Reyna 1942, 152).

La apología de Reyna a la explotación del caucho también descartaba que fuese real la esclavitud sexual contra las mujeres, error que atribuye a los misioneros “se equivocaban en creer que las llevaban como esclavas para repartirlas como vil mercancía” (1942, 79). Al contrario, era un trabajo donde muchas de ellas, en condición de obreras o domésticas, recibían un justo pago de los trabajadores del caucho que “volcánicamente y con apresuramiento les hacían el amor” (Reyna 1942, 79).

Posteriormente, los obreros caucheros pagaban un adelanto al patrón por la “prenda” o “compañera”, y con ella constituirían familias. De esas uniones nació una “prole musculosa, sana, sencilla”, establecida en nuevos sitios amazónicos, con una población “que representa la nueva y homogénea raza peruana del porvenir” (Reyna 1942, 80). Para Reyna, “aquellas mujeres [...] fueron sin duda las verdaderas Amazonas de la peruanidad” (1942, 80). El concepto de Amazonas cambia de guerreras mitológicas a trabajadoras, encargadas de complacer sexualmente a los obreros del caucho, y al mismo tiempo madres de la raza mestiza del porvenir.

Fitzcarrald queda retratado como un héroe; su proeza fue integrar nuevos territorios a la nación peruana. Esta integración resultó en que un entorno mortífero y devorador como la selva se vuelva un espacio de expectativas para el futuro del país.

A diferencia de las descripciones de Rivera, el mestizo y el blanco no se corrompen en la selva, sino que purifican el espacio. A diferencia de Hernández, el indígena y su pensamiento mágico no es puro ni deseable, y puede presentarse de dos maneras: al servicio del civilizado —en este caso, de Fitzcarrald, que es tomado como un mesías— o como un traidor y enemigo. En cualquier caso, no presenta adversidad para los héroes de la civilización. Tampoco la selva es un ente al que se deben temer, gracias al carácter y el empeño de estos héroes.

5.2.3 Así es la selva

Entre los textos del aniversario, aparece uno con contenido diferente. Avencio Villarejo marca distancias con la crónica y la literatura, su texto pretende ser una monografía científica de amplia divulgación. Este autor se apega más a la tradición virreinal del relato científico ilustrado.

Villarejo fue un sacerdote que en el contexto la celebración del descubrimiento del Amazonas presenta este espacio como “la selva” ([1943] 1953), tal como él lo concibe. El relato buscaba exponer y promocionar la región y no se desligaba de la tradición ilustrada, sino que convergía con ella aprovechando las ciencias contemporáneas con refuerzos de la fotografía y la estadística. Ante todo, su conclusión es que la Amazonía es apta y necesaria para la vida moderna; es un lugar habitable, con un clima aceptable: “ni el calor es asfixiante ni la humedad es bochornosa, porque así como son raros los días sin sol, también son frecuentes las lluvias” (1953, 17). Ni siquiera los animales salvajes son un problema; Villarejo asegura “que las fieras no son tan abundantes ni bravas”, en contrapartida a lo que mencionan quienes

no conocen la selva o “sólo la conocen por la lectura de caprichosas y baratas literaturas o películas “superespectaculares” filmadas en Hollywood” (Villarejo 1953, 106)

La selva es descrita como un territorio que representa un futuro prometedor, pero también donde perdura el pasado. El sacerdote escribe: “Asombra ver ese constante rebullir, entre algas, juncos y victorias regias de anélidos, lepidópteros, mántidos y bupréstidos”, ese conjunto de flora y fauna “parecen estar aún en el período de la Época Cuaternaria” (Villarejo 1953, 26). Esta delimitación temporal también aplica a las tribus, que son clasificadas como antiguas y modernas. En este discurso, la Amazonía encarna múltiples temporalidades, donde las ciudades pobladas por blancos y mestizos representa núcleos de civilización.

Al referir el proceso de civilización de las poblaciones indígenas, el autor alude al papel jugado por la extracción de caucho y el trabajo esclavo:

Existe entre todos los semicivilizados reducidos al trabajo y entre muchos de los civilizados, un estado que podíamos calificar de esclavitud por la casi omnímoda potestad que ejerce el patrón sobre ellos. Esto, cuanto tiene de deplorable lo tiene de necesario, pues si bien es cierto que se han cometido y se cometen muchísimos abusos, también hay que admitir que a los patronos se debe en su mayor parte la rápida absorción de los salvajes a la vida civilizada (Villarejo 1953, 179).

La justificación hacía referencia a una necesidad histórica de integrarse al conjunto civilizatorio a través del trabajo esclavo, para luego liberarse del mismo. La esclavitud es asumida como un mal necesario. De esta forma, al igual que en la narración de Ernesto Reyna, hay una apología a los caucheros en cuanto promotores de la civilización, sin que en Villarejo se justifique o se valide completamente esta empresa esclavista como algo más que un mal necesario.

La selva ya es parte del entorno peruano, contiene ciudades y moradores mestizos. Respecto a ella, se ha sobrevalorado la peligrosidad de los abundantes animales y el salvajismo de los pueblos indígenas. Pero sobre todo la selva es una promesa para el futuro.

5.3. El oriente: modernidad y colonización

Es solo hasta la década de 1950 que empieza a configurarse una nueva utopía con proyección continental. En ese momento hay entusiasmo en todo el continente por ocupar el espacio amazónico, y este ofrece al mundo abundantes recursos. La Amazonía vuelve a ser una prioridad estatal. Su inmensa extensión era una solución para un problema urgente: la crisis demográfica. Una tierra sin hombres para hombres sin tierra fue una de las consignas que

comenzó a extenderse; la selva respondía a la preocupación por la sobrepoblación en las ciudades.

En el período, la Amazonía mostró cambios abruptos en su ocupación. De acuerdo diferentes investigadores, hay transformaciones de orden demográfico, cultural, económico y ambiental tanto en Ecuador (Salazar 1989; Martínez Sastre 2015; Wasserstrom y Southgate 2013) como en Perú (Santos-Granero y Barclay 2002; Espinoza Soriano 2016; Varese, Apffel-Marglin, y Rumrill 2013). Estos cambios consistieron en la colonización de la selva, la expansión de la frontera agrícola, la construcción de infraestructura vial y aérea, la extracción de recursos y la modernización de relaciones sociales al disolverse las haciendas.

Esos cambios en las zonas de frontera estuvieron acompañados por una nueva forma de referir y significar la Amazonía, que volvió a adquirir el sentido de una región llena de objetos de potencial mercantil. Pero, en esta ocasión, la utopía estaría articulada con las industrias de vanguardia y alta tecnología, como es el caso del petróleo y la construcción; el territorio se tornaba en espejo de la tecnociencia (Sharon 2017, 271).

Por otra parte, en el Perú de 1960 Joseph Tosi publicó un interesante ensayo sobre la ecología de diferentes “zonas de vida”. Las zonas de vida hacían alusión a la composición biogeográfica donde el país andino era representado por el privilegio de una inmensa diversidad al poseer 7 zonas de vida. Esta perspectiva, aunque contribuyó a la nacionalización de la selva y en su obra se puede observar la definición de la montaña como una región de difícil acceso, pero abundante riqueza natural. Así mismo, dentro de las siete regiones que encuentra en el Perú, atiende a la diferencia entre la selva alta y la selva baja (Tosi 1960). El autor realiza un mapa ecológico del Perú y una extensa monografía sobre el mismo; parte de la idea que el país posee “una heterogeneidad biológica y fisiográfica casi increíble” (Tosi 1960, 2). Su metodología se basa en Leslie Holdridge quien, a su vez, se sustenta en Humboldt. A partir de ambos regresa a la idea de microcosmos creada por Unanue y apropiada por Humboldt (Cañizares-Esguerra 2006; Thurner 2012, 124).

Para Tosi la riqueza de la selva y del Perú tiene que ver con su diversidad. No deja de ser llamativo que, a pesar de que este autor fue un crítico prematuro de la colonización de la selva alta, las vías y la deforestación, este libro fue una de las fuentes que utilizó Fernando Belaúnde para fundamentar su programa de conquista y colonización vial (Belaúnde 1959).

De acuerdo a Tucker Sharon (2017, 187), la metodología de Tosi brindó elementos cognitivos claves para que el Instituto Nacional de Planificación incorpore la región amazónica dentro de

sus programas. Esta consecuencia resulta contradictoria con la expectativa del autor, precisamente, de detener la colonización y la construcción de carreteras en el pie del monte amazónico.

En Tosi y Víctor Belaúnde se puede observar cómo cambia la idea de montaña, desde un espacio general a dos regiones biogeográficas: selva alta y selva. Esta modificación vino acompañada de una transformación técnica ofrecida por la fotografía aérea, e inició un momento donde la conquista amazónica podía ser definitiva alcanzando la región montañosa y no navegable de la misma a través de una carretera.

5.3.1 Una utopía de cemento

Fernando Belaúnde Terry fue un arquitecto innovador en la construcción de unidades habitacionales, Kahatt (2015) lo consideró un utopista por su modelo de construcción moderno e inclusivo. Para el presidente y arquitecto la construcción de infraestructura era el medio para superar los problemas del Perú. Belaúnde fue el primer político que en sus recorridos de campaña visitó todos los municipios del país. Sus viajes tuvieron como finalidad identificar las instalaciones faltantes y crear una base social que apoye su programa, esta base luego fue empleada para la construcción de infraestructura.

El sistema que inspiró al presidente fue el incario. Concibió la acción popular o *minka* como un medio para ejecutar su política pública y al *Qhapaq Ñan*, o Camino del Inca, como un horizonte de obra pública (Belaúnde 1959, 23). El Perú tenía un destino de grandeza a través de la conquista de nuevas áreas donde emplazar vialidades; esas áreas serían los espacios selváticos donde el incario tuvo una presencia marginal. Así, la nación iba a culminar una tarea que iniciaron los incas.

Su proyecto alcanzó una dimensión continental y multinacional en Uruguay, durante la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos de 1967. En esa cumbre, destinada a prevenir la insurgencia guerrillera a partir del poblamiento de nuevas áreas, la colonización de la Amazonía sería considerada una prioridad. Dentro de este proyecto, las carreteras de Belaúnde cumplían un papel especial.

Carlos Malpica, investigador de alta relevancia durante los años 1970, encontró múltiples relaciones entre Acción Popular –el partido fundado y dirigido por Belaúnde– y diferentes grupos empresariales de las ramas de medios de comunicación, construcción, extracción minera y de petróleo. De acuerdo con Malpica (1970), estos grupos, así como las presiones exteriores, harían que el presidente modere su discurso nacionalista y modernizador.

5.3.2 La ceja de montaña y la gran carretera

Fernando Belaúnde empleó los conceptos de “nuevas áreas”, selva, Amazonía, Oriente y montaña; entre ellos, el último y, particularmente, alta montaña o ceja de montaña fueron los más utilizados en sus textos para distinguir a la estribación cordillerana, donde aseguraba que se encontraban las mejores tierras y los mayores recursos del Perú. El concepto Amazonía abarcaba al conjunto de regiones que componen la cuenca del Amazonas, y fue empleado, sobre todo, cuando trató la navegabilidad de los ríos; el de Oriente, o *Ante*, refiere al espacio que se encuentra opuesto a la sierra y a la costa; como montaña se designó a las zonas no agrícolas, ni urbanas; la selva se empleó para describir a los bosques húmedos y sirvió para nominar a su magna obra, La carretera Marginal de la Selva. Finalmente, las “nuevas áreas” no referían exclusivamente al oriente peruano, sino a todo espacio adaptable al asentamiento humano a través de la técnica e infraestructura.

La ceja de montaña era una región prioritaria para la colonización, y las vías serían el primer medio para dinamizar su urbanización y economía. La ampliación vial llegó con un primer recurso, la madera: “puede estimarse un promedio de 10,000 pies cuadrados por hectárea, siendo las principales especies el cedro, la caoba, el tornillo, el ulcumano y una infinidad de maderas raras y finas a las que podría creárseles mercado” (Belaúnde 1959, 86). Fernando Echavarría (1991), de hecho, estimó que esta vía ocasionó una fuerte deforestación en el valle de Huallaga.

Los siguientes productos que planificó Belaúnde fueron el café, que podría dar frutos en los cuatro primeros años, y –“más importante que el café”– el cacao, que crecería en condiciones ecológicas ideales. Posteriormente, sería apta para el cultivo de frutas, algodón y castaños la región del Madre de Dios, y ganadería la de Bagua (Belaúnde 1959, 86).

Los recursos explotados podrían convertir este espacio en “el granero y fuente de exportaciones del Perú” (Belaúnde 1959, 86). La metáfora que señala a la ceja de montaña como un potencial granero es muy recurrida en el discurso del presidente y no deja de ser interesante, por tratarse de la selva, un lugar poco apto para la agricultura como para la conservación de productos agrícolas. Aunque en cuanto proyecto no era novedoso, fue uno de los horizontes de expectativas presentes desde Humboldt y, sobre todo, desde la Ilustración peruana con Unanue y Raimondi. La conquista de la ceja de montaña supone, entonces, la oportunidad de integrar ciencia moderna y la organización incaica en el desarrollo económico del Perú.

5.3.3 Tierra sin hombres para hombres sin tierra

La principal justificación de los planes de conquista de la montaña fue demográfica. Belaúnde alertó sobre la existencia de un problema concerniente al aumento de la población y a un posible desabastecimiento agrícola que, junto a la “crisis provinciana”, tenían como consecuencia la migración hacia Lima.

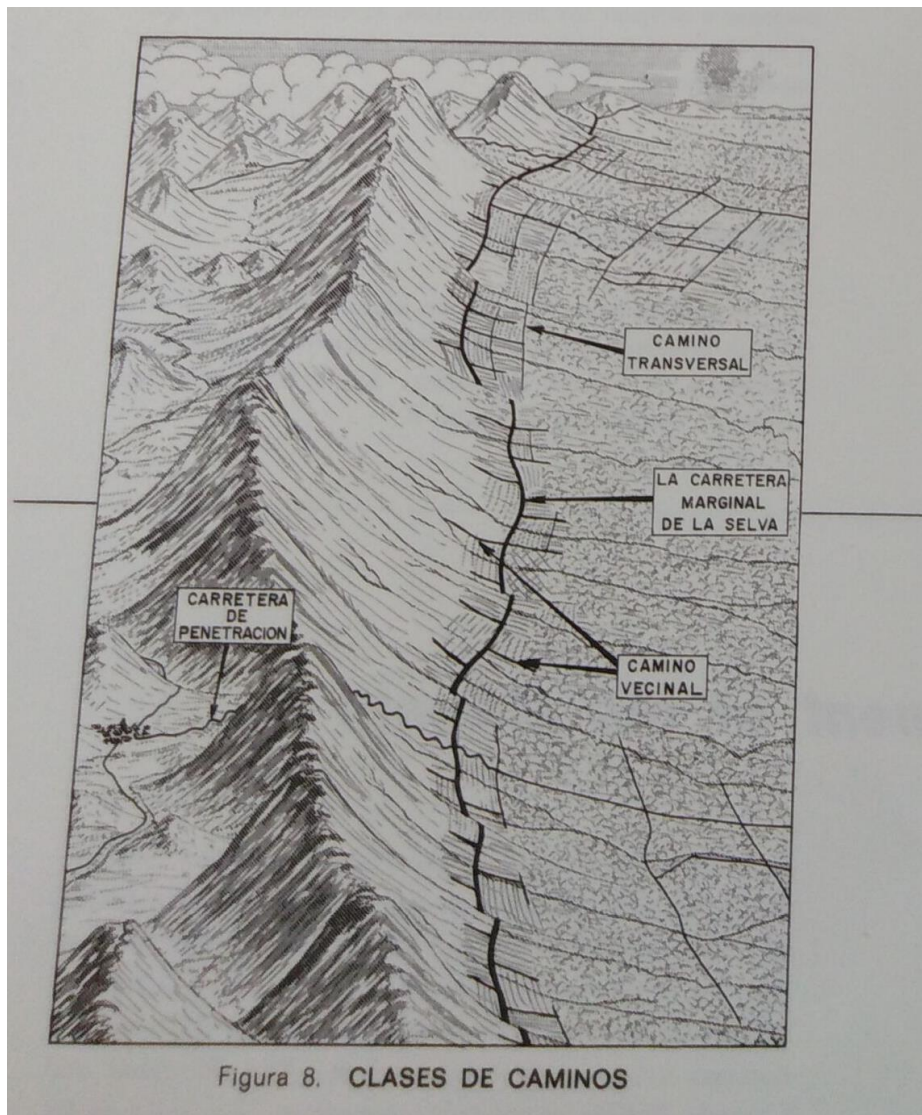
El arquitecto propuso tres vías frente a este problema: la reforma agraria, el mejoramiento de las tierras a partir de tecnologías de riego y la colonización de nuevas áreas en la ceja de montaña, que sería “la solución más rápida y económica”. Según el plan de Belaúnde, la colonización tenía “un costo infinitamente menor que el de la irrigación de la Costa y en condiciones climáticas mucho más favorables que las que ofrecen las zonas de gran altitud” (Belaúnde 1959, 92). El problema encontraría una solución en la montaña como un espacio vacío y disponible.

La carretera iba a establecer una transición del tropo de “tierra sin hombres para hombres sin tierra” a una región ocupada por la población andina y costera, articulada a uno de los puertos de la república. Las vías facilitarían una nueva propuesta de regionalización para el Perú. En la lectura de Belaúnde, la zona ceja de montaña no sólo conformaba una nueva región, sino que supondría ventajas económicas y administrativas para las regiones de la sierra y la costa (1959, 105).

En sus planes, este espacio sería rápidamente codiciado por diferentes colonizadores que cubrirían por sus propios medios muchos de los costos de la infraestructura, a partir de créditos y capacitaciones prestadas por el Estado (Belaúnde 1959, 111). La aspiración del gobierno se expresó con la metáfora de “caja de ahorros vegetal”. Belaúnde planificó que, gracias a los colonizadores, el Estado podría disponer de recursos para ejecutar sus obras: “se basa en la premisa de que las tierras de montaña sólo deben venderse a quienes estén dispuestos a sufragar los costos” (1959, 92).

La estrategia incluía a inversionistas, colonizadores y ciudadanos que trabajen en la construcción. Se trataba de una gran movilización nacional que iba a conducir a la peruanización de la ceja de montaña, a la conquista de esa última frontera que había escapado a la integración (Belaúnde 1959, 117).

Figura 5.5. Clases de caminos, 1965



Fuente: (Tippetts, 1965).

5.3.4 La conquista del Perú por los peruanos

En el discurso de Fernando Belaúnde, los conceptos geográficos fueron menos elaborados que el de conquista, “el Perú ha sido teatro, a lo largo de toda su historia, de sangrientas luchas que crearon abismos entre vencedores y vencidos”. Estas experiencias de violencia lograron la unificación peruana. Pero la conquista y el país no se encontraban plenamente acabados:

La unificación pre-incaica, que insinúa la presencia de restos de las culturas Huaylas-Chavín en varias partes del territorio, *fue* evidentemente lograda y destruida por la fuerza. Más tarde los Incas alcanzaron la unidad imperial en luchas sangrientas para dominar, entre otros, a los Chancas y a los Kollas. Los primeros latidos de vida del Imperio, como en el caso del hombre, tuvieron sus rasgos de dolor y sangre. El conquistador español se impuso por la fuerza y la

crueledad frecuentemente opacó su victoria. En cada conquista el eco de las trompetas victoriosas fue el llanto de los huérfanos (Belaúnde 1959, 117).

El sentido benéfico de la conquista del Perú, en términos del presidente, fue la unidad nacional y racial “lograda por el denominador común del mestizaje” como “fusión de dos culturas”. Sin embargo, esta consolidación se dio solo en la sierra, la costa y, en una muy pequeña escala, en la selva, “dejando casi intocada la “ceja de montaña, hábitat lleno de promesas para la juventud” (Belaúnde 1959, 117). La misión histórica de la nueva generación sería consumir esta conquista, que se presentaba enmarcada por una especie de teleología histórica, donde el Perú era una entidad que debía existir mediante la conquista, y ésta se encontraba aún inacabada. La ceja de montaña sería el paso necesario para consumirla y la juventud el agente que la volvería posible. Adquirían preeminencia los jóvenes en un relato donde nuevamente se situaba al Oriente como la región de futuro.

El objetivo era extender la frontera de la modernidad a una naturaleza selvática. Su retórica fue patriarcal: la fuerte presencia sobre una selva virgen a la que se representa feminizada (Sharon 2017, 281). A la par de lo anterior, el arquitecto comprendía a la región como un lugar de disputa con el pasado y, en ese sentido, la conquista tenía una dimensión heroica, incluso bélica.

Para Belaúnde, los peruanos habían dominado “Los Andes rebeldes y difíciles [en] los valles serranos y en la vertiente occidental” (1959, 174). Sin embargo, la “acción civilizadora” estaba incompleta en la vertiente oriental: “allí no se han librado sino escaramuzas colonizadoras”. [...] La gran batalla en la conquista del Perú por los peruanos será la que complete nuestro dominio de la cordillera que define al país” (1959, 174).

La ocupación de la montaña sería la consumación del dominio sobre los Andes. La reflexión de Belaúnde tiene su origen en dos narrativas históricas del siglo XIX; por un lado, vemos la presencia de un sujeto peruano en una narrativa que parte del incario y sobrevive a través de un espíritu comunal expresado en acción colectiva propia de Lorente (Turner 2012, 197). Por otro lado, el concepto de una conquista inacabada, donde el Perú independiente es el que está destinado a realizarla, descrita por Herrera en su sermón de 1846 (Turner 2012, 216).

A diferencia de otros momentos históricos, el presidente no explicita la necesidad de una ocupación violenta y suprime la dicotomía entre víctimas y victimarios. Por las características de la región, la conquista de la montaña era una lucha que no se pagaría con el “alto precio de la sangre”, sino con “la honrosa moneda del esfuerzo puesto al servicio de la patria (Belaúnde

1959, 141) Esto converge con las utopías de Unanue y Raimondi, dónde el efecto civilizador se imbricaba con la agencia de la ciencia y la tecnología.

A pesar de ser pacífico, el avance sobre la ceja de montaña se haría también por medios militares. Belaúnde refiere a la juventud militar junto a la juventud civil. Buscó articular una coalición dónde los recursos estatales, tanto militares como civiles, operen en la construcción de carreteras, en la urbanización y el abastecimiento de los poblados amazónicos.

Consideraba que la construcción de infraestructura y el desarrollo económico de la región era la mejor forma de garantizar su protección. De hecho, para el arquitecto, uno de los peores errores militares que tuvo el Perú fue no desarrollar la “montaña alta”, pues esta región habría servido para la retaguardia militar en los conflictos bélicos:

Si tenemos que lamentar en el Perú la pérdida de vastas regiones selváticas, ella se ha debido, en gran parte, a haber descuidado las comunicaciones y a haber carecido de un desarrollo oportuno, largamente postergado; de la Montaña Alta, que habría sido punto de apoyo, en hombres y abastecimiento, de los sacrificados guardianes de nuestras fronteras (Belaúnde 1959, 119).

Esta apelación parecería dirigida al Ejército y a los sectores más nacionalistas del Perú, a quienes les preocupaba el estado de la soberanía en las fronteras que, a decir de Belaúnde, era tan importante como el de la ceja de montaña en términos logísticos. Pocos años después, fue la Alianza para el Progreso la que privilegió un accionar reformista de las fuerzas armadas, que incluiría el acercamiento del ejército a las tareas desarrollistas, precisamente, en áreas como la ceja de montaña de los países andinos (Sharon 2017, 80; Philip 1980).

La Conquista del Perú por los peruanos planteaba emplear al Ejército para la construcción de infraestructura, el abastecimiento de las localidades y para dotar de personal calificado a los poblados aislados. También se favorecía que los indígenas selváticos ingresen en esa institución, como una forma de incorporarlos al Estado. Así, el Ejército sería una “escuela que incorpora a la cultura [a] la juventud aborigen”, resolviendo los conflictos interétnicos de forma pacífica (Belaúnde 1959, 126).

La Fuerza Aérea y la Marina también tendrían una misión. La primera debería levantar una carta topográfica superior a la ya lograda gracias al Servicio Aerofotográfico, que hizo el mapa ecológico del Perú (Belaúnde 1959, 121). Y el encargo de la Marina, no menos importante, sería la construcción de puertos e infraestructura, con la expectativa de crear rutas fluviales al servicio del país. Pero, más relevante que eso sería el rol de esta última fuerza para el servicio cívico fluvial, que consistía en poner los diferentes sistemas de transporte por ríos en favor de las “pequeñas poblaciones” o las “aglomeraciones humanas”. Este servicio tendría

dos turnos al día, para cubrir las necesidades logísticas, alimentarias, económicas, educativas, comunicativas y hasta recreativas (Belaúnde 1959, 122-23).

El libro del arquitecto también requería de la agencia civil de las instituciones educativas. Estas fueron entendidas como responsables de coordinar los esfuerzos a partir del Instituto de Altos Estudios de la Nación; allí, estudiantes y docentes de disciplinas como ingeniería, etnología, sociología, arquitectura, salud pública y agronomía coordinarían esfuerzos para volver factible la obra pública que requería el proyecto de colonización vial, logrando así hacer una carrera como docentes (Belaúnde 1959, 139).

Y, al margen de la agencia civil y estatal, se encontraba una dimensión técnica. En el transcurso de la construcción de carreteras, hubo un gran interés por todo tipo de maquinarias; estas pasaron a desempeñar un papel de heroico. Podemos afirmar que el desencantamiento de la selva, referido por Eduardo Kohn (2021, 124), se opondría a un reencantamiento elaborado por el discurso patriótico que celebra la llegada de las máquinas como heroínas y agentes de cambio (Sharon 2017, 131).

La conquista planificada por Fernando Belaúnde no fue pensada contra el elemento humano, era una ocupación territorial, una lucha contra la selva. Se aspiraba a dominar la montaña y consolidar la presencia peruana en toda la Amazonía. No obstante, el proyecto no fue exclusivamente nacionalista, ni soberanista, sino que incluía una dimensión continental.

5.3.5 El espejo bolivariano

Desde la Conferencia Panamericana de Vivienda y Planificación de 1957, Fernando Belaúnde propuso que su modelo de colonización vial fuese extendido por toda América del sur a través de una carretera que bordearía la selva amazónica. Esta inmensa obra iba a facilitar la integración de los países de la cuenca del Amazonas con mucha mayor velocidad que la carretera Panamericana; pero la misma requería del apoyo de gobiernos, organismos de crédito y los “bancos mundiales”. Esta línea de crédito iba a volver posible un mercado común que, sin la integración vial, no pasaría de ser una utopía (Belaúnde 1959, 114). En cambio, la inmensa autopista que unificaría el contorno del continente, integrando los ríos Orinoco y Paraná, junto a los sistemas hídricos amazónicos, no fue considerada una utopía, a pesar de su monumentalidad.

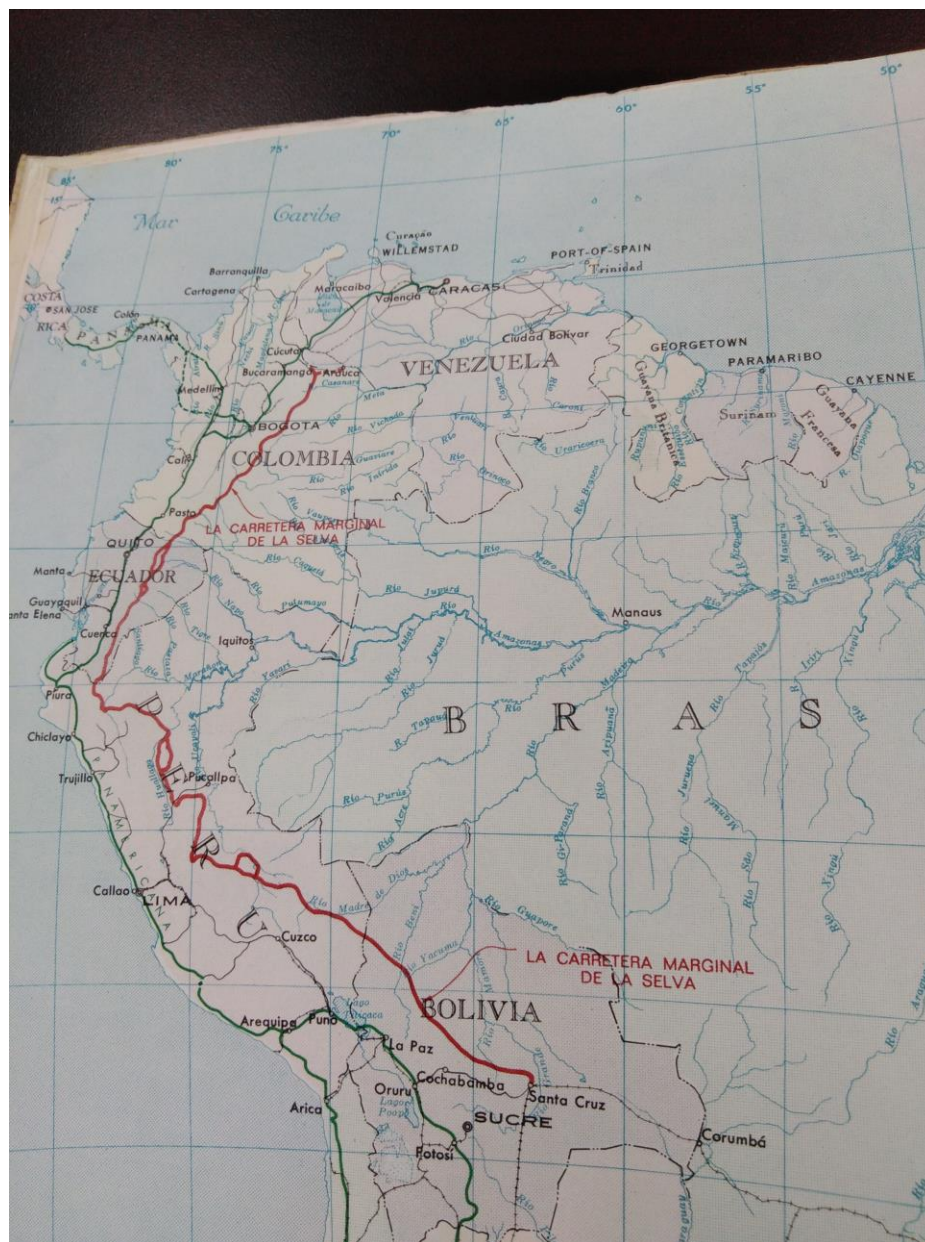
En este sentido, la conquista del Perú por los peruanos lograría que el país conduzca la deseada integración suramericana, a partir de sus experiencias de desarrollo vial y su historia imperial inca, teniendo como centro la montaña. Y la propuesta de Belaúnde fue aceptada en

la Cumbre de la OEA, celebrada en Punta del Este en 1965 (Sharon 2017, 3). Luego, esta carretera se designó con el nombre de la “vía Bolivariana”.

Cuando retornó al Perú, celebraba que se emprendiera la construcción de su mega carretera frente a una multitud que lo aclamaba, diciendo: “qué me aplaudes pueblo peruano si yo por tu boca he hablado” (Belaunde Terry [1965] 2012). El apasionado discurso ponía énfasis en que fue la unidad nacional lo que permitió que toda América emprendiera el camino del Perú. El mandatario renunciaba así a su identidad individual y a la autoría de su proyecto para asumir la voz de su país en conjunto. Fernando Belaúnde en su auguraba: “Cuando Sudamérica se mire a sí misma en su gigantesco espejo Amazónico verá que es mucho más hermosa y fuerte de lo que ella misma creía” (2012). La región amazónica para era un espejo de grandeza, donde América no veía reflejado lo que era sino lo que podría llegar a ser en su mejor versión: sin problemas agrarios ni miseria, sin conflictos limítrofes. Gracias a la técnica y a la voluntad, la Amazonía podría volverse el elemento que potencie al continente y en torno al cual se logre la integración.

La propuesta de Belaúnde se mantiene inconclusa hasta este momento, aunque es común que existan iniciativas –tanto al interior de los países andinos como a través de organismos multilaterales– que buscan renovarla; en general, se compone de fragmentos de carretera, algunos empleados por el narcotráfico como rutas áreas. El proyecto nunca se consumó, no obstante, en la propia época de su gobierno, la Amazonía fue teatro de conflictos que contradecían plan.

Mapa 5.6. Mapa del proyecto Carretera Marginal de la Selva, 1965



Fuente: Tippetts et al. 1965.

5.3.6 La selva trágica

Destaca el interés del presidente por crear una identidad y un modelo de planificación inspirado en el incario. No era la primera vez que ocurría en el Perú; Paul Gootenberg (1998) explica el fuerte impacto que tuvo en el país la idea de reactivar la infraestructura y tecnología incaica; esta fue promovida por las élites políticas y los intelectuales a finales del siglo XIX y se extenderían hasta principios del siglo XX.

No obstante, la identidad indígena amazónica es antinómica con esta perspectiva, su rechazo al Estado y a las jerarquías sociales, sus pocas –o, al menos en esa época, mal comprendidas– mediaciones técnicas con la naturaleza, no eran viables con el proyecto estatal. Fue urgente para Belaúnde incorporar a estos nativos como peruanos y, en determinado momento, castigar a las poblaciones que resistan esa incorporación.

En su gobierno hubo episodios que destacaron por la confrontación violenta con las poblaciones indígenas. El primero ocurrió en 1964 y se dio a partir de un ataque del grupo matsé (Aguarunas) a un equipo de madereros que abrían una trocha. La respuesta del gobierno fue desplegar al Ejército con el apoyo de la Fuerza Aérea. El episodio fue recogido por la revista *Caretas* en un reportaje titulado como *Selva trágica*, como una lucha entre “civilización y barbarie” en “un territorio en donde hasta ayer campeaban las víboras y el tigre” (Levano 1964).

Otro episodio de alta conflictividad ocurrió la selva central, precisamente en la región asháninka, repitiendo el teatro de operaciones que dos siglos antes habría presenciado la rebelión de Juan Santos Atahualpa. En el contexto de la guerra fría, un foco del Movimiento de Izquierda Revolucionaria logró respaldo de algunas comunidades asháninka, lo que ocasionó ataques y bombardeos contra esta población por parte del Ejército y la aviación. A pesar de que los guerrilleros fueron derrotados, otros grupos armados lograron presencia en el lugar (Fernández y Brown 2001).

Por otra parte, durante el gobierno de Belaúnde la Marginal de la Selva fue objeto de escrutinio, pues los adversarios del Ministro de Hacienda Sandro Mariátegui sospechaban que habría favorecido, a través de créditos, a grupos empresariales cercanos al presidente (Malpica 1967, 17; Quiroz 2013).

La imputación dirigida por la oposición –que se relacionaba con la negociación de los campos de Talara en Lobitos– no encontraría en la Marginal de la Selva suficientes indicios contra Belaúnde, y ésta continuaría construyéndose por décadas. Por otra parte, numerosos sectores, incluyendo el diario conservador *El Comercio*, reclamaban la nacionalización del petróleo peruano. Los acuerdos alcanzados entre el mandatario y la International Petroleum Company fueron comprendidos por las Fuerzas Armadas y los sectores nacionalistas como una capitulación (Aguirre 2018, 41). Esos sectores darían un golpe de Estado, poniendo fin a su gobierno.

El proyecto vial se mantuvo dentro del Estado, aunque sin la misma vitalidad e importancia. La Amazonía seguiría siendo una zona de interés, pero ahora orientado a la reforma agraria y la protección de los indígenas amazónicos. A pesar de lo anterior, la carretera Marginal de la Selva, causó múltiples problemas sobre los territorios indígenas, algunos de los cuales derivaron en violencia (Brown, 1984).

Una trama similar ocurrió en el Ecuador, en este país también fue relevante el rol de las vías en los proyectos de modernización, pero en ese país el petróleo fue lo que ocupó el papel de elemento dinamizador.

5.4. Velasco Ibarra: de la retrotopía al nuevo Dorado

un territorio invadido, regido por un gobierno que fue incapaz de defender la heredad. Tras la guerra, en el Ecuador la Amazonía adquirió la forma de un espejo de la nación. El país se representaba como territorial. En ese ambiente de decepción y deslegitimación reapareció uno de los presidentes que mayor peso le otorgó al oriente como un espacio de redención.

Velasco Ibarra hizo su carrera política en torno a la cuestión limítrofe con el Perú. A partir de su segunda presidencia, asumió el gobierno bajo la figura de redentor nacional en medio de una avalancha política que implicaba –en palabras del caudillo– la alianza entre “el comunista y el fraile” (De la Torre 1993, 209). Desde sus primeros mandatos atendió al problema de la frontera, no obstante, en sus cinco gobiernos la cuestión amazónica fue ganando importancia conforme se difundió la imagen de una Amazonía usurpada. Finalmente, fue en su último gobierno cuando se perforaron los campos petroleros amazónicos.

El discurso de Velasco Ibarra sobre la cuestión oriental cambió de acuerdo a los momentos políticos del país, pero mantuvo una constante, en cuanto la necesidad ética de justicia, que deriva de una concepción del mundo filosófica y maniquea, derivada de sus investigaciones filosóficas.

5.4.1 Una utopía filosófica

Velasco Ibarra fue abogado de profesión y gran parte de su obra escrita se enfocó en el derecho electoral y el derecho internacional, pero tuvo una gran afición por la filosofía. En sus discursos eran frecuentes las referencias a Platón, Hegel, Ortega y Gasset, Nietzsche, Heidegger y Sartre, muchas veces desprovistas de sus complejos sistemas conceptuales pero adecuados de forma didáctica para un público amplio. Entre otros temas, planteaba una disputa maniquea –en el sentido más estricto del término pues asumía su simpatía por el profeta persa Mani– entre *conciencia* y *barbarie* (Velasco Ibarra y Ayala Mora 2000).

Para Velasco Ibarra, la condición de barbarie es un tropo frecuente y sostiene parte de su sistema ético-político. Esta se diferencia del concepto usado en los discursos ilustrados y decimonónicos en que no implica “barbarizar” al sujeto externo ni considera a los indígenas selvático como bárbaros. Al contrario, es una condición general para el pueblo ecuatoriano. Para Velasco Ibarra, sustentado en principios neoplatónicos, la barbarie sería la ausencia de “conciencia”, y esta última solo es alcanzable mediante la conducción sabia e iluminada del Estado, encarnado en la voluntad del presidente.

El pueblo –o la “querida chusma”, otro tropo habitual en el discurso del presidente– se encontraba sumido en la barbarie por culpa de las élites, que muchas veces estaban representadas en los partidos políticos de oposición, ya sean de izquierda o de derecha, mientras que el pueblo estaba representado por el mismo Velasco Ibarra. La conciencia como modernidad y como bien moral es lo que tiene que irradiar el Estado a través de la obra pública y la educación. Posiblemente, esta democratización de la perspectiva del buen salvaje, o de la pureza ingenua de la chusma, haya implicado que se enfoque en las poblaciones amazónicas como grupos pertenecientes a la nación, coincidiendo con las posiciones que tendría un siglo antes el geógrafo Manuel Villavicencio (Villavicencio 1858; Sevilla Pérez 2013).

Al igual que Fernando Belaúnde, viajó por todo el país durante sus campañas políticas y en ejercicio presidencial. En sus recorridos identificó personalmente algunas de las necesidades que consideró urgentes y que atendió o usó para lograr apoyos sociales. Fue un presidente de obras, que construyó su imagen a través de prebenda (De la Torre 1993). Pero, a diferencia del peruano, no logró instituir un movimiento propio, razón por la que convergió con diferentes partidos políticos de ideologías disímiles. No obstante, sus alianzas siempre duraron períodos cortos, debido a que su liderazgo carismático se constituyó en torno a su propia figura y no a un programa político partidario (De la Torre 1993; Manguashca y North 1991; Cueva 1988).

Para Velasco Ibarra, el Oriente se comprendía a partir de la noción de justicia –algo abstracta, por la vocación filosófica del caudillo–. En un primer momento esa justicia iba a darse a partir del diálogo civilizado entre los mandatarios del Ecuador y el Perú; tras la guerra de 1941, ella se entendía a partir del derecho internacional y la soberanía; y, en el último período, la justicia provendría del reparto de la riqueza petrolera.

5.4.2 El Ecuador amazónico

En 1927, cuando Velasco Ibarra era columnista del diario El Comercio, hubo una primera referencia a la cuestión limítrofe, surgida del aniversario de la batalla de Tarqui, que tradicionalmente sirvió para exaltar el patriotismo ecuatoriano. La batalla se dio en las inmediaciones de Cuenca en 1829 y puso el fin a una guerra entre Colombia y Perú. Se disputaba la provincia oriental de Maynas, así como Cuenca y Guayaquil. El conflicto se zanjó de forma favorable para Ecuador. El relato nacionalista ecuatoriano ha colocado la invasión peruana como el origen de múltiples traiciones.

En uno de sus primeros textos, Velasco Ibarra ([1927] 1974e) rechaza la interpretación convencional. Para el líder político la guerra no fue responsabilidad del pueblo ni del Estado peruano. Los verdaderos agentes de ese conflicto serían los liberales cercanos a Santander y los “jacobinos anacrónicos” en Colombia, quienes eran los verdaderos enemigos del bolivarianismo. En este primer momento, su posición historicista parecía alinearse más con la política del partido Conservador que con el patriotismo antiperuano.

De acuerdo al autor, para afirmar sus tesis limítrofes, los ecuatorianos debían abandonar “el sistema conducente de injuriar a los Estados vecinos, de declamar y ser faroleros”. Lo sensato era abandonar “los títulos escritos en papeles viejos” y acudir a un argumento que proyecte al país en el futuro. En ese futuro imaginado por Velasco Ibarra (1974e, 89-90) el Ecuador no puede “quedar privado de la imprescindible expansión en el Oriente”. Desde este momento ya establecía una relación entre el Oriente y los tiempos futuros que fue reiterativa en su retórica.

Ya en calidad de presidente, en 1934, se refirió con optimismo a la cuestión limítrofe en su primer informe de gobierno. Refiere a un viaje que había efectuado al Perú, donde ambas partes se comprometieron a resolver el conflicto gracias a la “herencia hispana” y “la amplia amistad bolivariana”. Para Velasco Ibarra el fallo de un arbitraje externo, propuesto por el mandatario peruano Oscar Benavides, era “el único que satisface ampliamente la conciencia americana de justicia y paz” ([1934] 1974f). Este momento de cordialidad se da en el marco de una gira internacional donde el presidente difundía su ideario bolivariano.

Sin embargo, fue alrededor de la guerra de 1941 cuando el Oriente se volvió central en su retórica política y sus programas de gobierno. Para Velasco Ibarra “la falta de conciencia moral produjo la pérdida de doscientos mil kilómetros cuadrados de territorio nacional” (1974h). Esta falta fue cometida por el cuerpo diplomático que, según el presidente, fue poco

previsivo, fue insensato y carente de recursos y habilidades. Una posición que resunta antinómica con la de Tobar Donoso.

De hecho, la derrota del Ecuador ocasionó el derrocamiento de Arroyo del Río, mientras Velasco Ibarra era visto con simpatía por parte del Ejército y fue nombrado presidente en el marco de una Asamblea Constituyente en 1945 (Ibarra 1999, 44). Desde ahí promulgó un discurso nacionalista, teniendo como punto de partida la pérdida del territorio como una herida para todo el país.

Su discurso nacionalista y amazónico aumentó el tono una vez que un equipo de cartógrafos encontró inconsistencias respecto a la línea de frontera a principios de la década de 1950, estas se relacionaban a la ubicación del río Zamora, cuyo curso era diferente al pensando en 1942. Consciente de estas incoherencias, el presidente pidió que se aplique un principio “en favor del débil para fortalecer la tesis del Ecuador” (1974g). Sin embargo, aún no refería a la nulidad del acuerdo suscrito con el Perú.

Para Velasco Ibarra los reclamos del Ecuador se planteaban en términos políticos, a pesar de los acuerdos de paz suscritos, el Ecuador era un país “moralmente amazónico”, como sostuvo en su mensaje al Congreso de la República en 1953, donde evocó los límites coloniales de la Presidencia de Quito y consideró que “negar estos hechos es audaz insolencia sin respeto a la verdad ni a la historia” (1974g, 231).

El *principio favor debilis*, junto a la historia del derecho colonial fueron la base sostenida por el mandatario en su tercer período de gobierno. Postulaba que las inconsistencias del tratado original deberían favorecer a los ecuatorianos. El Oriente volvía a poseer un carácter ambiguo: había una frontera que no estaba cerrada y comenzaba a presentarse como una herida abierta; pero, también, había una esperanza ambigua del acceso al Amazonas.

Figura 5.7. INPC, Velasco Ibarra en la Misión Josefina del Napo, 1952-1956.



Fuente: INPC, <http://fotografiapatrimonial.gob.ec/>

Mapa 5.8. Mapa del Ecuador. Instituto Geográfico Militar, 1957.



Fuente: <http://repositorio.casadelacultura.gob.ec/>

5.4.3 El protocolo de Río de Janeiro es nulo

Si al principio de su carrera política Velasco Ibarra propugnó por una buena negociación, tras la guerra buscó crear consensos patrióticos a nivel nacional para rechazar los acuerdos a partir de un nuevo cuerpo diplomático. Con el paso del tiempo su rechazo a los acuerdos aumentó, hasta que en 1960, en un discurso que rendiría honores a los caídos en la guerra de 1941, dentro de un auditorio militar y frente al alto mando, el presidente declaró “el protocolo de Río de Janeiro es Nulo” ([1960] 1974c, 254).

El alegato se sustentó en las glorias que el ejército tuvo en el pasado, tomando como punto de partida la independencia. Velasco Ibarra prometió: “lograremos esta revancha sublime”, sea por instancias internacionales “por las instituciones jurídicas de la América del Sur, aquello que en derecho tenemos que conquistar jurídicamente en el Oriente ecuatoriano” (1974b, 256). A pesar de confiar en los medios diplomáticos para el retorno del Ecuador al Amazonas, el presidente no descartaba emplear las fuerzas armadas para este fin:

Tengo evidencia de que un día u otro –es tan profunda la justicia que ampara al Ecuador– que las nuevas generaciones ecuatorianas, sea por la justicia, sea por las fuerzas armadas defensivas de la patria, en el futuro llegarán al Amazonas, (Velasco Ibarra 1974c, 255).

De acuerdo al mandatario, además de ser un destino manifiesto, el canal amazónico o el río Amazonas eran una distinción que engrandecía a las naciones. La exhortación a las fuerzas armadas también aludía al heroísmo de diferentes personajes militares. El discurso referido integra al concepto de justicia la expectativa de grandeza; refiere a los problemas del presente y las necesidades del futuro, algo que ocuparía la atención de muchos gobernantes: la cuestión demográfica.

La cuestión demográfica era un punto argumental central. Según el político ecuatoriano, en el país vecino “faltan pobladores y abundan tierras” y, por tanto, “no se concibe por qué el Perú había de apoderarse de los territorios amazónicos del Ecuador” (Velasco Ibarra 1974b, 83). Para el mandatario, la ocupación del Perú no responde a un interés económico ni político, sino moral. Pues, el presidente consideraba que la mayor parte de ese inmenso país era baldío y particularmente las zonas amazónicas –a su juicio– estaban ocupadas ilegalmente en detrimento del Ecuador:

¡Abrid un mapa del Oriente, ved esas tierras inhabitadas, ved esas tierras desiertas, ved esas tierras que jamás el Perú podrá colonizar en los próximos años y decidme si no hay allí puesto

para que también el Ecuador tenga la base geográfica de sus generaciones futuras! (Velasco Ibarra [1960] 1974c, 255)

Aunque en su discurso Velasco Ibarra parece ignorar que en el Perú había también en ese momento una fuerte preocupación por el crecimiento demográfico, para el Ecuador este era un tema de urgente resolución, y es en la Amazonía donde se buscaron respuestas. En el discurso de Velasco, el Oriente es un espacio desierto pero bueno para colonizar; allí se establecerían las próximas generaciones, logrando una ocupación estratégica. En este sentido, la región poseía una expectativa prometedora para el futuro; hacia el pasado, una ocupación legítima, y el presente se vivía como una afrenta, pero también como un desafío.

En cuanto a la definición de este espacio en disputa, uno de los más conceptos operantes fue el de soberanía. En un principio, la utopía velasquista fue recuperar la soberanía de los “territorios perdidos” por diferentes medios, incluyendo el militar, cosa que era imposible por las condiciones de desventaja real que poseía el Ecuador. No es casual que en 1960 haya iniciado una carrera armamentista con el Perú, tras declarar nulo de nulidad absoluta el acuerdo de paz alcanzador por el Protocolo de Río de Janeiro.

En el Perú no se tomaron bien las declaraciones del ecuatoriano, el mismo Velasco admite que fue visto como un “nuevo Hitler”. No obstante, eso tampoco supuso que la retórica bélica fuese aplacada: “El que pretenda asesinarnos será asesinado”, advertía el presidente frente a una concentración de estudiantes mientras repetía que “el tratado de Río de Janeiro es nulo por una sola razón: porque fue obra de la invasión, fue obra de la fuerza, fue obra de la conquista, fue obra del incendio” (Velasco Ibarra 1960, 11). En el nuevo discurso, celebrado frente a miles de estudiantes de diferentes colegios, Quito fue un centro irradiador de la independencia, mientras el Perú un centro español desde dónde se combatió la independencia. Así mismo, Quito se mencionaría como un “formidable centro de civilización y colonización de toda la región de Maynas” (Velasco Ibarra 1960, 12).

A pesar de los espacios de experiencia tan arraigados en el territorio y de los ambiciosos horizontes de expectativa de Velasco Ibarra, este destino cabría dentro de la imaginación utópica de un país que no tenía ni los medios diplomáticos, ni los militares para volver reales esos deseos. El Oriente seguía siendo un mito en 1960.

No obstante, para mediados de esa década hay un cambio. Las compañías petroleras comenzaron a tener éxito en sus esfuerzos de prospección: los pozos en el sur de Colombia incrementaron los horizontes de expectativa de que haya petróleo en Ecuador (Petroecuador

2001). Y con estos cambios, en su último período presidencial, el político tuvo un cambio de discurso. Ahora el petróleo era una oportunidad de transformación que libera al espacio de una retórica bélica.

5.4.4 El petróleo del oriente

El descubrimiento de grandes yacimientos a mediados de 1960 creó un quiebre: la retórica populista prosiguió invocando a la justicia, pero en esta ocasión la causa no era un conflicto limítrofe, no era un territorio ocupado por un país enemigo lo que debía reponerse. Se trataba de una renegociación de regalías lo que necesitaba el Ecuador para lograr un cambio en su economía, para volver al petróleo una oportunidad de progreso nacional. De acuerdo a Velasco Ibarra, la nueva disputa debería ser con las compañías petroleras:

Ahí tenéis el petróleo y el petróleo del Oriente, el petróleo descubierto en nuestro Oriente, petróleo que las compañías sacan de las naciones y sobre todo de los países pobres, pagando algunos derechos llamados regalías, pagando algunos derechos, en esa materia, amigos míos, oídmelo bien, se encierran más de dos mil industrias modernas con las que se inunda el mundo entero; es materia tan rica es una materia agotable, a la larga va disminuyendo, a larga puede agotarse; ¿Qué hace el país con la miserable regalía? [...] Esa riqueza puede ser la transformación de nuestra Patria, la transformación de nuestras viviendas, la transformación de nuestra población (Velasco Ibarra 1974d, 324).

En esta nueva ocasión el Oriente vuelve a tener un protagonismo decisivo en el discurso velasquista, esta vez con mención a las regalías petroleras y la riqueza. Nuevamente se maneja la necesidad de justicia, pero ella era la riqueza disponible para la transformación del país y para la mejora de la situación de las poblaciones, sobre todo de los pobres. El petróleo aún no había sido extraído –como afirmaba el mandatario–, eso ocurriría sólo hasta 1971, cuando él no era gobernante. Su discurso, que apelaba a una justicia inmediata, estuvo relacionado con un imaginario de saqueo y fue quizás significativo para la renegociación futura, sin embargo, no aludió a una realidad fáctica presente.

El petróleo adquirió un carácter indispensable para el desarrollo nacional en el discurso de Velasco Ibarra, y el Oriente –además de ser el lugar donde se encontraba este recurso– podía convertirse en una región moderna gracias a él. El presidente planteaba que gracias a “ esas compensaciones” –refiriéndose a las regalías petroleras– “podemos nosotros penetrar con carreteras al gran Oriente ecuatoriano y resolver todo el problema de la demografía ecuatoriana” (1974d, 325).

Resulta interesante que, si bien en un principio las carreteras y la colonización oriental fueron presentadas como una condición necesaria para la actividad petrolera (Álvarez 2020), desde la década de 1960 se plantearía el problema al revés: gracias a los recursos económicos que brinda, es esa actividad lo que permite la construcción de carreteras que abran el Oriente al Ecuador.

El petróleo da un giro en esta perspectiva, pues crea expectativas de riqueza que podrían resolver los problemas presentes en las sociedades andino-costeras, sobre todo, la pobreza. De ahí que en 1970 profetizó: “Ese petróleo que nos conquistará con cuatro, cinco, seis carreteras el Oriente ecuatoriano y que resolverá todo el pueblo ecuatoriano, tiene que resolvernos las grandes energías hidroeléctricas que necesita la patria” (Velasco Ibarra [1970] 1974). El Oriente en el discurso de Velasco dejaba de ser el recuerdo de la “tragedia nacional” y se transformaba en la región con la capacidad de resolver todos los problemas ecuatorianos, se convertiría en el recurso necesario para el desarrollo.

Velasco Ibarra sentó las bases para un país petrolero que sobreviviría a su gestión. Pero no iba a proseguir en el poder, fue derrocado en 15 de febrero de 1972 por un golpe de Estado, y sustituido por un gobierno militar y nacionalista, similar al que derribó a Belaúnde, tal como han anotado diferentes autores (García 1991; Gallegos 2004; Goodman, Mendelson y Rial Roade 1990). No obstante, el cambio de gobierno, el entusiasmo por el petróleo prosiguió. No fue visto como un mero recurso natural sino como un agente con poderes de transformación y, por tanto, como heroico (Cueva 1988; Manguashca y North 1991).

El Oriente ya no era el lugar de la experiencia abismal ocasionada por la guerra y la indeterminación de la frontera, sino una nueva región desde la cual provenía la riqueza nacional. La junta de gobierno se proclamó nacionalista y revolucionaria. La posición adoptada no supuso el fin de la utopía petrolera sino su radicalización. El primer barril de petróleo fue recibido en un desfile cívico militar el 26 de junio de 1972 y depositado en el templete de los héroes, un espacio del colegio militar dedicado a honrar a los proceres de la independencia.

5.5. Conclusión

En este periodo la Amazonía pasó de una experiencia abismal –que determinó el espacio a través de la violencia– a un periodo utópico. Tras la guerra de 1941, los Estados ecuatoriano y peruano reinscriben la Amazonía como la región del futuro. Los proyectos viales, los recursos extractivos y los nuevos territorios agrícolas ofrecieron un horizonte de futuro que no solo

superaba los momentos de violencia y la tristeza de la usurpación, sino que además permitían encontrar en ese espacio la solución de diferentes taras económicas, demográficas y sociales. El entusiasmo se iba a posicionar en ambos países de una forma similar, aunque con algunas diferencias.

Una primera distinción se encontraba en el hecho de la guerra: para el Perú conjuró una amenaza, y para el Ecuador causó preocupación sobre posibles ataques que podrían cancelar la posibilidad de cualquier acceso al oriente, así como representó la tragedia de un (aparente) desgarramiento territorial. De igual modo, observamos que los peruanos habían experimentado una relación más cercana con la Amazonía gracias al poblamiento de ciudades que crecieron durante la época del caucho, mientras que el Ecuador solo podía presumir de alguna ciudad relativamente pequeña.

Durante los años posteriores a la guerra, los polemistas de ambas naciones recurrieron a tesis históricas para afirmar su criterio limítrofe. Los discursos modernizadores de la posguerra se instituyeron a partir de las inmensas expectativas de riqueza en la región. En este período se observa cómo el concepto de progreso retorna al imaginario amazónico, fortalecido por la esperanza depositada en los recursos naturales.

La utopía vial en el Perú surgió con casi una década de anticipación que la utopía petrolera en su país vecino; su proyecto intentaba recuperar el pie de monte andino y gestar nuevas colonizaciones. En Ecuador, el petróleo dotó de significados a la Amazonía, las carreteras fueron un medio para llegar al recurso, pero estos fueron también un medio para crear vías de acceso. En ese entonces, ambos países trastocaron su imagen de tiempo histórico y su perspectiva de futuro gracias a la región.

En lo referente a la Amazonía en el discurso de Fernando Belaúnde, en comparación con el de Velasco Ibarra, parece más técnico y pragmático, mientras que el del presidente ecuatoriano es más político y teórico. Posiblemente, estos estilos estaban nutridos de sus perfiles políticos.

Para ambos mandatarios el Oriente fue concebido como el espacio del futuro; algo que ya había surgido en tiempos anteriores, pero que adquiere un cuerpo material desde que aparece el recurso petrolero, los fondos y las posibilidades técnicas para la Carretera Marginal de la Selva. También, en lo referente a la Amazonía, los tiempos pasados y futuros tienen características comunes. Su justificación se encuentra en la historia: Fernando Belaúnde se remite a un pasado histórico inca. Velasco Ibarra, concede más importancia a la herencia

hispanica y a las referencias de los documentos coloniales; además, desde su aplicación, el protocolo de Río de Janeiro se volverá un punto de quiebre discursivo y el núcleo de sus reivindicaciones.

Es solo hasta finales de la década de 1950 que empieza a configurarse una nueva utopía sobre la Amazonía con proyección continental. Estos cambios consistirán en la colonización de la selva, la expansión de la frontera agrícola, la construcción de infraestructura vial y aérea, la extracción de recursos y la modernización de relaciones sociales, al disolverse las haciendas. Un elemento que articula el sentido modernizador de la región es la Carretera Marginal de la Selva. Finalmente, las “nuevas áreas” no refieren exclusivamente al oriente peruano, sino a todo espacio adaptable a la colonización a través de técnica e infraestructura. Este cambio de paradigma ocurrió en Ecuador con el descubrimiento de grandes yacimientos petroleros a mediados de 1960. La Amazonía ya no sería concebida como una frontera en peligro, sino como un centro simbólico de la economía nacional.

Los nuevos discursos amazónicos –gestados, en esta ocasión, de arriba hacia abajo y dependientes de dos presidentes– adquirieron autonomía y un carácter nacional una vez fueron depuestos ambos mandatarios. Si bien el siglo XX se puede recordar como el momento donde la frontera fue cada vez más domesticada, la Amazonía mantiene aún un carácter indeterminado y dependiente de los proyectos desde donde se la concibe. El mito del Oriente pervivió.

Conclusiones

El principal objetivo de esta investigación fue entender los cambios semánticos relacionados con la conceptualización de la Amazonía desde el siglo XVII hasta mediados del siglo XX, bajo la hipótesis de que estos cambios forman parte de una historia de larga duración. Para investigar esto, utilicé enfoques de historia conceptual e intelectual, que me permitieron analizar cómo y cuándo ocurrieron estos cambios conceptuales. Para conseguir lo anterior realicé una revisión exhaustiva de la obra de una variedad de autores, incluyendo cronistas, informantes, misioneros, historiadores, literatos, militares, empresarios, geógrafos, naturalistas, funcionarios, diplomáticos y mandatarios que pensaron e hicieron la Amazonía entre los siglos XVII y XX.

Si bien las fuentes se seleccionaron inicialmente a partir de la historiografía de las utopías amazónicas, se encontraron ciertas limitaciones en torno al tropo utopía pues, aunque tiene una gran utilidad analítica, tiene escasa pertinencia conceptual en los lenguajes de las fuentes.

Sin embargo, estas fuentes siguen siendo una vía privilegiada para comprender la Amazonía, ya sea desde el punto de vista del discurso o desde la perspectiva de la acción. En ellas, se pueden encontrar nociones que impactan en la comprensión de la Amazonía o que fundamentaron proyectos históricos que intervinieron en este espacio.

En esta tesis, he revisado la obra de cronistas, informantes, misioneros, historiadores, literatos, militares, empresarios, geógrafos, naturalistas, funcionarios, diplomáticos y mandatarios que pensaron e hicieron la Amazonía entre los siglos XVII y XX. Mi revisión partió de la historia conceptual y la historia intelectual. Utilicé la primera para analizar los conceptos y nominaciones que hacen posible pensar la región desde una perspectiva de larga duración, permitiéndome observar los cambios en los conceptos utilizados para referir este espacio geográfico de acuerdo con los discursos de cada época. Por su parte, la historia intelectual me permitió adentrarme en los problemas históricos de cada época que van más allá de los conceptos y dependen de los lenguajes políticos, los proyectos históricos, las disputas y negociaciones en torno a un espacio que se estaba inventando y haciendo.

Aunque existen otros trabajos académicos notables que abordan la construcción simbólica de la Amazonía, mi investigación se distingue en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, abogo por una perspectiva conectada que ve a la Amazonía no solo como un espacio geográfico nacional, sino como una región compartida entre Ecuador y Perú y al mismo tiempo inscrita en relatos globales. Este enfoque permite un análisis más integral que incorpora las diversas interacciones y tensiones presentes en ambos lados de la frontera, asumiendo una perspectiva andina y amazónica, contribuyendo a una comprensión más matizada de su historia y significado.

En segundo lugar, a diferencia de otros estudios que se centraron principalmente en la genealogía de los conceptos, mi trabajo también examina las crisis inherentes a estos conceptos. Así, no sólo rastreo cómo la Amazonía ha sido conceptualizada, sino también cómo esos conceptos han llegado a crisis, permitiendo una visión más completa del dinamismo y la complejidad de la región. Para desempacar los sentidos que ofrecieron sobre la Amazonía distintos intelectuales desde el siglo XVII al XX, usé las metáforas de espejo y abismo. Estas metáforas me permitieron ver una doble cara de esta ecología o lugar: como una posibilidad de futuro y como una frontera de la civilización.

En 1967, Fernando Belaúnde Terry describió la Amazonía como un espejo que reflejaría la grandeza y belleza del continente. Su metáfora resultó pertinente y útil para comprender la historia de los proyectos históricos amazónicos y promover un proyecto de integración vial continental como un medio para lograr el bienestar de los países suramericanos. Desde el siglo XVII, este territorio ha sido un espejo que refleja tanto los deseos imperiales y religiosos como las agencias y proyectos históricos que buscaban conquistarlo. La Amazonía fue descrita a la medida del sujeto que se proyectó en ella, más que por su contenido. Espacio subordinado a esas aspiraciones, deseos y temores de los relatos. Esta característica se extendió a los primeros años de la república y mantuvo vigencia hasta el siglo XX. Por tanto, su forma y representación son disímiles y evanescentes debido a las disputas políticas, territoriales y científicas en torno a los proyectos para la región. En diferentes momentos, estas se agotaron, lo cual implicó una imagen cambiante y heterogénea. El espejo tiende a reflejar lo externo, pero a darle poca importancia al espejo en sí mismo, cuya característica se determina por la falta de profundidad y por su fragilidad.

Los espejos se rompen y los fragmentos se rearman. Justamente, la perspectiva de larga duración empleada por esta tesis no sólo evidencia un conjunto de imágenes cambiantes y distorsionadas que dependen de los sujetos que se reflejan en la Amazonía, sino que también nos muestra el colapso de diferentes proyectos históricos y cómo ese colapso puede determinar el espacio. En este sentido, se recurre a la metáfora del abismo, no en referencia a los abismos descritos por los viajeros de todas las épocas al narrar su entrada a la región, sino a un abismo social.

La perspectiva de larga duración permite observar un movimiento pendular que oscila entre los proyectos históricos que significaron este espacio y los momentos históricos donde esos significados colapsaron en medio de experiencias abismales, generando una crisis en los horizontes de inteligibilidad. Este movimiento oscilante entre las utopías y las distopías deriva en una Amazonía heterotópica, que no puede ser significada.

La larga duración también muestra que, a pesar de las crisis abismales, muchos de los conocimientos e historias que recabaron los proyectos históricos pueden retornar como objetos de interés científico, político o religioso. La figura de las amazonas ha sido discutida y empleada en diferentes momentos históricos; el mito de El Dorado ha permitido referirse a las formas de riqueza, ya sea por el caucho, el oro o el petróleo; las misiones religiosas fueron elementos de inspiración para el Ecuador en su primera etapa republicana, pero también un fundamento de sus tesis territoriales; la herencia imperial inca fue una reivindicación peruana

a principios del siglo XX y luego fundamentó la estrategia de incorporación de Fernando Belaúnde.

La reiteración de diferentes momentos históricos en diferentes relatos ya sea en forma de tropo o como horizonte de expectativa, también evidencia concepciones diferentes del tiempo, donde en ocasiones la Amazonía está situada en el pasado y alejada de los designios de la providencia o el progreso, o bien está establecida en un futuro de riqueza y bienestar, ya sea para el reino o para la república.

El punto de partida teórico, como se expuso en el Capítulo 1 y en la introducción, fue la historia conceptual y la historia intelectual en diálogo con la historiografía amazónica. A partir de esta tesis, es posible concebir cómo el estudio de la Amazonía, así como de otros espacios de significación cambiante y de crisis conceptuales reiteradas, puede ampliar el horizonte de las corrientes que estudian conceptos y lenguajes políticos para abordar diferentes discusiones y significar algo que está indeterminado. En estos espacios aporéticos y heterotópicos se están asimilando e inventando permanentemente elementos para designar y se descubren entes que rompen, y al mismo tiempo extienden, los espacios del saber y del hacer.

El concepto de abismo fue utilizado por el filósofo Friedrich Nietzsche para retratar la situación en que se encontraban la filosofía y la estética tras el ocaso de un universo suprasensible o la muerte de Dios. Para esta tesis empleamos el concepto de experiencia abismal que fue retomado de las historias intelectuales de Mark Thurner(2012) y Elías Palti (2005) ellas pretendían dar cuenta de la crisis de inteligibilidad que suponen el colapso de un universo de significaciones, como una crisis conceptual que puede ocasionar la pérdida de referentes en los lenguajes de la época. Y, para el caso de la Amazonía, observamos diferentes momentos de crisis conceptuales.

En crónicas de diferentes épocas, el concepto de abismo también es frecuente para designar a los inmensos precipicios andinos que bordean toda la región, como una frontera de los Andes. El abismo no es la Amazonía, sino, precisamente, los límites y obstáculos para su acceso geográfico y, en este caso, para su comprensión. Lo abismal está siempre presente en esta relación, no obstante, se extiende en los momentos de crisis de proyectos históricos.

Como se muestra en el capítulo 2, a partir del siglo XVII, el espejo amazónico reflejó una alianza entre el proyecto imperial y el proyecto global jesuita. Las narraciones describieron una variedad de ríos y el curso de los mismos, en particular, el río de las Amazonas, cuyo

origen estaba en discusión. Además, se presentó un medio natural desconocido, hostil y regido por el demonio, la montaña.

En el Capítulo 2, se mostró cómo la Amazonía fue concebida como una frontera del reino y, sobre todo, del cristianismo durante los siglos XVII y XVIII, adquiriendo un carácter especial como uno de los últimos lugares en recibir la evangelización. Durante el periodo republicano, la región delimitó a la civilización y estableció los límites entre los países emergentes de manera ambigua y conflictiva, lo que generó conflictos y guerras, como se discutió en los Capítulos 4 y 5. Por lo tanto, la frontera fue un tópico fundamental para el Ecuador y el Perú en el siglo XX, donde se manejaron las nociones de amenaza y usurpación.

Las misiones jesuitas durante los siglos XVII y XVIII presentaron a los pobladores locales como heterogéneos, caracterizados por su receptividad o resistencia a la doctrina católica. Las misiones destacaron la conquista espiritual de los jesuitas como una empresa sacrificial, cuyos fracasos hicieron que la tarea pareciera aún más grande. Durante este período, la Amazonía proyectó imágenes de sacrificio y martirio como espejo de la conquista espiritual.

La conquista espiritual tuvo diferentes momentos, y después de Cristóbal de Acuña, los jesuitas reivindicaron su obra evangelizadora en oposición al sistema minero y encomendero que los precedió. En este momento histórico, el oro y otras formas de riqueza material amazónica adquirieron un signo negativo, asociado con la ambición y las tentaciones. En la perspectiva jesuita, las provincias amazónicas eran un lugar de carencias y escasez, lo que aumentaba el valor de las conversiones.

Para los jesuitas, el espacio amazónico, como para otros viajeros, estaba determinado por caminos angostos y peligrosos hasta poder alcanzar ríos navegables. Los ríos eran un elemento crucial en su proyecto histórico, y el conocimiento de ellos se configuró en un elemento central, especialmente en lo referente al origen y curso del Amazonas.

La expulsión jesuita se trató como una crisis abismal debido al vaciamiento de significados y de agencias que imperó en gran parte de la región. No obstante, esa presencia sería sustituida por un conjunto de exploradores y misioneros de otras órdenes que se enmarcaron en un conjunto de proyectos ilustrados.

Durante la Ilustración, el espejo amazónico adquirió nuevas y diversas formas, muchas de las cuales buscaban reivindicar un carácter científico y moderno. La Condamine, por ejemplo, empleó este espacio para demostrar su capacidad como científico y como un nuevo descubridor en detrimento de los esfuerzos previos. Describió la Amazonía como desconocida

y escasamente poblada por seres humanos, quienes en poco se diferenciaban de animales. Le interesaron las riquezas inexploradas, tales como el caucho, la quina y la zarzaparrilla. También le interesó el destino de la tribu de las Amazonas que afirmaba conocer. La Condamine no solo logró posicionarse como una autoridad científica gracias a su proyección en el Amazonas, sino que su descripción se inscribió en una disputa imperial en torno a la Ilustración, donde buscaba establecer la forma francesa de conocimiento como superior a la ciencia española.

La descripción de La Condamine difiere de las de Juan y Ulloa, quienes conocieron el espacio a partir de fuentes hispanas provenientes de gobernadores, misioneros y cronistas. Para Jorge Juan y Antonio Ulloa, las provincias orientales se presentaban como espacios regidos por gobiernos y dependencias imperiales, con ciertos problemas en su administración, pero incorporados al gobierno español. En su perspectiva, el Amazonas sigue siendo fundamental, pero su nombre no encuentra la misma certeza que en La Condamine, ya que, en su relato, las Amazonas no ocupan un lugar tan importante.

En este momento también se destacó José Amich, a quien debemos muchas de las descripciones de la insurrección de Juan Santos Atahualpa como un momento de crisis, pero también le debemos la narrativa sobre los esfuerzos franciscanos que lograron sustituir a los jesuitas a partir de la exploración y el uso de nuevas rutas fluviales, y la alianza con pueblos ajenos a la sublevación. Aquí, la navegación por los ríos peruanos cercanos a Ocopa se vuelve fundamental y, en cierto sentido, reemplaza la importancia que tendrán ríos como el Napo cercanos a Quito.

Algo similar ocurrió con Hipólito Unanue, quien, en la antesala de la independencia, encontró en la Amazonía la posibilidad de un Dorado real, alcanzable gracias a la ciencia y el comercio, que podía servir al Perú y a toda América. En contrapartida con los anteriores, Juan de Velasco observó solo resquicios de la obra dejada por los jesuitas en la región, lamentando la pérdida de su agencia y en contraposición de los relatos ilustrados.

La reflexión sobre la Ilustración de la tesis se cierra con Humboldt, quien, al igual que La Condamine, empleó su viaje para plantearse como un descubridor de regiones que se encontraban fuera de los límites de la civilización. Humboldt encontró, a partir de su propia experiencia, que los recursos mineros que contiene la Amazonía estaban siendo desperdiciados y se reivindicó a sí mismo como un portador de la razón ilustrada.

En el obispo Sánchez Rangel, como tratamos en el tercer capítulo, encontramos una de las mejores metáforas del abismo para explicar una crisis y una experiencia abismal. El obispo precisamente describió la revolución de independencia como un estado que emerge y pone en suspenso una obra providencial, convirtiendo un espacio que a su juicio debía enriquecer al reino y al cristianismo en un territorio lleno de peligros y violencia. El obispo concibió la región como una nueva Jerusalén perdida, presentando la idea de que los jacobinos y ateos malograron todos los esfuerzos religiosos e imperiales previos en un territorio que debería enriquecer a España y al mundo gracias a su diversidad. En sus escritos, la Amazonía se tornó en un escenario de fieras, “indios salvajes” y persecución para los españoles y católicos, siendo vista como un abismo de aguas que emergía con la revolución.

A partir de esa crisis abismal, la región se representó como un espejo en blanco. Durante los primeros años de vida republicana, adquirió relevancia la noción de una selva virgen, como observamos en las descripciones de Raimondi, Mera y Osculati. Esta selva virgen fue en ocasiones comparada con el Jardín del Edén, por su grado de pureza y su aislamiento respecto de la historia humana. Pero, esta vez, el jardín pertenecerá a las repúblicas que trataron de incorporar, formar y delimitar la región, una incorporación que estará enmarcada por una serie de disputas con otros países y dentro de los criterios políticos de las naciones y elites.

La fórmula empleada supuso una alianza entre las nacientes repúblicas y los exploradores científicos. Las poblaciones indígenas fueron descritas a partir de esos proyectos y su definición dependió directamente del grado de colaboración que hubieran tenido con los diferentes viajeros. La riqueza de los espacios desconocidos fue un tema recurrente y un aliciente para seguir explorando un lugar que ofrecía un futuro promisorio a las nuevas repúblicas. Aunque en estos relatos se observan elementos de desconocimiento y temor, y se describen diferentes indicios de conflictos, en general, los discursos se caracterizaron por las expectativas de futuro y el optimismo en el empleo que estas regiones puedan dar a sus países y a la civilización.

En este primer momento, la esclavitud se concibe como un tópico de crítica por parte de diferentes autores. Se observa que es una institución sobre todo vinculada al Brasil, pero que causa estragos a lo largo de la región. No obstante, la crítica es sutil y desaparece, por ejemplo, en el caso de Osculati, cuando esta significa su propio beneficio.

La población indígena en este momento se considera salvaje, sin embargo, se plantean diferentes medios para que sea incorporada al espacio nacional, entre estos destaca la religión, la educación y sobre todo el comercio.

Entre las diferencias fundamentales entre Ecuador y Perú que observamos en el periodo, están los medios de acceso al entorno amazónico. En las descripciones sobre el Ecuador predominan las referencias a cargueros, mientras que, en el Perú aunque se emplean cargueros, tienen mucha más importancia los barcos y vapores que recorrieron la región. Posiblemente como resultado de lo anterior, el Perú logró una cartografía más precisa así como la construcción de puertos, aserraderos, poblados, ciudades y un modelo económico basado en la extracción del caucho, mientras que Ecuador principalmente pretendió presentar imágenes de una provincia oriental en la conciencia nacional.

En este sentido, el abismo abierto por la independencia fue interpretado como una selva virgen durante la república. En este periodo, tanto el Ecuador como el Perú buscaron incorporar este espacio a la vida nacional, siendo el Perú un país que se adelantó a partir de la extracción del caucho. No obstante, el resultado de este modelo nacional derivó en una nueva crisis conceptual.

Con el comienzo del siglo XX, que se trata en el capítulo 4, se explica cómo la imagen de la Amazonía se oscureció y adquirió nuevamente la forma de un abismo relacionado con el terror y la tragedia. La región se vio determinada por dos disputas: la primera, sobre todo concerniente al Perú, se relaciona con la violencia de la explotación cauchera, y la segunda, también concerniente al Ecuador, se vincula con los litigios fronterizos. A partir de las narraciones de viajeros que denunciaron crímenes, violencia y terror en relación con la explotación del caucho, se describió la crisis del concepto de una obra civilizadora. La respuesta de los mismos caucheros ofreció el panorama de una selva peligrosa, plagada de caníbales y asediada por países extranjeros y potencias imperiales que buscaban entorpecer el bienestar del Perú. Esta imagen de violencia y asedio convergió con la narración de una Amazonía fronteriza usurpada y agredida por países vecinos, tal como se presentó en las narraciones peruanas y ecuatorianas previas a la guerra de 1941. La crisis del caucho y las guerras del siglo XX mostraron la ruptura del espejo de la civilización: en ese periodo, colapsaron los significados seculares en los que el espacio era concebido como un Jardín del Edén y una promesa para la república, para retratar una Amazonía violenta y corruptora, con una riqueza ilusoria o bien instrumentalizada para fines ajenos al bienestar de las naciones y la civilización.

En este periodo, se tiende a destacar el salvajismo de las poblaciones indígenas que, en el caso de autores como Casement o Hardenburg, es matizado por la violencia de los mismos caucheros que victimizan a los “salvajes”. El salvajismo de la población indígena en el caso ecuatoriano sirvió para exaltar la obra educativa de las misiones salesianas, mientras que en el Perú, el salvajismo es un elemento empleado para afirmar la obra de los caucheros en algunos casos o para criticarla en otros. En este periodo, encontramos una nueva característica en el espacio y es la presencia de testimonios indígenas recopilados por el juez Carlos Valcárcel.

La hostilidad de la selva como un ente devorador es otro tópico que se encuentra presente en las narrativas de la época. Este tema queda bien ejemplificado en *La Vorágine* de Eustasio Rivera, que nos muestra a la selva como un agente corruptor y perverso. *La Vorágine*, al igual que otras obras del momento, presenta a la riqueza extractiva con un carácter maligno.

Una diferencia significativa entre las narraciones peruanas y ecuatorianas durante el siglo XIX son las vías de acceso al Amazonas y su navegabilidad. Mientras que en Perú los relatos refieren a una provincia articulada y habitada donde el transporte fluvial es parte de la cotidianidad, en Ecuador el ferrocarril es un objeto de deseo para llegar finalmente al Amazonas. La crisis conceptual también llegó de forma diferenciada. Mientras que Perú había enfrentado una crisis económica y moral sobre su economía cauchera que desdibujó las imágenes de civilización en las dos primeras décadas del siglo XX, el Ecuador vivió su tragedia nacional con la guerra de 1941.

En el Capítulo 5 se analizan las transformaciones en los discursos sobre la Amazonía a partir de la guerra de 1941. Se observan dos narrativas diferentes sobre la historia de la Amazonía y el derecho de las naciones: en Ecuador, un discurso historicista de nostalgia que reivindica los límites de la Presidencia de Quito y las misiones jesuitas; en el Perú, la inscripción de los sujetos republicanos y sus esfuerzos por conquistar este espacio. Ambas narrativas conciben la Amazonía como un espejo nacional y se apoyan en la historia. Estas narrativas son empleadas y superadas por los dos mandatarios que se preocuparon profundamente por el problema amazónico: Fernando Belaúnde en Perú y José María Velasco Ibarra en Ecuador.

Ambos presidentes logran proyectar en el espejo amazónico una imagen de riqueza, bienestar nacional y futuro que será determinante para sus formas de hacer la región. Belaúnde buscó articular el espacio amazónico peruano y suramericano a través de la carretera Marginal de la Selva, luego llamada Vía bolivariana. Esta obra propuso para Perú un horizonte en el que recuperaría la grandeza del incario, generando una expansión hacia el oriente a través de un

territorio inmensamente rico pero abandonado, que podría evidenciar la potencia de América con su integración. En cambio, Velasco Ibarra concibió al Oriente a través de un discurso jurídico y ético para discutir la justicia de los límites ecuatorianos. Esto lo llevó a negar los acuerdos de Río de Janeiro, donde Ecuador había aceptado desistir de la soberanía sobre la franja norte del Amazonas. Sin embargo, su discurso cambió a partir del descubrimiento de petróleo en el oriente ecuatoriano. En ese momento, el Perú y el conflicto fronterizo perdieron importancia frente a un recurso que ofrecía la oportunidad de un nuevo y mejor futuro a la nación.

A lo largo de la historia observar podemos observar conceptos antagónicos para definir la civilización y lo salvaje. Durante el periodo colonial, la Amazonía se inscribía en las categorías de "frontera" y "montaña". La misión que animaba la relación con este espacio no estaba alineada a un proyecto de "civilización" en el sentido moderno; en cambio, se orquestaba bajo el estandarte de la conversión espiritual. Aquí, la dicotomía operante distingue entre "fieles" e "infieles", configurando un espacio para la salvación de las almas y la expansión de los dominios eclesiásticos y monárquicos. El concepto de civilización comenzó a operar a partir de la Ilustración y tuvo mucho más impacto en la vida republicana.

Tanto Ecuador como Perú exhiben una preocupación inscrita en el clivaje de civilización y barbarie. Desde esta perspectiva la discusión incesante versa sobre el papel que deben desempeñar los pueblos indígenas en la conformación de la identidad nacional. Esta ansiedad ontológica, manifiesta en distintos momentos y contextos, genera una multiplicidad de propuestas y estrategias que, en lugar de resolver la cuestión, la complejizan y la mantienen como un tema de debate perenne, revelando así la intrincada y aún irresuelta relación entre el Estado y las poblaciones originarias.

A pesar del carácter externo de las fuentes, diferentes naciones indígenas amazónicas fueron capturadas: en el jesuita Mercado, por ejemplo, se describieron bosques y mundos que se encontraban más allá de la Vía Láctea; en José Amich, se retrató a los pueblos amazónicos en alianza con un inca disidente que amenazaba al virrey y exigía un cambio de mundo o haría que caigan los montes; en Manuel Villavicencio, Juan León Mera y José Eustasio Rivera se mencionó la importancia de los sueños de la ayahuasca como un espacio para la toma de decisiones; en Osculati se observó la forma en que los blancos eran retratados por su crueldad y ambición, y en Carlo Crespi se observaron determinados sistemas de parentesco con animales que regulan la alimentación de los indios. No obstante, donde se encontraron más testimonios indígenas fue en Carlos Valcárcel; estos sirvieron para denunciar la violencia de

los caucheros en el contexto de un juicio donde la selva se convirtió en un espacio de terror regido por blancos y mestizos.

Los blancos aparecen en los testimonios indígenas como personajes confusos, ambiciosos y violentos. A su vez, no dejan de producir cierta fascinación en muchos de los pobladores amazónicos, ya sea por sus comportamientos o por sus bienes. Sin embargo, tampoco es posible estandarizar una perspectiva única, y la forma de ver a los extranjeros dependió en gran medida del grupo y el momento histórico.

Los testimonios indígenas son marginales dentro de estos relatos, pero están presentes como relámpagos dialécticos que exponen una frontera y un espacio aún más ambiguo y evanescente que el que encontramos en los autores de los textos. Estas voces contravienen muchas de las determinaciones expuestas en los relatos. Considerando una perspectiva de larga duración, podemos definir la Amazonía a partir de su carácter rizomático, del cual conocemos determinadas historias y elementos, pero que contiene una diversidad de formas y características que, inevitablemente, pasarán ocultas para el investigador.

Esta cadena de indeterminaciones y cambios discursivos, de concepciones espaciales y temporales, nos sitúa en un espacio de difícil asimilación para los lenguajes políticos nacionales e imperiales. Los proyectos históricos que buscaban la conquista de la región no solo tendieron a inventarla como un espejo, sino que -como plantea O'Gorman con el ente América- también ocasionaron un ocultamiento de su ser. En ese ocultamiento, las concepciones de las poblaciones indígenas, así como la complejidad biológica y social de este espacio, fueron concebidas solo en relación con el proyecto de conquista.

Para la psicología el espejo puede configurar una sensación de totalidad corporal, de agregación del cuerpo y de conciencia gracias al lenguaje, a partir de una ilusión, mientras que en el mito órfico de Dionisio, el espejo se erige como un artefacto de engaño y desmembramiento. Esta tesis, al aplicar una lente de historia intelectual, revela la multiplicidad de capas que se superponen en la comprensión de la Amazonía. Mark Thurner nos ofrece el concepto del "espejo del deseo", donde el nombre "Perú" actúa como un reflejo anhelante, pero también como un violento acto de ausencia que engendra un nuevo sujeto abismal, ejemplo que puede adecuarse a la Amazonía. Michael Taussig, en su exploración de perspectivas más oscuras, habla de terror y mimesis, explicando como los sujetos coloniales no solo se proyectan en la Amazonía, sino que también se metamorfosean en la barbarie que

ellos mismos inventaron para justificarse, derivando en una oscuridad epistémica y nuevamente en el ocultamiento.

Estas perspectivas convergen en una visión de la Amazonía como un espejo abismal que se resiste a cualquier intento de seducción simplista, y en el cual las narrativas y designaciones actúan tanto como actos fundacionales de proyección como de violencia inherente. Este espejo, lejos de ofrecer un reflejo complaciente, nos devuelve una imagen compleja y multifacética, que desafía cualquier intento de resolución narrativa definitiva

Cabe añadir que en esta tesis hemos evidenciado una historia amazónica construida a partir de proyectos coloniales y foráneos; ellos nos permitieron observar múltiples y cambiantes designaciones para aludir a este ser que está más allá del espejo y el abismo. Cuando estas concepciones se nutran con las perspectivas locales —por ejemplo, indígenas—, la Amazonía se volverá un laboratorio infinito de sentidos.

Referencias

- Aburto, Carlos. 1996. "Régimen político y economía en un espacio fronterizo colonial Maynas durante la segunda mitad del siglo XVIII". *Revista Histórica* 20 (1): 1-28.
- Acuña, Cristóbal de. [1641] 2009. *Nuevo descubrimiento del Gran río de las Amazonas*. Biblioteca Indiana, 16. Madrid: Iberoamericana / Frankfurt: Vervuert.
- Aguirre, Carlos. 2018. "¿La segunda liberación? nacionalismo militar y la conmemoración del sesquicentenario de la independencia peruana". En *La revolución peculiar: repensando el Gobierno Militar de Velasco*, editado por Carlos Aguirre y Paulo Drinot, 41- 70. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Altic, Mirela. 2014. "Missionary Cartography of the Amazon after the Treaty of Madrid (1750): The Jesuit Contribution to the Demarcation of Imperial Frontiers". *Revista Terrae Incognitae* 46 (2): 69-85. <https://doi.org/10.1179/0082288414Z.00000000032>.
- Álvarez Marcillo, Kati Maribel. 2020. *Fragmentos del trabajo de los exploradores e investigadores durante las primeras investigaciones geológicas y prospecciones petroleras y las dinámicas sociales, económicas y de asentamiento en el oriente ecuatoriano (1920 – 1950)*. Tesis de doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- Amich, José O.F.M. 1834. *Compendio histórico de los trabajos, fatigas, sudores y de los ministros de la seráfica religión han padecido por la conversión de las almas de los gentiles, en las montañas de los Andes pertenecientes al Perú*. París: Librería de Rosa y Bouret. Edición PDF. <https://bit.ly/41ZXFcP>
- _____. 1988. *Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa*. Monumenta amazónica: Misioneros. IIAP-CETA. <https://books.google.com.ec/books?id=I2kKAQAAMAAJ>.
- Andrade Marín, Francisco. 1884. *Viaje a la Región Oriental del Ecuador* (Folleto). Quito, Ecuador: Fundición de Tipos de M. Rivadeneira. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/10504>.
- Arana, Julio César. 1913. *Las Cuestiones del Putumayo: declaraciones prestadas ante el Comité de investigación de la Cámara de los comunes y debidamente anotadas*. Barcelona, España: Imprenta. Viuda de Luis Tasso. Edición PDF.
- Armenta, Antonio Luis. 1933. *Los bucaneros del Amazonas. A history of the early 20th century border disputes between Peru and Columbia*. Bogota: Editorial Cromos. Edición PDF.
- Barham, Brad, y O. T. Coomes. 1996. *Prosperity's promise: the Amazon rubber boom and distorted economic development*. Dellplain Latin American studies, no. 34. Boulder, Colo: Westview Press.
- Bayle, Constantino. 1930. *El Dorado Fantasma*. Madrid: Razón y Fe.
- Belaúnde, Fernando. 1959. *La conquista del Perú por los peruanos*. Lima: Tawantinsuyu.
- Belaúnde, Fernando [@fernandobelaundevive]. "Que me Aplaudes pueblo Peruano' Fernando Belaúnde Terry". Discurso. Video de YouTube, 14:32. Publicado el 12 de junio de 2012. <https://www.youtube.com/watch?v=mfPY-69IQD0>.
- Belaúnde, Víctor. 1942. *La Constitución Inicial del Perú ante el Derecho Internacional*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- Benites Vinuesa, Leopoldo. 1984. *Argonautas de la Selva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beuzeville, Roger, Nicole Bernex (eds.), Miguel González del Río, Joaquín García, Mónica Rodríguez, Mónica Pandolfo y Marcel Valcárcel. 1994. *Amazonía: en busca de su palabra. Aportes al desarrollo amazónico como homenaje a los diez años del IIAP (1982-1991) y al Primer Centenario de la muerte de Antonio Raimondi (1891-1991)*. Iquitos: Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-IIAP.

- Bernucci, Leopoldo M. 2020. *Un paraíso sospechoso: la vorágine de José Eustasio Rivera: novela e historia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
<https://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587814675>.
- Biedma, Manuel. 1989. *La conquista franciscana del Alto Ucayali*. Monumenta amazónica. Iquitos: CETA, IIAP.
- Bignon, François. 2018. “Propaganda pradista: Patria, caídos y Amazonía en torno a la guerra Perú-Ecuador de 1941”. *Bulletin de l’Institut français d’études andines* 47 (2): 117-40.
<https://doi.org/10.4000/bifea.9646>.
- Brading, David. A., y Harry E. Cross. 1972. “Colonial Silver Mining: Mexico and Peru”. *The Hispanic American Historical Review* 52 (4): 545. <https://doi.org/10.2307/2512781>.
- Brading, David A. 2017. *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand. 1984. *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Madrid: Alianza.
- Brown, Michael F. 1984. *Una paz incierta: historia y cultura de las comunidades Aguarunas frente al impacto de la carretera marginal*. Lima: Centro Amazónico de Antropología Aplicación práctica (CAAAP). <https://bit.ly/3mu1E0P>.
- Burrieza Sánchez, Javier. 2007. *Jesuitas en Indias: entre la utopía y el conflicto; trabajos y misiones de la Compañía de Jesús en la América moderna*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Bustamante P, Teodoro, ed. 2007. *Detrás de la cortina de humo Dinámicas sociales y petróleo en el Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Bustos Lozano, Guillermo. 2017. *El culto a la nación: escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950*. Quito: Fondo de Cultura Económica: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. DOI:10.18234/secuencia.v0i0.1774.
- Cabodevilla, Miguel Ángel. 2016. *Los Huaorani en la historia de los pueblos del Oriente*. Tercera edición. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Centro de Publicaciones, Fundación Alejandro Labaka.
- Cañeque. 2016. “Mártires y discurso martirial en la formación de las fronteras misionales jesuitas”. *Revista Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 37 (145): 13-61.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. 1995. “La utopía de Hipólito Unánue: comercio, naturaleza y religión en el Perú”. En *Saberes andinos: ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, editado por Marcos Cueto, 91-108. Lima: PE: IEP.
- _____. 2006. *Nature, empire, and nation: explorations of the history of science in the Iberian world*. Stanford, California: Stanford University Press.
- _____. 2007. *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*. Ciudad de México: Fondo De Cultura Económica.
- _____. 2008. *Católicos y puritanos en la colonización de América*. Madrid: Marcial Pons Historia/ Fundación Jorge Juan. Universidad Nacional Autónoma de México.
<http://www.gbv.de/dms/sub-hamburg/608716375.pdf>.
- _____. 2013. “Son las mujeres las que defienden al rey con espadas y son los liberales los que queman herejes: el Antiguo Testamento y las revoluciones de independencia en la monarquía de España”. En *20/10 El Mundo Atlántico y la Modernidad Iberoamericana 1750-1850*, Historia. Vol. 2. México: G.M. Editores.
- _____. 2019. “Sobre Humboldt y el colonialismo epistemológico: La Invención de la Naturaleza de Andrea Wulf”. Blog del autor. <https://bit.ly/3KZjva7>.

- Capello, Ernesto. 2014. "Mapas, geodesia y estudio geográfico en la constitución del imaginario nacional en Ecuador, siglos XVIII a XX". En: *La nación expuesta. Cultura visual y procesos de formación de la nación en América Latina*, editado por Sven Schuster, 199-228. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Carreras, Marcela, María Candelaria de Olmos, y Paula Gigena. 1997. "Romanticismo e indianismo en Cumandá, de J.L. Mera." *Revista Estudios filológicos*, 32: 57-71. <https://doi.org/10.4067/S0071-17131997003200006>.
- Carvajal, Gaspar de. 1894. *Descubrimiento del río de las Amazonas según la relación hasta ahora inédita de Fr. Gaspar de Carvajal, con otros documentos referentes á Francisco de Orellana y sus compañeros: publicados á expensas del Excmo. Sr. duque de T'Serclaes de Tilly. E. Rasco*, editado por José Toribio Medina. Sevilla: Impr. de E. Rasco
- Carvajal, Manuel Melitón. 1886. *Dictamen de la Comisión Informadora sobre la Región Fluvial de Loreto*. Lima: Impresión de El Comercio.
- Casement, Roger. [1912] 2012. *Libro azul británico: informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo: correspondencia sobre el trato dado a sujetos de la colonia británica e indios nativos empleados en la recolección de caucho en la zona del Putumayo presentado a ambas Cámaras del Parlamento por orden de Su Magestad, julio 1912*. Luisa Elvira Belaunde. Lima, Perú: CAAAP; Copenhague, Dinamarca: IWGIA.
- Chauca Tapia, Roberto. 2015a. *Science in the Jungle: Missionary Cartographic and Geographic Production of Early Modern Western Amazonia*. Florida: University of Florida. <https://renati.sunedu.gob.pe/handle/sunedu/952708>.
- _____. 2015b. "Contribución indígena a la cartografía del Alto Ucayali a fines del siglo XVII". *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 44 (1) (abril): 117-38. <https://doi.org/10.4000/bifea.7488>.
- _____. 2018. "Missionary hydrography and the invention of early modern Amazonia". *Colonial Latin American Review* 27 (2): 203-25. <https://doi.org/10.1080/10609164.2018.1481272>.
- _____. 2019. "El "imperio fluvial" Franciscano En La Amazonía Occidental Entre Los Siglos XVII Y XVIII". *Historia Crítica* 1 (73):95-116. <https://doi.org/10.7440/histcrit73.2019.05>.
- Chaumeil, Jean-Pierre. 2009. *Guerra de imágenes en el Putumayo*. Editado por Manuel Cornejo Chaparro. Lima: Copenhague: Iquitos, Perú: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica; IWGIA; Universidad Científica del Perú.
- Cheirif Wolosky, Alejandro. 2017. "La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck / The Theory and Methodology of Conceptual History in Reinhart Koselleck". *Revista Historiografías* 7 (diciembre): 85. https://doi.org/10.26754/ojs_historiografias/hrht.201472433.
- Chirif, Alberto. 2017. *Después del caucho*. Lima, Perú / Copenhague, Dinamarca: Lluvia CAAAP, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica; IWGIA, Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas; Instituto del Bien Común.
- Chirif, Alberto y Manuel Cornejo Chaparro, eds. 2009. *Imaginario e imágenes de la época del caucho: los sucesos del Putumayo*. Lima / Copenhague / Iquitos: Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica ; IWGIA ; Universidad Científica del Perú. <https://doi.org/10.4000/jsa.11790>.
- Cieza de León, Pedro de. [1553] 2005. *Crónica del Perú: el señorío de los Incas*. Biblioteca Ayacucho, no. 226. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho. <https://biblioteca.org.ar/libros/211665.pdf>
- Comité Pro Monumento. 1943. *El Perú en el día de la peruanidad*. Perú: Comité Pro Monumento Conmemorativo.
- Conrad, Sebastian. 2012. "Enlightenment in Global History: A Historiographical Critique". *The American Historical Review* 117 (4): 999-1027. <https://doi.org/10.1093/ahr/117.4.999>.

- Crespi Croci, 1926. *El oriente azuayo*. Monografía del Azuay. Cuenca: 221-238. <https://n9.cl/uzv4o>
- _____. 1927. Carlos, dir.. *Los invencibles Shuaras del Alto Amazonas*, guion y dirección por Carlos Crespi Croci, Documental etnográfico, Cinatca nacional, UNESCO, 26 de febrero de 1927.
- Cueva Dávila, Agustín. 1988. *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador*. Quito: Letraviva de editorial Planeta del Ecuador.
- Cushman, Gregory T. 2018. *Los señores del guano: Una historia ecológica global del Pacífico*. Serie Estudios históricos. Lima: IEP, Instituto de Estudios Peruanos.
- Däniken, Erich von. 1973. *The Gold of the Gods*. New York: Putnam.
- Deler, Jean Paul. 2007. *Ecuador: del espacio al Estado Nacional*. 2a edición. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Delgado, Luis Humberto. 1941. *Nuestra situación internacional, Ecuador*. Comentarios históricos. Ecuador: Latino América Editores.
- De la Cruz, Laureano. 1942. *Nuevo descubrimiento del Río de las Amazonas hecho por los misioneros de la provincia de San Francisco de Quito el año 1651*. Biblioteca Amazonas, vol. VII. Quito: Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas.
- De la Torre, Carlos. 1993. *La seducción velasquista*. Quito: Ediciones Libri Mundi. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- _____. 2000. "Populist seduction in Latin America: the Ecuadorian experience". *Research in international studies* 32. Athens: Ohio University Center for International Studies.
- De la Torre, Carlos, y Enrique Peruzzotti, eds. 2008. *El retorno del pueblo: populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito, Ecuador: FLACSO Ecuador, Ministerio de Cultura.
- Dias, Camila Loureiro. 2012. "Jesuit Maps and Political Discourse: The Amazon River of Father Samuel Fritz". *The Americas Journal* 69 (1): 95-116.
- Durand, Francisco. 2017. *Los doce apóstoles de la economía peruana: una mirada social a los grupos de poder limeños y provincianos*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Echavarría, Fernando R. 1991. "Cuantificación de la Deforestación en el Valle del Huallaga, Perú". *Revista Geográfica* 114: 37-53.
- Echeverría, Bolívar. 1996. "La Compañía de Jesús y la primera modernidad de América Latina". *Procesos: revista ecuatoriana de historia* 9. <https://revistas.uasb.edu.ec/index.php/procesos/article/view/2172>
- Espinosa Fernández de Córdova, Carlos. 2002. "El retorno del Inca: los movimientos neoincas en el entorno de la intercultura barroca". *Procesos: revista ecuatoriana de historia* 18: 3-29. <http://hdl.handle.net/10644/1588>.
- _____. 2010. *Historia del Ecuador: en contexto regional y global*. Barcelona: Lexus.
- _____. 2015. *El Inca barroco: política y estética en la Real Audiencia de Quito, 1630-1680*. Quito, Ecuador: FLACSO Ecuador.
- Espinoza Soriano, Waldemar. 2016. *Loreto: departamento y región (San Martín-Ucayali) 1846-2000*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Esvertit Cobes, Natàlia. 2008. *La incipiente provincia: Amazonía y estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Biblioteca de historia 26. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- _____. 2015. "Ferrocarriles hacia el Oriente. Articulación del territorio y construcción nacional a inicios del siglo XX en el Ecuador". *Procesos: revista ecuatoriana de historia* 41: 141-69.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo. 1855. *Historia General y Natural de las Indias*. Vol. 4. Madrid: Imprenta de la Real Academia de Historia.
- Fernández, Eduardo y Michael F. Brown. 2001. *Guerra de sombras: la lucha por la utopía en la Amazonía peruana*. Lima / Argentina: CAAAP / CAEA-CONICET.
- _____. 1993. *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Fernández, Justino, y Edmundo O’Gorman. 1937. *Santo Tomás Moro y “La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España”*. México: Alcanía.
- Fernández Salvador, Carmen. 2014. “Jesuit Missionary Work in the Imperial Frontier: Mapping the Amazon in Seventeenth-Century Quito”. En *Religious transformations in the early modern Americas Journal*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- _____. 2018. *Encuentros y desencuentros con la frontera imperial: la Iglesia de la Compañía de Jesús de Quito y la misión en el Amazonas (siglo XVII)*. Biblioteca Indiana 46. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert.
- Flores Galindo, Alberto. 1993. *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Foucault, Michel. 1985. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- _____. 1999. “Espacios diferentes”. En *Obras esenciales*. Vol. 4. Barcelona: Paidós.
- _____. 2006. *Sobre la Ilustración*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Gallego, José Andrés. 2004. “Los tres conceptos de nación en el Mundo Hispano”. En *Nación y constitución: de la Ilustración al Liberalismo*, coordinado por Cinta Canterla. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas 123-146.
- García, Bertha. 1991. “El proceso de autonomía y permanencia de los proyectos político-militares en América Latina”. *Estudios Sociológicos* 9 (27): 557-81.
- García Jordán, Pilar. 1993. “El infierno verde. Caucho e indios, terror y muerte. Reflexiones en torno al escándalo del Putumayo”. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales* 8: 73-85.
- _____. 2001. “En el corazón de las tinieblas... del Putumayo, 1890-1932. Fronteras, caucho, mano de obra indígena y misiones católicas en la nacionalización de la Amazonía”. *Revista de Indias* 61 (223).
- García Jordán, Pilar, Jean Claude Roux, Frederica Barclay y Natalia Esvertit Cobes. 1995. *La construcción de la Amazonía andina (siglos XIX-XX): Procesos de ocupación y transformación de la Amazonía peruana y ecuatoriana entre 1820 y 1960*. Quito: Abya-Yala.
<http://dspace.ups.edu.ec/handle/123456789/11747>.
- García Jordán, Pilar y Núria Sala i Vila. 1998. *La nacionalización de la Amazonía*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona.
- Garfield, Seth. 2012. *In search of the Amazon. Brazil, the United States, and the nature of a region*. London: Duke University Press.
- Giraldo, Manuel Lucena, y Juan Pimentel. 2006. *Diez estudios sobre literatura de viajes*. España: Editorial CSIC.
- Goldberg, Paul L. 2000. “Currents of liminality: religious syncretism and the symbolism of the river in ‘Cumandá’”. *Hispanic Journal* 21 (2): 383-94.
- Gondard, Pierre. 2013. “Vías de comunicación en los países andinos. Del Cápac Ñan a los corredores bioceánicos, cambios en los ejes de integración”. En *Los Andes y el reto del espacio mundo: Homenaje a Olivier Dollfus*, editado por Jean-Paul Deler y Évelyne Mesclier, 295-323. Lima: Institut français d’études andines. <http://books.openedition.org/ifea/511>.

- Goodman, Louis Wolf, Johanna Mendelson Forman, y Juan Rial Roade, eds. 1990. *The Military and democracy: the future of civil-military relations in Latin America*. Lexington, Mass: Lexington Books.
- _____. 1998. *Imaginar el desarrollo: las ideas económicas en el Perú postcolonial*. Serie Estudios históricos 25. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Grillo, Teresa y Tucker Sharon. 2012. "Peru's Amazonian Imaginary Marginality, Territory and National Integration". En *Environment and citizenship in Latin America: natures, subjects and struggles*, editado por Alex Latta. CEDLA Latin America studies (CLAS) 101. New York: Berghahn Books.
- Guevara Amasifuen, Mesías, y Fernando Belaúnde Terry, eds. 2013. *El desafío de construir: homenaje a Fernando Belaunde Terry a 100 años de su nacimiento*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Hardenburg, Walter Ernest. 1912. *The Putumayo: The Devil's Paradise; Travels in the Peruvian Amazon Region and an Account of the Atrocities Committed Upon the Indians Therein*. London: T. Fisher Unwin. <https://bit.ly/3ygjRBv>.
- Harp, Stephen L. 2016. *A world history of rubber: empire, industry, and the everyday*. Chichester. United Kingdom: John Wiley & Sons.
- Hartog, François. 2003. *El espejo de Heródoto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hemming, John. 1987. *Amazon frontier: the defeat of the Brazilian Indians*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Herrera, Morgana. 2018. "La construcción de la peruanidad de la Amazonía: el caso del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas de 1942". *Revista del Instituto Riva-Agüero* 3 (2): 121-69. <https://doi.org/10.18800/revistaira.201802.004>.
- Humboldt, Alexander von. 1826. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Vol. I. París: De la Rosa y Bouret.
- Ibarra, Hernán. 1999. *La guerra de 1941 entre Ecuador y Perú: una reinterpretación*. Quito: CAAP. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/51513.pdf>.
- Instituto Geográfico Militar. 1957. "Mapa geográfico de la República del Ecuador". <http://repositorio.casadelacultura.gob.ec/handle/34000/17677>.
- Jaramillo Alvarado, Pío. 1922a. *El indio ecuatoriano contribución al estudio de la sociología nacional*. Quito: Editorial Quito. <https://bit.ly/3ZqMiJ9>.
- _____. 1922b. *Ferrocarriles al Oriente, de Ambato al Curaray, de Machala a Cuenca, de Puerto Bolívar por Loja al Marañón*. Quito: Editorial Quito.
- _____. 1936. *Tierras de Oriente: caminos, ferrocarriles, administración, riqueza aurífera*. Quito: Editorial Nacional.
- Jouanen, José. 1943. *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito: 1570-1773*. Tomo II. Quito: Editorial Ecuatoriana. <https://bit.ly/3Zo1TZV>.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. 1826. *Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar, y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile*. Volumen 2. Londres: Imprenta de R. Taylor.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. 1748. *Relacion historica del viage a la America Meridional*, , primera Parte, tomo dos. Madrid: Antonio Marin.
- Kahatt, Sharif S. 2015. *Utopías construidas: las unidades vecinales de Lima*. Lima: Fondo Editorial, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kant, Emmanuel. 2009. "Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?". En *Filosofía de la Historia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

- Kohn, Eduardo. 2013. *How forests think: toward an anthropology beyond the human*. Berkeley: University of California Press.
- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- _____. 2007. *Crítica y crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta.
- _____. 2012. *Historias de conceptos estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, traducido por Luis Fernández Torres. Madrid: Trotta.
- _____. 2013. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Lacan, Jacques. 1977. El estadio del espejo como formador del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1. Siglo XXI*.
- La Condamine, Charles-Marie. [1745] 2003. *Viaje a la América meridional*. España: Espasa. <https://books.google.com.ec/books?id=9zC8AQAACAAJ>.
- Levano, Cesar. 1964. “Selva trágica”. *Caretas* XIV (287).
- López de Gómara, Francisco. 2013. *Historia general de las Indias*. Vol. 207. Linkgua. <https://n9.cl/4bu9w>
- Lorandi, Ana María. 2014. “La utopía andina en las fronteras del imperio”. En *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes: II congreso internacional de etnohistoria. Coroico*, editado por Silvia Arze, Rossana Barragán, Ximena Medinaceli y Laura Escobari, 15-33. Lima: Institut français d'études andines. <http://books.openedition.org/ifea/2284>.
- Magnin, Juan. [1740] 1998. *Descripción de la Provincia y misiones de Mainas en el Reino de Quito*. Ecuador: Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit.
- Maiguashca, Juan y Lisa North. 1991. “Orígenes y Significado del Velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador 1920- 1972”. En *La cuestión regional y el poder*, editado por Rafael Quintero. Quito: Corporación Editora Nacional. <https://bit.ly/3YpS2kQ>.
- Maldonado, José. 1942. *Relación del descubrimiento del Río de las Amazonas, llamado Marañón, hecho por medio de los religiosos de la provincia de San Francisco de Quito*. Quito: Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas.
- Malpica, Carlos. 1967. *El mito de la ayuda exterior*. Lima: Francisco Moncloa.
- _____. 1970. *Los dueños del Perú*. Lima: Ediciones Peisa.
- Mariátegui, José Carlos. 1969. *En defensa del Marxismo polémica revolucionaria*. Obras completas de José Carlos Mariátegui 5. Lima: Amauta.
- Maroni, Pablo. 1988. *Noticias auténticas del famoso Río Marañón y misión apostólica de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito en los dilatados bosques de dicho río*. Lima: Monumenta Amazónica. IIAP. <https://books.google.com.ec/books?id=VX3pRAAACAAJ>.
- Martínez Sastre, Javier. 2015. *El paraíso en venta: desarrollo, etnicidad y ambientalismo en la frontera sur del Yasuní (Amazonía ecuatoriana)*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- Marx, Karl. 2003. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: NoBooks Editorial.
- Mc Evoy, Carmen. 2017. *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Méndez-Bonito, Silvia Navia. 2005. “Las historias naturales de Francisco Javier Clavijero, Juan Ignacio de Molina y Juan de Velasco”. En *El saber de los jesuitas, historias naturales y el nuevo mundo*, coordinado por Luis Millones Figueroa y Domingo Ledezma, 225-250. España: Iberoamericana Vervuert. <https://bit.ly/3JhkpNV>.
- Mera, Juan León. 1861. *La virgen del sol*. España: Imprenta de los huérfanos de Valencia.

- _____. 1879. *Cumandá: ó Un drama entre salvajes*. Quito: J. Quzmán Almeida.
- _____. 1884. *Catecismo de geografía de la República del Ecuador*. Quito: La Nación.
- _____. 1893. *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana: desde su época más remota hasta nuestros días*. Quito: J. Cunill Sala.
- Mercado, Pedro de. 1957. *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*. Tomo I. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc891h8>.
- Molina, Tirso de. [1653] 2006. *Amazonas en las Indias*, editado por M. Zugasti. Edición PDF. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://bit.ly/3Jh1HG8>.
- Mongua Calderón, Camilo. 2018. *Formaciones estatales en las fronteras amazónicas: religiosos, comerciantes e indígenas en el Putumayo – Aguarico (1845-1904)*. Tesis de doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- Montaner García, Carme. 2019. “Dibujos figurativos en los mapas de los Franciscanos de Ocopa (Perú) de la segunda mitad del siglo XVIII”. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. XXIV. <https://bit.ly/3F139di>.
- Mora, Luis F y Arquímedes Landázuri. 1926. *Monografía del Azuay*. Ecuador: Universidad de Cuenca. <https://bit.ly/3kNGFWc>.
- Morales y Eloy, Juan. 1942. *Ecuador, atlas histórico-geográfico: Quito, los orígenes, el reino, la Audiencia y Presidencia, la República*. Ecuador: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Muratorio, Blanca. ed.1994. *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos. Siglos XIX y XX*. Serie Estudios- Antropología. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- _____. 1998. *Rucuyaya Alonso y la historia social y económica del Alto Napo, 1850-1950*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- O’Gorman, Edmundo. 1946. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.
- _____. 1996. *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. 2. ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz Batallas, Cecilia de Lourdes 2019. *Shuar, salesianos y militares. La formación del estado en el sur-oriente ecuatoriano 1893-1960*. Tesis de Doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede Ecuador.
- _____. 2022. *La evangelización del pueblo shuar en la Amazonía ecuatoriana*. Serie Atrio. Ecuador: Abya-Yala.
- Osculati, Gaetano. 1854. *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo ed il fiume delle Amazzoni* [Versión digital]. <https://digital.bbm.usp.br/handle/bbm/5027>.
- _____. 2003. *Exploraciones de las regiones ecuatoriales a lo largo del Napo y del río de las Amazonas*. Monumenta amazónica 7. Iquitos, Perú: CETA.
- Padrón, Ricardo. 1998. “Cumandá and the cartographers: nationalism and forms in Juan León Mera”. *Annals of scholarships Journal* 12 (3 y 4).
- Palti Elías.2001. *Aporías: tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*. Buenos Aires: Alianza.
- _____. 2005. *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política ante su “crisis”*. 1. ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 2007. “Apéndice: Lugares y no lugares de las ideas en América Latina”. En *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Argentina: Siglo XXI.

- _____. 2011. “Nueva historia intelectual y temporalidad de los conceptos. Ambigüedades y bifurcaciones”. En *História das Ideias. Proposições, debates e perspectivas*. Santa Cruz do Sul: EDUNISC.
- _____. 2014. *¿Las ideas fuera de lugar? estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- _____. 2018. *Una arqueología de lo político: regímenes de poder desde el siglo XVII*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pareja Diezcanezo, Alfredo, George Blanksten, Agustín Cueva, Pablo Cuvi, Osvaldo Hurtado, Rafael Quintero, Amparo Menéndez Carrión, Lautaro Ojeda, Iván Fernández, Gonzalo Ortiz, John Martz y Jorge León. 1989. *El populismo en el Ecuador*. Quito: ILDIS. Flacso Ecuador.
- Pennano A., Guido. 1978. “Economía política del caucho en el Perú: una aproximación bibliográfica”. *Revista De Ciencias Sociales*, (8), 151-167. doi: 10.21678/apuntes.8.550.
- Petroecuador, ed. 2001. *Petróleo en el Ecuador: su historia y su importancia*. Quito: Petroecuador.
- Philip, George. ed. 1980. “The Military Institution Revisited: Some Notes on Corporatism and Military Rule in Latin America”. *Journal of Latin American Studies* 12 (2): 421-36. Doi:10.1017/S0022216X00022732.
- Pimentel, Juan. 2003. *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*. Estudios. Madrid: Marcial Pons Historia.
- Pizarro, Ana. 2009. *Amazonía: el río tiene voces*. Santiago de Chile. Fondo de Cultura Económica
- Polo, Rafael. 2020. *Sujeto y campo de visibilidad: una aproximación desde la arqueología de los discursos y la historia conceptual*. Quito: Caracola Editores.
- Ponce, Javier, ed. 2003. *El Oriente es un mito*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Pratt, Mary Louise. (1997). *Ojos imperiales*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Quintero, R. T., & López, R. Q. (2005). *El mito del populismo: análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno, 1895-1934*. Quito: Editorial Abya Yala.
- Quiroz, Alfonso W. 2013. *Historia de la corrupción en el Perú*, traducido por Javier Flores Espinoza. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Raimondi, Antonio. 1862. *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto*. Lima: New York Public Library.
- _____. 1879. *Mapa del Perú señalando los límites con los demás estados vecinos á que tiene derecho segun documentos antiguos y modernos*. Lima: Impr. del estado.
- Renard-Casevitz, France Marie, Thierry Saignes, y Anne Christine Taylor. 1988. *Al este de los Andes: relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*, editado por Institut français d'études andines. Quito: Abya-Yala.
- Rey de Castro, Carlos. 1913. *Los escándalos del Putumayo carta abierta dirigida a Mr. Geo B. Michell, cónsul de S. M. B.; acompañada de diversos documentos, datos estadísticos y reproducciones fotográficas*. Barcelona: Viuda de L. Tasso.
- _____, ed. 2005. *La defensa de los caucheros*. Monumenta amazónica 2. Iquitos, Perú: Copenhague, Dinamarca: CETA; IWGIA.
- Reyes, Oscar y Terán, Francisco. 1939. *Historia y geografía del oriente ecuatoriano Quito*. Quito: Talleres Gráficos de Educación.
- Reyes Guerra, José. 1886. *Informe que el prefecto del departamento de Loreto dirige al señor director del gobierno, acerca de la visita que ha practicado al Bajo Amazonas, Mayobamba 1886*. Lima: Imp. de El Comercio.

- Reyna, Ernesto. 1932. *El amauta Atusparia*. Lima: Ediciones de Frente.
- _____. 1942. *Fitzcarrald, El Rey del Caucho (Contribución peruana al Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas por Españoles)*. Lima: Taller grafico de P. Barrentes.
- Riaza, Ascensión Martínez. 2000. "Política regional y gobierno de la Amazonía peruana. Loreto (1883-1914)". *Revista Histórica* 24 (2): 393-462.
- Ricoeur, P. (2000). *Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado*.
- Rivera, José Eustasio. [1924]1985. *La vorágine*. 2. ed. Biblioteca Ayacucho 4. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rodríguez, Manuel. 1684. *El Marañón y Amazonas: historia de los descubrimientos, entradas y reducciones de naciones, trabajos malogrados de algunos conquistadores, y dichosos de otros, así temporales como espirituales en las dilatadas montañas y mayores ríos de la América*. Madrid (España): Impr. de Antonio Gonçalez de Reyes.
- Roig, Andrés. 1986. *La Utopía en el Ecuador*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Saavedra y Guzmán, Martín de. 1639. *Descubrimiento del río de las Amazonas y sus dilatadas provincias* [Manuscrito digitalizado]. Biblioteca Digital Hispánica. <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000053845&page=1>
- Safier, Neil. 2008. *Measuring the new world: enlightenment science and South America*. Chicago: University of Chicago Press.
- _____. 2016. *La medición del Nuevo Mundo: la ciencia de la Ilustración y América del Sur*. Madrid: Fundación Jorge Juan y Marcial Pons.
- Sánchez Rangel, Hipólito. 1827. *Pastoral religioso-política-geográfica*. Lugo: Imprenta de Pujol.
- Sharon, Tucker. 2017. *Inscribed in the margins: envisioning road colonization in Peru's Age development*. Vancouver: The University of British Columbia.
- Salazar, Ernesto. 1989. *Pioneros de la Selva*. Quito: Banco Central.
- San Román, Jesús Víctor. 1994. *Perfiles históricos de la Amazonía peruana*. 2a ed. Iquitos: CETA CAAAP IIAP. Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana.
- Santos Granero, Fernando. 1980. *Vientos de un pueblo: síntesis histórica de la etnia amuesha, siglos XVII-XIX*. Lima: PUCP.
- _____. 1988. "Templos y herrería. Utopía y recreación en la Amazonía peruana Siglos XVII-XIX". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 17 (2).
- _____. 2020. *Esclavitud y utopía: Las guerras y sueños de un transformador del mundo asháninka*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Santos-Granero, Fernando y Frederica Barclay. 2002. *La frontera domesticada: historia económica y social de Loreto; 1850 - 2000*. Lima: Pontificia Univ. Católica del Perú.
- Schwarz, Roberto. 1973. "As idéias fora do lugar". *Estudos Cebrap* 3. <https://bit.ly/3YzEomk>
- Serje de la Ossa, Margarita Rosa. 2005. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. 1. ed. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de Los Andes.
- Sevilla Pérez, Ana María. 2013. *El Ecuador en sus mapas: estado y nación desde una perspectiva espacial*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Stanfield, Michael Edward. 2009. *Caucho, conflicto y cultura en la Amazonía Noroeste: Colombia, Ecuador y Perú en el Putumayo, Caquetá, Napo, 1850-1933*. Quito: Abya-Yala.
- Svampa, María Lucila. 2016. "El concepto de crisis en Reinhart Koselleck. Polisemias de una categoría histórica". *Anacronismo e irrupción* 6 (11): 131-51.

- Szemiński, Jan. 1993. *La utopía tupamarista*. 2. ed. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Taussig, Michael T. 1993. *Mimesis and alterity: a particular history of the senses*. New York: Routledge.
- _____. 2012. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje un estudio sobre el terror y la curación*. Popayán, Colombia: Ed. Universidad del Cauca.
- Turner, Mark. 2006. *Republicanos andinos*. Lima y Cuzco: Instituto de Estudios Peruanos y Centro Bartolomé de las Casas.
- _____. 2011. *History's Peru: The Poetics of Colonial and Postcolonial Historiography*. Gainesville: University Press of Florida.
- _____. 2012. *El nombre del abismo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Tippetts-Abbett-McCarthy-Stratton, y Ecuador y Perú Comisión Conjunta de Bolivia Colombia. 1965. *La carretera marginal de la selva: estudio preliminar*. Lima: Tippetts-Abbett-McCarthy-Stratton. <https://books.google.com.ec/books?id=14xVHAAACAAJ>.
- Tobar Donoso, Julio. 1945. *La Invasión peruana y el Protocolo de Río*. Quito: Ecuatoriana.
- Tosi, Joseph A. 1960. *Zonas de vida natural en el Perú: memoria explicativa sobre el Mapa Ecológico del Perú*. Boletín técnico 5. Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA, Zona Andina. <https://repositorio.iica.int/handle/11324/14342>.
- Trujillo León, Jorge Nelson. 1998. *Utopías Amazónicas*. Quito: Occidental Exploración and Production Company.
- Tylor, Anne Christine. 1994. "Una categoría irreductible en el conjunto de las naciones indígenas: los Jívaro en las representaciones occidentales". En *Imágenes e imagineros*, editado por Blanca Muratorio. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Unanue, Hipólito. 1791a. "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí á los Puelos de Manos, hecha por el Padre Predicador Apostólico Fray Girbal y Barceló 31 de agosto de 1791". *Revista El Mercurio*, 31 de agosto de 1791, sec. Tomo XI.
- _____. 1791b. "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí á los Puelos de Manos, hecha por el Padre Predicador Apostólico Fray Girbal y Barceló 22 de septiembre de 1791". *Revista El Mercurio*, 22 de septiembre de 1791, sec. Tomo III.
- _____. 1791c. "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí á los Puelos de Manos, hecha por el Padre Predicador Apostólico Fray Girbal y Barceló, 29 de septiembre de 1791". *Revista El Mercurio*, 29 de septiembre de 1791, sec. Tomo III.
- _____. 1791d. "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí á los Puelos de Manos, hecha por el Padre Predicador Apostólico Fray Girbal y Barceló 2 de octubre de 1791". *Revista El Mercurio*, 2 de octubre de 1791.
- _____. 1794. "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí á los Puelos de Manos, hecha por el Padre Predicador Apostólico Fray Girbal y Barceló 28 de agosto 1794". *Revista El Mercurio*, 28 de agosto de 1794, sec. Tomo V.
- Uriarte, Manuel. J. [1771] 2021. *Diario de un misionero de Maynas*. Iquitos, Perú : Monumenta Amazónica.
- Uscátegui Narváez, Alexis. 2017. "Heterogeneidad cultural y enemistad racial en Cumandá, o un drama entre salvajes (1879), de Juan León Mera [Tema Central]". *Resistencia: revista de los estudiantes de la Universidad Andina Simón Bolívar*, Sede Ecuador. 6: 35-39. <https://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/5913>.
- Uzendoski, Michael. 2020. "Cannibal Conquerors and Ancestors: The Aesthetics of Struggle in Indigenous Amazonian Storytelling from Ecuador." *Storytelling, Self, Society* 16 (1): 61-79.

- Valcárcel, Carlos A. [1915] 2004. *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. Lima: IWGIA.
- Varese, Stefano. 1973. *La sal de los cerros: una aproximación al mundo Campa*. Lima: Retablo de Papel Ediciones.
- Varese, Stefano, Federica Apffel-Marglin, y Róger Rumrill, eds. 2013. *Selva vida: de la destrucción de la Amazonía al paradigma de la regeneración*. Copenhague: IWGIA.
- Velasco, Juan de (1727-1792) de. 1789a. *Historia del reino de Quito en la América meridional. Historia natural*. <https://bit.ly/3Sz7Z6Z>.
- _____. 1789b. *Historia del reino de Quito en la América meridional. Historia Moderna Tomo III*. <https://bit.ly/3ZnPox1>.
- Velasco Ibarra, José María. 1960. *El Ecuador Amazónico. Discurso pronunciado por el Excmo. presidente, en el Estadio Deportivo de la Concentración deportiva de Pichincha, jueves 20 de octubre de 1960*. Nueva Política Internacional 2. Quito, Ecuador: Tall. Gráf. Nacionales.
- _____. 1974a. “‘En marcha la revolución velasquista’ (Discurso en la Plaza de la Independencia. Quito, 7 de marzo de 1969)”. En *Obras Completas de José María Velasco Ibarra*. Vol. 12. Ecuador: Santo Domingo.
- _____. 1974b. “El cumplimiento de una profecía”. En *Obras completas. Expresión política hispanoamericana y Expresiones jurídicas de América*, editado por Juan Velasco Espinosa. Vol. XVI-XVII. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974c. “El Protocolo de Río de Janeiro es nulo. 17 de agosto de 1960”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974d. “La Revolución velasquista: ¡fuerza y vitalidad interna; fuerza y prestigio en la vida internacional! 7 de marzo de 1969”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974e. “Lecciones de Tarqui. Odio y demagogia”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974f. “Mensaje de 1934”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974g. “Mensaje de que el excelentísimo Doctor Don José María Velasco Ibarra, Presidente Constitucional de la República dirige al Congreso al H. Congreso nacional. 10 de agosto de 1953”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- _____. 1974h. “Mensaje del excelentísimo Presidente Velasco Ibarra a la Honorable Asamblea la Constituyente de 1944”. En *Obras completas. Discursos*, editado por Juan Velasco Espinosa. Quito, Ecuador: Lexigrama.
- Velasco Ibarra, José María, y Enrique Ayala Mora. 2000. *José María Velasco Ibarra: una antología de sus textos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vidal, Hernán. 1980. “Cumandá: Apología del estado teocrático”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 6 (12): 199-212. <https://doi.org/10.2307/4529974>.
- Villarejo, Avencio. 1953. *Así es la selva: estudio monográfico de la Amazonía nor-oriental del Perú*. Lima: San Martín.
- Villavicencio, Manuel. 1858. *Carta corográfica de la República del Ecuador: delineada en vista de las cartas de don Pedro Maldonado; el barón de Humboldt, Mr. Wisse*. New York: Imp. de F Mayer. <https://bit.ly/3T05pXZ>.
- _____. 1860. *Apéndice a la geografía del Ecuador y defensa de los terrenos baldíos*. Quito: Imprenta Mercurio.

- Wasserstrom, Robert. 2016. "Maldición de la abundancia, pueblos aislados y economía extractiva en Perú y Ecuador". *Revista Antropología Cuadernos de Investigación* 16: 29-42.
- Wasserstrom, Robert, y Douglas Southgate. 2013. "Deforestation, Agrarian Reform and Oil Development in Ecuador, 1964-1994". *Natural Resources Journal* 4: 31-44.
<https://doi.org/10.4236/nr.2013.41004>.
- Weber, Max. 1974. *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weinstein, Barbara. 1983. *The Amazon rubber boom, 1850-1920*. Stanford, Calif: Stanford University Press.
- White, Hayden. 1992. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wikipedia, La enciclopedia libre. 2014. "Archivo: Mapa del Perú" (1877).jpg [recurso digital].
<https://bit.ly/3IVc2pM>.
- Wilson, Japhy, y Manuel Bayón. 2016. "Black hole capitalism". *City* 20: 350-67.
- Wilson, Japhy y Bayon. 2017. *La selva de los elefantes blancos: megaproyectos y extractivismos en la Amazonía ecuatoriana*. Quito, Ecuador: Instituto de Estudios Ecológicos del Tercer Mundo: Abya Yala.
- Wulf, Andrea. 2015. *The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World*. New York: Vintage Books.
- Zavala, Silvio Arturo. 1937. *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España: y otros estudios*. Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas, 4. México: Antigua Librería Robredo, de J. Porrúa e hijos.